

La Bestia Humana

Émile Zola

CAPÍTULO I

Al entrar en su cuarto, Roubaud puso sobre la mesa el pan de a libra, el pâté y la botella de vino blanco. En la mañana, la señora Victoria había echado tanto cisco sobre el fuego de la estufa, que el calor se había convertido ya en sofocante. El segundo jefe de estación abrió una ventana y apoyó en ella sus codos.

Esto sucedía en el callejón de Ámsterdam, en la última casa de la derecha, alto inmueble en el que la Compañía del Oeste hospedaba a algunos de sus empleados. Aquella ventana del quinto piso, situada en un ángulo del abuhardillado techo, daba a la estación, ancha trinchera que, cortando el barrio de Europa, ofrecía a la vista un brusco despliegue de horizonte. Y este espacio parecía aún más vasto aquella tarde, tarde de un cielo gris de mediados de febrero, de un gris húmedo y tibio que el sol atravesaba.

Enfrente, en la calle de Roma, confundiéndose bajo esta polvareda de rayos, aparecían las casas ligeras y como borrosas. A mano izquierda, los tejados de la estación se extendían sobre las salas gigantescas de los andenes, con sus vidrieras negras por el humo; el andén más grande en el que la mirada se perdía, estaba separado por el edificio de Correos y por el de la calefacción de los otros más pequeños, de los andenes en que entraban los trenes de Argenteuil, de Versalles y la Ceinture. A la derecha, el Puente de Europa cortaba con su estrella de hierro la zanja de la vía, que reaparecía luego, huyendo hacia el túnel de Batignolles. E inmediatamente debajo de la ventana, ocupando todo el vasto espacio, las tres vías dobles que emergían del puente se ramificaban, apartándose unas de otras como abanico cuyas varillas metálicas, multiplicadas hasta el infinito, se perdían bajo el tejado de la estación. Los tres puestos de guardagujas, por delante de los arcos, aparecían con sus pequeños y desnudos jardines. En medio de la masa tenue y confusa de coches y locomotoras, una gran señal roja ponía una mancha sobre el cielo pálido.

Por un instante, Roubaud, cuyo interés se había despertado, hizo comparaciones, pensando en su estación de El Havre. Cada vez que llegaba para pasar un día en París y se alojaba en la habitación de la señora Victoria, experimentaba de nuevo la pasión por su oficio. Bajo el tejado de las grandes líneas, la llegada de un tren de Mantes había animado los andenes; Roubaud siguió con la mirada la máquina de maniobras, una pequeña locomotora-ténder de tres ruedas bajas y acopladas, que había comenzado a descomponer el tren y que, ágil y diligente, se llevaba los vagones alejándolos hacia las vías de la cochera. Otra máquina, una poderosa locomotora de expreso, de dos ruedas

altas y devoradoras, se hallaba sola, estacionada, mientras lanzaba por su chimenea una espesa humareda negra que ascendía, derecha y perezosa, hacia el aire tranquilo. Pero la atención de Roubaud fue cautivada completamente por el tren de las dos y veinticinco, con destino a Caen, que, lleno de viajeros, esperaba la llegada de su locomotora. Roubaud no podía verla, pues se hallaba parada más allá del Puente de Europa; pero la oía pedir vía con ligeros y ansiosos silbidos, como una persona que pierde la paciencia. Alguien gritó una orden, y con un silbo breve ella respondió que había entendido. Luego, precediendo a su puesta en marcha, hubo un silencio, se abrieron los purgadores, y el vapor saltó al nivel del suelo con un ruido ensordecedor. Roubaud vio entonces cómo una prodigiosa blancura desbordaba del puente, y cómo se arremolinaba, como plumón de nieve que volara a través de las armaduras de hierro. Una parte del espacio se volvió blanca, mientras que el humo cada vez más denso de otra locomotora extendía un velo negro. Desde atrás llegaba un ruido confuso de pitidos prolongados, de gritos de mando, de sacudidas de placas giratorias. Se produjo un claro y Roubaud distinguió, en el fondo, un tren de Versailles y un tren de Auteuil, que se cruzaban.

Se disponía a abandonar la ventana cuando una voz que pronunciaba su nombre hizo que se inclinara. Abajo vio, en la terraza del cuarto piso, a un hombre de unos treinta años. Era un tal Enrique Dauvergne, conductor jefe, que vivía allí en compañía de su padre, jefe adjunto de las líneas de gran distancia, y de sus hermanas, Clara y Sofía, dos rubias adorables de dieciocho y veinte años, que gobernaban la casa con los seis mil francos de los dos hombres, en medio de continuas explosiones de alegría. Oíase la risa de la hermana mayor y el canto de la menor, mientras que toda una jaula de canarios rivalizaba con ella en los trinos.

— ¿Usted, señor Roubaud? ¿Otra vez en París? ¡Ah, sí, será por su asunto con el subprefecto!

Con los codos de nuevo en la ventana, el segundo jefe de estación explicó que había tenido que salir de El Havre aquella misma mañana en el rápido de las seis cuarenta. Una orden del jefe de la explotación le había hecho venir a París, y acababan de obsequiarle con un sermón de primera.

— ¿Y su señora? —preguntó Enrique.

La señora había venido también para hacer compras. Su marido la estaba esperando allí, en aquella habitación cuya llave les era entregada por la señora Victoria en cada uno de sus viajes, y en la que gustaban de almorzar, tranquilos y a solas, mientras la buena mujer estaba retenida abajo, en su puesto de salubridad. Aquel día, no habían tomado más que un rápido desayuno en Mantes, queriendo llegar pronto y terminar con sus asuntos. Pero habían dado las tres, y Roubaud se moría de hambre.

Enrique, queriendo ser amable, hizo una pregunta más:

— ¿Pasarán la noche en París?

¡No, no! Los dos regresarían a El Havre aquella misma tarde, en el expreso de las seis treinta. ¿Vacaciones? ¡Qué va! No le llamaban a uno más que para sermonearle, y luego, ¡a la perrera!

Durante un momento, los dos empleados se miraron, moviendo la cabeza. Pero ya no se oían, pues un piano endiablado empezaba a dejar oír sus notas sonoras. Al parecer, las dos hermanas le golpeaban juntas, riendo alto y excitando los canarios. Entonces, el joven, animándose a su vez, saludó y volvió al interior del piso. El jefe segundo, abandonado a sí mismo, detuvo un instante más la mirada en la terraza desde la que subía hacia él toda aquella alegría de juventud. Luego, levantando los ojos, vio la locomotora, que había cerrado sus válvulas de escape, a la que el guardagujas dirigía hacia el tren de Caen. Los últimos copos blancos de vapor se perdían entre los gruesos torbellinos de humo negro que ensuciaban el cielo. Finalmente, Roubaud se decidió a dejar la ventana.

Deteniéndose ante el reloj de cuco que marcaba las tres y veinte, Roubaud hizo un ademán desesperado. ¿En qué diablos se estaba entreteniendo Severina? Cuando se metía en algún almacén, ya no volvía a salir. Para engañar el hambre que le atormentaba el estómago, empezó a poner la mesa. La vasta habitación de dos ventanas le era familiar; servía a la vez de alcoba, de comedor y de cocina. Tenía muebles de nogal, cama cubierta con tela de algodón rojo, aparador, mesa redonda y armario normando. Roubaud sacó del aparador un par de servilletas, platos, tenedores, cuchillos y dos vasos; todo de una limpieza extrema. Se divertía con esta ocupación de ama de casa como si se tratase de una comida a escote; estaba encantado de la blancura de la ropa de la mesa; muy enamorado de su mujer, y reía con esa misma risa simpática y fresca que oiría cuando ella abriese la puerta. Mas cuando había dispuesto el pâté sobre un plato y, junto a él, la botella de vino blanco, se detuvo inquieto, buscando algo con los ojos. Luego, con viveza, extrajo de sus bolsillos dos paquetes olvidados: una pequeña lata de sardinas y un trozo de queso Gruyère.

Daba la media. Roubaud iba y venía por la habitación, dirigiendo el oído hacia la escalera al menor ruido que percibía. No sabía qué hacer, y al pasar ante el espejo, se miró. No envejecía; andaba cerca de los cuarenta sin que hubiese palidecido el rojo ardiente de sus rizados cabellos. Su barba, color de sol, también seguía siendo espesa. De estatura mediana, pero de descomunal vigor, Roubaud se sentía orgulloso de su persona, satisfecho de su cabeza un tanto aplastada, de la frente baja, de la nuca gruesa y de su rostro redondo y sanguíneo, animado por dos ojos abultados y vivos. Sus cejas enmarañadas se juntaban formando la «raya de los celosos». Se había casado con una mujer

quince años más joven que él, pero estas miradas ante el espejo le tranquilizaban.

Oíase un ruido de pasos. Roubaud corrió para entreabrir la puerta. Era una vendedora de periódicos de la estación, que vivía al lado y que regresaba a su casa. Roubaud se alejó de la puerta y fijó su atención en una caja de conchas que estaba colocada sobre el aparador. Conocía bien esta caja; Severina se la había regalado a la señora Victoria, su nodriza. Y aquel pequeño objeto bastó para que evocase toda la historia de su matrimonio. Dentro de poco haría tres años. Nacido en el sur, en Plassans, hijo de un carretero, Roubaud había terminado el servicio militar con grado de sargento. Habiendo ocupado durante mucho tiempo un empleo de factor en la estación de Mantes, fue luego ascendido a jefe en la de Barentin, y allí conoció a su mujer, que solía tomar el tren cuando llegaba de Doinville en compañía de la señorita Berta, hija del presidente Grandmorin. Severina Aubry no era más que la hija menor de un jardinero muerto al servicio de los Grandmorin, pero el presidente, su padrino y tutor, la mimaba mucho; hizo de ella la compañera de su hija y envió ambas niñas al mismo internado para señoritas en Rouen. Ella revelaba una distinción natural tan grande, que durante mucho tiempo Roubaud se había limitado a desearla desde lejos, con esa pasión propia de un obrero desbastado hacia un objeto delicado y precioso. Fue el único amor de su vida. Se habría casado con ella aunque no hubiera tenido un cuarto, por la sola felicidad de tenerla a su lado; mas cuando, finalmente, se había atrevido a pedir su mano, su sueño se había visto superado por la realidad; además de Severina y una dote de diez mil francos, el presidente, ahora retirado y miembro del consejo de administración de la Compañía del Oeste, le había otorgado su protección. Desde la mañana siguiente de la boda, Roubaud se había convertido en jefe segundo de la estación de El Havre. Sin duda hablaban a su favor sus notas de buen empleado; perseverante en su puesto, puntual, honrado y de espíritu muy recto, aunque limitado; cualidades todas, que podían explicar la acogida inmediata y favorable de su petición y la rapidez de su ascenso. Prefería creer, sin embargo, que lo debía todo a su mujer. La adoraba.

Abierta la lata de sardinas, Roubaud perdió definitivamente la paciencia. Habían convenido en reunirse a las tres. ¿Dónde estaría? No podían venirle con el cuento de que la compra de un par de botas y de seis camisas le llevaba todo el día. Y, pasando una vez más ante el espejo, se vio con las cejas erizadas y con la frente dividida por una línea dura. En El Havre, no se le ocurría nunca sospechar de ella. En París, por el contrario, imaginaba toda clase de peligros, mañas, faltas. Una ola de sangre le subía hasta el cerebro y sus puños de antiguo hombre de cuadrilla se cerraban como en aquellos tiempos, cuando empujaba los vagones. Se convertía de nuevo en el bruto inconsciente de su fuerza: hubiera podido machacarla en un acceso de ciego furor.

Entonces se abrió la puerta y Severina apareció fresca y radiante.

—Soy yo... Has debido creer que me había perdido.

En el esplendor de sus veinticinco años, parecía alta, esbelta y muy flexible; pero tenía buenas carnes y finos huesos. No era guapa, a primera vista, con su rostro alargado y su boca fuerte, en la que relucían dientes admirables. Mas, mirándola mejor, seducía por el encanto y la rareza de sus grandes ojos azules, que contrastaban con su espesa cabellera negra.

Y como su marido, sin contestar, seguía examinándola con aquella mirada turbia y vacilante que ella bien conocía, añadió:

— ¡Oh! pero corrí... Imagínate, imposible tomar un ómnibus, y como no quise gastar dinero en un coche tuve que correr... ¡Mira, el calor que tengo!

— ¡Vamos! —dijo Roubaud en tono violento—. No me harás creer que vienes del Bon Marché.

Pero, en seguida, y con la ternura de un niño, ella se arrojó a sus brazos, posando su pequeña mano rolliza sobre la boca de su marido.

— ¡Malo, malo! ¡Cállate!... De sobra sabes que te quiero.

Y tal era la sinceridad que emanaba de toda su persona, tan cándida y recta aparecía a los ojos de Roubaud, que éste la estrechó locamente entre sus brazos. Siempre terminaban así sus sospechas. Ella, satisfecha de sentirse mimada, se abandonaba a sus caricias. Él la cubría de besos que ella no devolvía, y era eso lo que le causaba una oscura inquietud; esa pasividad, esa afección filial de niña grande en la que no despertaba la amante.

—Bien —dijo—, ¿supongo que desvalijaste el Bon Marché?

— ¡Claro! Verás... Pero, primero vamos a comer. ¡Qué hambre tengo!... ¡Ah sí!, mira, tengo un regalito para ti. Di: ¡mi regalito!

Reía en su cara, junto a él. Tenía la mano derecha escondida en su bolsillo, empuñando un objeto que no sacaba.

—Di, pronto: ¡mi regalito!

Él reía también de buena gana. Al fin, decidiéndose, dijo:

— ¡Mi regalito!

Era una navaja que Severina acababa de comprarle para reemplazar otra que había perdido, lo cual no cesaba de lamentar desde hacía quince días. Roubaud lanzó una exclamación de placer; la encontraba soberbia, era magnífica, con su mango de marfil y su brillante hoja. Ahora mismo la iba a probar. Ella estaba encantada al ver su alegría y, en broma, le pidió un centimito para que su amistad no fuese «cortada».

— ¡A comer! ¡A comer! —repetía—. ¡No, no, te lo suplico, no cierres todavía! ¡Tengo tanto calor!

La había seguido a la ventana y durante algunos segundos permaneció allí, apoyado en sus hombros y contemplando el vasto escenario de la estación. De momento, las humaredas se habían disipado; el cobrizo disco solar descendía en medio de brumas tras las casas de la calle de Roma. Abajo, una máquina de maniobras se acercaba arrastrando el ya compuesto tren de Mantes, que debía salir a las cuatro y veinticinco. Lo empujaba a lo largo del andén, por debajo del tejado, donde la desengancharían. En el fondo, donde aparecía el cobertizo del Cinturón, se oían los choques de los topes que anunciaban un acoplamiento imprevisto de coches. Y, sola en medio de los rieles, con su mecánico y su fogonero ennegrecidos por el polvo del viaje, se destacaba una pesada locomotora de tren ómnibus, inmóvil, y, diríase cansada y sin aliento, sin más vapor que un delgado chorrillo que salía de una válvula. Estaba aguardando que le dejaran libre la vía para poder volver al depósito de Batignolles. Una señal roja surgió haciendo un crujido y luego se eclipsó. La locomotora se puso en movimiento.

— ¡Qué chicas tan alegres las pequeñas Dauvergnés! —dijo Roubaud, abandonando la ventana—. ¿Las oyes cómo golpean el piano?... Hace un rato vi a Enrique y me pidió te presentara sus respetos.

— ¡A comer! ¡A comer! —gritó Severina.

Y lanzándose sobre las sardinas, comenzó a devorarlas. ¡Ah, qué lejos estaba aquel rápido desayuno de Mantes! Estas visitas a París la embriagaban. Todo en ella vibraba por la felicidad que le había producido correr por las aceras; aun sentía fiebre de sus compras en el Bon Marché. De un golpe, cada primavera, solía gastarse allí las economías hechas durante el invierno. Prefería comprarlo todo en aquellos almacenes pues decíase que de esta manera compensaba los gastos del viaje; no cesaba de extasiarse pensando en las compras, sin perder, por eso, un solo bocado. Ruborizada y un poco confusa, acabó por confesar el total de la suma que había gastado: más de trescientos francos.

— ¡Caramba! —exclamó Roubaud, impresionado—. ¡No está mal, para la mujer de un simple jefe segundo!... Pero, ¿no querías comprar tan solo seis camisas y un par de botas?

— ¡Ah, querido, hubo ocasiones únicas! ¡Una seda rayada deliciosa! Un sombrero, ¡de un chic!, ¡un sueño! ¡Unas enaguas con volantes bordados!... Y todo esto por nada, hubiera pagado el doble en El Havre. ¡Me lo mandarían, entonces verás!

Roubaud se resignaba a reír, ¡tan bella le parecía en su felicidad, con su

aire confuso y suplicante! Y, además, ¡cuán encantadora esta merienda improvisada, a solas en el fondo de esta habitación donde uno se sentía mucho más a gusto que en un restaurant! Severina, que ordinariamente no bebía más que agua, apuraba, descuidada, su vaso lleno de vino blanco. Terminada la lata de sardinas, pasaron al pâté y se estrenó la bella navaja nueva. Fue un triunfo: cortaba divinamente.

—Pero, ¿y tu asunto? ¡Cuéntame! —pidió Severina—. Me estás haciendo hablar todo el tiempo y no me dices cómo ha terminado lo del subprefecto.

Entonces, Roubaud le contó en detalle la forma en que le había recibido el jefe de la explotación. ¡Oh, sí, un lavado de primera! Se había defendido, había revelado la verdad, había dicho cómo ese mequetrefe de subprefecto se había obstinado en subir con su perro en un coche de primera clase, cuando había uno de segunda reservado para los cazadores y sus bestias, y la disputa que había resultado de ello, y las palabras a las que se había llegado. En suma, el jefe le daba la razón por haber deseado que se respetase el orden; pero lo terrible era aquella frase que el mismo Roubaud no negaba haber pronunciado: «¡No seréis siempre los amos!». Sospechaban que era republicano. Las discusiones que habían marcado la apertura de la sesión de 1869 y el sordo temor a las próximas elecciones generales hacían al gobierno desconfiado. Seguramente le habrían trasladado si no hubiera tenido la buena recomendación del presidente Grandmorin. Pero, aun así, había tenido que firmar la carta de excusa, aconsejada y redactada por este último.

Severina le interrumpió gritando:

— ¿Ves cómo hice bien en escribirle y como hicimos bien en hacerle una visita los dos esta mañana, antes de que recibieras tu jabón? Sabía que él nos sacaría del atolladero.

—Sí, te quiere mucho —prosiguió Roubaud—, y tiene él mucha manga ancha en la Compañía... Pero fíjate, ¿de qué sirve ser buen empleado? ¡Oh, no me han escatimado los elogios!, poca iniciativa, pero buena conducta, obediencia, valor, en fin, todo... Y bien, querida mía, de no ser tú mi mujer y de no intervenir Grandmorin en mi favor, por la amistad que te tiene, habría estado perdido y me mandarían a cumplir la penitencia, en alguna miserable estación.

Ella tenía la mirada fija en el vacío y murmuraba, cual si se hablase de sí misma:

— ¡Oh! no cabe duda, es un hombre que tiene mucha manga ancha.

Hubo un silencio. Ella permanecía sentada con los ojos muy abiertos y la mirada perdida a lo lejos. Evocaba, sin duda, los días de su infancia, allá en el castillo de Doinville, a cuatro leguas de Rouen. Nunca había conocido a su

madre. Cuando murió su padre, el jardinero Aubry, acababa de cumplir los doce años. Fue entonces cuando el presidente, que ya era viudo, permitió que permaneciese al lado de su hija Berta, bajo la vigilancia de su hermana, la señora Bonnehon. Ésta, esposa de un fabricante, había enviudado también, y era a ella a quien pertenecía ahora el castillo. Berta que llevaba a Severina dos años, se había casado, seis meses después de la boda de su compañera, con el señor De Lachesnaye, consejero del tribunal de Rouen, hombrecillo seco y de tez biliosa. El año anterior el presidente, que por entonces se hallaba a la cabeza de aquel tribunal de su tierra, se había retirado después de una magnífica carrera. Nacido en 1804, sustituido en Digne al día siguiente de la revolución de 1830, había desempeñado el mismo cargo en Fontainebleau y en París, siendo luego fiscal en Troyes, procurador general en Rennes, y, finalmente, primer presidente en Rouen. Este hombre, millonario y miembro del Consejo General desde 1855, fue nombrado comandante de la Legión de Honor el día mismo de su jubilación. Y por lejos que remontasen sus recuerdos, siempre Severina le veía tal como era aún, rechoncho y fornido, prematuramente encanecido, con cabellos cortos de un blanco dorado propios de hombre rubio, con su collar de barbas bien cortado, sin bigote y con un rostro cuadrado que parecía severo debido a los ojos de un azul duro y a la gruesa nariz. Era de modales rudos, y todos los que se hallaban a su alrededor temblaban ante él.

Roubaud tuvo que alzar la voz al repetir dos veces:

—Pero, ¿en qué estás pensando?

Severina se estremeció, como sorprendida y presa de miedo.

—En nada —dijo.

—No comes. ¿Es que ya no tienes hambre?

—Sí, ahora verás.

Había apurado su vaso de vino blanco y se dispuso a acabar con el resto de la rebanada de pâté que tenía en su plato. De pronto se produjo una alarma: se habían comido el pan de una libra, y ya no quedaba un solo bocado para el queso. Hubo gritos, que se convirtieron en risas cuando, al buscar por todas partes, acabaron por descubrir, en el fondo del aparador de la señora Victoria, un pedazo de pan seco. Aunque la ventana estaba abierta, hacía calor, y Severina, que tenía la estufa a sus espaldas, seguía acalorada y parecía aún más sonrosada y llena de excitación por lo imprevisto de este almuerzo animado. A propósito de la señora Victoria, Roubaud volvió a hablar de Grandmorin: ¡otra que tenía razones de sobra para estarle agradecida! Siendo joven había dado a luz un hijo ilegítimo, que murió. Entonces se convirtió en nodriza de Severina, pues ella había costado la vida a su madre. Casada más

tarde con uno de los fogoneros de la Compañía, la señora Victoria vivía en París al lado de un marido derrochador, sosteniéndose apenas gracias a la costura, cuando un encuentro casual con Severina tuvo por resultado el estrechar los antiguos lazos que unían a las dos mujeres, y al hacer también de la otra una protegida del presidente. Gracias a él, la señora Victoria había obtenido ahora un puesto en la salubridad; la custodia de los gabinetes de lujo para señoras, que eran los mejores. La Compañía no le pagaba más que cien francos al año, pero ella sacaba, con las propinas, casi mil cuatrocientos, sin contar el alojamiento, pues incluso la calefacción de aquel cuarto le era pagada. En suma, una situación muy agradable. Y Roubaud calculaba que si Pecqueux, el marido, en vez de ir de parranda en las dos terminales de la línea, contribuyese con sus dos mil ochocientos francos de sueldo fijo y primas, entonces el matrimonio reuniría más de cuatro mil francos, o sea el doble de lo que ganaba él como segundo jefe de estación en El Havre.

—Sin duda —concluyó— no le gustaría a cualquier mujer limpiar los gabinetes. Pero no hay oficio malo.

Mientras tanto, lo más agudo de su hambre se había apaciguado y ya no comían sino con aire de pereza, cortando el queso en pedacitos para prolongar el placer.

También sus palabras se hacían lentas.

—A propósito —exclamó Roubaud— se me olvidó preguntarte... ¿Por qué no quisiste aceptar cuando el presidente te invitó a pasar dos o tres días en Doinville?

Su espíritu, sumido en el bienestar de la digestión, acababa de evocar la visita que, en la mañana, había hecho el matrimonio al hotel de la calle de Rocher, junto a la estación; se había visto otra vez en aquel gran gabinete de aspecto severo, oyendo al presidente decir que saldría el día siguiente para Doinville. Luego, y como cediendo a una súbita idea, Grandmorin había expresado el deseo de tomar con ellos, la misma tarde, el tren de las seis y treinta y llevar luego a su ahijada a casa de su hermana, que hacía ya mucho tiempo que la estaba esperando con impaciencia. Pero Severina había alegado toda clase de razones que, según decía, la retenían.

—Sabes —prosiguió Roubaud— este pequeño viaje no me habría desagradado. Hubieras podido quedarte hasta el jueves. Yo me habría conformado. En nuestra posición los necesitamos, ¿no es cierto? No me parece prudente rechazar sus atenciones, y menos cuando tu negativa les debió causar verdadera pena... Por eso, no he cesado de insistir que aceptaras, hasta que me tiraste del gabán. Entonces dije lo mismo que tú, pero sin comprender... Ahora dime, ¿por qué no quisiste?

Severina, evitando su mirada, hizo un ademán de impaciencia.

— ¿Acaso podría dejarte solo?

—Ésa no es una razón —dijo Roubaud—. Desde que nos casamos, hace tres años, te has ido dos veces a Doinville para pasar allí una semana entera. Nada impedía que te fueras una vez más.

La confusión de su mujer aumentaba. Volvió la cabeza al contestar.

—Sencillamente, no tenía ganas. No vas a obligarme a hacer cosas que me desagraden.

Roubaud abrió los brazos, como para declarar que no la obligaba a nada. Sin embargo, dijo:

—Me estás ocultando algo... ¿Es que, la última vez, la señora Bonnehon te ha recibido mal?

No, la señora Bonnehon siempre la había recibido muy bien. ¡Era tan simpática, alta y fuerte, con su magnífica cabellera rubia! Y todavía bella, pese a sus cincuenta y cinco años. Desde que era viuda, y aun en vida de su esposo, decían de ella que tenía a menudo el corazón ocupado. En Doinville, la adoraban; hacía del castillo un lugar de deleites; toda la sociedad iba a pasar un rato allí, sobre todo la magistratura. Y era en la magistratura donde la señora Bonnehon había contado con muchos amigos.

—Entonces, confiésalo, serán los Lachesnaye los que te habrán ahuyentado —dijo Roubaud.

Sin duda, después de su casamiento con el señor de Lachesnaye, Berta había cesado de manifestarle los mismos sentimientos que le había mostrado antes. No podía decirse que esa pobre Berta se volviese más amable con el tiempo, ¡tan insignificante con su nariz roja! Las damas de Rouen alababan mucho su distinción. Era de temer, por eso, que un marido como el suyo, feo, duro y avaro, no tardara en amoldar a su mujer a su modo, convirtiéndola en mala. Pero no, Berta había observado una conducta correcta frente a su antigua compañera, y ésta no tenía ningún reproche preciso que dirigirle.

— ¿Es, pues, el presidente el que te disgusta?

Severina, que hasta entonces había contestado lentamente y con voz igual, mostró una súbita impaciencia.

— ¡Él! ¡Qué idea! —exclamó.

Y continuó hablando, con pequeñas frases nerviosas. Al presidente, apenas si se le veía. Había reservado para su uso un pabellón cuya puerta daba a un callejón desierto. Entraba y salía inadvertido. Su propia hermana no sabía nunca el día exacto de su llegada. Grandmorin salía a tomar un coche en

Barentin, siempre de noche, y llegado a Doinville pasaba días enteros en su pabellón, ignorado de todos. Por cierto, no era él quien le molestaba a uno allá.

—Te hablo de él —dijo Roubaud— porque me contaste veinte veces, recordando tu infancia, que te daba un miedo atroz.

— ¡Oh, un miedo atroz! Estás exagerando como siempre —protestó Severina—. Es verdad que no reía casi nunca. Le miraba a una tan fijamente con sus ojos abultados que una bajaba en seguida la cabeza. He visto a algunos desconcertarse en tal grado, que no podían dirigirle una sola palabra, de tanto como les intimidaba con su reputación de hombre severo y sagaz... Pero a mí, no me reñía nunca. He sentido siempre que le era simpática...

De nuevo, su voz se hacía lenta y su mirada se perdía a lo lejos.

—Recuerdo... siendo muy niña, que cuando estaba jugando en la alameda del parque, con mis amigas, al verle llegar, todo el mundo se escondía; sí, hasta su hija Berta, temblaba siempre pensando en alguna falta cometida. Yo le esperaba tranquila. Pasaba, y, viéndome allí sonriente, con el hocico alzado, me daba una palmada en la mejilla... Más tarde, teniendo yo dieciséis años, cuando Berta tenía que pedirle un favor, siempre me encargaba a mí para que se lo consiguiese. Entonces hablaba sin bajar los ojos y sentía cómo los suyos me atravesaban la piel. Pero ello me tenía sin cuidado, ¡estaba tan segura de obtener de él cuanto le pidiera! ¡Ah, sí, me acuerdo, me acuerdo! No existe allá zona del parque ni corredor o habitación del castillo que no pueda evocar cerrando los ojos.

Calló, y con los párpados bajos, diríase que sobre su rostro hinchado por el calor pasaba, como un temblor, el recuerdo de los sucesos de antaño, esos sucesos que ella no revelaba. Se quedó así durante un momento, con un ligero y rápido movimiento de los labios, cual si el borde de su boca fuera contraído dolorosa e involuntariamente.

—Es cierto, ha sido muy bueno para contigo —prosiguió Roubaud que acababa de encender su pipa—. No solamente te hizo criar como una señorita; se ha mostrado también muy hábil al administrar tus centavos y hasta ha redondeado la suma el día de nuestro casamiento... Sin contar que te dejará seguramente algo, pues lo ha dicho delante de mí.

—Sí —murmuró Severina—, la casa de La Croix-de-Maufras, aquella propiedad que luego fue cortada por el ferrocarril. Solíamos pasar allí una semana de cuando en cuando... Pero no cuento con ella, ya me figuro que los Lachesnaye le están trabajando para que no me deje nada. Y, además, ¡prefiero no recibir de él nada, nada!

Había pronunciado las últimas palabras con voz tan viva que Roubaud, retirando su pipa de la boca, la miró asombrado con sus ojos redondos.

— ¡Pero, qué rara eres! —dijo—. El presidente tiene millones, según se asegura. ¿Qué mal habría en que incluyese a su ahijada en su testamento? Ninguno. No sería una sorpresa para nadie y nos vendría muy bien.

Entonces una idea que atravesaba su mente, le hizo reír.

— ¿Acaso tienes miedo de pasar por su hija? Pues, sabes, del bueno del presidente, a pesar de su aire helado, se cuentan cosas increíbles. Parece que aun en vida de su mujer no había criada que se le escapase. En fin, un fresco que sabe todavía tumbar a una mujer... ¡Dios mío! ¡Si tú fueses su hija!

Severina se había levantado, violenta, con una expresión de susto en su vacilante mirada azul; su rostro parecía en llamas bajo la pesada masa de su cabellera negra.

— ¡Su hija! ¡Su hija! —gritó—. ¡No quiero que bromees sobre eso! ¿Entiendes? ¿Cómo podría ser su hija? ¿Acaso nos parecemos?... Basta ya, hablemos de otra cosa. No quiero ir a Doinville, porque no quiero, porque prefiero regresar contigo a El Havre.

Roubaud asintió con un movimiento de la cabeza, queriendo tranquilizarla. ¡Bueno, bueno, no iría puesto que la idea la ponía nerviosa! Sonreía. Nunca la había visto tan irritada. Era, sin duda, el vino blanco. Deseoso de hacerse perdonar, volvió a coger la navaja, expresando de nuevo su entusiasmo, y enjugándola cuidadosamente, y a fin de demostrarle que era tan afilada como una navaja de afeitar, se puso a cortarse las uñas.

—Las cuatro y quince, ya —murmuró Severina, de pie ante el reloj de cuclillo—. Tengo todavía algunas compras que hacer... Debemos pensar en nuestro tren.

Pero antes de asear un poco la habitación y como para acabarse de calmar, volvió a acodarse en la ventana. Él, entonces, soltando el cuchillo y dejando su pipa, se levantó, a su vez, de la mesa, se aproximó a ella y, por detrás, la estrechó dulcemente en sus brazos. La tenía abrazada, con la barba apoyada en sus hombros y la cabeza junto a la suya. Inmóviles, uno y otra, miraban.

Abajo, las pequeñas máquinas de maniobras continuaban yendo y viniendo sin reposo, y se las oía apenas cuando, parecidas a amas de casa, a la vez vivas y prudentes, con un ruido amortiguado de ruedas y discretos silbidos, se deslizaban más rápidamente sobre los rieles. Una de ellas pasó y desapareció bajo el Puente de Europa, arrastrando hacia la cochera los vagones de un tren de Trouville. Ahora, más allá del puente, una locomotora llegaba sola del depósito, emergía cual solitaria paseadora, reluciente con sus cobres y aceros, fresca y alegre ante la perspectiva de un viaje. La máquina esa se había parado pidiendo, con dos breves señales de pito, acceso a la vía. Casi inmediatamente, el guardajugas la dirigió hacia su tren que, completamente formado, la

esperaba en el andén bajo el tejado de la estación. Era el tren de Dieppe, de las cuatro y veinticinco. Una ola de viajeros invadía el andén; oíase el rodar de las vagonetas cargadas de equipaje; algunos hombres empujaban, uno a uno los calentadores hacia el interior de los coches. Un sordo choque: la locomotora, con su tender, acababa de abordar el vagón de cabeza, y veíase al jefe de equipo cerrando, él mismo, la barra de acoplamiento. Hacia Batignolles, el cielo se había oscurecido; una crepuscular bruma de cenizas, sumiendo las fachadas, parecía caer sobre el desplegado abanico de las vías, mientras, a lo lejos, al margen de esta masa de formas borrosas, se cruzaban sin cesar los trenes que salían y los trenes que llegaban, recorriendo los trayectos de las líneas suburbanas y el cinturón. Más allá de los sombríos manteles tendidos sobre las grandes salas de la estación, subían, volando por el aire, las desmenuzadas nubes de humo rojizo.

—No, no, déjame —murmuró Severina.

Poco a poco, sin hablar una palabra, Roubaud la había envuelto en una caricia más estrecha, excitado por la tibieza de ese cuerpo juvenil que tenía ahora completamente aprisionado entre sus brazos. Le embriagaba con su olor y su deseo se exasperó cuando ella, queriendo desprenderse de él, arqueó las caderas. En una sola y brusca sacudida, Roubaud la levantó, cerrando con el codo la ventana. Su boca había encontrado la suya, y le aplastaba los labios con sus besos, mientras la llevaba hacia la cama.

— ¡No, no! ¡No estamos en casa! —repetía ella—. ¡Te suplico, no en este cuarto!

Ella misma se sentía como embriagada, aturdida por la comida y el vino, y todavía vibrante después de su febril recorrido a través de París. La habitación, calentada al exceso, la mesa en la que aparecían en desorden los cubiertos, lo imprevisto del viaje, que se estaba convirtiendo en partida de placer, todo le encendía la sangre y le hacía estremecerse de emoción. Y sin embargo, se negaba, y le oponía resistencia, apoyada contra el bastidor de la cama, con una rebeldía llena de terror, la causa de la cual ella misma no habría podido explicar.

—No, no —suplicaba—. No quiero.

Roubaud, en el que hervía la sangre, hacía un esfuerzo para dominar sus gruesas manos brutales. Hubiera podido destrozarla.

— ¡Tonta! ¿Quién lo sabrá? Luego arreglaremos la cama.

En su casa, en El Havre, Severina, habitualmente, se entregaba con una docilidad complacida, después del almuerzo cuando Roubaud estaba de servicio por la noche. Ella no recibía, al parecer, ningún placer, pero manifestaba un abandono feliz, un afectuoso consentimiento en el placer que

le proporcionaba a él. Y lo que ahora le volvía loco era sentirla como nunca la había poseído; ardiente y temblorosa. El reflejo negro de su cabellera oscurecía sus tranquilos ojos de verde doncella, y su boca, fuertemente dibujada, parecía sangrar en el suave óvalo de su rostro. Tenía ante sí una mujer a la que no conocía. ¿Por qué rehusaba?

—Di, ¿por qué? —insistía—. Tenemos tiempo.

Entonces, en medio de esa angustia inexplicable, de esa turbación que no le permitía juzgar las cosas claramente, turbada hasta un grado que parecía ignorarse a sí misma, lanzó un grito de dolor verdadero que hizo que Roubaud desistiera bruscamente:

— ¡No, no, déjame, te suplico!... No sé qué me pasa, es como si me ahogara sólo de pensar en ello... en este momento... No estaría bien.

Los dos se habían dejado caer, sentados ahora sobre el borde de la cama. Roubaud se pasó la mano sobre el rostro como para arrancarse el escozor que le quemaba. Viendo que había vuelto a la sensatez, ella, amistosa, se inclinó y le dio un fuerte beso en la mejilla, queriendo mostrarle que le quería a pesar de todo. Por un instante, los dos permanecieron así, sin hablar, recobrando su calma. Roubaud había tomado la mano izquierda de Severina y jugaba con una vieja sortija, una serpiente de oro con pequeña cabeza de rubíes, que lucía en el mismo dedo en que llevaba puesto su anillo de boda. Siempre la había visto en ese lugar.

— ¡Mi pequeña serpiente! —dijo Severina, con voz de sueño, creyendo que Roubaud contemplaba la sortija y sintiendo una imperiosa necesidad de hablar—. Fue en La Croix-de-Maufras donde me la regaló, con motivo de mis dieciséis años cumplidos.

Roubaud, sorprendido, levantó la cabeza.

— ¿Quién? ¿El presidente? —preguntó.

Cuando los ojos de su marido se encontraron con los suyos, Severina tuvo un brusco sobresalto que la despertó. Sintió que un súbito frío le helaba las mejillas. Quiso contestar, pero no pudo articular ni una sola palabra, ahogada por una especie de parálisis.

—Pero —dijo Roubaud—, tú me has dicho siempre que era tu madre quien te había dejado esta sortija.

En ese instante, ella todavía hubiera podido deshacer aquella frase dejada escapar en un momento de completo olvido. Habría bastado que riese, que se hiciera la distraída. En vez de esto, se obstinó. Había perdido el dominio de sí misma.

—Querido —respondió—, no te he dicho nunca que mi madre me había

dejado este anillo.

De pronto, Roubaud, palideciendo a su vez, la miró firmemente.

— ¿Cómo? —dijo—. ¿Que no me lo has dicho nunca? ¡Si me lo dijiste veinte veces!... No hay nada malo en que el presidente te diera una sortija. Te dio mucho más que esto... Pero, ¿por qué me lo ocultaste? ¿Por qué me mentiste, diciendo que era de tu madre?

—No he hablado de mi madre, querido, estás equivocado —repitió Severina.

Esta obstinación era estúpida. Veía claramente que se perdía, que él la penetraba con la mirada, y hubiera querido desdecirse, corregir el sentido de sus palabras; mas era tarde, sentía cómo su rostro la traicionaba, cómo, a pesar suyo, la confesión se desprendía de toda su persona. El frío de sus mejillas había invadido su faz entera, una contracción nerviosa retorció sus labios. Y él, espantoso, con un rostro en el que había reaparecido súbitamente un rubor tan violento que diríase la sangre iba a hacer saltar las venas, cogiendo sus muñecas, la miró a los ojos de cerca, para leer mejor, en el pánico que reflejaban, lo que no decían sus labios.

— ¡Maldita sea! —balbuceó—. ¡Maldita sea!

Severina tuvo miedo. Incluyó la cara para esconderla bajo su brazo, esperando el puñetazo. Un hecho, pequeño, miserable, insignificante, el olvido de una mentira a propósito de un anillo, acababa de ofrecer la evidencia, después de un par de palabras cambiadas. Un minuto había sido suficiente. Arrojándola violentamente sobre la cama, Roubaud se abalanzó y comenzó a golpearla con ambos puños, a ciegas. En tres años no le había dado ni siquiera una bofetada, y ahora la machacaba, ciego, ebrio, en un paroxismo de salvaje, con su furia de hombre de gruesas manos, que en otro tiempo habían empujado pesadas vagonetas.

— ¡Putas de Dios! ¡Te has acostado con él!... ¡Acostado con él!... ¡Acostado con él!...

Su furia crecía a cada repetición de estas palabras, y cada vez que las pronunciaba, abatía los puños sobre ella, como queriendo que entrasen en su carne.

— ¡Con un viejo chocho!... ¡Acostado con él!... ¡Acostado con él!...

Era tal su ira que silbaba sin que la voz llegase a salir de su garganta. Fue entonces cuando oyó que ella, ablandándose bajo sus golpes, decía, «no». No encontraba mejor defensa, negaba para que no la matase. Y este grito, esta obstinación en la mentira, acabó de enloquecerle.

— ¡Confiesa que te acostaste con él!

— ¡No! ¡No!

Había vuelto a agarrarla, sosteniéndola derecha entre sus brazos e impidiendo así que recayese sobre la cama con el rostro hundido en la manta, como una pobre criatura que se esconde. La forzaba a mirarle.

—Confiesa que te acostaste con él —repitió.

Pero ella, deslizándose entre sus brazos, se escapó y corrió hacia la puerta. Con un salto, Roubaud se lanzó de nuevo sobre ella con el puño levantado, y, alcanzándola junto a la mesa, la derribó tras un solo golpe furioso. Se tendió en el suelo, a su lado; la agarró de los cabellos para mantenerla allí clavada. Durante un minuto, los dos permanecieron así, tumbados, cara a cara, inmóviles. Y en medio de un horrible silencio, oíanse, procedentes del piso de abajo, los cantos y risas de las señoritas Dauvergne, cuyo piano rabiaba, sofocando, afortunadamente, los ruidos de la lucha. Era Clara la que estaba cantando canciones infantiles, mientras Sofía la acompañaba, vigorosamente.

—Confiesa que te acostaste con él.

Severina ya no se atrevía a negar. No contestó nada.

— ¡Confiesa que te acostaste con él, perra de Dios, o te destripo!

Iba a matarla, lo leía claramente en su mirada. Al caer, había visto sobre la mesa la navaja abierta; veía claramente el brillo de la hoja y le pareció que Roubaud alargaba el brazo. La cobardía se apoderó de ella: sintió un deseo de entregarse, abandonando toda resistencia; deseo de acabar de una vez.

—Pues sí, ¡es cierto! —dijo—. ¡Suéltame!

Lo que sucedió entonces, fue abominable. La confesión que había exigido con tanta violencia le hirió en plena cara como algo imposible y monstruoso. Le parecía que jamás habría sospechado semejante infamia. Cogió su cabeza y la golpeó contra una pata de la mesa. Ella resistía desesperadamente, y él la arrastró por los cabellos a través del cuarto, derribando las sillas. Cada vez que hacía un esfuerzo para levantarse, la arrojaba de nuevo sobre los ladrillos del piso. Y todo eso lo hacía jadeante, con los dientes apretados, con encarnizamiento salvaje y estúpido. La mesa, apartada con violencia, por poco hizo que se volcase la estufa. Adheridos a una esquina del aparador, aparecían algunos cabellos y una mancha de sangre. Cuando al fin, embrutecidos, llenos de horror y cansados de dar y recibir golpes, los dos recobraron el aliento, se vieron otra vez junto a la cama, en la postura de antes: ella revolcándose sobre el suelo, y él, en cuclillas, agarrándola de los hombros. Respiraron. Abajo, seguía oyéndose la música, y las risas de las Dauvergne subían volando, sonoras y juveniles.

De pronto, Roubaud hizo enderezarse a Severina, apoyándola contra la

cama. Y, de rodillas, pesando sobre ella, por fin se puso a hablar. Ya no la pegaba; ahora la torturaba con sus preguntas, con su insaciable afán de saber.

— ¡Conque te has acostado con él, perra! —decía—. Repítelo, repite que te acostaste con el viejo... ¿Cuándo? ¡Di! ¿De muy niña, de muy niña, verdad?

Bruscamente, Severina se deshizo en lágrimas; sus sollozos no le permitían hablar.

— ¡Maldita sea! ¿Contestarás por fin? Aun no tenías diez años cuando ya le dabas gusto a este viejo, ¿eh? ¡Fue por eso por lo que te crío con tanto mimo, fue por sus porquerías! ¡Di, habla ya, o vuelvo a pegarte!

Ella lloraba, incapaz de pronunciar una palabra. Roubaud levantó la mano y la aturdió con una bofetada, y como no obtuvo de ella más contestación que antes, la abofeteó tres veces más repitiendo su pregunta:

— ¿Cuántos años tenías? ¡Dilo, perra! ¡Dilo ya! —gritaba.

¿Para qué luchar? Severina sentía desvanecerse toda su voluntad. Sabía que era él capaz de sacarle el corazón con sus endurecidos dedos de antiguo obrero. Y el interrogatorio continuó; ella lo confesaba todo, tan aniquilada de vergüenza y miedo, que sus palabras, exhaladas en voz muy baja, casi no se oían; mientras él, devorado por sus celos atroces, enloquecía cada vez más ante las visiones que evocaba el relato de su mujer. Se mostraba insaciable en saber, la obligaba a volver a los mismos detalles, a precisar los hechos. Mientras oía ávidamente la confesión de la infeliz, agonizaba, manteniendo a pesar de sus sufrimientos, la amenaza de su puño levantado, dispuesto a pegarla de nuevo tan pronto como se detuviese.

Una vez más, todo el pasado de Severina, Doinville, su niñez, su adolescencia, desfilaron ante Roubaud. Aquello, ¿sucedía en el fondo de los macizos del gran parque? ¿En algún rincón de un corredor del castillo? ¿Así, pues, el presidente ya la deseaba cuando, a la muerte del jardinero, la hizo educar con su hija? Sin duda la cosa había comenzado en aquellos días en que las otras niñas, abandonando su juegos, huían al verle aparecer, mientras ella, sonriente y con el «hocico» alzado, esperaba que, al pasar, le diera una palmadita en la mejilla. Y más tarde, si osaba hablarle sin bajar la mirada, si conseguía todo de él, ¿no era porque sabía que le dominaba? Él, tan digno y severo hacia los otros, la compraba con sus atenciones de seductor de criadas. ¡Qué asco! ¡Ese viejo se hacía besuquear como abuelo, observando cómo crecía, probándola, preparándola un poco más a cada hora, sin la paciencia de esperar que madurase!

Roubaud jadeaba.

—En fin, ¿a qué edad? —insistía—. Dímelo más claramente.

—Dieciséis y medio.

— ¡Mientes!

— ¿Por qué habría de mentir? —contestó a tiempo que encogía los hombros llena de resignación y fatiga inmensas.

—Y... ¿dónde sucedió por vez primera?

—En La Croix-de-Maufras.

Roubaud vaciló durante un segundo, sus labios se movían. Un reflejo amarillo turbaba sus ojos.

Luego ordenó:

—Quiero que me digas lo que te hizo.

Severina permaneció muda, pero viéndole blandir el puño, murmuró:

—No me creerías.

—No importa, dímelo... No pudo hacer nada, ¿eh?

Contestó ella con un movimiento de cabeza. Había acertado. Entonces, Roubaud se cebó en aquella escena: quiso conocerla en sus más íntimos detalles y no retrocedió ante palabras crudas ni ante interrogaciones inmundas. Ella ya no desplegaba los labios, limitándose a decir «sí» o «no» con la cabeza. Tenía la oscura esperanza de que ambos tal vez sintieran alivio cuando hubiese terminado la confesión. Pero él sufría aún más al conocer estos pormenores que debían atenuar su culpa. Una intimidación normal, completa, habría evocado en él imágenes menos atormentadoras. Las imágenes de aquella anormalidad teñían todo de podredumbre, mientras hundían y revolvían en su carne los cuchillos envenenados de los celos. Ahora, todo había terminado: ya no habría, para Roubaud, vida posible: siempre tendría ante sus ojos aquella execrable visión.

Un sollozo le desgarró la garganta.

— ¡Maldita sea! —gimió—. ¡Maldita sea!... ¡No puede ser verdad, no, no! Es demasiado... ¡No puede ser verdad!

Luego, bruscamente, la sacudió, gritando:

—Pero, ¿por qué te casaste conmigo?... ¿No comprendes que es innoble haberme engañado así? Más de una ladrona, de las que están en presidio, no tienen la conciencia tan cargada como tú... ¿Es que me despreciabas? ¿Es que no me querías? ¡Di! ¿Por qué te casaste conmigo?

Severina hizo un vago ademán. ¿Acaso, en aquel momento, ella misma lo

sabía exactamente? Al casarse con él, se había sentido feliz esperando terminar con el otro. ¡Hay tantas cosas que no queremos hacer y que, sin embargo, hacemos, porque, a pesar de todo, resultan ser las más prudentes! No. No le quería. Y lo que evitaba decirle era que, sin aquella historia, nunca habría consentido en ser su mujer.

— ¿Fue él, en verdad, quien deseaba casarte? —insinuó Roubaud—. Y encontró un bobo, ¿eh? Deseaba casarte para que aquello pudiera continuar. Y continuó, ¿eh? Durante tus dos viajes al castillo. ¿Era por eso por lo que te llevaba allí?

Con un movimiento de la cabeza, ella confesó, una vez más, que así fue.

— ¿Y fue también por eso por lo que te invitó esta vez?... Así, pues, aquellas porquerías habrían empezado de nuevo. ¡Y empezarán de nuevo si no te mato!

Sus manos convulsas se alargaban para agarrarla por el cuello. Mas, esta vez, ella se rebeló.

—Eres injusto —dijo—. Fui yo quien no quería ir. Tú me mandaste allá e insististe tanto que me enfadé. Acuérdate. Ya ves que no quería continuar. Había terminado. Nunca, te lo juro, nunca quise que aquello continuara.

Roubaud sintió que decía la verdad, pero ello no le produjo ningún alivio. El horrible dolor, ese hierro que permanecía metido en su pecho, lo que había sucedido entre ella y aquel hombre, era irreparable. Sufría terriblemente por su impotencia para hacer que aquello no hubiera sucedido. Sin soltarla todavía, se había aproximado a su rostro; parecía fascinado, atraído por él, como si esperase encontrar en la sangre que corría por aquellas finas venas azuladas todo cuanto ella le había confesado.

—En La Croix-de-Maufras... el cuarto rojo —murmuraba alucinado—. Lo conozco. La ventana da a la vía. La cama se halla frente a la ventana. Y fue allí, en aquel cuarto... Comprendo que piense dejarte la casa. ¡Bien te la ganaste! ¿Y por qué no había de proteger tu dinero y darte una dote? Sabía lo que pagaba... ¡Un juez, un hombre con millones, tan respetado, tan culto, de tan alta posición! En verdad, se le va a uno la cabeza... Escucha, ¿y si fuese tu padre?

Severina, con un brusco esfuerzo, se puso en pie, rechazándole con fuerza extraordinaria en un pobre ser vencido.

— ¡No, no, eso no! —protestó, violenta—. Haz lo que quieras. Pégame, márame, pero no digas eso. ¡Es mentira!

Roubaud retenía una de sus manos entre las suyas.

— ¿Acaso sabes algo de ello? —insinuó—. Si te indignas tanto, debe ser

porque tienes dudas.

Y al tratar ella de librar su mano, Roubaud sintió la sortija, aquella pequeña serpiente de oro con cabeza de rubíes, olvidada en su dedo. Se la arrancó y, en un nuevo acceso de ira, la aplastó con el tacón sobre los ladrillos. Luego se puso a andar de un extremo a otro del cuarto, mudo y aterrado. Ella, sentada en el borde de la cama, le miraba con sus grandes ojos fijos. Y el terrible silencio continuó.

La ira de Roubaud no se calmaba. Apenas había comenzado a disiparse cuando volvía, en grandes olas redobladas, arrastrándole hacia el vértigo. Entonces ya no era dueño de sí y, convertido en juguete del viento de violencia que le golpeaba, se debatía en el vacío: sólo obedecía a la necesidad única de apaciguar la bestia que aullaba en él. Era una necesidad física, espontánea, como la sed de la venganza que le retorció el cuerpo y que ya no le daba tregua alguna hasta que la hubiese satisfecho.

Sin detenerse un solo instante, golpeaba sus sienes con ambos puños, balbuceando con voz angustiada:

— ¿Qué es lo que he de hacer?

A esa mujer, a la que no había matado en seguida, ahora ya no la mataría. Su cobardía, al perdonarle la vida, exasperaba su furia. Era un cobarde, y si no la había ahogado con sus manos, era porque seguía deseándola. Sin embargo, no podía conservarla a su lado después de lo sucedido. ¿Entonces, la echaría fuera? ¿La arrojaría a la calle para no volverla a ver nunca? Y una nueva oleada de sufrimiento le invadió, una execrable náusea le agobió cuando se dio cuenta de que ni siquiera eso haría. Entonces, ¿qué? ¿Habría de resignarse a aceptar la abominación y a llevarse a esta mujer a El Havre; a continuar la apacible vida con ella, como si no hubiera pasado nada? ¡No, no! ¡Antes la muerte, la muerte para los dos, al instante! Y Roubaud se sintió presa de una angustia tal que, perturbado, gritó:

— ¿Qué he de hacer?

Desde la cama, en la que había permanecido sentada, Severina continuaba siguiéndole con sus grandes ojos. Movida por la serena afección que le inspiraba su marido, se apiadaba de él viendo su dolor desmesurado. Las brutales palabras, los golpes, los habría ella excusado; pero aquel arrebato le causó una sorpresa de la que aún no se había repuesto. Ella, tan pasiva, tan dócil; que, ya de niña, se había sometido a los deseos de un anciano; que, más tarde, se había dejado casar, queriendo, únicamente, arreglar las cosas: ella no lograba comprender tal explosión de celos por una falta de antaño, de la que se arrepentía, que había realizado sin vicio, en la que sus sentidos apenas si habían despertado. Severina, en su semi-inconsciencia de niña dulce y casta a

pesar de todo, miraba a su marido, que iba y venía y daba vueltas con furia, como habría mirado a un lobo, a un ser de especie diferente. ¿Qué era lo que le movía? ¡Había tantos que desconocían la ira! Lo que le espantaba era ver desencadenada, enloquecida y presta a morder, a la bestia que había adivinado en él desde hacía años, escuchando ciertos gruñidos sordos. ¿Qué decirle para impedir una desgracia?

A cada vuelta, Roubaud pasaba, cerca de la cama, ante Severina; ella esperaba que una vez se aproximara más. Al fin osó hablarle.

—Querido —empezó—, escucha...

Pero él no la oía. Ya se dirigía hacia el lado opuesto del cuarto, como una paja azotada por la tempestad, repitiendo sin cesar:

— ¿Qué haré, Dios mío, qué haré?

Por fin, cogiéndole de la muñeca, logró ella detenerle por un instante.

— ¡Vamos, querido! Si yo misma me negué a ir... —dijo—. ¡Yo no habría ido nunca, nunca! Te quiero a ti.

Y se volvía cariñosa, atrayéndole hacia sí, tendiéndole sus labios para que los besase. Pero Roubaud, dejándose caer a su lado, la rechazó con un movimiento de horror.

— ¡Ah, perra! Ahora sí quieres... Hace un rato, no quisiste, no tuviste ganas de mí... Ahora quieres, para no perderme, ¿eh? Cuando se tiene a un hombre así sujeto se le tiene sólidamente... Pero me quemaría si te tocase. ¡Sí, siento que me quemaría la sangre como un veneno!

Se estremeció. La idea de poseerla, la imagen de sus cuerpos arrojados sobre la cama le atravesaba como una llama. Y en medio de la turbia noche de sus impulsos, desde el fondo de sus manchados deseos que sangraban, de pronto se irguió la necesidad de la muerte.

—Para que no reviente al seguir contigo, ¡es preciso que reviente el otro! —exclamó—. ¡Tengo que matarle, tengo que matarle!

Su voz crecía. Se había levantado, y al repetir la palabra parecía él crecer. Diríase que esta decisión le calmaba. Calló y, avanzando lentamente, se aproximó a la mesa, fascinado por el brillo de la navaja abierta. Con un movimiento maquinal, la cerró y se la metió en el bolsillo. Y con las manos pendientes, y la mirada perdida a lo lejos, permaneció inmóvil, en el mismo lugar. Meditaba. Los obstáculos que surgían ante su espíritu, le obligaban, al parecer, a un gran esfuerzo mental, pues dos grandes arrugas cruzaban su frente. Para encontrar la solución, se acercó a la ventana. La abrió y bañó su rostro en el aire fresco del crepúsculo. Detrás de él, su mujer, oprimida de nuevo por el temor, se había levantado y, sin osar hacer preguntas, tratando de

adivinar lo que estaba pasando en aquel cráneo duro, esperaba, erguida frente al vasto cielo.

Anocheía. Las casas lejanas se dibujaban negras sobre el fondo; el extenso espacio de la estación se llenaba de bruma violada. Por el lado de Batignolles especialmente, la profunda trinchera parecía sumergida en cenizas que iban borrando las armaduras del Puente de Europa. Hacia París, un último reflejo del día convertía en pálidas las vidrieras de las grandes salas de los andenes cubiertos, mientras que, por debajo de los tejados, las tinieblas flotaban densas. De pronto, saltaron chispas y algo comenzó a centellear: encendían las lámparas de gas a lo largo de los andenes. Una grande claridad blanca aparecía allí: el faro de la locomotora del tren de Dieppe, que atestado de pasajeros, con las portezuelas ya cerradas, sólo esperaba para salir la señal del jefe segundo de servicio. Acababa de surgir un obstáculo: la luz roja de la aguja cerraba ya la vía, cuando una pequeña máquina entró para llevarse algunos coches que por una maniobra mal ejecutada, se habían quedado en el camino. Sin cesar huían los trenes por la sombra creciente en medio del inextricable entretejido de rieles e hileras de vagones estacionados en las vías de reserva. Uno salía hacia Argenteuil, otro hacia Saint-Germain; un tercero, muy largo, llegaba de Cherbourg. Se multiplicaban las señales, los silbidos, los toques de bocina, y por todas partes, uno tras otro, aparecían fuegos encarnados, verdes, amarillos, blancos. Era una confusión, corriente en esa hora turbia de entre el día y la noche; y diríase que todo se iba a romper, que todo pasaba, se desprendía, se rozaba con un mismo movimiento suave y lento, apenas visible en medio del crepúsculo. Ahora la luz roja de la aguja se extinguió, el tren de Dieppe silbó y se puso en marcha. Desde el pálido cielo comenzaban a bajar volando algunas raras gotas de lluvia. La noche iba a ser muy húmeda.

Cuando Roubaud se volvió, su rostro parecía hinchado de obstinación y como invadido por la sombra del anochecer. Estaba decidido. Su plan estaba hecho. A la luz del moribundo día, miró hacia el cuadrante del reloj de cuclillo y dijo en voz alta:

—Las cinco y veinte.

Sintió asombro: ¡una hora, una hora apenas! ¡Y cuánto había pasado! Hubiera creído que hacía semanas que los dos estaban allí, en aquel suplicio.

—Las cinco y veinte. Tenemos tiempo.

Severina, que no osaba interrogarle, no había dejado de seguirle con sus ansiosas miradas. Le vio rebuscar en el armario, luego sacar de un cajón algunas hojas de papel, un pequeño frasco de tinta y una pluma.

— ¡Toma! —ordenó Roubaud—. Ahora vas a escribir.

— ¿A quién?

—A él... Siéntate.

Y como ella instintivamente se alejase de la silla, ignorando aún lo que Roubaud iba a exigirle, éste la hizo volver y la sentó con tanta fuerza ante la mesa, que Severina se quedó allí.

—Escribe... «Salga esta tarde en el expreso de las seis y treinta y procure no mostrarse hasta Rouen».

La pluma temblaba en su mano, y su miedo en tal grado crecía ante lo desconocido que ocultaban estas sencillas dos líneas, que tuvo el valor de levantar la cabeza con un movimiento de súplica.

—Amor mío, ¿qué vas a hacer? —preguntó—. Te ruego que me expliques...

Pero Roubaud repitió con su voz alta e inexorable:

— ¡Escribe! ¡Escribe!

Luego con los ojos fijos en los suyos, sin ira, sin palabrotas, pero con una obstinación cuyo peso la aplastaba, añadió:

—Verás lo que voy a hacer... Y sábelo, lo que voy a hacer, quiero que lo hagas conmigo. Así nos quedaremos juntos y habrá entre nosotros algo sólido.

Sus palabras la espantaban. Trató nuevamente de retroceder.

—No, no, quiero saber... No escribiré hasta que sepa...

Entonces, sin hablar, Roubaud le cogió una mano, una pequeña y frágil mano de niña y, estrechándola entre su puño de hierro, apretó más y más con la fuerza de un torno. Y su voluntad parecía entrarle en la carne de ella, junto con el dolor. Lanzó un grito. Su ser se rompía, se entregaba por completo. Aunque seguía ignorando sus intenciones, su dulzura pasiva le aconsejaba la sumisión: instrumento de amor, instrumento de muerte.

—Escribe, escribe.

Y ella escribió penosamente, con su mano dolorida.

—Está bien, así me gusta —dijo en cuanto tuvo la carta—. Ahora arregla un poco esto y prepáralo todo. Volveré a buscarte.

Estaba tranquilo. Rehízo el nudo de su corbata delante del espejo, se puso el sombrero y se fue. Severina oyó como cerraba la puerta con dos vueltas de llave. La noche progresaba con paso rápido. Permaneció un instante sentada, escuchando los ruidos del exterior. De la habitación de al lado, donde vivía la vendedora de periódicos, le llegaba un lamento prolongado y sordo: sin duda

algún perrito olvidado por su ama. Abajo, en casa de los Dauvergne, se había callado el piano. Ahora oíase el alegre alboroto de las cacerolas y los platos. Las dos amas de casa estaban ocupadas en la cocina; Clara cuidando un guisado de carnero, Sofía limpiando una ensalada. Y Severina, anonadada, escuchaba sus risas en medio de la horrible angustia de aquella noche cada vez más densa.

A las seis y cuarto, la locomotora del rápido de El Havre, desembocando por el Puente de Europa, se dirigió hacia su tren. La engancharon. Debido a una obstrucción, no habían podido colocar este tren bajo la marquesina de las líneas de gran distancia; esperaba al aire libre, en medio de las tinieblas, bajo un cielo color de tinta. El andén se prolongaba en forma de muelle angosto sobre el que la hilera de los pocos mecheros de gas, espaciados a lo largo de la acera, diseminaba una luz de estrellas humeantes. Acababa de caer un fuerte lluvia dejando tras sí un hálito húmedo y glacial que flotaba sobre aquel vasto espacio descubierto, cuyos límites, extendidos por las brumas, parecían alejarse hacia las débiles y pálidas luces de las fachadas de la calle de Roma. Aquel espacio era inmenso y triste, anegado en agua, salpicado acá y allá por fuegos sanguinolentos, confusamente poblado de masas opacas: locomotoras y vagones solitarios, trozos de trenes dormidos sobre las vías de reserva. Y desde el fondo de ese lago de sombra, llegaban ruidos cual respiración de monstruos jadeantes de fiebre; silbidos parecidos a los agudos gritos de mujeres violadas y lejanos toques de bocina; lamentos en medio del sordo fragor de las calles vecinas...

Diéronse órdenes en voz alta para que añadiesen un coche. Inmóvil, la máquina del expreso dejaba escapar por una válvula un gran chorro de vapor que subía a través de ese negro espesor, deshilachándose y sembrando con blancas lágrimas la inmensa manta de luto tendida sobre el cielo.

A las seis y veinte, aparecieron Roubaud y Severina. Ella acababa de entregar la llave a la señora Victoria, al pasar ante los excusados contiguos a la sala de espera, y Roubaud la empujaba con la impaciencia de un marido que tiene prisa y a quien su mujer retrasa. Nervioso y brusco, con el sombrero hacia atrás iba él; ella con su velo pegado al rostro, vacilante y como rendida de cansancio. Preso en la ola de viajeros que invadía el andén, el matrimonio avanzó a lo largo de la fila de coches buscando con la mirada un departamento de primera vacío. El andén se animaba por momentos; los mozos arrastraban hacia el furgón de cabecera las vagonetas de equipaje; un vigilante se ocupaba acomodando a una familia muy numerosa, mientras que el segundo jefe de servicio daba un vistazo a los enganches de los coches, con su linterna en la mano, para asegurarse de que estaban sólidamente unidos. Roubaud había encontrado al fin un departamento vacío y se disponía a hacer subir a Severina, cuando fue descubierto por el jefe de estación, señor Vandorpe, que

se paseaba por allí en compañía del jefe adjunto de las líneas de gran distancia, señor Dauvergne. Los dos marchaban con las manos a la espalda y observaban las maniobras para enganchar al tren un coche más. Se cambiaron saludos, y fue preciso detenerse en el andén y hablar.

Al principio, hablaron del asunto con el subprefecto, que había terminado a satisfacción de todo el mundo; luego la conversación giró hacia un accidente que había transmitido el telégrafo de El Havre. Había ocurrido en la mañana: una locomotora, la Lisón, que, los jueves y los domingos, hacía el servicio del expreso de las seis y treinta, había sufrido una rotura de la biela en el momento mismo en que entraba en la estación. Los trabajos de reparación tendrían inmovilizados allí, durante dos días, al maquinista Jacobo Lantier, paisano de Roubaud, y a su fogonero Pecqueux, el marido de la señora Victoria. En pie ante la portezuela del departamento, Severina observaba a su esposo, el cual afectaba, ante aquellos señores, una gran desenvoltura, alzando la voz y riendo. De pronto hubo un choque y el tren retrocedió algunos metros: era la locomotora que empujaba a los primeros coches hacia el que acababan de traer, el coche número 293, un vagón reservado. El hijo de Dauvergne, Enrique, que acompañaba el tren en calidad de conductor jefe, habiendo reconocido a Severina bajo su velo, impidió que recibiese un golpe de la portezuela abierta, apartándola con rápido movimiento; ahora, sonriente y muy amable, le explicaba que el coche reservado era para uno de los administradores de la Compañía que acababa de pedirlo, media hora antes de que saliese el tren. Severina tuvo una breve risa nerviosa, sin motivo, y Enrique, requerido por su servicio, se despidió encantado. Más de una vez había pensado que ella sería una amante muy deseable.

El reloj marcaba las seis y veintisiete. Faltaban todavía tres minutos. De pronto, Roubaud que acechaba las puertas de las salas de espera, visibles a lo lejos, mientras hablaba con el jefe de estación, se despidió de éste para ir a reunirse con Severina. Pero su coche ya no se hallaba en el lugar de antes, y tuvieron que dar algunos pasos para encontrar el departamento vacío; entonces, volviendo la espalda, Roubaud empujó a su mujer, obligándola a subir. Ella, a la vez dócil e inquieta, miraba instintivamente hacia atrás, ansiosa de saber qué ocurría. Veía a un viajero retrasado que llegaba sin más equipaje que una manta sobre el brazo, el cuello de su grueso gabán azul subido y el ala del redondo sombrero tan inclinado sobre la frente que no podía distinguirse su rostro a la vacilante luz del gas, sino tan sólo un poco de barba blanca. A pesar del evidente deseo del viajero de no ser visto, Vadorpe y Dauvergne se habían adelantado hacia él. Le siguieron, pero él no les saludó hasta que estuvo, después de pasar junto a tres coches, frente al reservado, en el que subió a toda prisa. ¡Era él! Severina, toda temblorosa, se dejó caer en el asiento. Su marido le apretó violentamente el brazo. Roubaud estaba satisfecho ahora que era seguro que podría llevar a cabo su propósito.

Dentro de un minuto daría la media. Un vendedor se obstinaba en ofrecer los periódicos de la tarde, y algunos pasajeros se paseaban todavía por el andén, acabando de fumar sus cigarros. Al fin, todos subieron; oíase acercarse, por ambos extremos del tren, a los empleados que cerraban las portezuelas. Roubaud, que había tenido la desagradable sorpresa de descubrir, en un rincón del departamento que había creído vacío, la oscura forma de una mujer muda e inmóvil, y sin duda de luto, no pudo contener una exclamación de cólera cuando de nuevo se abrió la portezuela y, lanzados al interior por un vigilante, aparecieron un hombre y una mujer, gordos ambos. La pareja, jadeante, se dejó caer sobre la banqueta. Iba el tren a caminar. La lluvia volvía a caer en menudas gotas, anegando el vasto campo tenebroso que, sin cesar, atravesaban los trenes, de los que sólo se distinguían los cristales alumbrados: una fila de pequeñas ventanas móviles. Algunas luces verdes se habían encendido; otros faroles bailaban al nivel del suelo. Y no había más que eso: una negra inmensidad en la que sólo formaban manchas pálidas los tejados de las líneas de gran distancia, débilmente iluminadas por un reflejo de los reverberos de gas. Todo se había hundido en las tinieblas y hasta los ruidos llegaban amortiguados; no se oía más que el trueno de la locomotora que había abierto sus válvulas dejando escapar remolinos blancos de vapor. Una nube subía desplegándose como un sudario espectral, atravesada por espesas humaredas negras que surgían misteriosamente. Oscurecióse aún más el cielo y un nubarrón de hollín voló hacia el París nocturno, que ardía con mil hogueras.

Entonces el jefe segundo de servicio levantó su linterna para que el maquinista pidiese vía. Resonaron dos silbidos, y allá abajo, cerca del puesto del guardagujas se extinguió la luz roja. Apareció una señal blanca. De pie ante la puerta del furgón, el conductor jefe esperaba la orden de marcha. La transmitió. El maquinista volvió a dar un largo silbido y abrió el regulador. El tren partió. Al principio, el movimiento era insensible, luego el tren comenzó a rodar. Se deslizó por debajo del Puente de Europa y se internó en el túnel de Batignolles. No se veía de él más que el triángulo rojo de las tres luces traseras, sangrientas como heridas abiertas. Durante un par de segundos podíase seguirle con la vista por entre las oscilantes sombras de la noche. Ahora huía lanzado a todo vapor, y nada podía ya detenerle. Había desaparecido.

CAPÍTULO II

En La Croix-de-Maufras, en un jardín cortado por el camino de hierro, está situada la casa, tan cerca de la vía, que todos los trenes que pasan la conmueven. Basta un viaje para que permanezca grabada en la memoria. El

mundo entero, en su relampagueante carrera, sabe que está en aquel lugar, aunque ignore todo de ella. Siempre cerrada, como abandonada a su suerte, ostenta sus persianas grises, manchadas de verde por los aguaceros del Oeste. Un paisaje desierto. Y la casa parece aumentar aún la soledad de aquel perdido rincón, alejado, en una legua a la redonda, de todo ser viviente.

Sólo se ve allí la casa del guardabarreras, situada en el cruce de la carretera de Doinville, a cinco kilómetros de esta población. Baja, con sus paredes agrietadas y sus tejas cubiertas de musgo, parece doblegarse con aspecto mísero en medio del jardín plantado de hortalizas en el que se levanta un gran pozo, tan alto como la casa. El paso a nivel se halla exactamente entre las estaciones de Malaunay y Barentin, a cuatro kilómetros de una y otra. Es, por lo demás, poco frecuentada. La barrera, vieja y medio podrida, apenas si se abre de vez en cuando para dar paso a los carretones de las canteras de Becourt, situadas a media legua de allí, en pleno bosque. No podría imaginarse rincón más apartado de todo ser humano, pues el largo túnel de Malaunay es como una muralla que cierra el acceso, y no se puede llegar a Barentin más que por un descuidado sendero que sigue la vía. Son raras, pues, las personas que visitan aquellos parajes.

Cierta tarde, a la hora de la puesta del sol, en medio de una atmósfera gris y suave, un viajero que acababa de apearse del tren de El Havre en Barentin, estaba siguiendo, con paso rápido, el sendero que conducía a La Croix-de-Maufras. Aquel terreno no es sino una sucesión ininterrumpida de cañadas y cuevas, que el tren atraviesa pasando ora por terraplenes, ora dentro de profundas zanjas. Este cambio continuo de subidas y bajadas, por ambos lados de la vía, hace casi intransitables los caminos, y ello contribuye a aumentar la gran soledad del paisaje. Los terrenos pobres y blancuzcos no se cultivan; grupos de árboles coronan las colinas formando bosquecillos, y, a lo largo de los angostos valles, corren arroyos sobre los que proyectan su sombra las hileras de los sauces. Y hay otras zonas cretáceas, completamente desnudas, que se suceden, estériles, en medio de un silencio de muerte. Impresionado, el viajero, que era joven y vigoroso, aceleraba el paso, como para escapar a la tristeza de aquel crepúsculo tan dulce y extraño en estas tierras desoladas.

En el jardín del guardabarreras, veíase sacando agua del pozo a una muchacha de unos dieciocho años, alta, rubia y fuerte, de labios gruesos, y grandes ojos verdosos. Tenía la frente estrecha, encuadrada por una espesa cabellera. No era guapa, con sus caderas sólidas y sus brazos duros como los de un mozo. Tan pronto como hubo visto al muchacho que bajaba por el sendero, soltó el cubo y corrió hacia la cancela, arreglada en la villa.

— ¡Hola, Jacobo! —exclamó.

El joven levantó la cabeza. Acababa de cumplir los veintiséis años; era de

elevada estatura, muy moreno, buen mozo con su rostro redondo, cuyas facciones habrían sido armoniosas sin unas mandíbulas demasiado fuertes. Tenía los cabellos densos y rizados, y su bigote, rizado también, era tan áspero y tan negro que realzaba la palidez de su tez. Al ver su piel fina y sus bien afeitadas mejillas, habría podido tomársele por un señorito, de no contrastar tal impresión con el sello indeleble de los de su oficio: la grasa que amarilleaba sus manos de maquinista, manos que, sin embargo, no habían dejado de ser pequeñas y flexibles.

—Buenas tardes, Flora —dijo sencillamente.

Pero sus grandes ojos negros, sembrados de puntitos de oro parecían cubrirse por un velo rojizo. Sus párpados palpitaban, sus ojos evitaban la mirada de la muchacha, revelando un profundo malestar que rayaba en el sufrimiento, y todo su cuerpo se contraía en un instintivo movimiento de retroceso.

Ella, inmóvil y con la mirada fija en él, había notado este brusco estremecimiento, que le acometía cada vez que se acercaba a una mujer, aunque se esforzase en dominarlo. Al advertirlo, ella parecía volverse grave y triste. Jacobo, ansioso de ocultar su turbación, le preguntó si su madre estaba en casa, pregunta gratuita, pues sabía que estando enferma no podía salir. Flora contestó con un rudo movimiento de la cabeza, y viendo que él deseaba entrar, se apartó para que no la rozase, y volvió al pozo, sin pronunciar palabra, con porte erguido y arrogante.

Jacobo atravesó rápidamente el estrecho jardín y entró en la casa. Allí, en medio de la primera habitación, en una vasta cocina en la que comía la familia y donde pasaba la mayor parte de su vida, encontró a la tía Fasia, como acostumbraba a llamarla desde niño, sola y sentada en una silla de paja junto a la mesa, con las piernas envueltas en un viejo mantón. Era prima de su madre, una Lantier, y también era su madrina, la cual le había acogido en su casa, cuando él tenía siete años. En aquel entonces, sus padres se habían marchado bruscamente a París, dejándole solo en Plassans. Más tarde, había seguido en esta ciudad los cursos de la Escuela de Artes y Oficios. Guardábale a la tía Fasia una profunda gratitud, reconociendo que sólo gracias a ella se había abierto él paso en la vida. Cuando, después de dos años de servicio en la línea de los ferrocarriles de Orleans, había obtenido un puesto de maquinista de primera clase en la Compañía del Oeste, encontró a su madrina casada en segundas nupcias con un guardabarreras llamado Misard y exiliada con las dos hijas de su primer matrimonio a ese rincón perdido de La Croix-de-Maufras. Ahora, con cuarenta y cinco años apenas cumplidos, la hermosa tía Fasia de antaño, tan corpulenta y fuerte, se había convertido en una vieja como de sesenta, enflaquecida, de aspecto amarillento y sacudida por continuos escalofríos.

La señora Misard lanzó un grito de alegría.

— ¿Cómo? ¡Tú, Jacobo! —exclamó—. ¡Ah, hijo, qué sorpresa!

Jacobo la besó en las mejillas; luego le explicó que acababa de recibir inopinadamente dos días de permiso forzoso: en la mañana, al llegar a El Havre, su locomotora, la Lisón, había sufrido una rotura de biela y como la reparación no podía quedar terminada antes de veinticuatro horas, no volvería a su puesto hasta la tarde del día siguiente. Con este motivo, había decidido ir a abrazarla. Dormiría allí y saldría de Barentin en la mañana, en el tren de las siete y veintiséis. Mientras hablaba, retenía entre sus manos las pobres manos encogidas de su madrina. ¡Cuánto habíale alarmado su última carta!

— ¡Ay, sí, hijo mío, esto va muy mal!... ¡Qué bueno has sido adivinando mi deseo de verte! Pero sabía lo atado que te tiene tu trabajo y no me atrevía a pedirte que vinieras... En fin, aquí estás, y ¡si supieras cuánto me llega esto al corazón!

Se interrumpió y dirigió una temerosa mirada por la ventana. A la expirante luz del día, veíase, al otro lado de la vía, a su marido, Misard, en su puesto de vigilante, en una de esas barracas de madera, situadas a cada cinco o seis kilómetros de la vía y unidas entre sí por el hilo telegráfico que había de hacer más segura la circulación de los trenes. Misard había pasado a este puesto estacionario, después que su mujer y, más tarde Flora, se hubieron encargado de la barrera del paso a nivel.

Como si Misard pudiese oírla, la tía Fasia bajó la voz con un estremecimiento.

—Me está envenenando —cuchicheó.

Jacobo tuvo un sobresalto ante tal confidencia, y sus ojos, al volverse hacia la ventana, siguiendo la mirada de su madrina, se nublaron de nuevo por aquella extraña turbación, aquel ligero velo rojizo que parecía empañar su brillo negro, teñido de reflejos dorados.

— ¡Oh, tía Fasia, qué idea! —murmuró—. Parece tan dulce y tan inofensivo.

Un tren que iba a El Havre acababa de pasar, y Misard salía de su puesto para cerrar la vía detrás de él. Jacobo observaba cómo subía la palanca, haciendo aparecer la señal roja. Era un hombrecillo endeble, de cabello y barba pobres y descoloridos y con un rostro hundido y miserable. Silencioso y tímido, no se enfadaba nunca y ante sus superiores hacía alarde de una cortesía obsequiosa. Ahora entraba en su barraca de tablas para inscribir en el libro de control la hora de paso del tren y pulsar los dos botones eléctricos, de los cuales uno servía para dejar la vía libre desde el puesto precedente, mientras

que el otro anunciaba el tren al puesto siguiente.

— ¡Ay, no le conoces! —prosiguió la tía Fasia—. Te digo que me está haciendo tomar alguna porquería... Yo, que era tan fuerte... Habría podido comérmelo, ¡y resulta que es él, ese mequetrefe, ese harapiento, quien me está comiendo!

Presa de un rencor sordo, mezclado de terror, desahogaba su corazón, feliz de tener, por fin, alguien que la escuchase. ¿Dónde había tenido la cabeza al casarse con semejante socarrón, y, además, tan mísero y tacaño? ¡Ella, que le llevaba cinco años y que tenía dos hijas ya mayorcitas, de seis y de ocho años! Diez años haría pronto que había hecho tan brillante negocio, y no había pasado ni una sola hora sin que se arrepintiera. Una vida perra, un destierro en aquel rincón glacial del Norte, donde temblaba de frío; un aburrimiento para morir, sin tener a nadie con quién hablar, ni siquiera una vecina. Él era un antiguo peón caminero que a la sazón ganaba mil doscientos francos como vigilante estacionario; ella seguía cobrando por la barrera, de la que ahora se encargaba Flora, los cincuenta francos que había recibido al principio. Y esto era el presente y el porvenir. Ninguna esperanza, ninguna perspectiva, sino pudrirse en ese desierto, a mil leguas de todo ser viviente. Lo que no contaba, eran aquellos consuelos que había recibido antes de caer enferma; entonces su marido trabajaba fuera y ella guardaba la barrera sola, con sus dos hijas. En aquellos días tenía, desde Rouen hasta El Havre, a lo largo de toda la línea, tal reputación de mujer hermosa, que los inspectores de la vía solían visitarla de paso y hasta había rivalidades entre ellos; los empleados de otros servicios procuraban ser mandados siempre en jiras de inspección, ansiosos de vigilarla más de cerca. El marido no molestaba a nadie. Deferente hacia todo el mundo, iba y venía, deslizándose por las puertas sin llamar la atención, aparentando no ver nada. Pero aquellas diversiones habían cesado, y la señora Misard pasaba, desde entonces, semanas y meses sentada en la misma silla, en medio de una soledad infinita, sintiendo de hora en hora descomponerse un poco más su cuerpo.

—Te lo digo —concluyó— es él: me odia y acabará conmigo, por endeble que él sea.

El brusco ruido de un timbre le hizo lanzar una inquieta mirada hacia fuera. Era el puesto precedente que anunciaba a Misard el paso de un tren que iba rumbo a París; la aguja del aparato de vigilancia, colocado junto a la ventana, se inclinaba indicando esa dirección. Misard detuvo el timbre y salió para anunciar el tren con dos toques de bocina. Flora cerró la barrera, y luego él se colocó junto a ella, manteniendo recta frente a sí la bandera envuelta en su funda de cuero. Oíase el creciente rugido del tren, un expreso que se aproximaba escondido en una curva de la vía. Ahora pasaba como un relámpago, conmoviendo la casucha y amenazando arrastrarla tras sí en medio

de un huracán. Flora volvía ya a sus hortalizas, y Misard, después de cerrar tras del tren la vía ascendente, fue a abrir de nuevo la descendente, bajando la palanca para quitar la señal roja. Otro sonido del timbre, acompañado por la elevación de la aguja opuesta, acababa de advertirle que el expreso que había pasado hacía cinco minutos, había ya franqueado el puesto siguiente. Volvió a entrar, previno a los dos puestos, inscribió el paso, y esperó. Tarea siempre igual, que realizaba durante doce horas, viviendo y comiendo allí, sin leer tres líneas de un periódico, diríase, incluso, que bajo su cráneo oblicuo, se agitase una sola idea.

Jacobo, que en otro tiempo solía hacer a su madrina objeto de sus bromas por los estragos que causaba entre los inspectores de la vía, no pudo contener una sonrisa, diciendo:

—Bien puede ser que tenga celos.

Fasia se encogió de hombros y con un dejo de lástima y con una risa irresistible que hizo brillar sus pálidos ojos, exclamó:

— ¿Qué estás diciendo?... Él, ¡celoso! Aquello siempre le tuvo sin cuidado mientras no le costaba dinero.

Luego, asaetada de nuevo por un estremecimiento, añadió:

—No, no, no le interesaba aquello. No le interesa nada excepto el dinero... Estamos reñidos por otro motivo. No quise darle los mil francos de papá, el año pasado, ¿sabes?, cuando heredé. Entonces me amenazó, y caí enferma... Y el mal ya no me ha dejado desde aquel día, sí, desde aquel mismo día.

El joven comprendió y creyendo que eran los suyos temores infundados, de esos que tienen las mujeres enfermas, quiso apartarla de sus ideas. Mas ella meneaba la cabeza con obstinación, segura de lo que decía. Y Jacobo, deseoso de tranquilizarla, le aconsejó finalmente:

—Y bien, nada más fácil, si quiere usted que esto termine: dele los mil francos.

Se levantó de un salto, como impulsada por una fuerza extraordinaria. Pareció resucitada, cuando, violenta, gritó:

— ¡Mis mil francos! ¡Jamás! Prefiero reventar... ¡Ah! ¡Bien escondidos los tengo, bien escondidos! Aunque revuelvan toda la casa, nadie los encontrará... ¡Y bastante la ha revuelto el muy astuto! ¡Le he oído, de noche, dar golpes a las paredes! ¡Busca, busca! Sólo cuando veo alargarse su nariz recobro la paciencia... Aun queda por saber quién de los dos flaqueará primero, si él o yo. Estoy con cien ojos, no tomo nada de lo que me toque él. Y aunque reventase, no los vería, no vería él mis mil francos. Preferiría que los guardara la tierra.

Se dejó caer sobre la silla, exhausta. Al oír un nuevo toque de bocina, volvió a temblar. Era Misard que desde el umbral del puesto de vigilancia señalaba la llegada del tren de El Havre. La tía Fasia, no obstante su obstinación en negarle la herencia, le tenía miedo, un miedo secreto, que iba creciendo. Era el terror del coloso ante el insecto que le roe. El tren anunciado, un tren ómnibus que había salido de París a las doce y cuarenta y cinco, aparecía a lo lejos, aproximándose con sordo ruido de sus ruedas. Oíase cómo salía del túnel, y cómo, atravesando de nuevo el campo, soplabla más fuerte. Luego pasó haciendo atronar las ruedas y se vio la masa de sus vagones lanzados con la invencible fuerza de una borrasca.

Jacobo había levantado los ojos hacia la ventana. Veía desfilan los cristales cuadrados en los que se dibujaban siluetas de pasajeros. Queriendo disipar los negros pensamientos de Fasia, observó en tono de broma:

—Madrina, se queja usted de no ver siquiera un gato en esta ratonera. Pues, ahí tiene usted gente de sobra.

Ella no comprendió en seguida.

— ¿Dónde está la gente? —preguntó extrañada—. ¡Ah, sí! pero es, gente que pasa. ¡Gran provecho me traen! No se les conoce, ni puede hablarse con ellos.

Jacobo rio.

Me conoce a mí, y me ve pasar a menudo.

—A ti sí que te conozco. Sé la hora de tu tren y lo espero para verte en tu máquina. Pero ¡corres tan de prisa! Ayer me hiciste así con la mano. Ni siquiera tengo tiempo de contestar... No, no, no es ésta la manera de ver gente.

Sin embargo, la idea de la oleada de seres humanos que los trenes ascendentes y descendentes acarreaban, día tras día, por el gran silencio de su soledad, la dejó meditando, con la mirada fija en la vía sobre la que caía la noche. Cuando podía valerse, cuando iba y venía, colocándose ante la barrera con la bandera empuñada, entonces no pensaba nunca en estas cosas. Pero desde que pasaba los días atada a su silla, sin pensar más que en la sorda lucha entre ella y su marido, sentía su cabeza embrollada por ensueños confusos. Le parecía absurdo vivir perdida en el fondo de aquel desierto, sin un alma a quien confiarse, cuando, día y noche, sin cesar, desfilaban ante ella tantos hombres y mujeres arrastrados por los trenes como ráfagas que sacudían la casa huyendo a todo vapor. A buen seguro, el mundo entero pasaba por allí, no solamente franceses, sino también extranjeros de las comarcas más lejanas, ya que nadie podía permanecer ahora en su casa y que todos los pueblos, según se decía, pronto no formarían más que uno solo. Eso sí que era el progreso, todos

hermanos, caminando todos juntos, veloces, hacia una tierra de Jauja. Intentaba calcular el número de esos viajeros, a tantos por coche; eran demasiados, no lo lograba. A menudo, creía reconocer uno u otro rostro; el de un señor de barbas rubias, sin duda inglés, que hacía cada semana un viaje a París, o el de una dama morenita que pasaba regularmente los miércoles y los sábados. Pero pasaban como relámpago, no estaba nunca muy segura de haberlos visto realmente. Todas las caras se mezclaban y se fundían en una sola impresión. El torrente corría sin dejar huella de sí. Y lo que la volvía triste era sentir que aquella oleada humana, en medio de un bienestar y de su opulencia, ignoraba que ella se encontraba allá, en peligro de muerte; y que, si alguna noche su marido acabase por matarla, los trenes continuarían cruzándose ante su cadáver, sin sospechar siquiera el crimen oculto tras las paredes de la casa solitaria.

Fasia había seguido mirando por la ventana. Al fin trató de resumir con palabras lo que sentía, aunque de un modo demasiado vago.

— ¡Ah! —exclamó—. Es una magnífica invención, por más que se diga. Se camina más rápido y se sabe más... Pero las bestias salvajes siguen siendo bestias salvajes, y por más que se inventen máquinas mejores, siempre habrá, detrás de ellas, la bestia salvaje.

Jacobo movió la cabeza para decir que pensaba lo mismo. Hacía ya un rato que estaba mirando a Flora, que se hallaba ocupada en abrir la barrera ante un carro de cantera cargado con dos enormes piedras. El camino sólo servía a las canteras de Becourt, de modo que por la noche la barrera se cerraba con candado, y ocurría raras veces que obligasen a la joven a levantarse. Viéndola platicar familiarmente con el carretero, un jovencito moreno, Jacobo exclamó:

— ¿Cómo? ¿Está enfermo Cabuche para que Luis guíe los caballos?... ¡Ese pobre de Cabuche! ¿Lo ve usted a menudo, madrina?

Fasia levantó las manos y lanzó un profundo suspiro. Había sido todo un drama, en el otoño pasado. Un drama que no había contribuido a mejorarla. He aquí lo que había ocurrido: su hija menor, Luisita, que estaba de doncella en casa de la señora Bonnehon, en Doinville, se había escapado una noche, herida y loca de susto, para ir a morir en la choza de su buen amigo Cabuche, situada en pleno bosque. Corrieron rumores que acusaban de violencia al presidente Grandmorin; mas nadie se atrevía a repetirlos en voz alta. La propia madre, aunque sabía a qué atenerse, se mostraba poco inclinada a hablar del asunto. Sin embargo, acabó por decir:

—No, ya no viene. Se está convirtiendo en un verdadero lobo... ¡La pobre Luisita! ¡Tan graciosa, tan blanca, tan dulce! ¡Ella sí que me quería! ¡Qué bien me hubiera cuidado! Mientras que Flora... Por cierto que no me quejo, pero no sé, es tan rara, siempre quiere salirse con la suya. Desaparece durante horas

enteras... Con eso, tan altanera y violenta... Es bien triste todo esto, bien triste...

Mientras escuchaba, Jacobo seguía con la vista al carro, que en aquel momento atravesaba la vía. Pero las ruedas se atascaron en los rieles, y fue preciso que el conductor hiciese restallar su látigo mientras que Flora excitaba los caballos con gritos.

— ¡Caramba! —exclamó el joven—. ¡No quiera Dios que llegue un tren, porque los dejaría hechos una tortilla!

— ¡No hay peligro! —dijo la tía Fasia—. Flora es rara, a veces, pero conoce su oficio y tiene los ojos bien abiertos... A Dios gracias, hace cinco años que no tenemos accidente alguno. Fue atropellado un hombre, pero eso ocurrió antes. Nosotros no hemos tenido más víctimas que una vaca que estuvo a punto de hacer descarrilar un tren. ¡Pobre animal! El cuerpo lo recogieron aquí, y la cabeza por allá, junto al túnel... Con Flora puede una estar sin cuidados.

El carro se alejó, dejando oír el ruido producido por las ruedas al hundirse en los profundos carriles. Entonces, Fasia volvió a hablar de lo que era su constante preocupación: la salud, tanto suya como la de los demás.

— ¿Y tú? —preguntó Jacobo—. ¿Te sientes perfectamente bien ahora? ¿Recuerdas los achaques que sufriste en nuestra casa, que dejaban perplejo al doctor?

Aquella mirada vacilante e inquieta reapareció en los ojos de Jacobo.

—Me siento perfectamente, madrina —respondió.

— ¿De veras? ¿Ha desaparecido todo? ¿Ese dolor que parecía taladrarte el cráneo detrás de las orejas? ¿Y los bruscos ataques de fiebre, y esos accesos de tristeza que hacían que te ocultaras como un animal en el fondo de su guarida?

A medida que hablaban, crecía la turbación del muchacho. Se sintió presa de un malestar tal que acabó por interrumpirla.

—Le aseguro, me siento bien —dijo en tono seco—. Ya no tengo nada, nada en absoluto.

— ¡Tanto mejor, hijo mío! —exclamó su madrina—. No me habría devuelto la salud el que tú estuvieses malo. Además, es natural que a tu edad no tengas de qué quejarte. ¡Ah, no hay nada como la salud!... Has sido muy bueno en venir a verme, cuando hubieras podido divertirte mejor en otra parte. ¿Vas a cenar con nosotros? Dormirás arriba, en el desván, junto al cuarto de Flora.

Un toque de bocina le cortó la palabra. Ya era de noche, y, al mirar por la

ventana, sólo distinguían ambos la forma borrosa de Misard, que estaba hablando con alguien. Acababan de dar las seis, momento en que entregaba el servicio al vigilante de noche. Por fin iba a quedar libre, después de doce horas pasadas en aquella barraca, cuyo solo mobiliario consistía en la mesa de los aparatos, un taburete y una estufa tan ardiente que había de mantenerse la puerta abierta casi constantemente.

—Ahí viene —murmuró la tía Fasia, llena de miedo.

El tren anunciado por el toque de bocina llegaba con su silueta larga y pesada, precedido por un fragor cada vez más fuerte. El joven tuvo que inclinarse hacia la enferma para hacerse oír. Se sintió conmovido ante la súbita excitación de la pobre mujer, y, queriendo aliviarla, le dijo:

—Escuche, madrina, si realmente tiene malas intenciones, tal vez le detenga saber que estoy metido en el asunto... Haría usted bien en confiarme esos mil francos.

Por vez última, se rebeló.

— ¡Mis mil francos! ¡No! ¡Ni a ti ni a él! ¡Te digo que prefiero morir!

En aquel momento pasó el tren con su violencia de tempestad. Podía creerse que barría todo ante su paso. La casa envuelta en un fuerte soplo, temblaba. Aquel tren que se dirigía hacia El Havre, iba muy lleno de pasajeros: al día siguiente, un domingo, había de celebrarse una fiesta con motivo de la botadura de un barco. Pese a la velocidad que desplegaba, podía obtenerse, a través de las ventanas alumbradas, una clara visión de los departamentos llenos y de las densas filas de cabezas alineadas, cada una con su perfil. Y estas filas se sucedían, una tras otra desapareciendo en el instante siguiente. ¡Cuánta gente! ¡Una vez más la multitud, la multitud infinita, en medio del rodar de los vagones, de los pitidos de la locomotora, del repiquetear del telégrafo y de las llamadas del timbre eléctrico! Aquello era como un gran cuerpo; un ser gigantesco acostado sobre la tierra, con la cabeza en París, las vértebras arrojadas sobre toda la extensión de la línea, los miembros dispersos por cada ramal y los pies y las manos en El Havre y las demás ciudades de llegada. Y pasaba, pasaba mecánico, triunfal, avanzando hacia el porvenir con matemática rectitud, voluntariamente ignorante de lo que quedaba a ambos lados del camino, oculto, pero siempre vivo: la eterna pasión y el eterno crimen.

Fue Flora la que entró primero. Encendió la lámpara, una pequeña lámpara de petróleo sin pantalla, y puso la mesa. Nadie pronunció una palabra. Apenas si la muchacha se permitía lanzar una furtiva mirada hacia Jacobo. Éste, de pie ante la ventana, entonces apartaba la cabeza. Una sopa de repollo se conservaba caliente sobre la estufa. Flora estaba sirviéndola cuando Misard

entró sin manifestar sorpresa al ver allí al joven. Tal vez le había visto llegar, pero no hizo preguntas. Aparentaba no sentir curiosidad alguna. Un apretón de manos, un par de breves palabras y nada más. Jacobo tuvo que repetir espontáneamente la historia de la biela rota, su idea de ir a abrazar a su madrina y de pasar la noche allí. Misard se limitaba a mover la cabeza, con suave asentimiento, como si le pareciese todo perfecto, y luego todos se sentaron, comiendo sin prisa. Al principio reinaba el silencio. Fasia, que desde la mañana no había quitado los ojos de la olla en que hervía la sopa de repollo, aceptó un plato. Mas cuando su marido se levantó para darle su agua de hierro, que Flora había olvidado, agua de una garrafa en la que se veían clavos sumidos en el líquido, no la probó. Él, humilde y enclenque, emitiendo una tos sofocada y maligna, no parecía notar la ansiosa mirada con que la enferma seguía sus menores movimientos. Como ella pidiera sal, que faltaba sobre la mesa, le dijo que ya se arrepentiría de comer tanta sal, que eso era lo que la enfermaba. Salió para buscar un poco y le trajo una pulgarada en una cuchara. Fasia la aceptó sin desconfianza, pues la sal lo purificaba todo, según ella decía. Entonces, hablaron del tiempo, sorprendentemente tibio desde hacía algunos días, y de un descarrilamiento que había acaecido en Maromme. Jacobo acabó por creer que su madrina veía fantasmas, pues no sorprendía nada sospechoso en la conducta de ese hombrecillo complaciente y de mirada vaga. La cena se prolongó más de una hora. Dos veces, habiendo oído la señal de la bocina, Flora había salido por un instante. Pasaban los trenes, haciendo temblar los vasos sobre la mesa; pero ninguno de los comensales lo advertía.

Resonó una nueva señal de la bocina, y esta vez Flora, que acababa de quitar la mesa, no volvió. Había dejado a su madre y a los dos hombres sentados ante la mesa en torno a una botella de aguardiente. Los tres permanecieron reunidos allí media hora más. Luego, Misard, que desde hacía un rato había detenido la mirada de sus escudriñadores ojos en un ángulo de la habitación, cogió su gorra y salió tras un lacónico «buenas noches». Merodeaba por los arroyos vecinos, donde había soberbias anguilas, y no se acostaba nunca sin haber dado un vistazo a sus sedales.

No bien había salido cuando Fasia miró fijamente a su ahijado.

— ¿Lo has visto? —preguntó—. ¿Has visto cómo registraba con la mirada aquel rincón? Es que se le ocurrió la idea de que podía haber escondido mi caudal detrás del tarro de la mantequilla... ¡Bien lo conozco! Estoy segura que esta noche lo apartará para ver.

Un súbito y fuerte sudor cubrió su cuerpo, y sus miembros fueron agitados por un violento temblor.

— ¡Mira! —exclamó—. ¡Ya me vuelve otra vez! Me habrá envenenado, tengo la boca amarga como si hubiera tragado monedas de cobre. Y, sin

embargo, ¡no he tomado nada de sus manos!... Ya no puedo más, vale más que me acueste. Te digo adiós, hijo mío, porque si mañana te vas a las siete y veinte, aun no me habré levantado. ¡Y no dejes de volver! ¡Dios mío, espero que me encuentres sin novedad!

Jacobo tuvo que ayudarla a pasar a su cuarto, donde se acostó y, al fin, se durmió, abrumada. Cuando se vio solo, vaciló sin saber si debería o no subir a tumbarse ya sobre el heno que le esperaba en el granero. Pero todavía no eran las ocho y no tenía ganas de dormir. Salió, dejando encendida la pequeña lámpara de petróleo en la casa desierta y soñolienta, sacudida, de cuando en cuando, por el paso violento de algún tren.

Fuera ya, Jacobo experimentó los efectos de la suavidad del ambiente. Sin duda iba a llover más. En el cielo una nube lechosa, uniforme, se había extendido, y la luna llena oculta tras ella, aclaraba toda la bóveda celeste con un color rojizo. También se distinguía claramente el campo, cuyas tierras y eminencias y cuyos árboles se destacaban negros en medio de aquella luz igual y mortecina como seres insomnes. Dio la vuelta a la reducida huerta. Después pensaba marcharse hacia Doinville, porque allí la subida del camino era menos áspera. Pero le atrajo la vista de la casa solitaria al otro lado de la línea, y atravesó la vía pasando por la empalizada, pues la barrera estaba ya cerrada por la noche. Esta casa conocía él perfectamente y la miraba en todos sus viajes, en medio del rugido de su veloz máquina, molestándole, sin que supiese por qué, la sensación confusa que producía en su existencia. Cada vez experimentaba, primero como miedo de no volver a encontrarla allí, y, después, como cierto malestar al verla en su sitio. Nunca había visto abiertas sus puertas y ventanas. Todo lo que le habían dicho de ella era que pertenecía al presidente Grandmorin. Aquella noche sintió un deseo irresistible de pasearse por sus alrededores para saber más.

Jacobo permaneció un rato parado en el camino frente a la verja. Retrocedía y se alzaba sobre las puntas de los pies, tratando de darse cuenta. La vía del tren, al cortar el jardín, no había dejado delante de la casa más que un estrecho parque cercado por tapias; detrás se extendía un vasto terreno rodeado por una empalizada. Ofrecía, con el reflejo rojizo de aquella nebulosa noche, cierto aspecto de lúgubre tristeza en su abandono. Disponíase Jacobo a alejarse, sintiendo un escalofrío, cuando notó que había un agujero en la empalizada. La idea de que sería cobarde si no entraba, le hizo pasar por el agujero. Su corazón latía violentamente. Pero, en seguida, se detuvo al ver una sombra agazapada.

— ¡Cómo! ¿Eres tú? —exclamó asombrado al reconocer a Flora—. ¿Qué haces aquí?

También ella sintió un estremecimiento de sorpresa. Repuesta luego, dijo

tranquilamente:

—Ya lo ves, estoy cogiendo cuerdas... Han dejado un montón y se pudrirían sin servir a nadie. Por eso yo, que las necesito, vengo a cogerlas.

En efecto, con unas grandes tijeras en la mano, sentada en el suelo, estaba Flora desenredando las cuerdas y cortando los nudos que se resistían.

— ¿No viene el propietario? —preguntó el joven.

Ella se echó a reír.

— ¡Oh! Desde la cuestión de Luisita no hay cuidado que el presidente se atreva a asomar la punta de la nariz por La Croix-de-Maufras. Puedo cogerle sus cuerdas sin cuidado.

Jacobo calló un momento, turbado por el recuerdo de la trágica aventura que evocaba.

—Y tú, ¿crees lo que Luisita contó? —preguntó luego—. ¿Crees que él haya querido violarla y que fue luchando como ella se hirió?

Flora exclamó bruscamente dejando de reírse:

—Luisita nunca ha mentado, ni Cabuche tampoco... Es amigo mío.

—Y tal vez tu novio a estas horas.

— ¡Él! Habría de ser la última de las maritornes... ¡No, no! Es mi amigo; yo no tengo novio ni quiero tenerlo.

Flora había erguido su poderosa cabeza, cuyo cabello espeso dejaba descubierto poco espacio de frente. De todo su robusto ser se desprendía una salvaje fuerza de voluntad. Ya era la heroína de una leyenda en el país. Contábanse historias de salvamentos: una carreta retirada de la vía cuando pasaba un tren; un vagón que bajaba solo por la cuesta de Barentin, detenido. Y estas pruebas de fuerza que asombraban, hacían que los hombres la deseasen, tanto más cuanto que creyeron en un principio sería presa fácil, porque vagaba por los campos buscando los rincones más apartados y echándose en el fondo de las cuevas inmóvil y con los ojos abiertos. Pero los primeros que se habían arriesgado no volvieron a sentir gana de comenzar la aventura. Como le gustaba bañarse desnuda en un vecino arroyo, algunos pilluelos de su edad habían ido a verla; pero ella logró coger a uno de ellos, y sin tomarse siquiera el cuidado de ponerse la camisa, lo vapuleó de tal modo que ya nadie iba a observarla. En fin, esparcíase el murmullo de una historia con cierto guardagujas del empalme de Dieppe, acaecida al otro lado del túnel; un tal llamado Ozil, muchacho de treinta años, muy honrado, a quien ella pareció dar algunas esperanzas, pero que, habiéndose imaginado cierta noche que estaba dispuesta a entregarse, por poco le deja muerto de un garrotazo.

Flora era virgen y guerrera, desdeñosa de varón, lo que acabó por convencer a las gentes que tenía la cabeza extraviada.

Al oírle declarar tan rotundamente que no quería novio, Jacobo continuó sus zumbas.

—Entonces, ¿no se realiza tu casamiento con Ozil? —preguntó—. Había oído decir que todos los días andabas buscándole por el túnel.

Ella se encogió de hombros.

— ¡Ah! Mi casamiento... Me hace gracia lo del túnel. Dos kilómetros y medio de galopar a oscuras, con el miedo de que un tren pueda aplastarla a una si no abre bien el ojo. ¡Hay que oír a los trenes allá abajo!... Me tiene aburrida ese Ozil. Ya no es a él a quien quiero.

— ¿Quieres, pues, a otro?

— ¡Ah, no sé!... ¡No lo sé, de verdad!

Y soltó una carcajada, mientras un fuerte nudo, que no podía deshacer, reclamaba toda su atención. Luego sin levantar la cabeza y como absorbida por su tarea, dijo:

— ¿Y tú? ¿No tienes novia?

Ahora fue Jacobo el que se puso serio. Apartó los ojos, y su vacilante mirada se detuvo a lo lejos, en la noche. Al fin, respondió en tono breve:

—No.

—Eso es. Ya me han contado que odiabas a las mujeres. Además, no te conozco de ayer; nunca te he oído dirigir una palabra amable a ninguna... Dime, ¿por qué?

Jacobo continuaba callado, y Flora, dejando el nudo, se decidió a mirarle.

— ¿Es que sólo quieres a tu máquina? —preguntó—. Se hacen muchas bromas respecto a eso, ¿sabes? Dicen que siempre la estás frotando para que reluzca más, como si sólo tuvieses caricias para ella... Yo te lo digo, porque soy tu amiga.

Él también la miraba ahora a la pálida luz del humoso cielo. Y la recordaba de niña, violenta y voluntariosa ya en aquel entonces; le saltaba al cuello en cuanto le veía, sintiendo por él una pasión de niña salvaje. Más tarde, viéndola sólo tras largas ausencias, la encontraba cada vez más crecida; pero ella siempre le recibía con la misma alegría intempestiva, y cada vez le inquietaba más la llama de sus grandes ojos claros. Se había convertido en mujer, soberbia y codiciable; sin duda le amaba hacía mucho tiempo, desde los tiempos más lejanos de su niñez. Su corazón comenzó a latir. Sintió,

bruscamente, que el hombre al que esperaba era él. Una ola de sangre, un vértigo seguido por una sensación de angustia le subió a la cabeza, y su primer movimiento fue huir. Siempre el deseo le volvía loco, despertando en él la furia.

— ¿Qué haces ahí de pie? —dijo Flora—. Siéntate.

Él vaciló de nuevo. Pero, súbitamente, le flaquearon las piernas y, vencido por la necesidad de tentar una vez más el amor, se dejó caer junto a ella sobre el montón de cuerdas. No hablaba, tenía seca la garganta. Ahora era ella, la taciturna, la altiva, la que, voluble, se lanzó a hablar hasta perder la respiración, aturdiéndose a sí misma.

—El error de mamá ha sido el casarse con Misard —dijo—. Algún día, le jugaré una mala partida. Yo me lavo las manos, porque bastante tiene una con sus quehaceres, ¿no es verdad? Además, mamá me envía a acostar en cuanto quiero intervenir... ¡Que se desenrede ella! Yo vivo fuera pensando en cosas para más tarde... ¡Ah! Te vi pasar esta mañana en tu máquina, desde esos matorrales de allí abajo donde estaba sentada. Pero tú no miras nunca... Ya te diré las cosas en que pienso, pero más tarde, cuando seamos amigos del todo.

Había dejado caer las tijeras, y él, siempre mudo, se había apoderado de sus manos. Ella, encantada, se las abandonaba. Sin embargo, cuando Jacobo se las llevó a sus labios, Flora sufrió un estremecimiento de virgen. La guerrera se despertaba batalladora ante esta primera aproximación del hombre.

— ¡No, no, déjame, no quiero!... Estate quieto, hablaremos... Los hombres no pensáis más que en eso. ¡Ah!, si yo te repitiese lo que Luisita me contó el día en que murió en casa de Cabuche... Por lo demás, ya estaba yo enterada de lo que es el presidente, porque le he visto hacer algunas porquerías cuando venía aquí con ciertas muchachas... Hay una de la que nadie sospecha... La ha casado después.

Jacobo no escuchaba. Estrechándola entre sus brazos, brutalmente, deshacía su boca contra la suya.

Flora lanzó un débil grito, una queja profunda y dulce en la que estallaba la confesión de su ternura, oculta durante mucho tiempo; pero seguía luchando, a pesar de lo que deseaba. Sin proferir palabra, pecho contra pecho, forcejeaban para ver quién caía primero. Un instante, pareció ella ser la más fuerte; habría podido tirar a Jacobo debajo de sí, pero éste la agarró del pescuezo. Saltó el corpiño y aparecieron los dos pechos, duros, blancos como la leche. Flora cayó de espaldas, vencida.

Entonces, jadeante, se detuvo y la contempló en vez de poseerla. Un furor súbito pareció apoderarse de él, una ferocidad que le hacía buscar con los ojos un arma, una piedra, cualquier cosa con qué matarla. Sus miradas encontraron

las tijeras brillando entre montones de cuerdas, y se apoderó de ellas para hundirlas en aquella desnuda garganta, entre los dos pechos de sonrosados pezones. Pero un frío cruel le quitaba la embriaguez; arrojólas y huyó, mientras ella, con los párpados cerrados, creía que él la rechazaba por haberse ella, a su vez, resistido.

Jacobo subió corriendo por el sendero de una cuesta y fue a parar al fondo de un estrecho valle. Las piedras que rodaban a su paso le asustaron y tomó la izquierda, por entre varias malezas, dando la vuelta en un recodo que le arrojó a la derecha sobre una meseta vacía. De pronto, resbaló y fue a dar contra la valla de la vía férrea. Llegaba un tren; él no lo notó en un principio, lleno de espanto como se hallaba:

¡Ah, sí! ¡Era el continuo oleaje humano que pasaba mientras él estaba agonizando allí! Trepó y bajó de nuevo, encontrándose siempre con la vía en el centro de profundas zanjas. Aquel desierto país cortado por montecillos, era como un laberinto sin salida donde se agitaba su locura en medio de la tristeza de las tierras incultas. Después de algunos minutos, atravesando pendientes, vio delante de sí la negra abertura, la abierta boca del túnel. Un tren ascendente se precipitaba por él, bramando, silbando y haciendo retemblar el terreno.

Entonces, flaqueáronle las piernas y cayó Jacobo al borde de la línea, boca abajo sobre la hierba, prorrumpiendo en sollozos convulsivos. ¡Dios mío! ¿Habría vuelto aquel abominable mal de que se creía curado? ¡Había querido matar a aquella muchacha! ¡Matar a una mujer! ¡Matar a una mujer! Las palabras resonaban en sus oídos. Le venían persiguiendo desde días remotos de su juventud, siempre acarreadas por la fiebre creciente y enloquecedora del deseo. Así como otros adolescentes, al despertar la pubertad, sueñan con poseer una mujer, él se había excitado ante la idea de matar a alguna. ¡No podía mentirse a sí mismo! Había cogido las tijeras para clavarlas en las carnes de Flora en el instante en que vio aquellas carnes, aquel seno tibio y blanco. Y no fue porque le resistiera, ¡no!, fue por gusto, porque sintió deseos de hacerlo, deseos tales que si no se hubiera agarrado desesperadamente a la hierba, habría vuelto corriendo hacia allí para degollarla. A ella, ¡santo cielo!, aquella Flora que él había visto crecer, y por la que acababa de sentirse amado profundamente. Sus crispados dedos penetraron en la tierra y sus sollozos le desgarraron la garganta en un acceso de espantosa desesperación.

Se esforzaba para calmarse. Trataba de comprender. ¿Qué era lo que le hacía diferente de los demás? Allá abajo, en Plassans, siendo adolescente, más de una vez se había dirigido ya la misma pregunta. Su madre Gervasia le había tenido muy joven, a los quince años y medio; pero fue el segundo, pues ella había dado a luz a Claudio, cuando apenas tenía catorce años; y ninguno de sus dos hermanos, ni Claudio, ni Esteban, nacido más tarde, parecía resentirse

de haber tenido una madre tan niña y un padre tan infantil como ella, el bello Lantier, cuyo carácter debió costarle a Gervasia tantas lágrimas. Pero tal vez sus hermanos tuviesen algún mal que no confesaban, sobre todo el mayor, que ardía en deseos de ser pintor, con tanto furor que todos le creían medio loco. La familia no era una familia normal; muchos de sus miembros tenían resquebrajaduras. Jacobo, sentía claramente, a ciertas horas, esta grieta hereditaria y no porque tuviese mala salud, pues la aversión y la vergüenza de sus crisis eran las solas causas de que hubiese adelgazado en otro tiempo; pero había en su ser repentinas pérdidas de equilibrio, como roturas; agujeros por los cuales el yo se escapaba en medio de una especie de gran humareda que deformaba todo. Entonces ya no se pertenecía, ya no obedecía más que a sus músculos, a la fiera enfurecida. Sin embargo, no bebía, rehusaba hasta una copa de aguardiente, porque había observado que la menor gota de alcohol le volvía loco. Y vino a caer en la cuenta de que pagaba por los demás: por los padres, por los abuelos, por generaciones de borrachos que tenían la sangre gangrenada; y él ahora sentía un lento envenenamiento, un salvajismo que le asemejaba a los lobos devoradores de mujeres en el fondo de los bosques. Jacobo se había apoyado sobre un codo y reflexionaba mirando la negra entrada del túnel. Un nuevo sollozo recorrió todo su ser. Cayó de nuevo dando con la cabeza en tierra, lanzando gritos de dolor. ¡Aquella muchacha, aquella muchacha que él había querido matar! Esta idea le acosaba, aguda y terrible, como si las tijeras le hubieran entrado en sus propias carnes. Ningún razonamiento le tranquilizaba; había querido matarla y la mataría, si es que aun se hallaba en el mismo sitio, desceñida, con el seno descubierto. Jacobo se acordaba bien: apenas tenía dieciséis años, cuando le sorprendió el mal por primera vez. Jugaba con una muchacha, hija de una pariente, dos años menor que él; la muchacha se había caído, él le vio las piernas y se echó encima. También recordaba que al año siguiente había afilado un cuchillo para hundirlo en el cuello de una graciosa rubia a quien veía pasar todas las mañanas por su puerta. Ésta tenía el cuello grueso y sonrosado, el lugar que Jacobo había elegido, y tenía una señal oscura detrás de la oreja. Luego habían sido otras. Una hilera que se presentaba ante su recuerdo como horrible pesadilla, todas aquellas a quienes había rozado con su brusco deseo de homicidio. Hubo una, principalmente, a la que sólo conocía porque estuvo sentada junto a él en el teatro, de la cual tuvo que huir por no destriparla. Supuesto que no las conocía, ¿qué furor podía tener contra ellas? Y, sin embargo, aquello era como una crisis repentina de rabia ciega, como una inagotable sed de vengar antiguas ofensas de las cuales hubiese perdido el recuerdo exacto. ¿Procedía esto del mal que las mujeres habían causado en su generación, del rencor acumulado de varón en varón, desde el primer engaño en el fondo de las cavernas? Y él sentía también, en su acceso, una necesidad de batallar para conquistar la hembra y domarla, la necesidad perversa de

echarse la muerta a la espalda cual un botín que se arranca a los demás para siempre. Su cráneo estallaba bajo el esfuerzo. Jacobo no lograba darse una contestación satisfactoria, Era demasiado ignorante; sólo sentía aquella agonía de hombre impelido a cometer actos en que su voluntad no tomaba parte, actos cuya causa había desaparecido en él.

Otro tren pasó con el relámpago de sus luces y se internó, como un rayo que ruge y se extingue, en el fondo del túnel. Y Jacobo, como si aquella muchedumbre anónima, indiferente y presurosa hubiese podido oírle, se había levantado ahogando sus sollozos, con una actitud de inocente. ¡Cuántas veces, después de uno de estos accesos, al menor ruido, había sentido los sobresaltos de la culpable! No vivía tranquilo, feliz, desligado del mundo, sino cuando estaba en su máquina. Cuando lo llevaba en la trepidación de sus ruedas, con gran velocidad; cuando Jacobo tenía puesta la mano sobre el volante de marcha, absorbido enteramente por la vigilancia de la vía, mirando las señales, no pensaba ya y respiraba libre el aire puro que soplaba siempre como aire de tormenta. Y por esto amaba tanto su máquina, como si fuese una querida de la cual sólo esperase felicidad. Al salir de la Escuela de Artes y Oficios, a pesar de su viva inteligencia, había elegido este oficio de maquinista por causa de la soledad y aturdimiento en que vivía, sin ambiciones. En cuatro años había llegado a maquinista de primera clase y ganaba ya dos mil ochocientos francos; lo cual, con las primas de calefacción y engrase, ascendía a más de cuatro mil. Nada más deseaba. Veía a sus compañeros de segunda y tercera clase, a los que formaba la Compañía, a los obreros a quienes tomaba como discípulos; veía a casi todos casarse con obreras, con mujeres modestas, a las que solamente se veía a la hora de partir, cuando llevaban las cestas de comida; mientras que los compañeros ambiciosos, sobre todo los que salían de alguna escuela, esperaban a ser jefes de depósito para casarse, con la esperanza de encontrar una señora de sombrero. Él huía de las mujeres. ¿Qué le importaban? No se casaría nunca, no tenía más porvenir que rodar solo, ahora y siempre, sin descanso. Todos sus jefes le presentaban como un maquinista excepcional, que no bebía ni se mezclaba en aventuras, y que solamente era objeto de zumbas por parte de sus compañeros por el exceso de su buena conducta, y que inquietaba silenciosamente a los demás cuando caía en su tristeza, mudo y lánguido y terrosa la faz. En su cuartito de la calle de Cardinet, desde donde se veía el depósito de Batignolles, al cual pertenecía su máquina, ¡cuántas horas recordaba haber pasado, encerrado como monje cartujo en el fondo de su celda, dominando sus deseos rebeldes a fuerza de sueño, durmiendo boca abajo!

Haciendo un esfuerzo, intentó Jacobo levantarse. ¿Qué hacía allí, en la hierba, en aquella tibia y nebulosa noche de invierno? El campo seguía anegado en sombras; no había más luz que la del cielo. La fina niebla semejava una inmensa cúpula de cristal esmerilado, que la luna, oculta detrás,

alumbraba con un pálido reflejo amarillento; y el horizonte, negro, dormía con la inmovilidad de la muerte. Debían ser cerca de las nueve; lo mejor era irse a su casa a acostarse. Pero en su atolondramiento soñó verse de vuelta en casa de los Misard, subiendo la escalera del granero y echándose sobre el heno junto al cuarto de Flora. Allí estaría ella, Jacobo la oiría respirar: hasta sabía que jamás cerraba la puerta y podría reunirse con ella. Un gran escalofrío recorrió su cuerpo; la imagen evocada de aquella muchacha desnuda, con los miembros tibios por el sueño, le sacudió una vez más con un sollozo, cuya violencia le arrastró de nuevo al suelo. Había querido matarla, ¡matarla, Dios mío! Jacobo agonizaba ante la idea de que iría a matarla en el lecho dentro de poco, si volviese a la casa. Por más que no tuviera arma alguna, por más que hiciese esfuerzos para contenerse, comprendía que la bestia, libertada de su voluntad, empujaría la puerta y estrangularía a la muchacha bajo el impulso del rapto instintivo y de la necesidad de vengar la antigua injuria. ¡No, no! ¡Antes pasar la noche errando por los campos que volver allá! Se levantó de un salto y echó a correr.

Entonces, durante media hora, anduvo errante a través del negro campo, como si la jauría desencadenada de los espantos le hubiese perseguido con sus ladridos. Subió cuevas y bajó cañadas. Unos tras otros, presentáronse arroyos a su paso, pero él los franqueó mojándose hasta las caderas. Unas malezas que le cortaban el camino le exasperaron. Su único pensamiento era caminar en línea recta, lejos, más lejos cada vez para huir ante la bestia enfurecida que sentía dentro de sí. La bestia iba con él, galopaba al compás de él. Hacía siete meses que llevaba una existencia como la de cualquier mortal, creyendo estar ya libre de la fiera, y ahora volvía a empezar la lucha para no saltar sobre la primera mujer que hallara en su camino. Sin embargo, el profundo silencio, la inmensa soledad le tranquilizaban un poco; hacíanle soñar con una vida muda y desierta, en un aislado país, en medio del cual caminaría siempre fuera de los senderos transitados, sin encontrar jamás su alma. Tuvo, sin embargo, que volverse a pesar suyo, porque tropezó con la vía, después de haber descrito un ancho semicírculo entre las desiguales pendientes que hay bajo el túnel. Retrocedió, con inquieta cólera, temiendo encontrar seres vivientes. Luego quiso cortar por detrás de un montecillo, perdióse y volvió a tropezar con la valla del camino de hierro, precisamente a la salida del subterráneo, frente al prado donde había estado sollozando poco antes. Y, vencido, encontrábase allí de pie cuando el trueno de un tren que salía del seno de la tierra lo detuvo. Era el expreso de El Havre, salido de París a las seis y treinta, y que pasaba por aquellos lugares a las nueve y veinticinco: un tren que cada dos días tenía él que conducirlo.

Jacobo vio aclararse la negra boca del túnel como la de un horno en el que se abrasan trozos de leña. Después, en medio del estruendo que producía, apareció la máquina con el deslumbramiento de su inmenso ojo redondo, la

linterna delantera, cuya luz horadó las tinieblas del campo, encendiendo a lo lejos los rieles con una doble línea de fuego. Aquello era una aparición, como un relámpago; en seguida sucedieron todos los coches, rápidos, con los cuadrados vidrios de las portezuelas profusamente alumbrados, haciendo desfilar los departamentos llenos de viajeros en vértigo tal de velocidad, que la vista se perdía sin distinguir claramente las imágenes. En aquel momento preciso, Jacobo vio por los relucientes cristales de un departamento a un hombre que, sujetando a otro que se hallaba tumbado sobre el asiento, le clavaba una navaja en la garganta, mientras una masa negra, tal vez una tercera persona, tal vez una maleta caída, gravitaba con todo su peso sobre las convulsas piernas del asesinado. El tren huía, se perdía hacia La Croix-de-Maufras, no dejando ver de él, en las tinieblas, más que el triángulo rojo de los faroles traseros.

Clavado en la tierra, el joven seguía con sus ojos el tren, cuyo rugido se extinguía en el fondo de la paz mortal de los campos. ¿Había visto bien? Dudaba, sin embargo; no se atrevía a afirmar la realidad de esta visión traída y llevada en un relámpago. Ni un rasgo solo de los actores del drama se le había quedado impreso en la imaginación. La masa oscura debía ser una manta de viaje, caída sobre el cuerpo de la víctima. Y sin embargo, había creído distinguir, bajo una masa de espesos cabellos, un fino y pálido perfil. Pero todo se confundía evaporándose como un sueño. Durante un segundo, aquel perfil resurgió; luego se desvaneció definitivamente. No había sido, sin duda, más que imaginación. No obstante, la visión le dejaba helado, y todo le parecía tan extraordinario que, al fin, se decidió a creer que todo fue una alucinación nacida de la terrible crisis que acababa de atravesar.

Durante casi una hora, Jacobo continuó vagando así, abrumado por confusos ensueños. Sentía un mortal cansancio y, al mismo tiempo, un relajamiento, un frío intenso que iba extinguiendo la fiebre. Involuntariamente, sus pasos habían tomado la dirección de La Croix-de-Maufras; pero cuando, de pronto, se vio ante la casucha del guardabarreras, no tuvo el valor de entrar. Dormiría bajo el cobertizo adherido a una de las paredes delanteras. Entonces advirtió un rayo de luz que se deslizaba por debajo de la puerta y, maquinalmente, la empujó. Un espectáculo inesperado le dejó inmóvil en el umbral.

Misard, a gatas en el rincón donde estaba el tarro de mantequilla, había removido éste de su sitio, y ahora, con una linterna colocada a su lado, buscaba, examinando la pared y dando en ella ligeros golpes con el puño. El ruido de la puerta le hizo levantarse. No se turbó lo más mínimo. Sencillamente dijo, con acento natural:

—Se me cayeron las cerillas —y, devolviendo el tarro de mantequilla a su antiguo lugar, añadió:

—Vine a buscar la linterna, porque he visto, hace un rato, al regresar a casa, a un individuo tendido en la vía. Creo que está muerto.

Jacobo, que aun no había salido de su asombro al sorprender a Misard en el momento en que estaba buscando el caudal de la tía Fasia, descubrimiento que convertía bruscamente en certidumbre las dudas acerca de las acusaciones de su madrina, se sintió tan violentamente conmovido por la noticia, que se olvidó del otro drama, del drama que se desarrollaba en la casa. La escena del departamento, aquella visión tan fugaz de un hombre degollando a otro, acababa de renacer.

— ¡Un hombre en la vía! ¿Dónde? —preguntó palideciendo.

Misard iba a contarle que lo había visto al venir con dos anguilas que quería ocultar antes de nada en su casa. Pero ¿tenía necesidad de confiarse a este muchacho? Así, pues, se contentó con responder:

—Allí abajo, como a quinientos metros... Hay que verlo claro, para saber a qué atenerse.

En aquel momento oyó Jacobo un leve ruido sobre su cabeza. Tan ansioso estaba que se sobrecogió.

—No es nada —manifestó Misard—. Flora que se mueve.

Y el joven conoció, en efecto, el ruido de dos pies desnudos pisando el suelo. Se conoce que Flora había estado esperándole y venía a escuchar por la rendija de la puerta.

—Le acompañaré a usted —dijo Jacobo—. ¿Y está usted seguro de que está muerto?

— ¡Caramba!, eso me parece. Con la linterna saldremos de dudas.

— ¿Y qué le parece a usted? Un accidente, ¿no es eso?

—Puede. Algún mozo que habrá querido morir aplastado, o quizás algún viajero que se habrá tirado del vagón.

Jacobo se estremeció.

— ¡Venga usted pronto! ¡Venga usted pronto!

Jamás le había agitado semejante fiebre de ver. Fuera ya, mientras que su compañero seguía tranquilo por la vía, balanceando la linterna cuyo círculo de claridad se deslizaba levemente sobre los rieles, corría él delante, irritado por tanta lentitud. Su anhelo era como un deseo físico, como el fuego interior que acelera el andar de los amantes en las horas de cita. Tenía miedo de lo que le esperaba allí abajo, y volaba, no obstante, con toda la velocidad que le permitían sus musculosas piernas. Cuando llegó, por poco choca con una

negra masa tendida junto a la vía descendente. Se detuvo paralizado, sacudido de pies a cabeza por un estremecimiento nervioso. Y su agonía al no ver nada claramente, se tradujo en juramentos contra el otro, que venía rezagado treinta pasos más atrás.

— ¡Por vida de Dios! ¡Acabe usted de llegar! Si viviese todavía, podríamos socorrerle.

Misard llegó con su habitual calma, y cuando hubo paseado la linterna por encima del cuerpo, declaró:

— ¡Ah!, está muerto.

El individuo, caído sin duda de un vagón, estaba boca abajo, con el rostro pegado al suelo, a unos cincuenta centímetros de los rieles. No se veía de la cabeza más que una espesa corona de cabellos blancos. Las piernas estaban abiertas y el brazo derecho yacía como desprendido, mientras que el izquierdo permanecía doblado debajo del pecho. Se hallaba muy bien vestido, llevaba un amplio paletot de paño azul, y sus pies iban calzados con unas elegantes botas. El cuerpo no presentaba señales de fuerte contusión; pero mucha sangre había salido de la garganta y manchaba el cuello de la camisa.

—Un caballero a quien han despachado —dijo tranquilamente Misard, pasados algunos segundos de silencioso examen.

Luego volviéndose hacia Jacobo, que se hallaba inmóvil, estupefacto, prosiguió:

—No hay que tocarlo. Está prohibido... Quédese usted aquí custodiándole mientras yo voy a Barentin a dar parte al jefe de estación.

Levantó la linterna y miró a un poste.

— ¡Bueno! —dijo—. Exactamente en el poste 153.

Y dejando la linterna en el suelo, se alejó despacio.

Jacobo, sólo ya, no se movía, mirando sin cesar aquella masa inerte, que la vaga claridad rasante con el suelo hacía confusa. Y la agitación que había precipitado su marcha, el horrible atractivo que lo detenía allí, le condujeron a este punzante pensamiento que brotaba de todo su ser: el otro, ¡el hombre de la navaja se había atrevido! ¡Había matado! ¡Ah, no ser cobarde, satisfacerse, clavar la navaja! Había en su fiebre un desprecio de sí propio; cierta admiración por el otro, y, sobre todo, el deseo de ver aquello, la inextinguible sed de satisfacer los ojos en el pingajo humano, en el muñeco en que la navaja convierte a una criatura.

El otro había realizado lo que él soñaba. Si él matase tendría aquello en tierra. Saltábasele el corazón del pecho; su prurito de asesino se exasperaba

ante el espectáculo de aquella trágica muerte. Y dio un paso, y se acercó más, como un niño nervioso que se familiariza con el miedo. ¡Sí, él se atrevería! ¡Él también se atrevería!

Pero un rugido detrás de su espalda, le obligó a echarse a un lado. Llegaba un tren, que no había oído hasta entonces, absorto como estaba en la contemplación. Iba a ser triturado; el cálido aliento, el soplo formidable de la máquina acababa de advertírselo. Y el tren pasó envuelto en su huracán de ruido, de humo y de luz. Iba lleno de gente. La ola de viajeros continuaba hacia El Havre para la fiesta del día siguiente. Un niño aplastaba la nariz contra los cristales, mirando el negro campo; algunos perfiles de hombres se dibujaban, y una joven, bajando el cristal, arrojó un papel manchado de aceite y azúcar. El alegre tren se perdía a lo lejos, indiferente hacia aquel cadáver que había rozado con sus ruedas, indiferente hacia aquel cuerpo que yacía en tierra vagamente alumbrado por la linterna, única claridad que se destacaba en la inmensa paz de la noche.

Entonces experimentó Jacobo el deseo de ver la herida, mientras permanecía solo. Una sola inquietud le detenía, la idea de que, si tocaba la cabeza, lo notarían tal vez. Había calculado que Misard no podría estar de vuelta con el jefe de estación antes de tres cuartos de hora. Y dejaba pasar los minutos, pensando en Misard, en ese enteco, tan lento, tan calmoso, que se atrevía también, matando lo más tranquilamente del mundo a fuerza de drogas. ¡Cuán fácil era matar! Acercóse otra vez; la idea de ver la herida le aguijoneaba de tal modo, que sus carnes ardían. ¡Ver cómo había sido hecho aquello! ¡Ver el agujero rojo! Volviendo a colocar con cuidado la cabeza, nadie lo notaría. Pero le quedaba otro temor que no se confesaba: en el fondo de su vacilación había el miedo a la sangre. Siempre sentía unidos el espanto y el deseo. Pasó un cuarto de hora más y ya iba a decidirse, cuando un leve ruido, a su lado, le hizo estremecerse.

Era Flora, que se hallaba de pie, mirando como él. Tenía curiosidad de ver los accidentes: en cuanto se anunciaba el atropello de alguna persona o de cualquier animal, no había cuidado que Flora dejase de ir. Ahora quería ver el muerto de que Misard hablara. Y después de la primera ojeada, no vaciló. Bajándose y tomando la linterna con una mano, levantó y dejó caer en seguida con la otra la cabeza del que yacía a sus pies.

— ¡Aparta, que eso está prohibido! —murmuró Jacobo.

Pero ella se encogió de hombros. La cabeza se veía en la claridad amarillenta: una cabeza de anciano, con nariz grande y ojos azules y rasgados. Bajo la barbilla, manaba la herida, una profunda cuchillada que había cortado la garganta, una herida dentro de la cual debió revolverse varias veces la cuchilla. El lado derecho estaba inundado de sangre. A la izquierda, en el ojal

superior del gabán, la roseta de comandante de la Legión de Honor parecía un coágulo rojo extraviado.

Flora lanzó un débil grito de sorpresa.

— ¡Pero, si es el viejo!

Jacobo, inclinado como ella sobre el cadáver, se adelantó para ver, mezclando sus cabellos a los de la joven. Estaba sofocado de tanto como le excitaba el espectáculo. Repetía, apenas consciente:

— ¡El viejo!... ¡El viejo!

—Sí, el viejo Grandmorin... El presidente.

Flora detuvo un instante más su mirada sobre ese lívido rostro, esa boca retorcida, esos ojos llenos de espanto. Luego soltó la cabeza que la rigidez cadavérica comenzaba a helar y que volvió a caer al suelo sustrayendo la herida a la vista.

— ¡Se acabaron los juegos con las muchachas! —dijo en voz baja—. Seguramente, fue a causa de alguna... ¡Pobre Luisita! ¡Ah, el cochino, bien se lo merecía!

Se produjo un largo silencio. Flora, que había depositado la linterna, esperaba, dirigiendo hacia Jacobo lentas miradas; pero éste, separado de ella por el cadáver, permaneció inmóvil y como anonadado por lo que acababa de ver. Debían ser las once. La turbación que sentía la muchacha después de la escena ocurrida en la tarde, le impedía hablar. Oyóse un ruido de voces; era su padre que llegaba con el jefe de estación. La joven, no queriendo que la vieran, se decidió.

— ¿No vienes a acostarte? —preguntó a Jacobo.

El muchacho se estremeció. Parecía luchar consigo mismo. Luego, después de un violento esfuerzo, exclamó:

— ¡No, no!

Flora recibió sus palabras sin hacer un ademán, pero el movimiento de sus brazos de moza vigorosa expresó toda su pena. Como impulsada por el deseo de hacerse perdonar su resistencia de poco antes, pronunció con profunda humildad:

— ¿Entonces no regresas conmigo? ¿No te volveré a ver?

— ¡No, no!

Las voces se aproximaban, y Flora, sin tratar de estrecharle la mano, supuesto que parecía querer él que el cadáver quedase en medio, sin siquiera darle el familiar adiós de camaradas de infancia, se alejó, perdiéndose entre las

tinieblas.

En seguida llegó el jefe de estación con Misard y dos obreros ferroviarios. El jefe también identificó el cadáver: era, en efecto, el presidente Grandmorin, a quien conocía por haberlo visto bajar en la estación, siempre que iba a casa de su hermana, la señora Bonnehon, en Doinville. El cuerpo tenía que permanecer en el sitio en que estaba, y el jefe de estación solamente mandó que lo cubriesen con una capa que uno de los hombres traía. Un empleado había recibido la orden de salir de Barentin en el tren de las once, para ir a poner el hecho en conocimiento del procurador general de Rouen. Pero no se podía contar con él antes de las cinco o las seis de la mañana, pues tendrían que venir también el juez de instrucción, el escribano y un médico. El jefe de estación organizó un servicio de guardia junto al muerto; durante toda la noche, mediante relevos, estaría allí constantemente un hombre vigilando con la linterna.

Y Jacobo, antes de decidirse a ir a echarse bajo algún cobertizo de la estación de Barentin, de donde no debía de salir para El Havre hasta las siete y veinte, permaneció mucho tiempo inmóvil, absorto. Después, le turbó la idea del juez de instrucción que aguardaban, cual si hubiese sido cómplice del asesinato. ¿Diría lo que había visto al pasar el expreso? En un principio resolvió hablar, puesto que, en suma, nada tenía que temer. Además, su deber no era dudoso. Pero después cambió de opinión, ya que no podía dar a conocer un solo hecho decisivo, ni se atrevería a fijar ningún detalle preciso sobre el asesino. Necia cosa sería meterse donde no le llamaban para perder el tiempo y emocionarse sin provecho de nadie. ¡No, no! No hablaría. Y se fue, volviéndose dos veces para ver el bulto negro que formaba el cuerpo sobre el suelo en medio de la redonda claridad de la linterna. Un frío intenso se dejaba sentir en aquel desierto. Habían pasado varios trenes y llegaba otro muy largo con dirección a París. Y todos, lanzados por el inexorable ímpetu mecánico hacia su lejano destino, hacia el porvenir, pasaban rozando, indiferentes, el cadáver de un hombre al que otro hombre había degollado.

CAPÍTULO III

Al día siguiente, domingo, acababan de dar las cinco de la mañana en todos los campanarios de El Havre cuando Roubaud se apeó en la estación para volver a su servicio. Todavía era de noche. El viento que soplaba desde el mar, empujaba la niebla hacia las colinas que se extienden entre Sainte-Adresse y el fuerte de Tourneville; mientras que al Oeste, sobre el mar abierto, aparecía un claro, un pedazo de cielo en el que fulguraban las últimas estrellas.

En la estación, los mecheros de gas seguían luciendo, pálidos por el frío húmedo de la temprana hora; y allí estaba el primer tren de Montivilliers, que preparaban algunos obreros bajo las órdenes del jefe segundo de noche. Las puertas de las salas permanecían cerradas y los andenes se hallaban desiertos en aquel perezoso despertar de la estación.

Al salir de su casa, en el piso principal, encima de las salas de espera, había encontrado Roubaud a la mujer del cajero, la señora Lebleu, acechando, inmóvil en medio del pasillo central al que daban las habitaciones de los empleados. Hacía varias semanas que esta señora se levantaba de noche para vigilar a la señorita Guichon, la estanquera, a la que suponía andaba en alguna intriga con el jefe de estación, señor Dabadie. Por lo demás nunca había sorprendido la menor cosa, ni una sombra, ni un soplo. Y aquella mañana también se volvió a su casa sin otra cosa que el asombro producido por haber visto, en casa de los Roubaud, durante los segundos empleados por el marido en abrir y cerrar la puerta, a la mujer, a la hermosa Severina, de pie en el comedor, vestida ya, peinada y calzada, cuando de ordinario se quedaba en la cama hasta las nueve. La mujer de Lebleu despertó a éste para contarle tan extraordinario acontecimiento. La víspera no se había acostado el matrimonio sino después de la llegada del expreso de París de las once y cinco, ardiendo en deseos de saber el resultado del asunto con el subprefecto. Pero no pudieron sorprender nada en la actitud de los Roubaud, que habían vuelto con la cara de todos los días; y en vano permanecieron hasta las doce con el oído alerta: ningún ruido salió del piso de sus vecinos, los cuales debieron dormirse inmediatamente. Seguramente su viaje no había tenido buen resultado ya que Severina estaba levantada tan de mañana. Y como el cajero preguntase qué cara tenía ella, su mujer esforzábale por pintársela muy seria y pálida, con sus grandes ojos azules tan claros bajo sus cabellos negros, y sin hacer un movimiento, presentando el aspecto de una sonámbula. En fin, ya sabrían, en el curso del día, a qué atenerse.

Abajo, encontróse Roubaud con su compañero Moulin, que había estado de servicio de noche y a quien debía relevar. Moulin, mientras se paseaba algunos minutos, le puso al corriente de las pequeñeces ocurridas desde la víspera: unos vagabundos habían sido sorprendidos en el momento de introducirse en el depósito de equipajes; tres obreros fueron reprendidos por desobediencia, y un gancho de unión se había roto cuando estaban formando el tren de Montevilliers. Roubaud escuchaba en silencio, con tranquilo semblante; estaba solamente un poco pálido; sin duda por un resto de fatiga, que también sus ojos acusaban. Su compañero dejó de hablar, y él parecía interrogarle aún como si esperase otros acontecimientos. Pero aquello era todo, y Roubaud bajó los ojos entonces, posando su mirada un instante sobre el suelo.

Andando a lo largo del andén, habían llegado los dos hombres al final del muelle abierto, a un sitio en el que, a la derecha, había una cochera en la cual estaban estacionados los vagones que habían llegado la víspera y servirían para formar los trenes del día siguiente. Roubaud levantó la cabeza y sus miradas se fijaron en un coche de primera señalado con el número 293, al cual alumbraba precisamente en aquel momento, con su vacilante luz, un mechero de gas. Entonces exclamó el otro:

— ¡Ah!, se me olvidaba...

El pálido rostro de Roubaud se coloreó; no pudo contener un movimiento involuntario.

—Se me olvidaba —repitió Moulin—. Este coche no debe salir. Tenga cuidado de que no le enganchen esta mañana al expreso de las seis y cuarenta.

Hubo un breve silencio, antes de que Roubaud preguntase en tono natural:

— ¿Por qué?

—Porque han pedido que se reserve un departamento para el expreso de la tarde. Y como no se sabe si habrá alguno disponible durante el día, vale más guardar éste por si acaso.

Roubaud, que no había cesado de mirarle fijamente, contestó:

—Sin duda.

Pero parecía pensar en otra cosa, pues de repente exclamó furioso:

— ¡Mire cómo limpian esos cochinos! ¡Es repugnante! Me parece que no han quitado el polvo a este coche desde hace una semana.

— ¡Ah! —replicó Moulin—, cuando los trenes llegan después de las once, no hay peligro de que los mozos les den un limpión... Gracias que lo miren. El otro día se dejaron a un viajero dormido sobre el asiento, y no se despertó hasta la mañana siguiente.

Luego, ahogando un bostezo, dijo que se iba a dormir, pero cuando ya se alejaba, una brusca curiosidad le hizo volver.

—A propósito —dijo—, su asunto con el subprefecto, ¿queda resuelto, eh?

—Claro, sí, ha sido un buen viaje. Estoy muy contento.

—Me alegro... Y recuerde que el 293 no debe salir.

Cuando Roubaud se encontró solo en el andén, se acercó lentamente hasta el tren de Montivilliers que esperaba listo para salir. Abriéronse las puertas de las salas y aparecieron los pasajeros: algunos cazadores con sus perros y dos o tres familias de tenderos; poca gente, en suma. Pero despachado este tren, el

primero del día, Roubaud no tenía tiempo que perder; hubo que formar inmediatamente el tren ómnibus de las cinco y cuarenta y cinco, con destino a Rouen y París. A esas horas de la madrugada había poco personal, y las funciones del jefe segundo se complicaban con toda clase de cuidados. Así que hubo presenciado la maniobra de los mozos, consistente en pasar de la cochera, uno por uno, todos los vagones, colocarlos sobre carretón que reemplazaba allí a la plancha giratoria y empujarlos después, llevándolos a su destino, se fue corriendo a dar un vistazo a la distribución de los billetes y al registro de los equipajes. Una disputa entre algunos soldados y un empleado reclamó su intervención. Durante media hora, exponiéndose a las corrientes de aire glaciales, en medio de un público que temblaba de frío, con los ojos hinchados todavía por el sueño y con el mal humor resultado de un exceso de trabajo, Roubaud multiplicaba su presencia, sin tener un minuto para pensar en sí mismo. Luego, como la salida del tren ómnibus había dejado expedita la estación, se apresuró a dirigirse hacia el puesto del guardagujas con objeto de asegurarse que también allí todo marchaba debidamente, pues llegaba otro tren, el directo de París que venía retrasado. Volvió a presenciar el desembarque, esperó a que la muchedumbre de viajeros hubiese devuelto los billetes, antes de asaltar los coches de los hoteles que esperaban debajo del tejado mismo de la estación, separados de la vía por una simple empalizada, y fue solamente entonces cuando pudo respirar un momento en la estación desierta y silenciosa.

Dieron las seis. Roubaud salió con paso perezoso de la sala de andenes. Una vez fuera, al aire libre, levantó la cabeza y respiró viendo que, al fin, comenzaba a nacer el día. El viento del mar había terminado de barrer la niebla y la mañana anunciaba un día claro. Roubaud, dirigiendo la mirada hacia el Norte, observó cómo la playa de Ingouville, hasta los árboles del cementerio dibujaba sobre el pálido cielo una violácea raya. Luego, volviéndose hacia el Mediodía y el Oeste, contempló, por encima del mar, el último vuelo de ligeras nubes blancas que bogaban lentamente por los espacios, mientras la inmensa abertura del Sena comenzaba a incendiarse con los rayos precursores de la salida del sol. Con un movimiento maquinal, Roubaud se quitó la gorra bordada de plata, como para refrescarse la frente al aire puro del amanecer. Aquel horizonte familiar —el conjunto de las dependencias de la estación: a la izquierda la sala de llegada, después el depósito de locomotoras, y, a la derecha, la sala de salida; toda una ciudad, en fin—, parecía apaciguarle devolviéndole la calma de su cotidiano trabajo, el mismo eternamente. Por encima de la muralla de la calle Charles-Lafitte levantábanse enormes columnas de humo que salían de las chimeneas de las fábricas. A lo largo de la cuenca de Vauban, veíanse extendidos grandes montones de carbón. Los silbidos de los trenes de mercancías, el olor de la marea, traído por el viento y que anunciaba el despertar de las aguas, le

hicieron pensar en la festividad del día, en el navío que iba a ser botado al agua en presencia de una apiñada muchedumbre.

Al entrar Roubaud en el muelle cubierto, encontróse a los mozos que comenzaban a formar el expreso de las seis y cuarenta. Creyó que iban a enganchar el vagón 293, y toda la calma que le proporcionara la apacible mañana huyó de él en un violento acceso de cólera.

— ¡Voto a Dios!... ¡Ese coche no! ¡Dejadlo en paz! No sale hasta la noche.

El jefe de la cuadrilla le dijo que no hacían más que empujar aquel coche para sacar otro que estaba detrás; pero él no oía, trastornado como estaba por la vehemencia de su irascible carácter.

— ¡Animales!... ¡Cuando se os dice que no lo toquéis!

Así que hubo comprendido al fin lo que le decían, siguió furioso, maldiciendo de las condiciones de la estación, en la que apenas se podía maniobrar. Efectivamente, la estación, que fue una de las primeras construidas en la línea, era indigna de El Havre, con su cochera de maderas viejas, su techumbre de tablas y de zinc, cuajada de pequeños vidrios y sus caserones desnudos y agrietados por todas partes.

—Es una vergüenza —dijo—. No sé cómo la Compañía no ha derribado ya todo esto.

Los mozos le miraban sorprendidos oyendo hablar en tales términos a él, habitualmente tan disciplinado. Notólo Roubaud y se detuvo de repente, vigilando en silencio la maniobra. Una arruga de descontento surcaba su frente, mientras su sonrosada faz, erizada de barba rubia, adquiría un aspecto resignado.

Desde entonces conservó toda su sangre fría, atendiendo cuidadosamente a la formación del expreso. Habiéndole parecido que unos enganches estaban mal hechos, ordenó que los ejecutasen de nuevo en presencia suya. Una madre con dos hijos, que solía visitar a Severina, quiso que la colocasen en el departamento de señoras solas. Luego, antes de dar con el silbato la señal de marcha, Roubaud se aseguró una vez más de la buena disposición del tren. Y lo miró alejarse despacio, con el ojo avizor de un hombre cuya más insignificante distracción podría costar la vida a muchas personas. En seguida tuvo que atravesar la vía para recibir un tren de Rouen, que entraba en la estación. Encontró allí a un empleado de correos con quien todos los días se comunicaba las noticias. Esto constituía, en sus mañanas tan ocupadas, un corto reposo, cerca de un cuarto de hora durante el cual podía respirar en libertad, porque ningún trabajo inmediato reclamaba su vigilancia. Y aquella mañana, como de costumbre, lio un cigarrillo y estuvo hablando alegremente. Ya era día claro; habían acabado de apagar las luces de gas del muelle

cubierto, en el cual reinaba todavía cierta sombra gris a causa de los pocos vidrios que tenía su techumbre; pero el cielo se presentaba como una ascua de oro. El horizonte se tornaba sonrosado en medio del ambiente puro de aquella mañana de invierno.

A las ocho solía bajar el señor Dabadie, jefe de estación, y entonces el jefe segundo iba a presentarle su informe. Dabadie era un hombre guapo y muy moreno; vestía bien y ostentaba modales de gran negociante. Ordinariamente, desatendía la estación de viajeros, dedicando su atención al inmenso movimiento de mercancías, que le permitía sostener constantes relaciones con el gran comercio y, en cierto modo, con el mundo entero. Aquel día se retrasaba, y por dos veces había Roubaud abierto la puerta del despacho sin encontrarlo allí. Sobre la mesa esperaba el correo, cerrado aún. Los ojos del jefe segundo se fijaron en un telegrama que aparecía entre las cartas, y Roubaud, como si estuviese fascinado, ya no se alejó de la puerta, lanzando rápidas miradas hacia la mesa.

Por fin, a las ocho y diez, se presentó el señor Dabadie. Roubaud, que se había sentado, esperó silencioso para darle tiempo a que abriese el telegrama. Pero Dabadie no tenía prisa; deseaba, sobre todo, mostrarse amable hacia su subordinado, al que estimaba.

— ¿Y qué, en París, todo ha marchado bien, por supuesto?

—Sí, señor, muchas gracias.

El jefe había abierto al fin el despacho, pero no leía todavía; continuaba charlando sonriente con Roubaud, quien sentía que su voz se hacía ronca con el violento esfuerzo que le costaba dominar una contracción nerviosa de la barbilla.

—Tendremos gran placer en tenerle con nosotros —prosiguió el señor Dabadie.

—Y yo, por mi parte, me siento muy contento de seguir al lado de usted —respondió Roubaud.

Y como el señor Dabadie se disponía a recorrer con la vista el telegrama, Roubaud le observó inquieto, con el rostro húmedo de sudor. Pero la emoción que esperaba no se produjo: el jefe terminó tranquilo la lectura del despacho y luego lo dejó sobre la mesa; evidentemente no se trataba más que de un simple detalle del servicio. En seguida continuó abriendo el correo, al tiempo que el segundo jefe, como de costumbre, le daba parte verbal de los acontecimientos de la noche y la mañana; pero esta vez Roubaud tuvo que buscar en su memoria antes de acordarse de lo que le había dicho su colega a propósito de los vagabundos sorprendidos en el depósito de equipajes. Se cambiaron algunas palabras más, y el jefe le despedía ya con un ademán, cuando entraron

los dos jefes adjuntos, el de los almacenes y el del transporte de mercancías, para presentar sus informes. Roubaud vio que traían otro telegrama, que un empleado acaba de entregarles en el andén.

—Puede usted retirarse —dijo el señor Dabadie, viendo que Roubaud se detenía en la puerta.

Pero el jefe segundo no se fue hasta que vio caer sobre la mesa aquel pedazo de papel, que fue apartado con el mismo movimiento de indiferencia. Durante algunos instantes, Roubaud erró por el muelle en un estado de perplejidad y de aturdimiento. El cuadrante del reloj marcaba las ocho y treinta y cinco. Ningún tren saldría antes del mixto de las nueve y cincuenta. Roubaud tenía la costumbre de emplear este tiempo en dar una vuelta por la estación. Anduvo durante algunos minutos, sin saber adónde le conducían sus pasos, hasta que, al levantar la cabeza, de pronto se vio ante el coche número 293. Entonces, bruscamente, dio un rodeo y se dirigió hacia el depósito de locomotoras, aunque nada tenía que hacer allí. El sol subía esplendoroso por el horizonte y una lluvia de dorado polvo atravesaba la pálida atmósfera. Ya no gozaba de aquella deliciosa mañana: apretaba el paso, con aire atareado, tratando de dominar la terrible tensión de la espera.

Una voz le detuvo repentinamente.

— ¡Señor Roubaud, buenos días! ¿Ha visto usted a mi mujer?

Era Pecqueux, el fogonero, un hombre alto, de unos cuarenta y tres años, flaco de carnes, pero de esqueleto robusto y con un rostro curtido por el fuego y el humo. Sus ojos grises que miraban bajo de una frente aplastada, y su rasgada boca de mandíbula saliente, sonreían constantemente con la sonrisa característica del hombre jaranero.

— ¡Cómo! ¡Usted por aquí! —dijo Roubaud y se detuvo asombrado—. ¡Ah! sí, tuvo un accidente de máquina... se me había olvidado. ¿Y no sale usted hasta la noche? ¿Buena ganga, eh? Una licencia de veinticuatro horas.

—Buena ganga —repitió el otro, medio embriagado todavía después de una noche de parranda.

Oriundo de un pueblo vecino de Rouen, había entrado muy joven al servicio de la Compañía en calidad de obrero ajustador. Después, a los treinta años de edad y cansado de taller, se hizo fogonero, esperando llegar a maquinista; entonces fue cuando se casó con Victoria, paisana suya. Pero los años transcurrían y no salía de fogonero: nunca ascendería ya a maquinista, borracho, sucio y mujeriego como era. Veinte veces le habrían despedido si no hubiese contado con la protección del presidente Grandmorin, y si sus superiores no hubieran acabado por acostumbrarse a sus defectos, que compensaba por su buen humor y su experiencia de antiguo obrero. No era

realmente temible, sino cuando se emborrachaba, pues entonces se convertía en una verdadera bestia capaz de cualquier violencia.

— ¿Han visto a mi mujer? —preguntó de nuevo, con la insistencia del borracho, con la boca hendida por su enorme sonrisa.

—Sí, la hemos visto —contestó el jefe segundo—. Hasta hemos almorzado en la habitación de ustedes... ¡Ah, tiene una buena mujer Pecqueux! Y hace muy mal en engañarla.

Pecqueux prorrumpió en una risa violenta.

— ¡Eso sí que es verdad! —exclamó—. Pero, ¡si es ella la que quiere que me divierta!

Y era verdad. Victoria, dos años mayor que él, y tan gorda que casi no podía moverse, dábale dinero para que gozase fuera de su casa. Nunca había ella sufrido mucho por sus infidelidades ni por sus continuos excesos, hijos de una necesidad de su naturaleza. Y ahora su vida, por decirlo así, quedaba arreglada: tenía dos mujeres, una en cada extremo de la línea; su mujer en París para las noches que dormía allí, y otra en El Havre para las horas de espera que pasaba entre dos trenes. Victoria, muy económica, gastando poquísimos en sus necesidades, tratándole maternalmente y sabiéndolo todo, no quería que se pusiese en ridículo con la otra. Hasta le arreglaba la ropa blanca a cada viaje, porque hubiese sido muy desagradable que la otra le acusara de descuidar a su marido.

—No importa —replicó Roubaud—. De todos modos no está bien. Mi mujer que adora a su nodriza, quiere regañarle a usted.

Pero se calló al ver salir de un cobertizo, junto al cual se hallaban los dos hombres, a una mujer muy seca, Filomena Sauvagnat, hermana del jefe del depósito y, desde hacía ya un año, mujer suplementaria de Pecqueux cuando éste estaba en El Havre. Al parecer, ambos se habían encontrado bajo el cobertizo en el momento en que el fogonero se había adelantado para llamar al jefe segundo. Filomena, todavía joven a pesar de sus treinta y dos años, alta, angulosa, con el pecho hundido y las carnes quemadas por continuos deseos, tenía la cabeza y los ojos chispeantes de una yegua enflaquecida y que relincha de celo. Motejábanla de bebedora, y todos los hombres de la estación habían desfilado por la casita, siempre sucia y descuidada, que ocupaba con su hermano junto al depósito de locomotoras. Este hermano, cabezudo auvernés, severísimo en punto a disciplina y muy estimado por sus jefes, había tenido serios disgustos a causa de Filomena, hasta el punto de haber sido amenazado con la cesantía. Ahora la toleraban en consideración a él, pero él sólo la conservaba a su lado por espíritu de familia; lo que no le impedía molerla a palos cuando la encontraba con algún hombre. Al juntarse, Filomena y

Pecqueux se habían sentido felices: ella, satisfecha, por fin, en los brazos de este endiablado mozo; él, por tener una amante flaca, después de una mujer demasiado gruesa, por lo que repetía, en broma, que ya no necesitaba nada más. Sólo Severina, creyendo que era un deber suyo hacia Victoria, había reñido con Filomena, a la que evitaba ya lo más posible por cierto orgullo de su naturaleza, y había cesado de saludarla.

— ¡Bueno! —dijo Filomena en tono insolente—. Hasta luego. Pecqueux. Me voy, porque el señor Roubaud se ve obligado a predicarte moral, en nombre de su mujer.

Él, bonachón, continuaba riendo.

—Quédate, mujer, lo dice en broma.

—No, no... Tengo que ir a llevar un par de huevos de mis gallinas a la señora Lebleu. Se los tengo prometidos.

Había pronunciado este nombre con intención, porque sabía la rivalidad que existía entre la mujer del cajero y la del jefe segundo, afectando estar bien con la primera para hacer rabiar a la otra. Se quedó, sin embargo, súbitamente interesada al oír al fogonero preguntar por el asunto con el subprefecto:

—Y está arreglado a gusto de usted, ¿no es eso, señor Roubaud?

—Sí, a mi gusto.

Pecqueux guiñó los ojos con expresión maliciosa.

— ¡Oh! —exclamó—. No tenía usted por qué inquietarse... con tan buena protección, ¿eh?... Ya sabe a quién me refiero. Mi mujer también le está muy agradecida.

El jefe segundo interrumpió esta alusión al presidente Grandmorin, diciendo bruscamente:

— ¿De modo que no sale usted hasta la noche?

—Sí, acaban de ajustar la biela —contestó Pecqueux—. Estoy esperando a mi maquinista, que también anda por ahí. ¿Conoce usted a Jacobo Lantier? Es paisano suyo.

Roubaud, con el espíritu ausente y vago, no parecía oír. Luego, como si despertara, preguntó:

— ¿Jacobo Lantier, el maquinista? Sí, le conozco. Así, sabe, superficialmente. Fue aquí donde nos conocimos, pues él es menor que yo y nunca lo encontré allá abajo, en Plassans... El otoño último prestó un pequeño servicio a mi mujer, un encargo que le hizo en casa de sus primas, en Dieppe... Es un muchacho despejado, según dicen.

Hablaba sin reflexionar, y de repente se despidió:

—Hasta otra vez, Pecqueux... Voy a dar un vistazo por aquel lado.

Entonces se fue también Filomena, y Pecqueux, inmóvil, con las manos en los bolsillos y sonriente de gusto por la holganza de aquella agradable mañana, se asombraba de que el jefe segundo, después de limitarse a dar la vuelta al cobertizo, se marchara tan de prisa. Su vistazo no había sido largo. ¿Qué podría haber ido a fisgar allí?

Cuando Roubaud entró en el muelle abierto, daban las nueve. Avanzó hasta el extremo del andén y, llegando a las mensajerías, miró en derredor suyo como si no encontrase lo que buscaba. Después se volvió con el mismo aire impaciente. Sucesivamente interrogó con la mirada las oficinas de los diversos servicios. A estas horas, la estación estaba silenciosa y desierta; y él se agitaba solo, presa de un nerviosismo cada vez más agudo frente a aquella paz, sintiendo ese tormento del hombre tan amenazado por una catástrofe que acaba por desear que estalle. Su sangre fría le abandonaba; no podía estarse quieto. Sus ojos ya no se apartaban del reloj. Las nueve... las nueve y cinco. De ordinario, no subía a su casa hasta las diez, después de la salida del tren de las nueve y cincuenta, hora en que desayunaba. Ahora, con un brusco movimiento, se dirigió hacia la escalera, pensando en Severina, que seguramente estaría aguardando como él.

En el pasillo, en aquel momento preciso, la señora Lebleu abría la puerta a Filomena que llegaba despeinada y con un par de huevos en la mano. Las dos mujeres se estacionaron ante la puerta y forzoso fue a Roubaud pasar a su casa vigilado por cuatro ojos que apuntaban su mirada hacia él. Llevaba la llave consigo y se apresuró a entrar, pero no pudo hacerlo con bastante rapidez para que las amigas no vislumbrasen a Severina sentada, pálida e inmóvil, en una silla del comedor. Y la señora Lebleu, haciendo pasar a Filomena, le contó que ya por la mañana la había visto en igual postura: era, sin duda, la historia con el subprefecto, que tomaba mal giro. Pero Filomena le dijo que no lo creía, y que venía precisamente porque tenía noticias, y entonces le repitió lo que acababa de oír decir al propio jefe segundo. Las dos mujeres se perdieron en mil conjeturas. Siempre sucedía lo mismo: cada vez que se encontraban, renovábase la eterna chismografía.

—Les habrán administrado un buen jabón, hija mía, pondría las manos en el fuego... Seguramente les van a despedir...

— ¡Ay señora, si nos librasen de ellos!

La rivalidad cada vez más envenenada entre los Lebleu y los Roubaud, había nacido sencillamente por una cuestión de alojamiento. Todo el primer piso, el que se hallaba inmediatamente por encima de las salas de espera,

servía de domicilio para los empleados, y el corredor central, un verdadero pasillo de hotel, pintado de amarillo y alumbrado por la luz del techo, dividía el piso en dos, alineando las oscuras puertas a derecha e izquierda. Pero los departamentos de la derecha tenían ventanas al patio de salida, con viejos olmos sobre los que se destacaba el admirable panorama de la playa de Ingouville; mientras que las habitaciones de la izquierda daban sobre la techumbre de la estación, cuya parte alta, cubierta de zinc y vidrios, tapaba por completo el horizonte. Nada más alegre que las de la derecha, con la continua animación del patio, la verdura de los árboles y la vasta campiña; pero era para morir en los cuartos de la izquierda, donde apenas se veía claro, viviendo como en una prisión. En la parte delantera habitaban el jefe de estación, Moulin, y Lebleu; en la de atrás, Roubaud y la estanquera, señorita Guichon, sin contar tres piezas, reservadas para los inspectores transeúntes. Ahora bien, era notorio que los segundos jefes habían vivido siempre puerta con puerta. Si los Lebleu estaban allí, era por condescendencia del anterior jefe segundo, predecesor de Roubaud, el cual, siendo viudo, y no teniendo hijos, había deseado hacerse agradable a la mujer de Lebleu, cediéndole su casa. Pero ¿era justo relegar a Roubaud a la parte trasera cuando tenía derecho a vivir en la delantera? Mientras los dos matrimonios habían permanecido en buena inteligencia, Severina había subordinado sus deseos a los de su vecina, que le llevaba veinte años, y que, delicada de salud, era tan gorda que se asfixiaba a cada instante. La guerra no se había declarado, en realidad, hasta el día en que Filomena desunió a las dos mujeres con sus abominables chismes.

— ¿Sabe usted? —proseguía esta última—. Los creo bien capaces de haber aprovechado su viaje a París para pedir que los echen a ustedes. He oído decir que han escrito al director una larga carta en la que hicieron valer sus derechos.

— ¡Miserables! —prorrumpió la señora Lebleu—. Y estoy segura que tratan de tener de su parte a la estanquera, porque hace quince días que no me saluda... ¡Otra cochinería! Pero la estoy vigilando...

Y bajó la voz para afirmar que la señorita Guichon iba todas las noches a reunirse con el jefe de la estación. Sus puertas se hallaban frente a frente. El señor Labadie, viudo y padre de una hija mayor, interna en un colegio, era quien había traído allí a esa rubia de treinta años, marchita ya, delgada y silenciosa, con la flexibilidad de una culebra. Al parecer, había sido así como una institutriz. Era imposible sorprenderla, pues sabía bien deslizarse. Por sí misma, no tenía importancia alguna, pero si se acostaba con el jefe, su intervención podía ser decisiva; más el triunfo lo tendría en sus manos quien poseyese su secreto.

— ¡Oh!, ya me enteraré —prosiguió la señora Lebleu—. No voy a dejarme comer... Aquí estamos y aquí seguiremos. Las personas honradas nos dan la

razón, ¿verdad, chica?

Toda la estación asistía apasionada a la guerra de los dos pisos, que sobre todo, hacía estragos en el pasillo. La única persona despreocupada en aquella lucha era Moulin, el otro jefe segundo, satisfecho de vivir en la parte delantera con su tímida y frágil mujer a la que nunca se veía y que le daba un hijo cada veinte meses.

—En fin —concluyó Filomena—, aunque bailen ahora en la cuerda floja, no se estrellarán por esta vez... No se fíe usted, que conocen a personas de mucha influencia.

Seguía con sus dos huevos en la mano. Al fin, los ofreció a su amiga. Eran huevos frescos que acababa de coger aquella misma mañana. La vieja señora se deshacía en cumplidos.

— ¡Qué amable es usted! —exclamaba—. ¡Venga a charlar más a menudo! Ya sabe que mi marido está siempre en la caja, y yo, me aburro tanto, metida aquí a causa de las piernas... ¿Qué sería de mí, si esos miserables me quitasen la vista que tengo?

Después, mientras abría la puerta, puso un dedo sobre sus labios, y, cuchicheando, dijo:

— ¡Chis!, ¡escuchemos!

Ambas, de pie en el corredor, permanecieron más de cinco minutos sin moverse, con las cabezas inclinadas, conteniendo la respiración y aplicando el oído hacia el comedor de los Roubaud, donde reinaba un sepulcral silencio. Finalmente, por miedo de que las sorprendieran, se despidieron, saludándose con la cabeza y sin hablar una palabra. La una se alejó de puntillas, la otra volvió a cerrar la puerta tan silenciosamente que no se oyó siquiera el ruido del picaporte.

A las nueve y veinte, Roubaud se hallaba de nuevo en la sala de andenes, vigilando la formación del mixto de las nueve y cincuenta. Procuraba serenarse, mas pese a sus esfuerzos, gesticulaba cada vez más, y se volvía a cada instante para contemplar con la mirada el andén de un extremo a otro. Nada ocurría. Le temblaban las manos.

Luego, bruscamente, cuando al inspeccionar una vez más con ojos ansiosos la estación estaba mirando hacia atrás, oyó, a su lado, la voz de un empleado de telégrafos, que, jadeante, decía:

—Señor Roubaud, ¿no sabe usted dónde están el jefe de estación y el comisario de vigilancia? Tengo despacho para ellos, y hace diez minutos que ando buscándolos...

Roubaud se volvió con tal rigidez en todo su ser que ni un músculo de su

rostro se contrajo. Sus ojos se clavaron en los dos telegramas que llevaba el empleado. Y esta vez, viendo la emoción del muchacho, tuvo la certeza de que al fin había llegado la noticia de la catástrofe.

—El señor Dabadie ha pasado por aquí hace un momento —dijo con calma.

Nunca se había sentido más frío y lúcido, con una voluntad más atenta a la defensa. Ahora estaba seguro de sí.

— ¡Mire! —dijo—. Ahí viene el señor Dabadie.

En efecto, era el jefe de estación que regresaba de la estación de mercancías. No bien había recorrido con la mirada el telegrama, cuando éste exclamó:

— ¡Se ha cometido un asesinato en la línea!... Me lo telegrafía el inspector de Rouen.

— ¿Cómo? —preguntó Roubaud—. ¿Un asesinato entre nuestro personal?

—No, no, han asesinado a un pasajero, en uno de los compartimientos... El cuerpo ha sido arrojado fuera del tren, casi al salir del túnel de Malaunay, junto al poste 153... Y la víctima es uno de nuestros administradores, el presidente Grandmorin.

Ahora fue el jefe segundo quien lanzó una exclamación:

— ¡El presidente! ¡Mi pobre mujer! ¡Qué pena le va a dar!

Esta exclamación le salió con tono tan natural, que llamó, por un instante, la atención del señor Dabadie.

—Es verdad —dijo—, usted le conocía. Un hombre tan bueno, ¿no?

Después, mirando el otro telegrama, dirigido al comisario de vigilancia, observó:

—Éste debe ser del juez de instrucción... alguna formalidad, sin duda. Y no son más que las nueve y veinticinco; el señor Cauche no estará todavía, por supuesto... Que corran inmediatamente al café del Comercio. Allí lo encontrarán con seguridad.

Cinco minutos después, llegó el señor Cauche, a quien había ido a buscar un mozo de la estación. Era un antiguo oficial que consideraba su cargo como un retiro y no se presentaba nunca en la estación antes de las diez; luego, después de dar una vuelta, regresaba a su café. Este drama, caído entre dos partidas de piquet, le había causado sorpresa, pues los asuntos que pasaban por sus manos eran, ordinariamente, poco graves. Pero no había que dudar: el despacho venía del juez de instrucción de Rouen, y si no llegaba dos horas

después de haberse descubierto el cadáver, era porque el juez había telegrafiado primero a París, al jefe de estación, para saber en qué condiciones había salido la víctima; y solamente cuando hubo recibido los informes pedidos acerca de los números del tren y el coche, había enviado orden al comisario de vigilancia para que examinara el departamento reservado del coche 293, en caso de que éste se hallara todavía en El Havre. De pronto, desapareció el mal humor manifestado por el señor Cauche, a quien desagradaba ser molestado inútilmente: el comisario se apresuró a adoptar el aire de extrema importancia que exigía la gravedad excepcional del asunto.

— ¡Pero! —exclamó inquietándose de repente con miedo de que la investigación se le escapase—, el coche ya no estará aquí, porque ha debido salir esta mañana.

Roubaud le tranquilizó.

—No —dijo—, dispense usted... Había un compartimento reservado para esta noche. El vagón está allí, en la cochera.

Y echó a andar, seguido del comisario y del jefe de estación. Entretanto, la noticia, al parecer, ya se había esparcido, pues los obreros de las cuadrillas estaban abandonando furtivamente sus quehaceres, mientras que en las puertas de las varias oficinas se congregaban, uno a uno, los empleados. Pronto se había formado un gran corro.

Al llegar donde estaba el coche, el señor Dabadie hizo una observación en voz alta.

—Ayer en la tarde se verificó la visita —dijo—. Si hubiesen quedado huellas, me lo habrían comunicado al dar el parte.

—Ya lo veremos —dijo el señor Cauche.

Abrió la portezuela y penetró en el coche. Al instante, exclamo entre juramentos:

— ¡Ah, pero diríase que han degollado un cerdo!

Un soplo de espanto recorrió el grupo de empleados, cuyos cuellos se alargaron para ver mejor. El señor Dabadie subió al estribo, adelantándose a los otros. Roubaud, detrás de él, para imitar a los demás, alargaba también el cuello.

El interior del departamento no presentaba desorden alguno. Los cristales habían permanecido cerrados y todo parecía estar en su sitio. Pero un olor nauseabundo se escapaba por la portezuela abierta. Allí, en medio de un almohadón, se había coagulado un charco de sangre, un charco tan profundo y extenso que de él, como de un manantial, había brotado un arroyuelo, dejando cuajarones de sangre sobre la cubierta del asiento. Y nada más, nada más que

aquella sangre nauseabunda.

El señor Dabadie se puso colérico.

— ¿Dónde están los hombres que hicieron ayer la visita? —gritó—. ¡Que me los traigan!

Presentes estaban, y se adelantaron balbuciendo excusas; ¿cómo podían haberlo visto de noche? Habían pasado con las manos por todas partes. Juraban, en suma, que la víspera no habían notado nada.

Mientras tanto, el señor Cauche, en pie dentro del vagón, tomaba notas con un lápiz. Llamó a Roubaud cuyo trato frecuentaba gustoso en los ratos de ocio, fumando cigarros y hablando con él a lo largo del andén.

—Señor Roubaud —ordenó—, suba usted. Necesito su ayuda.

Y cuando Roubaud hubo saltado por encima del charco de sangre para no pisarlo, el comisario añadió:

—Mire usted debajo del otro almohadón a ver si también está manchado.

Roubaud lo levantó y lo miró cuidadosamente.

—No hay nada —dijo.

Pero una mancha en la tela del respaldo le llamó la atención, y se la enseñó al comisario. ¿No parecía la señal de un dedo ensangrentado? No, acabaron por convenir en que era una salpicadura. Todo el mundo se había acercado para asistir al examen, apiñándose detrás del jefe de la estación, al que una repugnancia de hombre refinado había detenido en el estribo.

De pronto se le ocurrió a Dabadie una reflexión:

—Diga usted, señor Roubaud —dijo—. ¿No estaba usted en el tren? Tal vez pueda decirnos algo.

— ¡Es verdad! —exclamó el comisario—. ¿Notó usted algo?

Durante tres o cuatro segundos, Roubaud guardó silencio. En ese momento, estaba inclinado, examinando la alfombra. Pero se levantó casi en seguida y contestó con su voz natural, algo ronca:

—Seguramente, seguramente, señor... voy a decirle... Mi mujer se hallaba conmigo. Si lo que yo sé debe figurar en la información, preferiría que Severina bajase para refrescar mi memoria con la suya.

Esto le pareció muy razonable al señor Cauche, y Pecqueux, que acababa de llegar, se ofreció a ir a buscar a Severina. Se alejó a largas zancadas. Hubo un instante de expectación. Filomena que había llegado con el fogonero, le seguía con la vista, irritada de que él se hubiese prestado a semejante

comisión; pero viendo aparecer a la señora Lebleu, que llegaba con toda la ligereza que le permitían desplegar sus pobres piernas hinchadas, se precipitó a su encuentro, para ayudarla. Ambas mujeres levantaron las manos al cielo y prorrumpieron en exclamaciones apasionadas por tan abominable crimen. Aunque todavía no se sabía nada en absoluto, circulaban ya versiones y comentarios. En todos los rostros se pintaba una expresión de horror. Dominando el murmullo general, oíase la voz de Filomena que afirmaba, bajo palabra de honor, que la señora Roubaud había visto al asesino. Pero se produjo un profundo silencio cuando reapareció Pecqueux acompañado de Severina.

— ¡Mírela usted! —murmuró la señora Lebleu—. ¿Quién creería que es la mujer de un jefe segundo al ver su aire de princesa? Esta mañana, muy temprano, ya estaba así, peinada y apretada como si fuese de visita.

Severina avanzaba con paso leve y firme. Había que recorrer un largo trecho de andén bajo las miradas de la muchedumbre, pero no flaqueaba; caminaba llevándose el pañuelo a los ojos para enjugarse las lágrimas que le arrancaba el profundo dolor que acababa de experimentar al oír el nombre de la víctima. Vestida con un traje de lana negro muy elegante, parecía llevar luto por su protector. Sus abundantes cabellos oscuros relucían al sol, pues no se había tomado siquiera el tiempo necesario para cubrirse la cabeza, a pesar del frío. Sus azules ojos tan dulces, llenos de angustia y anegados en llanto, dábanle un aspecto conmovedor.

—Razón tiene para llorar —dijo a media voz Filomena—. Ya están frescos ahora que les han matado a su buen Dios.

Cuando Severina se encontró allí, en medio de toda aquella gente congregada ante la portezuela del departamento, bajaron el señor Cauche y Roubaud, e inmediatamente, este último comenzó a decir lo que sabía.

— ¿Verdad, querida mía, que ayer en cuanto llegamos a París, fuimos a ver al señor Grandmorin? —preguntó a Severina—. Serían las once y cuarto, ¿no es eso?

Y la miraba fijamente. Ella repitió con docilidad:

—Sí, las once y cuarto.

Pero sus ojos se detuvieron en el almohadón ennegrecido de sangre. Tuvo un espasmo, y profundos sollozos brotaron de su garganta. El jefe de estación, conmovido, se apresuró a intervenir.

—Señora —dijo—, si no puede soportar este espectáculo... Comprendemos perfectamente su dolor...

— ¡Oh!, no más que dos palabras —interrumpió el comisario—. Luego la

haremos acompañar a su casa.

Roubaud se apresuró a proseguir.

—Después de hablar de diferentes asuntos, nos anunció el señor Grandmorin que iba a salir al día siguiente para ir a Doinville, a casa de su hermana... Aun me parece verle sentado en su escritorio. Yo estaba aquí, mi mujer ahí... ¿Verdad, querida, que nos dijo que iría a casa de su hermana al día siguiente?

Severina lo confirmó:

—Sí, sí, al día siguiente.

—Pero —objetó el señor Cauche—, ¿cómo al día siguiente? ¡Si se puso en camino aquella misma tarde!

— ¡Aguarde usted! —replicó el jefe segundo—. Cuando supo que nosotros salíamos por la tarde, pensó tomar el mismo tren si mi mujer consentía en acompañarle a Doinville y pasar un par de días en casa de su hermana, como ya lo había hecho varias veces. Pero mi mujer, que tenía muchos quehaceres aquí, rehusó... ¿Verdad que rehusaste?

—Sí, rehusé.

—Se mostró muy amable... Había intervenido en mis asuntos... Nos acompañó hasta la puerta de su despacho, ¿no es así?

—Sí, hasta la puerta.

—Por la tarde, nos marchamos... Antes de ocupar nuestro departamento, estuve hablando con el señor Vandorpe, el jefe de estación. No he visto nada en absoluto. Tuve un disgusto, porque creía que estábamos solos y luego noté que había una señora sentada en un rincón; para colmo, entraron dos personas más, un matrimonio... Hasta Rouen, tampoco vi nada de particular, no, nada... Por eso, al llegar a Rouen, donde nos apeamos para estirar un poco las piernas, ¡cuál no fue nuestra sorpresa al ver, tres o cuatro coches más allá del nuestro, al señor Grandmorin, de pie, ante la portezuela de su departamento! «¡Cómo, señor presidente! ¿Ha salido usted finalmente?» le dije. «No sospechamos que íbamos con usted en el mismo tren». Entonces nos dijo que había recibido un telegrama... Tocarón el silbato y nos fuimos corriendo a nuestro departamento, donde, entre paréntesis, no hallamos a nadie: todos nuestros compañeros de viaje se habían quedado en Rouen, lo cual, maldita la pena que nos causó. ¡Y esto es todo! ¿Verdad, querida?

—Sí, todo —confirmó Severina.

Este relato, por sencillo que fuese, impresionó grandemente al auditorio. En todos los rostros se pintaba el deseo de penetrar el misterio. El comisario,

dejando de escribir, expresó la sorpresa general al preguntar:

— ¿Y está usted seguro de que no había nadie con el señor Grandmorin?

—Sí —dijo Roubaud—. Absolutamente seguro.

Un estremecimiento pasó por la muchedumbre. Emanaba de aquel misterio un hálito frío, siniestro, que cada uno sentía rozarle la nuca. Si el viajero se encontraba solo, ¿quién podía haber sido la persona que le asesinó y que, después, arrojó el cuerpo fuera del compartimiento a tres leguas de allí y antes de que el tren parase otra vez?

En medio del silencio, resonó la voz de Filomena que decía:

—Eso me huele mal...

Roubaud, sintiendo su mirada, la miró, a su vez, con un movimiento afirmativo de la barbilla, como para indicar que a él también le parecía muy raro. Vio al lado de Filomena a Pecqueux y a la señora Lebleu, que manifestaban el mismo asombro que ella, meneando la cabeza. Todos los ojos se habían vuelto hacia él, todos esperaban algo más, buscando en su persona algún detalle olvidado que aclarase el misterio. No había en estas miradas llenas de ardiente curiosidad ninguna acusación, pero él creía ver nacer esa vaga sospecha, esa duda que el hecho más insignificante es capaz de convertir, a veces, en certidumbre.

— ¡Es extraordinario! —murmuró el señor Cauche.

— ¡Extraordinario verdaderamente! —repitió el señor Dabadie.

Entonces Roubaud se decidió a añadir:

—Una cosa de la que estoy también seguro, es que el expreso, que va sin parar de Rouen a Barentin, ha marchado con velocidad reglamentaria, sin que yo observase nada anormal... Lo digo porque, justamente, al vernos, por fin, a solas, bajé el cristal para fumar un cigarro y me quedé un rato mirando hacia fuera. Así, pues, pude darme cuenta de todos los ruidos del tren... En Barentin, al advertir en el andén al señor Bessièrre, mi sucesor como jefe de estación, le llamé y cambiamos un par de palabras, mientras él, subido en el estribo, me daba un apretón de manos. ¿No es cierto, querida? Pueden interrogarle, él lo confirmará.

Severina, pálida e inmóvil, con su fino rostro sumido en el pesar, confirmó una vez más la declaración de su marido.

—Sí, lo confirmará.

Desde aquel momento, toda acusación se hacía insostenible, puesto que los Roubaud, después de volver a su departamento en Rouen, habían sido saludados en Barentin por un amigo. La sombra de sospecha que el segundo

jefe había creído ver en los ojos que le miraban, ahora debía haberse desvanecido. Crecía el asombro general: el caso tomaba un cariz cada vez más misterioso.

—Veamos —dijo el comisario—. ¿Está usted seguro de que nadie haya podido subir en Rouen al coche del presidente después que usted se separó del señor Grandmorin?

Evidentemente, Roubaud no había previsto esta pregunta, pues se turbó por vez primera, sin duda porque ya no tenía la respuesta preparada de antemano. Miró a su mujer, luego pronunció, en tono vacilante:

—No, no creo... Estaban cerrando las portezuelas y daban el silbido de marcha... Tuvimos el tiempo justo para regresar a nuestro compartimiento. Además, aquel era un compartimiento reservado; nadie habría podido subir...

Pero los ojos azules de su mujer se abrieron con una expresión tal que Roubaud se asustó: había sido demasiado afirmativo.

—Después de todo, no lo sé —dijo—. Sí, tal vez pudiera subir alguien... Había gran congestión en el andén...

A medida que continuaba hablando, su tono se hacía más preciso, pues esta nueva historia se sostenía muy bien.

—Ustedes lo sabrán, era con motivo de las festividades en El Havre, y hubo una muchedumbre enorme... Nos vimos obligados a defender nuestro departamento contra pasajeros de segunda clase y aun de tercera... Además, la estación está mal alumbrada, se veía apenas, y todo el mundo se apretaba y gritaba en el apresuramiento de la salida... ¡Sí!, por cierto, es muy posible que, no sabiendo donde colocarse, o aprovechando el barullo, alguien se introdujera violentamente en el compartimiento en el último instante...

E, interrumpiéndose, dijo:

— ¿Eh, Severina? Es esto lo que ha debido suceder.

Severina, presa, al parecer, de una aflicción excesiva, y apretando el pañuelo contra sus ojos doloridos, murmuró:

—Sí, seguramente, eso es lo que sucedió.

Desde entonces, quedaba indicada la pista por seguir. El comisario de vigilancia y el jefe de la estación cambiaron una muda mirada de inteligencia. Se produjo un prolongado movimiento de retroceso entre la muchedumbre, que viendo llegado el fin de la investigación, comenzaba a dispersarse deseosa de dar rienda suelta a sus comentarios, los cuales no se hicieron esperar. Hacía un rato que el servicio de la estación estaba suspendido: todo el personal se hallaba aglomerado ante aquel coche, fascinado por el drama, y causó

verdadera sorpresa ver entrar en la sala de andenes el tren de las nueve y treinta y ocho. Todos se lanzaron a correr, se abrieron las portezuelas y los viajeros comenzaron a bajar. La mayor parte de los curiosos se había quedado en torno al comisario, que por escrúpulos de hombre metódico, examinaba por vez última aquel compartimiento ensangrentado.

Pecqueux, que aparecía gesticulando entre la señora Lebleu y Filomena, vio en este momento a su maquinista, Jacobo Lantier, que acababa de apearse del tren y estaba mirando desde lejos al corro de gente. Le llamó con la mano, pero Jacobo no se movía. Al fin se acercó con paso lento.

— ¿Qué pasa? —preguntó a su fogonero.

Pero como lo sabía todo, escuchaba distraídamente la noticia del asesinato y las suposiciones a que daba lugar. Lo que le sorprendía, causándole una sensación extraña, era caer en medio de la investigación y encontrarse frente a aquel coche que apenas había distinguido entre las tinieblas cuando pasó ante él, lanzado a toda marcha. Asomó la cabeza para mirar el charco de sangre coagulada sobre el almohadón, y recordó la escena de asesinato; recordó, sobre todo, el cadáver tendido a través de la vía, con la garganta abierta. Después, al apartar los ojos, vio al matrimonio Roubaud, mientras Pecqueux seguía contándole toda la historia: de qué modo los dos se hallaban mezclados en el asunto; cómo habían salido de París en el mismo tren que la víctima y cuáles habían sido las últimas palabras cambiadas en Rouen con el muerto. Al hombre le conocía de saludarle casi a diario; en cuanto a la mujer, la había visto sólo de cuando en cuando, y se había mantenido apartado de ella, como de las demás, obseso por su morboso temor. En aquel momento, pálida y llorosa, con la dulzura de sus ojos azules y su pesada cabellera negra, Severina le causó una impresión instantánea y profunda. Ya no pudo separar la mirada de ella, y, en un instante de ausencia mental, se preguntó, aturdido, por qué los Roubaud y él se hallaban allí, y cómo los hechos habían podido reunirlos ante el coche del crimen: a ellos, de vuelta de París, desde la noche anterior, y a él que acababa de regresar de Barentin en aquel mismo momento.

—Lo sé, lo sé —dijo en voz alta, interrumpiendo al fogonero—. Es que me encontraba, precisamente esta noche, junto a la salida del túnel y creí ver algo en el momento en que pasaba el tren.

Sus palabras causaron enorme sensación. Todos formaron corro en torno suyo. Y Jacobo mismo fue el primero en sentirse perturbado y tembloroso por lo que acababa de decir. ¿Por qué había hablado, después de haberse prometido a sí mismo que callaría? ¡Tantas razones excelentes le aconsejaban el silencio! Ahora se le habían escapado inconscientemente palabras muy graves, mientras miraba a aquella mujer. Severina había apartado bruscamente el pañuelo para fijar en él sus ojos bañados en lágrimas, que parecían así aún

más grandes.

Pero el comisario se aproximaba ya apresuradamente, acompañado por el jefe de estación.

— ¿Qué? —dijo—. ¿Qué ha visto usted?

Y Jacobo, sintiendo en su persona la inmóvil mirada de Severina, dijo lo que había visto: el departamento alumbrado, pasando ante él en medio de la noche, y la fugaz visión de los perfiles de dos hombres, uno tendido al suelo y el otro inclinado sobre él con un cuchillo en la mano. Roubaud, al lado de su mujer, escuchaba deteniendo en Jacobo sus ojos abultados y despiertos.

—Entonces —preguntó el comisario—, ¿podría reconocer al asesino?

— ¡Oh, eso no! —dijo el maquinista—. No lo creo...

— ¿Llevaba gabán o blusa?

—No puedo asegurarlo. Figúrese, ¡un tren que marcha con una velocidad de ochenta kilómetros!

Severina cambió una rápida mirada con Roubaud que tuvo fuerza para decir:

—Es verdad, habría que tener buenos ojos.

—No importa —concluyó el señor Cauche—. Tenemos aquí una declaración importante. El juez de instrucción le ayudará a usted a ver claro en todo esto. Señor Lantier y señor Roubaud, háganme el favor de darme sus nombres y apellidos exactos, para las citaciones.

Aquello había terminado. Disolviéndose poco a poco el grupo de curiosos, y el servicio de la estación recobró su habitual actividad. Roubaud, sobre todo, tuvo que darse prisa para despachar el tren correo de las nueve y cincuenta, que ya se estaba llenando de pasajeros. Había dado a Jacobo un apretón de manos más vigoroso que de ordinario; y el joven, a solas con Severina que se encontraba detrás de la señora Lebleu, Pecqueux y Filomena, se creyó obligado a acompañarla hacia la escalera de los empleados, no hallando palabras que decirle y, sin embargo, retenido a su lado, como si un lazo acabara de establecerse entre uno y otra. La alegría de aquella mañana se había acentuado: el luminoso sol subía, vencedor de las brumas matutinas, por el límpido y azulado espacio celeste; y la brisa del mar, cobrando fuerza a medida que ascendía la marea, traía un aliento salado y fresco. Y cuando, al fin, Jacobo se separó de Severina, su mirada se encontró de nuevo con los grandes ojos cuya expresión de dulzura, aflicción y temor tan profundamente le había conmovido.

Pero sintióse un breve silbido. Era Roubaud que daba la señal de salida. La

locomotora contestó con un pitido prolongado y estridente, y el tren de las nueve cincuenta comenzó a rodar, lentamente primero, acelerando su marcha luego, hasta que desapareció a lo lejos, en medio de la dorada polvareda de los rayos del sol.

CAPÍTULO IV

Cierto día, en la segunda semana de marzo, el señor Denizet, juez de instrucción, había citado nuevamente, en su despacho en el Palacio de Justicia de Rouen, a varios testigos importantes de la causa Grandmorin.

Hacía ya tres semanas que esta causa estaba produciendo enorme sensación, trastornando a Rouen y apasionando a París. Los periódicos de la oposición, en violenta campaña contra el Imperio, se habían apoderado de ella como de una máquina de guerra. La proximidad de las elecciones generales encarnizaba la lucha. La Cámara había sido teatro de sesiones tempestuosas: una en la que se discutió violentamente la validez de los fueros de dos diputados agregados a la persona del emperador; otra consagrada a una crítica enconada de las prácticas financieras del Prefecto del Sena, en el curso de la cual se pidió la elección de un consejo municipal. El caso Grandmorin llegaba muy oportunamente para continuar la agitación: circulaban las historias más extraordinarias, y la prensa exponía cada mañana nuevas hipótesis injuriosas para el gobierno. Por una parte, dejábase entrever que la víctima, persona familiar en las Tullerías, antiguo magistrado, condecorado con la Legión de Honor y hombre riquísimo, se había entregado a las peores disipaciones; por otra, no habiendo dado resultado la instrucción del proceso, comenzaban a acusar a la policía y a la magistratura de complacencia, y se gastaban bromas con motivo de ese asesino legendario que permanecía ignorado. Si bien había mucha verdad en estos ataques, no por eso resultaba menos duro el soportarlos.

Por esta razón, el señor Denizet se daba perfecta cuenta de toda la responsabilidad que pesaba sobre él. La causa le excitaba, tanto más cuanto que tenía ambición y había esperado ardientemente un caso de tal importancia para poner en evidencia las altas cualidades de perspicacia y energía que él se atribuía. Hijo de un gran ganadero normando, había estudiado Derecho en Caen, pero su origen rústico, agravado por la ruina de su padre, había sido un obstáculo en su carrera, y no había entrado en la magistratura sino bastante tarde. Sustituto en Bernay, Dieppe y El Havre, había tardado diez años en llegar a ser procurador imperial en Pont-Audemer. Luego, enviado a Rouen otra vez en calidad de sustituto, había sido nombrado juez de instrucción hacía

dieciocho meses, a los cincuenta años de edad. Sin fortuna y acosado constantemente por necesidades que no podía satisfacer con su escaso sueldo, vivía en esa mal pagada dependencia de la magistratura, sólo aceptada por espíritus mediocres, en la que los inteligentes arden de ambición insatisfecha esperando una oportunidad de venderse. Denizet poseía una inteligencia muy viva, bien desarrollada e, incluso, honrada; tenía amor a su oficio, embriagándose de su omnipotencia, que en su despacho de juez le convertía en amo absoluto de la libertad de los demás. Lo único que corregía su pasión era el interés: tenía tan vivos deseos de ser condecorado y de pasar a París, que después de haberse dejado llevar, el primer día de la instrucción, por su amor a la verdad, ya no avanzaba sino con extrema prudencia, tratando de adivinar por todas partes donde habría una hondonada en cuyo fondo pudiese zozobrar su porvenir.

Debe decirse que el señor Denizet estaba prevenido, pues desde el principio del sumario un amigo le había aconsejado que fuese a París, a ver al Ministro de Justicia. Allí había hablado largamente con el secretario general, señor Camy-Lamotte, personaje importante que gozaba de gran prestigio entre el personal; estaba encargado de los nombramientos y se hallaba en constantes relaciones con las Tullerías. Era un hombre guapo que, después de haber comenzado su carrera también como sustituto, había aprovechado las amistades de su mujer para hacerse nombrar diputado y gran oficial de la Legión de Honor. Era lógico que la causa Grandmorin cayese entre sus manos, pues el procurador imperial de Rouen, alarmado por este drama de naturaleza sospechosa y cuya víctima había sido un antiguo magistrado, tuvo la precaución de consultar al Ministro, el cual, a su vez, había pasado el asunto al secretario general. Dio la casualidad de que Camy-Lamotte era antiguo condiscípulo del presidente Grandmorin, aunque un par de años más joven que éste, y que siguió con él luego en relaciones tan amistosas que le conocía íntimamente, hasta en sus vicios. Así, pues, hablaba de la trágica muerte de su amigo con profunda aflicción y le manifestó al señor Denizet su ardiente deseo de descubrir al culpable. No trataba de ocultar, sin embargo, que las Tullerías se mostraban disgustadas por el escándalo tan desproporcionado que había suscitado el caso, por lo cual se permitía recomendarle mucho tacto. En suma, el juez había comprendido que haría bien en no apresurarse y en no emprender nada sin previo beneplácito de sus superiores. Incluso había regresado a Rouen con la seguridad de que el secretario general había encargado del asunto a sus propios agentes, ansioso como se hallaba de ver claro en aquel misterio. Se quería saber la verdad para mejor ocultarla si fuese necesario.

Entretanto pasaban los días, y el señor Denizet, pese a sus esfuerzos para conservar la paciencia, se irritaba contra los dichos de la prensa. Luego reaparecía en él el sabueso olfateando con la nariz al viento; arrastrábale el anhelo de encontrar la verdadera pista y de llevarse la gloria de haber sido el

primero en ventearla, a reserva de abandonarla, si se lo mandasen. Y mientras esperaba del ministerio alguna carta, algún consejo, alguna sencilla indicación, que tardaba en llegar, proseguía activamente la instrucción. Dos o tres detenciones se habían verificado sin que hubiesen podido mantenerse. De repente, la apertura del testamento del presidente Grandmorin despertó en él una sospecha que ya había asomado a su cerebro en los primeros instantes: la posible culpabilidad del matrimonio Roubaud. Este testamento, lleno de extraños legados contenía uno que instituía a Severina en legataria de la casa sita en un lugar denominado La Croix-de-Maufras. Desde aquel momento, el móvil del crimen, oscuro hasta entonces, quedaba descubierto: el matrimonio Roubaud, conociendo el legado, bien había podido asesinar a su bienhechor con objeto de entrar en posesión inmediata de la herencia. Esta idea le asediaba tanto más cuanto que el señor Camy-Lamotte le había hablado en particular de la señora Roubaud a la que había conocido, en épocas pasadas, en casa del presidente, cuando aun era muchacha.

Pero, ¡cuántas inverosimilitudes e imposibilidades materiales y morales! Desde que dirigía sus investigaciones por este camino, tropezaba a cada paso con hechos susceptibles de desconcertar su concepción de un sumario judicial clásicamente llevado. Nada se aclaraba, y no aparecía por ningún lado la causa principal, esa gran luz central que debía iluminarlo todo.

Existía aún otra pista que el señor Denizet no había dejado en olvido: la suministrada por el propio Roubaud, a saber, la del hombre que habría podido subir al departamento del señor Grandmorin gracias a la confusión que reinaba en la estación al salir el tren. Era el famoso asesino imposible de encontrar, del que se reían todos los periódicos de la oposición. Al principio la instrucción se había empeñado en identificar a este hombre, que habría subido en Rouen y que probablemente se apeara en Barentin; pero nada preciso había resultado; algunos testigos incluso negaban la posibilidad de penetrar por fuerza en un departamento reservado, y otros daban las informaciones más contradictorias. Así, pues, la pista parecía conducir a nada bueno cuando el juez, al interrogar al guardabarreras Misard, descubrió sin querer la dramática aventura de Cabuche y Luisita, aquella niña que, violada por el presidente, había ido a morir a casa de su buen amigo. Fue para él un súbito rayo de luz: inmediatamente se formuló en su cabeza la anhelada acta de acusación clásica. Todo cuadraba a pedir de boca: amenazas de muerte proferidas por el cantero contra la víctima; antecedentes deplorables; y una coartada, invocada con dificultad, e imposible de probar. En secreto, y obedeciendo a una inspiración feliz, el juez había hecho arrestar el día anterior a Cabuche en la casita que ocupaba en pleno bosque, especie de cubil perdido donde habían encontrado un pantalón manchado de sangre. Denizet, mientras se defendía, cauteloso, contra la convicción que penetraba en él, estando a pesar de todo resuelto a no abandonar la hipótesis relativa al matrimonio Roubaud, estallaba de júbilo

ante la idea de que él sólo había tenido la nariz bastante fina para descubrir al verdadero asesino. Para cerciorarse había citado aquel día en su gabinete a varios testigos, que ya habían sido interrogados el día siguiente al del crimen.

El despacho del juez de instrucción daba a la calle Jeanne d'Arc y se hallaba en un viejo edificio hoy derruido, junto al antiguo palacio de los duques de Normandía, hoy transformado en Palacio de Justicia. La extensa y lóbrega pieza, situada en el piso bajo, estaba alumbrada por una luz tan opaca que había que encender allí una lámpara durante el invierno, desde las tres de la tarde. Empapelada con un papel verde descolorido, tenía por todo mobiliario dos butacas, cuatro sillas, el escritorio del juez y la mesa del escribano; y sobre la fría chimenea, veíase un reloj de mármol negro flanqueado por dos copas de bronce. Detrás del escritorio aparecía una puerta que daba a otra pieza, en la que el juez ocultaba a las personas que quería tener a su disposición, mientras que la puerta de entrada se abría directamente al ancho corredor guarnecido de banquetas en el que aguardaban los testigos.

Desde la una y media, aunque la cita judicial era a las dos, estaban allí Roubaud y su mujer. Llegaban de El Havre y apenas habían tenido tiempo para almorzar en una fonda de la Grande Rue. Ambos vestidos de negro, él de levita y ella con traje de seda, como una señora, tenían la gravedad algo cansada y triste de un matrimonio que acababa de perder a un pariente. Severina se había sentado en una banqueta, inmóvil, callada; mientras que, en pie, con las manos unidas en la espalda, se paseaba Roubaud delante de ella. Pero a cada vuelta se encontraban sus miradas, y su oculta ansiedad pasaba entonces como una sombra por sus mudos semblantes. Aunque les había colmado de alegría, el legado de La Croix-de-Maufras acababa de reavivar sus temores, pues la familia del presidente, la hija sobre todo, herida por las extrañas donaciones, tan numerosas que alcanzaban la mitad de la fortuna total, hablaba de impugnar el testamento, y, estimulada por su marido, se mostraba particularmente dura hacia su antigua amiga Severina, a quien cargaba con las más graves sospechas. Por otra parte, la existencia de una prueba en la que Roubaud no había pensado al principio le llenaba ahora de miedo: aquella carta que hizo escribir a su mujer para decidir a Grandmorin a emprender el viaje y que seguramente encontrarían si éste no la había roto. Felizmente, pasaban los días sin que nada sucediese; al parecer, la carta había sido destruida. Cada nueva cita en el gabinete del juez de instrucción producía al matrimonio sudores fríos, que procuraban ocultar tras una actitud correcta de herederos y testigos.

Dieron las dos y apareció Jacobo que llegaba de París. Inmediatamente, Roubaud vino a él y, muy expansivo, le tendió la mano.

— ¡Ah! —exclamó—. ¿También le han molestado a usted? ¡Qué fastidioso se va haciendo este triste asunto que no concluye nunca!

Jacobo, al ver a Severina que continuaba sentada e inmóvil, se detuvo bruscamente. Desde hacía tres semanas, un día sí y otro no, en cada uno de sus viajes a El Havre, el jefe segundo le colmaba de atenciones. Una vez incluso tuvo que quedarse a comer, y entonces, sentado junto a Severina, se sintió sorprendido por la turbación que tanto temía. ¿Iba a desear también a ésta? Su corazón palpitaba, sus manos ardían ante la sola vista de la línea blanca del cuello, que aparecía luciente en torno al escote. Estaba resuelto a eludirla en adelante.

— ¿Y qué? —preguntó Roubaud—. ¿Qué dicen del asunto ese en París? ¿Nada nuevo, verdad? Es que no saben, y no sabrán nunca nada... Hombre, venga usted a saludar a mi mujer.

Se lo llevó consigo, y Jacobo tuvo que acercarse a Severina, que le miraba confusa y con una expresión de niña medrosa. El joven se esforzó en hablar de cosas indiferentes bajo las miradas fijas del marido y la mujer, que no se apartaban de él, como si tratasen de leer, más allá de su pensamiento, en aquellas honduras del ensueño a las que él mismo no se atrevía a descender. ¿Por qué se mostraba tan frío? ¿Por qué intentaba evitar encontrarse con ellos? ¿Acaso se despertaban sus recuerdos? ¿Acaso esta vez les habían llamado para carearles con él? ¡Ah, con qué gusto habrían conquistado a ese testigo que temían! ¡Cuánto deseaban unirle a sí por los lazos de una amistad tan estrecha que le faltase valor para decir la menor cosa en contra de ellos!

El jefe segundo, torturado por la incertidumbre, fue quien hizo girar la conversación hacia el punto que tanto le interesaba.

— ¿Entonces, usted no sospecha por qué razón nos citan? ¿Qué le parece, habrá alguna novedad?

Jacobo tuvo un gesto de indiferencia.

—Cierto rumor circulaba por la estación antes de que yo llegara —dijo—. Hablaban de una detención.

Los Roubaud se extrañaron, muy agitados, muy perplejos. ¿Una detención? ¡Y nadie les había dicho una palabra! ¿Se trataba de una detención ya hecha o de alguna que se estaba llevando a cabo? Las preguntas llovían sobre Jacobo; pero él no sabía nada más.

En aquel preciso momento un ruido de pasos en el pasillo hizo que Severina volviese la cabeza.

—Ahí vienen Berta y su marido —murmuró.

En efecto, eran los Lachesnaye. Pasaron con porte muy rígido ante el matrimonio Roubaud, sin que Berta se dignase dirigir a su antigua compañera ni una sola mirada. Un ujier los introdujo inmediatamente en el gabinete del

juez de instrucción.

—Bueno, tendremos que armarnos de paciencia —dijo Roubaud—. Nos darán un plantón de lo menos dos horas... ¡Siéntese usted!

Él mismo se había sentado a la izquierda de Severina y hacía señal a Jacobo para que ocupara el otro lado, junto a ella. El maquinista permaneció en pie un rato más. Luego, al mirarle ella con su aire dulce y tímido, se dejó caer sobre el banquillo. Sentada entre los dos hombres, le parecía muy frágil, muy tierna y sumisa; la delicada tibieza que emanaba de ella, durante el largo tiempo de espera, le entumecía lentamente.

En el gabinete del señor Denizet, todo se hallaba dispuesto para los interrogatorios. Como resultado de la instrucción, ya se había acumulado un acta enorme, varios legajos de papeles, con cubiertas azules. La investigación había seguido a la víctima desde su salida de París. El señor Vandorpe, jefe de estación, había declarado lo que sabía sobre la salida del expreso de las seis y treinta: el coche 293 añadido a última hora; las pocas palabras cambiadas con Roubaud que había subido a su departamento un poco antes de la llegada del presidente Grandmorin; en fin, al instalación de éste en su departamento, en el que, ciertamente, se hallaba solo. Luego, la declaración del conductor del tren, Enrique Dauvergne, el cual, interrogado acerca de lo que había pasado en Rouen, no pudo afirmar nada preciso. Había visto a los Roubaud hablando delante de su departamento y creía estar seguro de que habían subido luego al interior del mismo, y que un vigilante había cerrado la portezuela; pero ello no dejaba de ser una impresión bastante vaga, en medio de una muchedumbre con la escasa luz de la estación. En cuanto a la posibilidad de que alguien —el famoso asesino imposible de encontrar— penetrase en el departamento reservado en el instante de ponerse en marcha el tren, la admitía, aunque se le antojaba cosa poco verosímil; era verdad que tal cosa ya se había producido dos veces. Otros empleados, los de la estación de Rouen, interrogados sobre los mismos detalles, no habían hecho más que enmarañar las cosas con sus contestaciones contradictorias. Existía, sin embargo, un hecho probado: el apretón de manos, dado por Roubaud desde el interior del vagón al jefe de estación de Barentin, en el momento en que se colocaba en el estribo. Este jefe de estación, señor Bessière, había reconocido formalmente que era exacto, añadiendo que su colega se hallaba a solas con su mujer, la cual, medio recostada, parecía dormir tranquilamente. Por otra parte, la investigación había sido llevada tan lejos, que se llegó a identificar a algunos de los pasajeros que habían salido de París en el mismo departamento que los Roubaud. La dama gorda y el señor gordo, vecinos de Petit-Couronne, habían declarado que, habiendo llegado en el último minuto y habiéndose dormido en seguida, nada podían decir; en cuanto a la mujer vestida de negro, muda en su rincón, habíase desvanecido como una sombra, había sido imposible encontrarla. En

último lugar figuraban en el acta las declaraciones de los testigos menores: los que habían establecido la identidad de los viajeros que se habían apeado aquella noche en Barentin, estación donde suponíase había bajado el asesino; se habían contado los billetes y conseguido reconocer a todos los viajeros, menos uno, un mocetón precisamente, con la cabeza envuelta en un pañuelo azul, vestido con un gabán, según unos, y de blusa, al decir de otros; sólo sobre este hombre, desvanecido como un sueño, había un legajo de trescientas diez piezas, y tal era la confusión que en torno de él reinaba, que cada testimonio se hallaba desmentido por otro.

Y el legajo se complicaba aún con piezas judiciales: el acta del reconocimiento, redactada por el secretario, que el fiscal imperial y el juez de instrucción habían realizado en el teatro del crimen; toda una voluminosa descripción del lugar de la vía férrea donde había sido encontrada la víctima, de la posición del cuerpo, del traje, de los objetos encontrados en los bolsillos y que habían permitido establecer la identidad; el informe del médico, lleno de términos científicos, en el que estaba ampliamente descrita la herida de la garganta, un espantoso tajo hecho con instrumento cortante, un cuchillo sin duda; luego otras actas, documentos sobre el traslado del cadáver al hospital de Rouen, sobre el tiempo que había permanecido allí antes de que su descomposición, notablemente rápida, hubiese obligado a las autoridades a devolverle a la familia. Pero de todo ese nuevo montón de papelotes sólo quedaban dos o tres puntos importantes. Primeramente, no habían encontrado, en los bolsillos del muerto, ni el reloj ni una cartera con diez mil francos, cantidad que el presidente Grandmorin debía a su hermana, la señora Bonnehon y cuya devolución ésta esperaba. Podía creerse, por lo tanto, que el móvil del crimen fue el robo, a no ser por una sortija adornada con un grueso brillante que el asesino había dejado en el dedo de la víctima, detalle que daba lugar a otra serie de conjeturas. No se conocían, por desgracia, los números de los billetes de banco; pero sí pudo obtenerse una descripción del reloj, un cronómetro con remontoir muy grueso, que ostentaba en la tapa las dos iniciales enlazadas del presidente, y, en el interior, una cifra de fabricación, el número 25516. Otro punto importante era el arma, la navaja empleada por el asesino: había promovido investigaciones considerables a lo largo de la vía, entre las malezas de las cercanías, en todas partes donde podían haberla tirado; pero todas las pesquisas quedaron sin resultado. Al parecer, el asesino había escondido la navaja en el mismo lugar en que guardaba los billetes y el reloj. Lo único que habían recogido, unos cien metros antes de llegar a la estación de Barentin, era la manta de viaje de la víctima, abandonada allí como objeto comprometedor; y figuraba entre las piezas de convicción.

Cuando los Lachesnaye entraron en el gabinete del juez, el señor Denizet, de pie ante su escritorio, estaba relejendo uno de los primeros interrogatorios que su escribano acababa de extraer del legajo. Era Denizet un hombre de

estatura baja, pero fornido; rostro cuidado, entrecano. Las espesas mejillas, la barba cuadrada y la ancha nariz, tenían la lividez de lo inanimado, acentuada por los pesados párpados, medio caídos sobre unos ojos abultados y claros. Pero toda aquella sagacidad, toda aquella habilidad profesional de las que se creía dotado, se habían refugiado en la boca, una de esas bocas de comediante hechas para declarar sentimientos; boca de movilidad pasmosa, que se adelgazaba cuando su dueño recurría a su fina astucia. Esta sutileza era lo que le perdía: era excesivamente perspicaz y jugaba demasiado al escondite con la verdad simple y llana, llevado por lo que consideraba el ideal de su oficio; concepción que le convertía, a sus ojos, en una especie de anatomista moral, dotado de segunda vista, espiritual en extremo. A pesar de esto, no tenía nada de tonto.

Fue muy amable con la señora de Lachesnaye, pues también se enorgullecía de ser magistrado mundano que frecuentaba la sociedad de Rouen y los terratenientes de la vecindad.

—Señora, tómese usted la molestia de sentarse.

Y él mismo ofreció una silla a la dama, una rubia sosa con aire desagradable y particularmente fea con su vestido de luto. Pero no se mostró más que cortés, e incluso un tanto áspero, hacia el señor de Lachesnaye, rubio y endeble como ella; pues el hombrecillo, consejero de audiencia desde la edad de treinta y seis años, condecorado, merced a la influencia de su suegro, y a los servicios prestados por su padre, magistrado igualmente, representaba a sus ojos la magistratura de favor, la magistratura rica, la de los mediocres que acaparaban los puestos, seguros de hacer una carrera rápida gracias a su parentesco y su fortuna; mientras que él, pobre, sin protección, se veía reducido a doblar eternamente la espalda, teniendo un papel de suplicante, bajo la piedra sin cesar suspendida del ascenso. Así es que no le disgustaba hacerle sentir, en aquel reducido despacho, su omnipotencia, el poder absoluto que tenía sobre la libertad de todos, hasta el punto de cambiar con una palabra a un testigo en acusado y de mandarle encarcelar si se le antojaba.

—Señora —prosiguió— la ruego me perdone que la torture de nuevo con esta dolorosa historia. Sé muy bien que desea usted tan vivamente como nosotros que se haga la luz y que el culpable purgue su crimen.

Indicó con un ademán al escribano, un muchacho alto, con cara amarilla y huesuda, que estuviese listo; y el interrogatorio comenzó.

Pero desde las primeras preguntas que hizo a la señora de Lachesnaye, su marido, que se había sentado viendo que no le invitaban a que lo hiciera, trató de sustituirla. Poco a poco fue exhalando su amargura con motivo del testamento de su suegro. ¡Habíase visto! ¡Donativos tan numerosos, tan importantes que casi sumaban la mitad de la fortuna, una fortuna de tres

millones setecientos mil francos! ¡Y a personas desconocidas en su mayoría, a mujeres de todas clases y condiciones! Hasta figuraba allí una vendedora de violetas instalada en un portal de la calle du Rocher. Ello era inaceptable; esperaba a que terminase la instrucción criminal para tratar de hacer anular tan inmoral testamento.

En tanto que se lamentaba así, con los dientes apretados, revelándose como el majadero que era, como el provinciano de pasiones testarudas, hundido en la avaricia, el señor Denizet le miraba con sus gruesos ojos claros, que tenía medio cerrados, y su boca astuta expresaba un desdén celoso hacia ese impotente al que dos millones no llegaban a satisfacer y a quien, sin duda, vería algún día adornado con la púrpura suprema, merced a todo aquel dinero.

—Creo, señor mío, que haría usted mal —dijo al fin—. El testamento sólo podría ser impugnado en caso de que el total de las mandas fuese mayor que la mitad de la fortuna, y aquí no sucede eso.

Y volviéndose hacia su secretario, le dijo:

—Supongo, Laurent, que no está usted escribiendo todo esto...

El escribano le tranquilizó con una ligera sonrisa, como hombre que sabía distinguir.

—De todos modos —dijo el señor Lachesnaye, con creciente acrimonia—, que no se imagine nadie que voy a dejar La Croix-de-Maufras a esos Roubaud. ¡Semejante regalo a la hija de un criado! ¿Y por qué? ¿A santo de qué? Además, si queda probado que han tenido participación en el crimen...

El señor Denizet volvió al asunto.

— ¿De veras? ¿Lo cree usted? —preguntó.

— ¡Cómo no! Si conocían el testamento, bien claro está el interés que tenían en que muriese nuestro pobre padre... Note usted, además, que fueron los últimos que hablaron con él... En una palabra, todo eso parece muy sospechoso...

Impacientado por ver puesta en tela de juicio su nueva hipótesis, el juez se volvió hacia Berta.

— ¿Y usted, señora? —preguntó—. ¿Cree usted a su antigua amiga capaz de semejante crimen?

Antes de contestar, miró Berta a su marido. Unos pocos meses de matrimonio habían bastado para que la aspereza y la sequedad de los dos tomase proporciones excesivas. Se contagiaban mutuamente su mal genio. Era él quien la había azuzado contra Severina, con el resultado de que ella la habría hecho arrestar en el acto por no verla en posesión de la casa.

— ¿Qué quiere usted que le diga? —contestó al fin—. La persona de que habla tenía muy malos instintos siendo niña.

— ¿Cómo? ¿La acusa de haberse portado mal en Doinville?

— ¡Oh, no señor! De lo contrario, mi padre no la habría tolerado en su casa.

Era el grito de protesta de la gazmoñería, de la burguesa honrada que nunca habría de tener una falta que reprocharse, y cuyo orgullo consistía en ser una de las virtudes más indiscutibles de Rouen, saludada y recibida en todas partes.

—Sólo que... —prosiguió—. En cuanto a costumbres de ligereza y disipación... En fin, señor, muchas cosas que yo no hubiera creído posibles, parecen ciertas hoy día.

De nuevo tuvo el señor Denizet un movimiento de impaciencia. Ya no seguía esta pista y consideraba adversario suyo a todo aquel que se obstinara en creer que era la buena. Parecíale que, al hacerlo, ponían en duda la agudeza infalible de su inteligencia.

— ¡Veamos, hay que tener un poco de lógica! —exclamó—. Personas como los Roubaud no matan a un hombre como su padre de usted para heredar más pronto; o, por lo menos, habría algún indicio de su prisa de heredar, y deberían encontrarse otras pruebas de tal afán de poseer y de gozar. No, este móvil es insuficiente, sería preciso descubrir otro, y no hay ninguno; ustedes mismos no pueden indicarme ninguno... Por otra parte, restablezcan los hechos: ¿no ven ustedes ciertas imposibilidades materiales evidentes? Nadie ha visto subir al departamento reservado a los Roubaud. Es más: un empleado cree poder afirmar que volvieron a su departamento. Y puesto que estaban en su coche en Barentin, sería necesario admitir idas y venidas de su vagón al del presidente, del que estaban separados por otros tres coches, y eso durante los pocos minutos que dura el trayecto, y con el tren corriendo a toda velocidad. ¿Es eso verosímil? He preguntado a maquinistas, a conductores. Todos me han dicho que sólo una larga costumbre podría proporcionar la sangre fría y valor que supone tal cosa... Y sin ella, el marido no se habría arriesgado a tanto. De cualquier modo, la mujer no tendría participación alguna. ¿Y por qué habría de hacerlo? ¿Para matar a un protector que acababa de sacarles de un gran apuro? ¡No, no, decididamente! Esta hipótesis es insostenible, hay que buscar otra... Por ejemplo, un hombre que subiese en Rouen y bajase en Barentin, y que hubiese proferido, hace poco, amenazas de muerte contra la víctima...

Llevado por su pasión, iba a exponer su nuevo sistema, y estaba a punto de abandonar su prudente reserva, cuando la puerta, al entreabrirse, dejó pasar la cabeza del ujier. Mas antes de que éste hubiera pronunciado una palabra, una

mano enguantada de mujer acabó de abrir la puerta de par en par, y entró una dama rubia, vestida de elegante luto y hermosa aún a los cincuenta años bien cumplidos, con una belleza opulenta de diosa envejecida.

—Soy yo, mi querido juez —dijo—. Vengo con retraso y me dispensará, ¿verdad? Los caminos están malísimos; las tres leguas de Doinville a Rouen representan lo menos seis, con este tiempo.

Muy galante, el señor Denizet se había levantado.

— ¿Su salud no ha variado, señora, desde el domingo pasado? —se informó.

—Estoy perfectamente —contestó la dama—. ¿Y usted, mi querido juez? ¿Se le quitó el susto que le dio mi cochero? Me contó que estuvo a punto de volcar al traerle a usted, a unos kilómetros del castillo.

— ¡Oh, no fue nada, una sacudida sin consecuencias, ya ni roe acordaba! —protestó el señor Denizet—. Siéntese, y le repito lo que antes decía a la señora de Lachesnaye; dispénsame que renueve su dolor, con este lamentable asunto.

— ¡Y qué quiere usted, puesto que es preciso!... ¡Buenos días, Berta, buenos días, Lachesnaye!

Era la señora Bonnehon, la hermana de la víctima. Besó a su sobrina y estrechó la mano del marido. Viuda, desde los treinta años, de un industrial que le había legado una gran fortuna, ya muy rica por sí misma y dueña de la propiedad de Doinville, había llevado una vida muy alegre y llena, según se decía, de aventuras; pero era tan correcta y de apariencia tan irreprochable que no había cesado de ser, un solo momento, el árbitro de la sociedad de Rouen. Tanto debido a las circunstancias como por inclinación, había elegido sus amores entre la magistratura, recibiendo en su casa, durante veinticinco años, al mundo judicial, a todo ese mundo de la toga, que era traído y llevado en perpetua fiesta en los coches de la viuda. Aun ahora no se había resignado: decíase que sentía un cariño maternal hacia un joven sustituto, hijo de un consejero de audiencia, señor Chaumette; se ocupaba del ascenso del hijo y colmaba al padre de invitaciones y amabilidades. También había conservado a un amigo íntimo de los tiempos antiguos, otro consejero, el señor Desbazeilles, solterón y orgullo literario de la Audiencia de Rouen, del que se citaban sonetos de factura esmerada. Durante muchos años, había tenido habitación en Doinville. En la actualidad, y a pesar de que ya pasara de los sesenta, seguía yendo a comer allí, como viejo compañero cuyos reumas sólo le permitían el recuerdo. Así, pues, la señora Bonnehon conservaba la soberanía de la amabilidad, a despecho de la vejez que ya asomaba, y nadie pensaba en disputársela: sólo se le había presentado una rival el invierno

anterior, la señora Leboucq, también esposa de un juez, mujer morena, alta, de treinta y dos años y realmente muy atractiva, cuya casa comenzaba a frecuentar la magistratura. Y aquello, en medio de su buen humor habitual, era un ligero velo de melancolía.

—De manera, pues, señora, que si usted lo permite —prosiguió el señor Denizet—, voy a hacerle algunas preguntas.

El interrogatorio de los Lachesnaye había terminado pero no por eso los despidió el juez: su despacho, tan triste, tan frío, convertíase en salón mundano. El escribano, flemático, se dispuso a escribir de nuevo.

—Un testigo ha hablado de un telegrama enviado por usted a su hermano, llamándole en seguida a Doinville —comenzó el señor Denizet—. No hemos encontrado rastro de ese telegrama. ¿Le escribió usted, señora?

La señora Bonnehon, con gran soltura, se puso a contestar en tono de amena conversación:

—No escribí a mi hermano. Le esperaba, sabía que tenía que venir, pero sin día fijo. Generalmente venía sin avisar, y casi siempre en los trenes de la noche. Como habitaba un pabellón aislado en el parque, que daba sobre una callejuela desierta, ni siquiera se le oía llegar. Alquilaba un coche en Barentin, y sólo se dejaba ver al día siguiente, a veces por la tarde, como un vecino que está de visita, y que hace ya mucho tiempo que se halla instalado en la casa... Si esta vez lo esperaba, era porque tenía que traerme una cantidad de diez mil francos, un final de cuenta entre nosotros. Seguramente tenía sobre sí esa suma y esta es la razón que me hace creer que le han matado para robarle.

El juez se sumió en un breve silencio; luego, mirándola cara a cara, preguntó:

— ¿Qué juicio le merecen a usted la señora Roubaud y su marido?

Ella tuvo un vivo movimiento de protesta.

— ¡Por Dios, mi querido señor Denizet! —exclamó—. No vaya usted a marearse siguiendo la falsa pista de esa buena gente... Severina era una niña muy buena, muy dulce y dócil, y, además, encantadora, lo cual no es una desventaja. Si quiere que le diga mi opinión, pienso que ella y su marido son incapaces de cometer una mala acción.

El juez aprobó con la cabeza y lanzó una ojeada triunfadora hacia la señora de Lachesnaye. Ésta, irritada, se permitió intervenir.

—Tía —dijo—. Me parece usted muy crédula.

Entonces, la señora Bonnehon habló a sus anchas, con su llaneza ordinaria.

—No seas niña, Berta, nunca estaremos de acuerdo tocante a eso... Era

alegre, le gustaba bromear, y hacía bien... De sobra sé lo que tú y tu marido estáis pensando. Pero, a fe mía, el interés debe haberos trastornado por completo para que tanto os extrañe ese legado de La Croix-de-Maufras hecho por tu padre a Severina. La había educado, la había dotado, y era muy natural que le dejase algo en su testamento. ¡Vamos! ¿Acaso no la consideraba un poco como su hija? ¡Ay, cuán poco pesa el dinero en la felicidad!

Ella, en efecto, habiendo sido rica siempre, mostraba una indiferencia absoluta hacia el dinero. Y, por un refinamiento de mujer hermosa y adorada, incluso afectaba ver el único sentido de la vida en la belleza y el amor.

—Roubaud fue el que mencionó aquel telegrama —observó en tono seco el señor Lachesnaye—. Si no hubo telegrama, el presidente no pudo decirle que había recibido alguno. Entonces, ¿por qué mintió Roubaud?

— ¡Pero! —exclamó el señor Denizet, excitándose—. ¡El presidente muy bien pudo haber inventado eso del telegrama para explicar su repentina salida a los Roubaud! Según han declarado ellos mismos, no pensaba marcharse hasta el día siguiente; y como luego fue en el mismo tren que ellos, necesitaba una razón cualquiera, ya que quizás no le pareció oportuno darles a conocer el verdadero motivo; motivo que, por otra parte, todos desconocemos... Eso no tiene ninguna importancia y no conduce a nada.

Hubo un nuevo silencio. Cuando el juez prosiguió, estaba perfectamente sereno y se mostraba lleno de precauciones:

—Ahora, señora, llego a un punto particularmente delicado, y le ruego dispense la naturaleza de mis preguntas. Nadie respeta la memoria de su hermano más que yo... Corrían ciertos rumores, ¿verdad? Decíase que tenía amantes...

La señora Bonnehon había vuelto a sonreír, con infinita tolerancia.

— ¡Oh, querido señor mío, a su edad! —contestó—. Mi hermano quedó viudo joven, y nunca me he creído con derecho a juzgar mal lo que a él le parecía bien. Ha vivido a su antojo, sin que yo me haya mezclado lo más mínimo en sus asuntos. Lo que sé es que siempre observaba una actitud digna de su rango y que siguió siendo hasta su muerte un hombre de gran distinción.

Berta, indignada de que delante de ella se hablara de las amantes de su padre, había bajado los ojos, en tanto que su marido, tan enojado como ella, había ido a plantarse delante de la ventana, volviendo la espalda.

—Perdone mi insistencia —dijo el señor Denizet—. ¿No hubo una historia con una doncella muy joven en casa de usted?

— ¡Ah!, sí, Luisita... Pero, mi querido señor, era una viciosa precoz que ya a los catorce años tenía relaciones íntimas con un criminal reincidente.

Quisieron explotar su muerte en contra de mi hermano. Es una indignidad; le voy a contar a usted la historia, tal como sucedió.

Hablaba con sinceridad evidente. Pero, por más que supiese a qué atenerse sobre las costumbres del presidente, y aunque no le hubiera sorprendido su trágica muerte, se sentía obligada a defender la alta posición de la familia. Por otra parte, si, en relación con aquella desgraciada historia, creía a su hermano capaz de haber querido abusar de la jovencita, también estaba convencida de la precoz corrupción moral de ésta.

—Figúrese una chica diminuta, delicada, rubia y rosada, un verdadero angelito. Y además, de una dulzura de gatita muerta tal que le hubieran dado los sacramentos sin confesión... Pues bien, no había cumplido los catorce años y ya estaba enredada con una especie de bestia, un cantero llamado Cabuche que acababa de cumplir cinco años de presidio por haber matado a un hombre en una taberna. Ese muchacho vivía como un salvaje, en el linde del bosque de Becourt donde su padre, muerto de pena por lo de su hijo, le había dejado una choza hecha con troncos de árbol y con tierra. Obstinábase en explotar allí un rincón de aquellas canteras abandonadas que, según creo, suministraron en tiempos pasados la mitad de las piedras con las que se edificó Rouen. Y era en aquella madriguera donde la niña se citaba con su ogro; y tanto miedo le tenía todo el país, que vivía aislado como un leproso. A menudo, les encontraban juntos, en los bosques, cogidos de la mano; ella tan mona; él, enorme y bestial. En una palabra, algo escandaloso... Por supuesto, todo esto lo supe más tarde. Había yo acogido a Luisita casi por caridad para hacer una buena obra. Su familia, esos Misard, gente pobre, se guardó de decirme que habían pegado mucho a la niña, sin poder impedir que corriese detrás de su Cabuche en cuanto dejaban abierta la puerta... Entonces fue cuando sucedió aquello. En Doinville, mi hermano no tenía criados propios. El pabellón aislado en el que vivía lo arreglaban Luisita y otra mujer. Una mañana que se fue allí sola desapareció. Yo tengo para mí que había premeditado la huida desde hacía tiempo; quizás la esperase su amante y se la llevara... Pero lo terrible es que cinco días después comenzaron a circular rumores sobre la muerte de Luisita, con detalles sobre un estupro intentado por mi hermano en circunstancias tan monstruosas que la niña, enloquecida, había huido a casa de Cabuche para morir allí de una fiebre cerebral... ¿Qué era lo que había pasado en realidad? Han circulado tantas versiones que parece difícil ver claro. Yo, por mi parte, creo que Luisita, que en verdad murió de fiebre maligna, pues así lo confirmó un médico, sucumbió víctima de alguna imprudencia: noches pasadas al aire libre, correrías por los pantanos... Supongo, mi querido señor, que no se imaginará usted a mi hermano torturando a la niña. Eso es odioso, es imposible.

Durante su relato, el señor Denizet había escuchado con atención, sin dar

señales de aprobación ni de desaprobación. Al concluir, la señora Bonnehon sintió una ligera molestia que la hizo vacilar. Finalmente dijo:

—Claro, no digo que mi hermano no haya deseado bromear con ella. Le gustaba la juventud, y era muy alegre bajo su apariencia de rigidez. En fin, supongamos que le hubiese dado un beso.

Al oír esta palabra, los Lachesnaye tuvieron un sobresalto de púdico horror.

— ¡Pero, tía, tía!

Ella se encogió de hombros: ¿por qué mentir a la justicia?

—La besó, tal vez le hiciera cosquillas —prosiguió—. No es un crimen... Y lo que me induce a admitirlo, es que no fue el cantero quien inventó aquella calumnia. La mentirosa fue sin duda, la propia Luisita, la viciosa, que exageró las cosas, quizás para poder quedarse en casa de su amante... Y éste, un animal, como ya he dicho, acabó por creer en serio que le habían matado a su querida... Estuvo verdaderamente loco de furia: andaba repitiendo en todas las tabernas que si el presidente cayese entre sus manos le abriría el cuello como a un cerdo...

El juez, mudo hasta entonces, la interrumpió vivamente:

— ¿Ha dicho eso? ¿Hay testigos que puedan confirmarlo?

—Querido señor, tantos como quiera... En suma, un asunto muy triste, demasiado triste, que nos ha traído muchos disgustos. Afortunadamente, la posición de mi hermano le ponía por encima de toda sospecha.

La señora Bonnehon había comprendido cuál era la pista que perseguía el señor Denizet y se sentía alarmada. Juzgó prudente no comprometerse más con declaraciones propias e interrogar, a su vez, al juez. Pero éste se levantó, diciendo que no quería abusar por más tiempo del doloroso estado de ánimo de la familia. Por orden suya, el escribano leyó los interrogatorios antes de que los firmaran los testigos. Eran de una corrección perfecta, y tan limpios de palabras inútiles y comprometedoras, que la señora Bonnehon, disponiéndose a firmar, lanzó una ojeada sorprendida y benevolente hacia ese pálido y huesudo Laurent, al que hasta entonces no había mirado.

Después, al acompañarla el juez hasta la puerta, seguida del sobrino y la sobrina, le estrechó ella ambas manos, diciendo:

—Hasta pronto, ¿eh? Ya sabe usted que siempre se le espera en Doinville... Y muchas gracias. Es usted uno de mis últimos fieles.

Su sonrisa se veló de melancolía. La señora de Lachesnaye, fuera ya del despacho, se despidió de su tía con un seco saludo.

Cuando se encontró solo, el señor Denizet respiró un minuto, de pie y absorto en sus reflexiones. A juicio suyo, el caso se aclaraba. Ciertamente había cometido una violencia el presidente, cuya reputación era conocida. Ello convertía en muy delicada la instrucción del proceso, y el juez se prometió redoblar la prudencia hasta que llegaran las esperadas indicaciones del Ministerio. Pero no por eso se sentía menos triunfador. Por fin, tenía al culpable.

Se sentó en su butaca, delante de la mesa escritorio y seguidamente llamó al ujier.

—Haga usted entrar al señor Jacobo Lantier.

Los Roubaud continuaban esperando, sentados en el banco del pasillo, con sus caras impenetrables como adormiladas por la espera y agitadas, a veces, por un movimiento nervioso. La voz del ujier, al llamar a Jacobo, pareció despertarles, causándoles un ligero sobresalto. Siguieron al maquinista con ojos muy abiertos y le vieron desaparecer en el despacho del juez. Después recayeron en su inmovilidad, aun más pálidos y silenciosos.

Todas aquellas idas y venidas, desde hacía tres semanas, le causaban a Jacobo un malestar lleno de inquietud, como si el asunto mismo pudiese acabar por volverse contra él. Era una sensación absurda, pues nada tenía que reprocharse; ni siquiera había callado. Y, sin embargo, no entraba en el gabinete del juez sin ese temblor nervioso del culpable que teme ver su crimen descubierto. Se defendía contra las preguntas, se vigilaba a sí mismo, por miedo de hablar demasiado. También él habría podido matar: ¿acaso no se leía en sus ojos? Nada le molestaba tanto como esas citaciones ante el juez; sentía una especie de ira, y deseaba impaciente que ya no le atormentasen con esas historias, en las que nada tenía que ver.

Pero aquel día, el señor Denizet sólo mostró insistencia en sus preguntas sobre las señas particulares del asesino. Como Jacobo era el único que había visto al criminal, sólo él podía suministrar datos precisos. Mas no salía de su primera declaración: repetía que la escena del crimen había sido, para él, una visión de apenas un segundo; una imagen tan fugaz que ni había tomado forma en su recuerdo. Todo se reducía a un hombre que degollaba a otro, y nada más. Durante media hora, el juez, con lenta obstinación, le hostigó haciéndole siempre la misma pregunta de todas las maneras posibles: ¿Era alto o bajo? ¿Tenía barba? ¿Tenía cabello largo o corto? ¿Cómo vestía? ¿A qué clase parecía pertenecer? Y Jacobo, turbado, no daba más que respuestas vagas.

—En fin —dijo bruscamente el señor Denizet, mirándole fijamente a los ojos—, si se lo enseñaren a usted, si pudiera usted examinarlo detenidamente, ¿le reconocería?

Jacobo tuvo un ligero movimiento de los párpados, invadido por la angustia bajo aquella mirada que registraba su cráneo. Su conciencia se interrogó en voz alta:

— ¿Si le reconocería?... Sí... Tal vez...

Pero ya su extraño temor a una complicidad inconsciente le hacía volver a su actitud evasiva.

—Aunque... no —dijo—. Creo que no. No me atrevería nunca a afirmarlo. ¡Figúrese usted! ¡A una velocidad de ochenta kilómetros por hora!

Exasperado, el juez iba a mandarle pasar al cuarto contiguo para conservarle a su disposición, cuando, de repente, cambió de parecer.

— ¡Quédese! —ordenó—. Siéntese.

Y llamando al ujier, le dijo:

—Introduzca al señor Roubaud y a su esposa.

Cuando el matrimonio apareció en el umbral, los ojos de los dos, al ver a Jacobo, se nublaron llenos de vacilación e inquietud. ¿Había hablado? ¿Le conservaban allí para cuidarle con ellos? Toda su confianza se había desvanecido ante el hecho de que estuviera allí; y fue con voz sorda como contestaron a las primeras preguntas. Pero el juez continuaba el interrogatorio anterior, y no tenían más que repetir las mismas o casi idénticas frases, mientras él les escuchaba con la cabeza baja y sin siquiera mirarles.

De pronto, se volvió hacia Severina.

—Señora, usted dijo al comisario de vigilancia, cuya acta tengo aquí delante, que había visto subir a un hombre al departamento reservado, en Rouen, en el momento en que el tren se ponía en marcha.

Severina quedó pasmada. ¿Por qué le recordaba eso? ¿Era una trama? ¿Acaso, confrontando sus declaraciones, quería hacer que se desmintiese a sí misma? Consultó con una mirada a su marido, que juzgó prudente intervenir.

—No creo, señor —dijo—, que mi mujer se haya mostrado tan afirmativa.

—Perdone... Al admitir usted la posibilidad del hecho, la señora dijo: «Eso es lo que ha sucedido». Pues bien, señora, deseo saber si tenía usted motivos particulares para hablar así.

Severina se sintió completamente turbada, convencida de que, si no se mostrase cautelosa, el juez, yendo de contestación en contestación, la obligaría a confesar la verdad. Pero tampoco podía permanecer callada.

— ¡Oh!, no señor, ningún motivo —respondió, al fin—. Sin duda lo dije como simple suposición, porque, en efecto, parece difícil explicarse lo

sucedido de otra manera.

— ¿De modo que no ha visto al hombre y no puede decirnos nada acerca de él?

— ¡No, no señor, nada en absoluto!

El señor Denizet parecía abandonar este punto de la instrucción. Pero en seguida volvió a él, dirigiéndose a Roubaud.

— ¿Y usted? —preguntó—. ¿Cómo puede ser que no haya visto al hombre si subió realmente? Resulta de su propia declaración que todavía estaba usted hablando con la víctima cuando se dio la señal de salida...

Tal insistencia acabó por atemorizar al jefe segundo de estación, ansioso como estaba de saber qué partido tomar: si sólo admitir la invención de aquel hombre u obstinarse en ella. Si existían pruebas contra él, la hipótesis del asesino desconocido ya no era ostensible e incluso podía agravar su situación.

Decidió esperar para ver más claro y se limitó a explicaciones confusas y prolijas.

—Es una verdadera lástima —observó el señor Denizet—, que sus recuerdos sean tan poco precisos, pues, de ser más claros, habría podido ayudarnos a poner fin a las sospechas que han recaído sobre varias personas.

Ello parecióle a Roubaud una alusión tan directa, que sintió una necesidad irresistible de probar su inocencia. Se creyó descubierto, y en el acto tomó una decisión.

— ¡Es un caso de conciencia terrible! —declaró—. Vacila uno, usted lo comprenderá, no hay nada más natural. Si le confesase a usted que he visto efectivamente a aquel hombre...

El juez tuvo un gesto de triunfo, creyendo deber aquel principio de franqueza a su habilidad. Solía decir que sabía por experiencia la extraña resistencia que manifiestan ciertos testigos a decir lo que saben; y el hacer que esos testigos dieran luz a pesar suyo, era un arte del que se preciaba grandemente el señor Denizet.

— ¡Vamos, hable usted! —invitó a Roubaud—. ¿Cómo era: bajo, alto, de su estatura más o menos?

— ¡Oh, no! Mucho más alto. Por lo menos, esa es la sensación que tuve, pues no fue más que una sensación: sentí haber rozado a un individuo, mientras corría para volver a mi vagón.

—Un momento —dijo el señor Denizet. Y volviéndose hacia Jacobo le preguntó:

—Aquel hombre al que entrevió usted con una navaja en la mano, ¿era más alto que el señor Roubaud?

El maquinista, que ya se impacientaba, pues comenzaba a temer que perdería el tren de las cinco, levantó los ojos y examinó a Roubaud. Parecía no haberle mirado nunca y sintió asombro al verle bajo, fuerte, con un perfil singular, visto en alguna parte, tal vez en sueños.

—No —murmuró—, no era más alto, casi de la misma estatura.

Pero el jefe segundo de estación protestaba vivamente:

— ¡Sí, mucho más alto! Me llevaba por lo menos toda la cabeza.

Jacobo seguía mirándole con ojos muy abiertos. Y bajo esta mirada, en la que leía una sorpresa creciente, Roubaud se agitaba como para escapar a su propio parecido; mientras su mujer observaba, helada, el sordo trabajo de memoria que se reflejaba en el rostro del joven. Bien claramente se veía que a Jacobo le habían extrañado, en seguida, ciertos rasgos físicos comunes a Roubaud y al asesino. Después había sentido, bruscamente, la certidumbre de que Roubaud era el asesino, como lo afirmaban ciertos rumores. Y ahora parecía entregado enteramente a la emoción que le producía ese descubrimiento, con una cara inmovilizada por la estupefacción, sin que fuese posible saber lo que iba a hacer, y sin que él mismo lo supiese. Si hablaba, el matrimonio estaba perdido. Los ojos de Roubaud habían encontrado los suyos; ambos se miraban hasta el alma. Hubo un silencio.

— ¿De modo que ustedes no están de acuerdo? —prosiguió el señor Denizet—. Si usted, señor Lantier, le vio más bajo, debe ser porque había doblado el cuerpo en la lucha con su víctima.

También él miraba a los dos hombres. No había pensado utilizar así este careo; mas el instinto del oficio le hizo adivinar, en aquel minuto, que la verdad pasaba por el aire, y esta sensación incluso quebrantó su confianza en la pista abierta por Cabuche. ¿Acaso tendrían razón los Lachesnaye? ¿Acaso los culpables serían, contra toda verosimilitud, ese empleado modelo y su joven mujer tan dulce?

—Aquel hombre, ¿tenía toda la barba, como usted? —preguntó a Roubaud.

Éste tuvo fuerza suficiente para contestar sin que su voz temblara:

— ¿Toda la barba? ¡No, no! No llevaba barba, creo.

Comprendió Jacobo que la iban a hacer la misma pregunta. ¿Qué diría? Habría jurado que el hombre tenía barba cerrada. Aquellos dos no le interesaban. ¿Por qué no decir la verdad? Pero al apartar la vista del marido, se encontró con la mirada de la mujer, y leyó en esta mirada una súplica tan ardiente, una entrega tan completa de su persona, que quedó trastornado. De

nuevo, el temblor nervioso se apoderaba de él. ¿Acaso le amaba? ¿Sería esta la mujer a la que podría amar con amor verdadero, sin sentir esos monstruosos deseos de la destrucción? Y en aquel momento, por un singular trastorno, le pareció que su memoria se oscurecía: ya no veía al asesino en Roubaud. La visión se borraba y surgía en él una duda tan fuerte que le habría causado mortal arrepentimiento haber hablado.

El señor Denizet le hizo la pregunta:

—Aquel hombre, ¿llevaba toda la barba, como el señor Roubaud?

Y Jacobo contestó sinceramente:

—Señor, a decir verdad, no puedo afirmarlo. Repito: aquello fue demasiado rápido. No sé nada, no quiero afirmar nada.

Pero el juez se obstinó; deseaba acabar de una vez con la sospecha contra el jefe segundo. Apretó a éste, apretó al maquinista, y llegó a obtener así del primero una descripción completa de un asesino alto, corpulento, sin barba, vestido de blusa —todo lo contrario de Roubaud—; mientras que sólo consiguió arrancarle al segundo monosílabos evasivos que añadían fuerza a las afirmaciones del otro. Y el juez volvía a su convicción primitiva: no, seguía la buena pista; el retrato que el testigo trazaba del asesino era tan exacto que cada nuevo rasgo fortaleció su certidumbre. Y sería precisamente este matrimonio, del que tan injustamente se sospechaba, el que con su declaración haría caer la cabeza del culpable.

—Entren ustedes —dijo a los Roubaud y a Jacobo, indicándoles el gabinete contiguo, tan pronto como hubieron firmado su interrogatorio—. Esperen hasta que les llame.

Luego ordenó que trajesen al preso; y tan contento estaba que llegó en su buen humor hasta decirle al escribano.

—Le tenemos, Laurent.

Abrióse la puerta y entraron dos gendarmes empujando a un muchachote de unos veinticinco a treinta años. Despedidos por un ademán del juez, los gendarmes se retiraron, y Cabuche, pasmado, se quedó solo en medio del despacho, con un erizamiento de animal silvestre acosado. Era un hombrón, de cuello poderoso y de puños enormes. Rubio y muy blanco de piel, no tenía más barba que un poco de bozo dorado y sedoso. Su cara maciza y su frente baja indicaban la violencia del ser limitado y entregado por completo a la sensación inmediata; pero sentíase en su ancha boca y en su nariz cuadrada de perro de caza, algo así como una necesidad de tierna emisión.

Brutalmente sorprendido al amanecer en el fondo de su covacha, arrancado de su bosque y exasperado por acusaciones que no comprendía, tenía ya, con

su aire de estúpido espanto y su blusa rota, el aspecto sospechoso del acusado, ese aspecto de bandido socarrón que la cárcel da al hombre más honrado. Acercábase la noche; el cuarto iba poniéndose en la oscuridad. El ujier entró con una gran lámpara sin pantalla, cuya viva claridad alumbró el rostro del detenido. Entonces, descubierta, el hombre quedó inmóvil.

Inmediatamente, el señor Denizet fijó en él sus gruesos ojos claros, de pesados párpados. No hablaba: era el primer encuentro mudo, el ensayo inicial de su poder, que precedía a la guerra salvaje, a la guerra de ardides, de trampas, de torturas morales. Aquel hombre era culpable y todos los medios eran lícitos frente a él: sólo le restaba el derecho a confesar su crimen.

Comenzó el interrogatorio, con paso lento.

— ¿Sabe usted de qué crimen se le acusa?

Cabuche gruñó con voz llena de ira impotente:

—No me lo han dicho, pero yo me lo figuro. ¡Poco han charlado sobre eso!

— ¿Conocía usted al señor Grandmorin?

—Claro que lo conocía, ¡demasiado!

—Una muchacha, llamada Luisita, la amante de usted, entró de doncella en casa de la señora Bonnehon...

Un arrebato de ira arrastró al cantero. Se ponía como loco cuando se encolerizaba.

— ¡Dios de Dios! —gritó—. Los que lo dicen mienten como rufianes. ¡Luisita no era mi amante!

El juez observó su enfado con cierta curiosidad; luego, dando al interrogatorio un rodeo, dijo:

—Es usted muy violento. Ha sido condenado a cinco años de prisión por haber matado a un hombre en una riña.

Cabuche inclinó la cabeza. Aquella condena era su vergüenza. Murmuró:

—Él había pegado primero... Sólo cumplí cuatro años. Me perdonaron uno.

—Entonces —dijo el señor Denizet—, ¿según usted, la tal Luisita no era su amante?

De nuevo, Cabuche apretó los puños; luego dijo con voz baja y entrecortada:

—Pero, ¡comprenda! Ella era una niña, no tenía aún catorce años cuando volví de allí... Todos me huían. Me habrían apedreado. Y ella, en el bosque,

donde siempre la encontraba, se acercaba, hablaba... Era tan buena, ¡oh!, tan buena... Y así nos hicimos amigos. Al pasearnos, íbamos cogidos de la mano. ¡Qué buenos eran aquellos tiempos! Claro, crecía y yo soñaba con ella. No puedo decir lo contrario; estaba como loco, tanto la amaba. También ella me quería mucho, y sin duda habría sucedido, algún día, eso que usted dice, pero la separaron de mí y la llevaron a casa de esa señora, en Doinville... Luego, una noche, al volver de la cantera, la encontré ante mi puerta, medio loca y tan enferma que la abrasaba la fiebre. No se había atrevido a regresar a casa de sus padres. Venía a morir a mi lado. ¡Ira de Dios! ¡Qué marrano! ¡Debí echar a correr y degollarle!

El juez plegaba sus delgados labios, extrañado por el acento sincero de este hombre. Decididamente, habría de tener cuidado: se las tenía con un adversario más fuerte de lo que había creído.

—Sí —dijo—. Ya conozco el horroroso cuento inventado por usted y esa muchacha. Pero repare usted en esto: toda la vida del señor Grandmorin le ponía por encima de acusaciones de este género.

Fuera de sí, con la mirada loca y las manos temblorosas, el cantero balbuceaba:

— ¿Cómo? ¿Qué es lo que hemos inventado?... Los otros son los que mienten, ¡y a nosotros se nos acusa de mentirosos!

— ¡Vaya! no se haga usted el inocente... Ya he interrogado a Misard, el hombre que se casó con la madre de su amante. Le carearé con usted si es preciso. Ya verá usted el juicio que a él le merece ese cuento... Y mucho cuidado con lo que va a contestar. Tenemos testigos, lo sabemos todo, conque haría usted mejor en decir la verdad.

Era su habitual táctica de intimidación que aplicaba aun cuando nada supiera y careciera de testigos.

—Por ejemplo —prosiguió—, ¿negará usted haber gritado públicamente, en todas partes, que le abriría el cuello al señor Grandmorin?

— ¡Eso sí que lo he dicho! Y lo decía de todo corazón, pues la mano no cesaba de darme comezón.

Una sorpresa dejó completamente parado al señor Denizet. Había esperado una rotunda negación. ¡Cómo! El acusado confesaba las amenazas. ¿Qué astucia ocultaba aquello? Temiendo haberse precipitado, el juez se replegó un instante y luego, mirándole fijamente, le preguntó a quemarropa:

— ¿Qué hizo usted durante la noche del catorce al quince de febrero?

—Me acosté al anochecer, a eso de las seis —contestó Cabuche—. No me sentía bien, y mi primo Luis me hizo el favor de llevar una carga de piedras a

Doinville.

—En efecto, han visto a su primo con el carro cuando atravesaba la vía en el paso a nivel. Pero su primo, interrogado sólo ha podido declarar una cosa: que usted le dejó a eso de las doce de la mañana y que no le volvió a ver... Pruébeme usted que a las seis se hallaba acostado.

— ¡Vamos! Eso es estúpido. ¿Cómo podría probar tal cosa? Vivo en una casa aislada, en pleno bosque... Estaba acostado, lo digo, y no puedo decir más.

Entonces, el señor Denizet se decidió a dar el gran golpe: la afirmación que derriba al acusado. Su rostro se inmovilizó por la tensión de su voluntad y todo el dramatismo de la escena se concentró en su boca cuando dijo:

—Pues yo voy a decirle lo que usted hizo el catorce de febrero, por la noche... A las tres, tomó en Barentin el tren para Rouen, con una intención que la instrucción aun no ha podido establecer. Regresó en el tren de París que se detiene en Rouen a las nueve y tres; y estaba usted en el andén, en medio de la muchedumbre, cuando vio al señor Grandmorin en un departamento. Advierta usted que admito de buen grado que no hubo premeditación, que la idea del crimen sólo se le ocurrió en aquel mismo instante... Entonces subió, en medio de los apretones y del vaivén de los viajeros, y esperó hasta que el tren entrase en el túnel de Malaunay; pero calculó mal el tiempo, pues el tren salía ya del túnel cuando dio el golpe... Tiró usted el cadáver y bajó en Barentin, no sin haber echado también por la ventana la manta de viaje... Eso es lo que usted hizo...

Había acechado los menores movimientos de la cara rosada de Cabuche, y se irritó cuando éste, que al principio había escuchado con gran atención, prorrumpió finalmente en una risa bonachona.

— ¿Qué está usted contando? —dijo Cabuche—. Si lo hubiese matado lo diría. —Y añadió tranquilamente—: No lo hice, pero debí hacerlo. ¡Dios de Dios! sí, lo siento.

Fue todo cuanto pudo sacarle el señor Denizet. En vano volvió a sus preguntas, retornando diez veces y con tácticas diferentes hacia los mismos puntos. ¡No! ¡Siempre no! No había sido él. Se encogía de hombros. Le parecía tonto aquello. Al detenerle habían registrado la covacha sin encontrar el arma ni los diez billetes de banco ni el reloj; pero se habían llevado un pantalón manchado de sangre, prueba abrumadora. De nuevo se puso a reír; ¡otra historia fantástica! ¡Un conejo cogido a lazo, cuya sangre le había goteado sobre las piernas! Y era el juez quien, aferrado a su idea del crimen, perdía terreno a causa de la demasiada sutileza profesional, que le hacía complicar las cosas, y alejarse de la verdad lisa y llana. Aquel hombre de

pocas luces e incapaz de luchar con astucias que mostraba una fuerza invencible cuando repetía su no, le ponía gradualmente fuera de sí, pues sólo podía ver en él al culpable. Cada nueva denegación le exasperaba más, como una obstinación en el salvajismo y la mentira. Ya le obligaría a confesar:

— ¿Conque niega?

—Claro que niego, puesto que no fui yo... Si hubiese sido yo, ¡ah! harto orgulloso me sentiría, y lo diría.

Con un brusco movimiento, el señor Denizet se levantó. El mismo fue a abrir la puerta del gabinete contiguo, y llamando a Jacobo, le dijo:

— ¿Reconoce usted a este hombre?

—Le conozco —dijo el maquinista sorprendido—. Hace tiempo que le vi en casa de los Misard.

—No, no... ¿Le reconoce usted como el hombre del vagón, el asesino?

Al oír esto, Jacobo se volvió circunspecto; además, no le reconocía. El otro le había parecido más bajo, más moreno. Iba a decirlo, cuando le pareció que aun así declaraba más de lo debido. Siguió evasivo.

—No sé —dijo—. No puedo decir nada... Le aseguro a usted, señor, que nada puedo decir.

El señor Denizet, sin esperar, llamó a los Roubaud y les dirigió la pregunta:

— ¿Reconocen ustedes a este hombre?

Cabuche continuaba sonriente. No se extrañó. Dirigió un ligero saludo de cabeza a Severina, a la que había conocido de soltera, cuando vivía en La Croix-de-Maufras. Pero al verle allí, ella y su marido tuvieron un estremecimiento. Comprendían que era el hombre detenido del que les había hablado Jacobo; el acusado, causa del nuevo interrogatorio. Y Roubaud se quedó estupefacto, asustado por el parecido de este muchacho con el asesino imaginario, cuyas señas él había inventado y que habían de ser todo lo contrario de lo que él era. Fue una mera coincidencia, pero Roubaud se sintió tan turbado que vacilaba al contestar.

— ¡Vamos! ¿Le reconoce usted? —repitió el juez.

— ¡Dios mío!, señor juez, ya le he dicho: no fue más que una sensación... Un individuo que me rozó... Es verdad, este es alto como el otro, y rubio, y no tiene barba...

—En fin, ¿lo reconoce?, ¿sí o no?

El jefe segundo, angustiado, estaba tembloroso. Una sorda lucha reinaba en

él. Triunfó el instinto de conservación.

—No lo puedo afirmar —dijo—. Pero hay algo de eso, mucho de eso, no cabe duda.

Esta vez, Cabuche comenzó a maldecir. Ya empezaban a hacerle la santísima con esas historias. Puesto que no había sido él, quería marcharse. Y sintiendo la ola de sangre que le subía a la cabeza, pegó puñetazos en la mesa, y se puso tan terrible que los gendarmes, llamados de nuevo, se lo llevaron. Pero ante tal violencia, ante ese salto de bestia atacada que se lanza hacia adelante, el señor Denizet triunfaba: ahora estaba convencido, y lo manifestó:

— ¿Se han fijado ustedes en sus ojos? —preguntó a los testigos—. Yo los conozco por los ojos... ¡Ah, está listo! ¡Lo tenemos!

Los Roubaud, inmóviles, se miraron. Entonces, ¡todo había terminado! Estaban salvados, puesto que la justicia tenía al culpable. Se sentían algo aturdidos, con la conciencia intranquila por el papel que los acontecimientos les había obligado a desempeñar. Pero les llenaba una tal alegría, que quedaban inundados sus escrúpulos. Sonreían a Jacobo e, impacientes por verse al aire libre, esperaban a que el juez les despidiese a los tres. En este momento, el ujier trajo al señor Denizet una carta.

Con viveza el juez volvió a su mesa escritorio para leerla detenidamente, olvidando a los tres testigos. Era la carta del Ministerio; las instrucciones que hubiera debido de esperar con más paciencia, sin dar nuevos pasos en la instrucción del proceso. Y lo que leía, menguaba sin duda su triunfo, pues su rostro se helaba poco a poco, volviendo a su fría inmovilidad. Hubo un momento en que levantó la cabeza para lanzar una mirada oblicua hacia los Roubaud, como si una frase de la carta le recordase su presencia. El matrimonio, perdiendo su breve alegría y recayendo en un malestar, se sintió cogido de nuevo. ¿Por qué les había mirado? ¿Acaso habían encontrado en París los tres renglones de la carta de Severina, aquel estúpido billete que no les dejaba vivir? La mujer del jefe segundo conocía al señor Camy-Lamotte por haberle visto con frecuencia en casa del presidente, y sabía que estaba encargado de poner orden en los papeles del difunto. Un punzante pesar torturaba a Roubaud: el no haber mandado a París a su mujer, que habría podido hacer allí visitas útiles, asegurándose, por lo menos, la protección del secretario general, para el caso de que la Compañía, molesta por los rumores que corrían, quisiera destituirle. Y ambos no apartaban su vista del juez, sintiendo crecer su inquietud a medida que le veían ponerse sombrío, visiblemente desconcertado por aquella carta, que echaba a perder todo el trabajo tan provechoso de aquel día.

Por fin, el señor Denizet soltó la carta y permaneció un momento absorto, mirando a los Roubaud y a Jacobo. Luego, resignándose, dijo, hablándose a sí

mismo en voz alta:

— ¡Bueno!, ya veremos. Ahondaremos más todo esto... Pueden ustedes retirarse.

Pero en el instante en que los tres se disponían a salir, el juez no pudo resistir al deseo de saber, de aclarar el punto crítico que destruía su nueva convicción, a pesar de que le recomendasen que no diera ya paso ninguno sin ponerse de acuerdo con el Ministerio.

—No, usted quédese un momento. Tengo que hacerle una pregunta más — dijo a Jacobo.

En el pasillo, los Roubaud se detuvieron. Las puertas quedaban abiertas y sin embargo, no se determinaban a salir. Algo los detenía allí: la angustia por lo que sucedía en el despacho del juez, la imposibilidad física de marcharse mientras no supieran de boca de Jacobo qué nueva pregunta le hacían aún. Volvieron, fueron y vinieron, con las piernas flaqueándoles. Se encontraron sentados, juntos sobre el banquillo donde ya tantas horas habían esperado; y se quedaron allí entorpecidos y silenciosos.

Viendo reaparecer al maquinista, Roubaud se levantó bruscamente.

—Le esperábamos a usted —dijo—. Volveremos a la estación juntos... ¿Y qué?

Pero Jacobo apartaba la cabeza como si quisiera evitar la mirada de Severina, fija en él.

—Ya no sabe por dónde anda —dijo al fin—. ¡Pues no me pregunta ahora si no fueron dos los que cometieron el crimen! Y como hablé en El Havre de una masa negra que pasaba sobre las piernas del viejo, me ha estado mareando sobre eso... Él parece creer que no era más que la manta de viaje. Mandó buscarla y tuve que decir... ¡Qué sé yo! Tal vez fuera, en efecto, la manta de viaje.

Los Roubaud se estremecían. Habían descubierto la pista: una palabra de este muchacho podía perderles. Él sabía, y acabaría por hablar. Y los tres, la mujer entre los dos hombres, salían silenciosos del Palacio de Justicia, cuando, en la calle, el jefe segundo anunció:

—A propósito, compañero, mi mujer tendrá que ir a pasar un día a París por asuntos urgentes. Sería usted muy amable si le sirviera de guía en caso de que necesite de alguien.

CAPÍTULO V

A las once y cuarto en punto, el puesto de Batignolles señaló, con los dos toques de bocina reglamentarios, que el expreso de El Havre salía del túnel de Batignolles; poco después, las placas giratorias fueron sacudidas y el tren entró en la estación con un silbido seco y haciendo rechinar los frenos, envuelto en humo y chorreando bajo una lluvia torrencial y tenaz que no había cesado de caer desde Rouen.

Los mozos no habían levantado aún los pestillos de las portezuelas cuando ya una de ellas se abrió, y Severina saltó con presteza sobre el andén antes de que el tren estuviera parado. Su coche era uno de los últimos, y tuvo que andar de prisa para llegar a la locomotora, avanzando en medio de la brusca oleada de pasajeros que bajaban de los departamentos rodeados de niños y paquetes. Veía desde lejos a Jacobo, de pie sobre la plataforma y esperando la señal para ir al depósito, mientras que Pecqueux se ocupaba en limpiar con un trapo los cobres.

—Conque quedamos en eso —dijo Severina, alzándose sobre la punta de los pies—. Estaré a las tres en la calle Cardinet, y tendrá usted la bondad de presentarme a su jefe para que le dé las gracias.

Era el pretexto imaginado por Roubaud: una muestra de agradecimiento al jefe de depósito de Batignolles por un insignificante servicio que éste le había prestado. De esa manera quedaría ella confiada a la buena amistad del maquinista y podría estrechar aún más los lazos por medio de los cuales esperaba actuar sobre él.

Pero Jacobo, negro de carbón y exhausto después de la lucha contra la lluvia y el viento, la miraba con ojos duros y no contestaba. No había podido negar al marido aquel favor al salir de El Havre, pero la idea de encontrarse a solas con ella, le trastornaba, ahora que sabía que la deseaba.

— ¿Estamos? —preguntó ella sonriente, con su dulce mirada acariciadora, a pesar de la sorpresa y la ligera repugnancia que sentía al verle tan sucio que apenas le conocía—. Cuento con usted.

Y como ella se alzaba todavía más apoyando su mano enguantada sobre una barra de hierro, Pecqueux, cortés, la avisó:

—Cuidado, que se va a ensuciar.

Jacobo tuvo que contestar y lo hizo en tono brusco.

—Bueno. En la calle Cardinet... A menos que esa maldita lluvia acabe de derretirme. ¡Qué tiempo más infernal!

Le dio lástima a Severina verle en aquel lamentable estado y añadió como si hubiese pasado todo aquello únicamente por ella:

— ¡Cómo se ha puesto usted, mientras yo estaba tan cómoda en mi asiento!... Sepa que no le he olvidado durante el camino, y me desesperaba ese diluvio. ¡Y yo que estaba tan contenta al pensar que me traía usted esta mañana y que me volvería a llevar por la tarde en el expreso!

Pero su cariñosa familiaridad parecía turbarle aun más. Se sintió aliviado al oír una voz que gritaba: «¡Atrás!». Con mano rápida, tiró de la varilla del vapor, mientras el fogonero apartaba con un movimiento a la mujer.

— ¡A las tres!

— ¡Sí, a las tres!

Y a tiempo que la máquina se ponía en marcha, Severina se alejaba del andén. Era la última. Fuera, en la calle de Ámsterdam, al disponerse a abrir su paraguas, se alegró viendo que ya no llovía. Bajó hasta la plaza de El Havre, dudó un instante y al fin se decidió a almorzar en seguida. Eran las once y veinticinco. Entró en una taberna en la esquina de la calle Saint-Lazare, y pidió huevos fritos y una chuleta. Luego, mientras comía, muy lentamente, recayó en las reflexiones que la torturaban desde algunas semanas. Ya no se animaba su pálido y ojeroso rostro con aquella dócil sonrisa seductora.

Fue la noche anterior, después del interrogatorio en Rouen, cuando Roubaud, juzgando peligroso esperar, había decidido enviar a su mujer a París para que hiciera una visita al señor Camy-Lamotte, no en el Ministerio, sino en su casa particular de la calle del Rocher, cercana justamente a la de Grandmorin. Severina sabía que le encontraría allí a la una, y por eso no se apresuraba; preparaba lo que habría de decir, tratando de prever las respuestas del secretario general, para no cortarse. La víspera, un nuevo motivo de inquietud había precipitado su viaje: habían sabido por las habladurías de la estación, que la señora Lebleu y Filomena estaban contando por todas partes que la Compañía, disgustada por los rumores que corrían, iba a despedir a Roubaud; y lo peor era que el señor Dabadie, interrogado por el jefe segundo, no había dicho que no, circunstancia que daba mucho peso a la noticia. Urgía, pues, que Severina fuera a París a defender la causa del matrimonio; y, sobre todo, para pedir protección a aquel influyente personaje, como antes la habían pedido al presidente.

Pero bajo esta demanda de auxilio, que por lo menos suministraba un pretexto conveniente para la visita, se ocultaba un motivo más imperioso: la abrasadora e insaciable necesidad de saber, esa necesidad que empuja al criminal a entregarse antes que seguir ignorando. Ahora que se creían descubiertos, después que Jacobo les había revelado la sospecha del juez, la hipótesis de un segundo asesino, la incertidumbre les mataba. Volvíanse locos haciendo conjeturas: la carta, encontrada; los hechos, restablecidos. Cada hora que pasaba creían ver entrar a la justicia. Ya se veían encarcelados, y su

suplicio se agravaba de tal modo, los hechos más insignificantes tomaban un aspecto tan amenazador, que acabaron por preferir la catástrofe a esas continuas zozobras. Tener una incertidumbre y cesar de sufrir.

Severina comió su chuleta, tan absorta, que se despertó como sobresaltada, sin poderse dar cuenta del lugar en que se encontraba. La comida le parecía tener un sabor amargo, los bocados no pasaban, y hasta le faltaba ánimo para tomar café. Pero por despacio que hubiese comido, eran apenas las doce y cuarto cuando salió de la fonda. ¡Todavía tres cuartos de hora! Ella, que adoraba a París, que tanto gustaba de correr libremente por las calles de la capital las raras veces que allá llegaba, aquel día se sentía como perdida en la inmensa ciudad, temblorosa de temor, impaciente por acabar con aquel andar errante: impaciente por ocultarse. Se secaban las aceras y un viento tibio acababa de barrer las nubes. Bajó Severina por la calle Tronchet y se halló en el mercado de flores de La Madeleine, uno de esos floridos mercados en aquellos días de fin de invierno. Durante media hora avanzó en medio de una primavera precoz, anduvo llena de sensaciones vagas, pensando en Jacobo como en un enemigo al que tendría que desarmar. Parecíale que su visita a la calle del Rocher ya estaba hecha, que todo iba bien por ese lado, y que sólo le quedaba obtener el silencio del joven. Era una empresa compleja en la que se perdía, y atormentaba su cabeza con planes románticos. Pero todo aquello sucedía sin que le causara cansancio ni susto, con una dulzura que la mecía. Mas no era verdad, ¡no había hecho aún su visita! Y Severina, recayendo duramente a la angustia de la realidad, se apresuró a subir por la calle del Rocher.

El hotel del señor Camy-Lamotte se hallaba en la esquina de esta calle con la de Nápoles. Tuvo que pasar ante la casa de Grandmorin, muda, vacía, con las persianas cerradas. Levantó la mirada y aceleró aún más el paso. Recordó su última visita y entonces la casa se irguió ante ella, grande y terrible. Y como, después de haber dado algunos pasos, se volvió, impulsada por un movimiento instintivo, y miró hacia atrás, como una persona perseguida por el clamor de una muchedumbre, vio en la acera de enfrente al juez de instrucción de Rouen, señor Denizet, que también subía por la calle. Quedó espantada. ¿La había visto mirar la casa? Pero el juez andaba con serenidad. Severina esperó que se adelantase a ella, y luego, profundamente turbada, le siguió. Entonces recibió otro golpe en el corazón, pues le vio llamar en la esquina de la calle de Nápoles. ¡Entraba en la casa del señor Camy-Lamotte!

El terror se apoderó de ella. No se atrevería a entrar ahora. Volvió hacia atrás, y bajó por la calle de Edimbourg, hacia el Puente de Europa. Solamente llegada allí se creyó en salvo. Y no sabiendo ya a dónde ir, ni qué hacer, aterrada permaneció inmóvil junto a una de las balaustradas, mirando hacia abajo, a través de las armaduras de hierro sobre el vasto campo de la estación

por donde iban y venían continuamente los trenes. Los seguía con su mirada llena de espanto, mientras pensaba que seguramente el juez iba allí por el asunto del crimen, que los dos hombres debían hablar de ella, y que en aquel mismo minuto se decidía su suerte. Entonces, presa de súbita desesperación, se sintió tentada por el irresistible deseo de arrojarse bajo un tren, antes que tener que volver a la calle del Rocher. Justamente salía de la estación uno de los trenes de gran distancia: venía hacia ella, y luego pasó por debajo de sus pies, lanzando hacia su rostro una tibia bocanada de vapor blanco. En el momento siguiente, la estupidez e inutilidad de su viaje, la horrible angustia que llevaría consigo a casa si no tuviese fuerza suficiente para ir a buscar una certidumbre, se presentaron tan vivamente ante su espíritu, que se concedió cinco minutos más para recobrar su valor. Allí abajo silbaban las locomotoras; siguió con la vista una, pequeña, que estaban desenganchando de un tren suburbano, y su mirada, alzándose hacia la izquierda, reconoció, por encima del patio de las mensajerías, en lo alto de la casa del callejón de Ámsterdam, la ventana de la madre Victoria, aquella ventana en la que se veía de nuevo, apoyada junto a su marido, antes de la abominable escena causa de la desgracia de ambos. Eso le recordó el peligro de su situación y sintió una punzada de dolor tan agudo que, de repente, se sintió dispuesta a afrontarlo todo, queriendo acabar de una vez. Por todas partes oíase el sonido de bocinas y se escuchaban ruidos prolongados que la ensordecían; espesas humaredas cerraban el horizonte, volando sobre el cielo claro de París. Severina emprendió de nuevo el camino de la calle del Rocher, avanzando hacia allí con el paso del que va a suicidarse; precipitando bruscamente su marcha, temerosa de no encontrar ya a nadie.

Al oprimir Severina el botón del timbre, un nuevo terror la dejó helada. Un ayuda de cámara le abrió y después de informarse de su nombre, la rogó que se sentase en una antesala. A través de las puertas ligeramente entreabiertas, Severina oyó distintamente la viva conversación de dos voces. De pronto, se produjo un silencio profundo y absoluto. Ya no distinguía más que el sordo latido de sus sienes; decíase que el juez seguía conferenciando, que sin duda tenía que esperar mucho tiempo, y esta espera se le hacía intolerable. De repente, tuvo una sorpresa: reapareció el ayuda de cámara y la introdujo. Severina estaba segura de que el juez no había salido. Le adivinaba allí, escondido tras una puerta.

Era un vasto gabinete de estudio, con muebles negros, cortinas pesadas y alfombra espesa, de aspecto tan severo y resguardado que diríase ningún ruido de fuera penetraba hacia el interior. Pero había flores, rosas pálidas, en un canastillo de bronce, y ello indicaba, oculta tras la severidad aparente, cierta secreta delicadeza, cierta afición a la vida amable. El amo de la casa estaba de pie, muy correctamente ceñido en su levita, severo con su rostro delgado y un poco ensanchado por unas patillas ya entrecanas, con una elegancia de antiguo

rey de la moda, esbelto aún, con una distinción sonriente que desmentía la estudiada rigidez del porte oficial. Así, a la media luz de la estancia, parecía muy alto.

Severina, al entrar, se sintió oprimida por el aire tibio y como sofocado bajo las colgaduras, y no vio más que al señor Camy-Lamotte que la observaba mientras se acercaba. No hizo ni un gesto para invitarla a que se sentara, exagerando su intención bien visible, de no abrir la boca el primero y esperar a que ella explicara el motivo de su visita. Así se prolongó el silencio; pero Severina, por efecto de una reacción violenta, se encontró, de repente, dueña de sí misma, consciente del peligro, muy serena, muy cautelosa.

—Señor —dijo—, he tenido la audacia de venir a apelar a su benevolencia. Usted sabe la pérdida irreparable que he sufrido; y ante el abandono en que ahora me encuentro, me he atrevido a pensar en usted como en el hombre que podría defendernos, para conservar de este modo un poco de la protección que nos había manifestado su amigo, mi llorado bienhechor.

El señor Camy-Lamotte no tuvo entonces más remedio que ofrecerle un asiento con un gesto, pues había pronunciado aquellas palabras de una manera perfecta, sin humildad ni dolor exagerados, en un tono que demostraba cuán consumado es el innato arte de la hipocresía femenina. Pero él seguía sin hablar; se había sentado también y esperaba. Severina, viendo que debía mostrarse más explícita, prosiguió:

—Me permito refrescar su memoria recordándole que he tenido el honor de verle en Doinville. ¡Ah, aquéllos fueron tiempos felices para mí! Hoy, han venido los días malos, y sólo me queda usted, señor. Imploro su protección en nombre de aquél que hemos perdido. Usted le quería ¡acabe su buena obra!, ¡reemplácele para conmigo!

El señor Camy-Lamotte la escuchaba, la miraba, y todas sus sospechas se convertían en más vagas cada vez, pues la encontraba natural y encantadora con su dolor y sus súplicas. La esquila descubierta por él entre los papeles de Grandmorin, esas dos líneas sin firma, no podían proceder, a sus ojos, de nadie más que de ella, cuyas complacencias hacia el presidente no eran un secreto para él; y hacía un rato, con solo saber que venía a verle, su convicción se había robustecido. Si había interrumpido su conferencia con el juez, sólo lo había hecho para ver confirmada su certidumbre. Pero, ¿cómo creerla culpable, viéndola así, tan apacible y dulce?

Quería saber a qué atenerse, y, sin abandonar su aire severo, dijo a Severina:

—Explíquese, señora... Me acuerdo perfectamente. Le ayudaré con sumo gusto si nada se opone.

Entonces, Severina le contó, con palabras claras y llanas, cómo amenazaban a su marido con la destitución. Tenía muchos envidiosos a causa de su mérito y de la alta protección que hasta entonces había tenido. Ahora que le creían desvalido, esperaban triunfar y redoblaban sus esfuerzos. Ella no nombraba a nadie; hablaba con mesura, a pesar de la inminencia del peligro. Para decidirse a venir a París, había sido preciso que estuviese bien convencida de la necesidad de obrar con mayor rapidez. Un día después tal vez ya fuera tarde: era una ayuda y protección inmediata la que le pedía... Y todo esto lo exponía con tal abundancia de hechos lógicos y de buenas razones, que parecía imposible, a todas luces, que se hubiera molestado por otra cosa.

El señor Camy-Lamotte había estudiado hasta los movimientos imperceptibles de sus labios. Ahora asestó el primer golpe.

—Vamos a ver —dijo—. La Compañía ¿por qué iba a despedir a su marido? Nada grave tiene que reprocharle.

Ella no apartaba tampoco la mirada de él, acechando los menores pliegues de su rostro, preguntándose si había encontrado la carta. Y no obstante la apariencia cándida de la pregunta, adquirió, de golpe, la convicción de que la carta estaba allí, escondida en algún mueble del despacho; el señor Camy-Lamotte lo sabía, puesto que le ponía una trampa, tratando de ver si ella osaba hablar de las verdaderas razones de la destitución. Por otra parte, había acentuado demasiado el tono, y se sintió registrada hasta en el alma por aquellos ojos pálidos de hombre hastiado.

Valientemente, marchó derecha hacia el peligro.

—La verdad, señor, es algo bien monstruoso lo que voy a decir, pero nos acusan de haber matado a nuestro bienhechor por causa de ese desdichado testamento. No nos ha costado nada probar nuestra inocencia. Sólo que siempre queda algo de las abominables acusaciones, y la Compañía teme sin duda el escándalo.

El secretario general quedó sorprendido y desconcertado de nuevo ante tal franqueza y, sobre todo, por la sinceridad del acento de sus palabras. Además, habiéndola juzgado, a primera vista, sin atractivos, ahora comenzaba a encontrarla sumamente seductora con esa sumisión complaciente que expresaban sus ojos, y con la fuerza que emanaba de su negra cabellera. Y lleno de celosa admiración pensaba en su amigo Grandmorin. ¿Cómo demonios aquel vejestorio, diez años mayor que él, había tenido, hasta su muerte, mujeres así, cuando él tenía que renunciar ya a estos juegos para no perder lo poco que le quedaba de sus tuétanos? Era verdaderamente encantadora y muy fina, y tuvo el señor Camy-Lamotte una sonrisa de conocedor ya desinteresado, que contrastaba con su fría rigidez de funcionario

encargado de un negocio tan fastidioso.

Pero Severina, por una bravata de mujer que conoce su fuerza, tuvo la torpeza de añadir:

—Gente como nosotros no mata por dinero. Hubiera sido preciso otro motivo, y no había tal motivo.

La miró y vio temblar sus labios. Había sido ella. Desde aquel momento su convicción fue absoluta. Ella misma comprendió en el acto, por la manera que él tuvo de cesar de sonreír y por un movimiento nervioso de su barbilla, que se había traicionado. Sintió un gran desfallecimiento, como si todo su ser la abandonara. Sin embargo, permanecía con el busto erguido, oía su propia voz continuar hablando con el mismo tono igual, diciendo las palabras que había que decir. La conversación seguía, pero ya nada nuevo tenían que decirse; y bajo palabras indiferentes, sólo hablaban de aquello que no decían. Él tenía la carta, y ella era la que la había escrito. Esta certidumbre se desprendía hasta de sus silencios.

—Señora —dijo al fin el secretario general—, no rehúso intervenir ante la Compañía, si en efecto es usted digna de interés. Espero precisamente esta tarde al jefe de la explotación, para otro asunto... Pero necesito algunas notas. Mire usted, escríbame el nombre, la edad y los servicios prestados por su marido; en fin todo lo que pueda ponerme al tanto de la situación de ustedes.

Y empujó frente a ella un veladorcito, cesando de mirarla para no asustarla demasiado. Severina se había estremecido: él quería una página de su letra para compararla con la carta. Durante un instante, buscó desesperadamente algún pretexto, decidida a no escribir. Luego reflexionó. ¿Para qué? Él ya lo sabía. Siempre podrían obtener algunos renglones suyos. Y sin trastorno aparente, con la mayor sencillez del mundo, escribió lo que él le había pedido. El señor Camy-Lamotte, de pie detrás de ella, reconoció sin dificultad la letra, aunque era más alta y escrita menos temblorosamente que la de la escuela. Y acabó por encontrar muy decidida a aquella mujercilla delicada: volvió a sonreír, ahora que ella no podía verlo, con su sonrisa de hombre al que ya sólo podía conmover la gracia, en medio de su indiferencia hartamente experimentada hacia todas las cosas. Bien mirado, nadie ni nada valía el esfuerzo de ser justo. Únicamente cuidaba de guardar el decoro del régimen que servía.

—Bueno, señora —dijo—. Entrégueme esto. Me informaré y procuraré arreglar las cosas.

—Le estoy muy agradecida, señor —contestó Severina—. ¿Entonces, usted logrará que no destituyan a mi marido, y puedo ya considerar el asunto como arreglado?

— ¡Ah, no! ¡Eso no! No me comprometo a nada... Tengo que ver, tengo

que reflexionar.

En efecto, vacilaba. No sabía qué partido tomar frente a este matrimonio. Y ella, desde que se sentía entregada a su merced, era atormentada por una sola angustia: esa vacilación, esa alternativa de verse salvada o perdida por él, sin poder adivinar las razones que decidirían su actitud.

— ¡Señor! —suplicó—, ¡piense usted en nuestro tormento! No puede dejar que me marche sin haberme dado una esperanza...

—Pero, señora, si le aseguro que nada puedo. Tenga un poco de paciencia.

La empujaba hacia la puerta. Ella se iba desesperada, trastornada a punto de confesarlo todo en voz alta, impulsada por la necesidad inmediata de obligarle a que dijera claramente qué era lo que pensaba hacer con ellos. A fin de permanecer allí un minuto más, y esperando hallar un giro, exclamó:

— ¡Se me olvidaba! Quería pedirle consejo a propósito de ese desdichado testamento. ¿Cree usted que debemos rehusar el legado?

—La ley les favorece a ustedes —contestó él cauteloso—. Eso es cosa de apreciación y de circunstancias.

Desde el umbral, intentó un último esfuerzo.

—Señor —dijo—, se lo suplico, no me deje marchar así. Dígame si debo tener esperanza.

Y con un gesto de abandono le cogió la mano.

Él la retiró. Pero Severina le miraba con ojos tan hermosos y tan ardientes de súplica, que se sintió conmovido.

—Bueno —dijo—. Vuelva a las cinco. Tal vez tenga algo que decirle.

Severina se fue, dejando la casa particular del señor Camy-Lamotte con más angustia que la que había traído. La situación se había precisado, y su suerte quedaba en suspenso, pues estaba bajo la amenaza de una detención inmediata. ¿Cómo vivir hasta las cinco? De pronto, recordó a Jacobo al que había olvidado: ¡otro que podía perderla, si la encarcelaban! Aunque apenas eran las dos y cuarto, se apresuró a subir por la calle del Rocher en dirección de la de Cardinet.

Solo en su despacho, el señor Camy-Lamotte se detuvo ante la mesa escritorio. Íntimo de las Tullerías, a donde su cargo de secretario general del Ministro de Justicia le obligaba a ir casi cada día; poderoso como el propio ministro; teniendo a su cargo los asuntos más delicados, sabía hasta qué punto la causa Grandmorin irritaba e inquietaba a los altos poderes. Los periódicos de la oposición continuaban su campaña ruidosa: unos acusando a la policía de estar tan empeñada en la vigilancia política que no le quedaba tiempo para

detener a los asesinos; otros, revolviendo la vida del presidente, dando a entender que pertenecía a los círculos de la Corte, donde reinaba el vicio más crapuloso. Y esta campaña se convertía en verdaderamente desastrosa a medida que se aproximaban las elecciones. Así es que habían manifestado al secretario general el deseo de ver el asunto terminado cuanto antes y de cualquier manera. Como el ministro se lo había confiado a él, resultaba que era el único árbitro de la decisión que se tomara, pero tendría que asumir la plena responsabilidad. Y la cosa era para pensada, pues sabía muy bien que pagaría por todos si cometiese alguna torpeza.

En medio de sus reflexiones, el señor Camy-Lamotte fue a abrir la puerta de la habitación vecina, detrás de la que estaba esperando el señor Denizet. Éste, que había escuchado la conversación anterior, exclamó al entrar:

— ¿No le he dicho a usted que ha hecho mal en sospechar de esta gente? Es la evidencia misma que esta mujer sólo piensa en salvar a su marido de la destitución. No ha dicho ni una palabra sospechosa.

El secretario general no contestó en seguida. Mirando absorto al juez, cuya cara maciza, de labios delgados, le llamaba la atención, estaba pensando en la magistratura sobre la que tenía en manos, libre para hacer con ella lo que se le antojase como jefe oculto del personal; y asombrábase de que este hombre fuese aún tan digno en su pobreza y tan inteligente a pesar de su entumecimiento profesional. Pero el juez, por más ducho que se creyese con sus ojos velados por espesos párpados, era realmente de una tenacidad aun más grande cuando creía estar en posesión de la verdad.

—Entonces —contestó, al fin, el señor Camy-Lamotte—, ¿persiste en creer que el culpable es ese Cabuche?

El señor Denizet tuvo un sobresalto de extrañeza.

— ¡Claro que lo creo! —exclamó—. Todo le acusa. Le he enumerado a usted las pruebas; son, por decirlo así, clásicas, pues no falta ni una. He buscado con afán tratando de descubrir algún cómplice, a esa mujer que, según usted me indicó, se debería haber hallado en el departamento reservado. Eso parecía concordar con la declaración de un maquinista, un hombre que afirma haber entrevisto la escena del asesinato; pero al someterle yo a un hábil interrogatorio, no pudo mantener su primera declaración y hasta reconoció la manta de viaje como la masa negra de la que había hablado... No, Cabuche es el culpable, y hay que tener en cuenta que si le soltamos, ya no nos queda nadie.

Hasta entonces, el secretario general se había abstenido de darle conocimiento de la prueba escrita que poseía. Y ahora que su convicción ya no admitía duda alguna, se apresuraba menos aún a hacerle ver la verdad. ¿Para

qué destruir la falsa pista que seguía el juez, si la verdadera debía conducir a embarazos todavía más graves? Todo eso había que examinarlo detenidamente.

—Tal vez sea así —respondió con su sonrisa de hombre cansado—. Estoy dispuesto a admitir que está usted en lo cierto. Sólo le llamé para estudiar con usted ciertos puntos graves. Esta causa es excepcional, pues se ha convertido en política. ¿Se da cuenta de ello, verdad? Tal vez, nos veamos obligados a obrar como hombres de Estado... Pues bien, dígame usted con toda franqueza: según sus interrogatorios, ¿fue violentada aquella muchacha, la amante de Cabuche?

El juez hizo una mueca de hombre sutil y sus ojos parecieron desaparecer tras los pesados párpados.

—Bueno —dijo—, creo que el presidente la había puesto en estado bastante feo, y me temo que ello trascienda durante el proceso... Añada usted a eso que si la defensa queda confiada a un abogado de la oposición, nos exponremos a ver hechas públicas toda clase de historias fastidiosas, pues no son precisamente historias de esas las que faltan allá abajo, en nuestra tierra.

Denizet no era tonto cuando cesaba de obedecer a la rutina del oficio y cuando no se sentía en el reinado absoluto de su perspicacia y omnipotencia. Había comprendido por qué le llamaban, no al Ministerio de Justicia, como hubiera sido lógico, sino al domicilio particular del secretario general.

—En suma —concluyó, viendo que este último no chistaba—, tendremos una causa bastante sucia.

El señor Camy-Lamotte se contentó con mover la cabeza. Estaba calculando los resultados del otro proceso, el de los Roubaud. A buen seguro, el marido, si le encausasen, contaría que su mujer había sido pervertida también cuando era jovencita, y lo del adulterio posterior, y cómo la rabia de los celos le había empujado al crimen; eso sin contar que ya no se trataba de una criada y de un antiguo presidiario: ese empleado casado con una mujer tan bonita, iba a sacar a relucir todo un aspecto de la burguesía y del mundo de los ferrocarriles. Y además, ¿podía saberse alguna vez qué terreno se pisaba con un hombre como había sido el presidente? No, decididamente, una causa Roubaud, aunque se tratase de los verdaderos culpables, sería una causa más sucia todavía. Nada. Habría que hacerla a un lado definitivamente. Y si resultaba necesario una causa, él se inclinaría porque fuese la del inocente Cabuche.

—Me inclino ante su opinión —dijo, al fin, al señor Denizet—. Existen realmente graves sospechas contra el cantero, de ser verdad que trataba de ejercer una venganza legítima... Pero, ¡Dios mío, qué triste es todo eso, y

cuánto lodo habría que revolver! ¡Claro, nadie lo sabe mejor que yo, la justicia debe mostrarse indiferente hacia las consecuencias, elevándose por encima de los intereses transitorios...!

No acabó la frase, terminándola con un ademán, mientras el juez, a quien ahora tocaba guardar silencio, esperaba con aire inexpresivo las órdenes que ya presentía. Desde el momento en que veía aceptada la verdad suya, aquella creación de su inteligencia, estaba dispuesto a sacrificar, a los intereses del gobierno, la idea de la justicia. Pero el secretario general, no obstante su habitual maestría en transacciones de esta naturaleza, se apresuró, hablando demasiado rápidamente y en tono de amo obedecido.

—En una palabra, lo que se desea es un sobreseimiento —dijo—. Arregle usted las cosas de manera que se archive la causa.

—Usted perdone —declaró el señor Denizet—. Ya no soy el amo de esta causa. Depende de mi conciencia.

Inmediatamente, el señor Camy-Lamotte sonrió, muy correcto de nuevo y haciendo reaparecer ese aire desengañado y cortés que parecía burlarse de todo y de todos.

—Sin duda —asintió—. Y es a su conciencia a la que me dirijo. Le dejo a usted tomar la decisión que ella le dicte, seguro de que usted pesará equitativamente el pro y el contra, en bien del triunfo de las sanas doctrinas y la moral pública... Mejor que yo sabe usted que es heroico, a veces, aceptar un mal para evitar otro mayor... En fin, sólo apelamos al buen ciudadano, al hombre honrado. A nadie se le ocurriría pesar sobre su independencia y he ahí por qué repito que usted es dueño absoluto del asunto, cosa que, por lo demás, exige imperativamente la ley.

Celoso de su poder ilimitado, sobre todo en este momento en que el secretario general se inclinaba a abusar de él, el juez acogía cada una de aquellas frases con un movimiento de cabeza, que revelaba su satisfacción.

—Además —añadió el otro con un redoblamiento de benevolencia, que la convertía en irónica—, sabemos perfectamente a quién nos dirigimos. Ya hace tiempo que seguimos sus esfuerzos, y puedo permitirme decirle que desde ahora mismo le llamaríamos a París, si hubiese una vacante.

El señor Denizet tuvo un movimiento. ¿Cómo? Aunque prestase el servicio que se le pedía, ¿no iban a colmar su gran ambición, su sueño de una magistratura en París? Pero el señor Camy-Lamotte, adivinando su decepción, se apresuró a añadir:

—Su puesto está previsto. No es más que cuestión de tiempo... Y ya que he comenzado a ser indiscreto, celebro poder anunciarle que está usted en la

lista para la cruz de la Legión de Honor, el 15 de agosto próximo.

Durante un instante, el juez meditó. Habría preferido un ascenso, pues calculaba que habría representado un aumento de cerca de ciento sesenta y seis francos al mes, y, en la miseria en que vivía, ello significaba un poco de bienestar: su guardarropa renovado, su ama de llaves, Melania, mejor alimentada y menos insoportable. Pero la condecoración no era de despreciar tampoco. Además, tenía una promesa. Y él, que no se habría vendido, educado como estaba en la tradición de una magistratura honrada y mediocre, cedía en seguida ante una mera esperanza, ante un vago compromiso de la Administración, que le aseguraba habría de favorecerle algún día. La función judicial ya no era más que un oficio como otro cualquiera, y él arrastraba el grillete del ascenso, solicitante hambriento y siempre dispuesto a doblar la espalda bajo las órdenes del poder.

—Estoy sumamente agradecido —murmuró—. Tenga usted la bondad de decírselo al señor Ministro.

Se había levantado, sintiendo que ahora todo cuanto pudiesen añadir uno u otro sólo resultaría desagradable.

—Entonces —concluyó, con los ojos apagados y la cara mortalmente inmóvil—, terminaré mi investigación teniendo en cuenta sus escrúpulos. Claro está que si no tenemos hechos absolutamente probados en contra de ese Cabuche haremos mejor en no arriesgar el escándalo inútil de un proceso. Le soltaremos y continuaremos vigilándole.

Cuando el señor Camy-Lamotte se vio solo, se permitió la curiosidad, ya gratuita, de comparar la página escrita por Severina con la esquila sin firma que había descubierto entre los papeles del presidente Grandmorin. El parecido era completo. Dobló la carta y la guardó cuidadosamente, pues aunque no había deseado revelar su existencia al juez de instrucción, juzgaba que tal arma merecía ser conservada. Y como el perfil de aquella mujer tan delicada y tan fuerte en su nerviosa resistencia aparecía ante su espíritu, tuvo un movimiento de hombros indulgente y burlón. ¡Ah, las mujeres! ¡Cuando se empeñan!

A las tres menos veinte y antes de la hora de la cita con Jacobo, Severina se encontraba ya en la calle Cardinet. Allí, en el último piso de una casa muy grande, ocupaba el joven un diminuto cuarto en el que no entraba sino por la noche, para acostarse, y aun no aparecía allí dos veces por semana, las noches que pasaba en El Havre, entre el expreso de la noche y el de la mañana. Pero aquel día, calado y muerto de cansancio como estaba, había subido a su habitación para echarse sobre la cama. De manera que Severina tal vez hubiese esperado en balde, si la reyerta entre un matrimonio vecino, el marido que apaleaba a su mujer y los gritos de ésta, no le hubieran despertado. Se lavó

y se vistió de muy mal humor, viéndola abajo, en la acera, al lanzar una mirada por la ventana de su buhardilla.

— ¡Es usted, por fin! —exclamó Severina cuando apareció en la entrada del inmueble—. Temía haber comprendido mal... Me había dicho en la esquina de la calle Saussure...

Y sin esperar su contestación, levantando la vista hacia la casa, le dijo:

— ¿Ahí es donde vive usted?

Jacobo había fijado la cita delante de su puerta, porque el depósito al que habían de ir estaba casi enfrente. Pero la pregunta le dejó parado: creyó que Severina iba a llevar su curiosidad hasta querer ver su cuarto. Éste estaba tan modestamente amueblado y en desorden tan grande, que le daba vergüenza.

— ¡Oh, no vivo allí! —dijo—. Es un abrigo, nada más. Dese usted prisa, temo que se haya marchado el jefe.

En efecto, cuando llegaron a la casita que este último ocupaba detrás del depósito, en el recinto de la estación, no le encontraron, e inútilmente fueron de soportal en soportal: en todas partes le dijeron que volviesen a eso de las cuatro y media, si querían estar seguros de encontrarle en los talleres de reparación.

—Bueno, volveremos —dijo Severina.

Luego, cuando de nuevo se halló en la calle al lado de Jacobo, le preguntó:

—Si no tiene nada que hacer, ¿le molestaría que me quedase con usted?

Jacobo no podía rehusar, y, además, se dio cuenta de que, a pesar de la sorda inquietud que le causaba, ella ejercía sobre él una seducción creciente, y tan poderosa, que la ficticia aspereza en que se había prometido encerrarse desaparecía bajo sus dulces miradas. Severina, con su largo rostro tierno y medroso, debía amar como un perro fiel al que no se atreve uno a dar un palo.

—Claro está que no la dejo —contestó en tono menos brusco—. Sólo que nos queda más de una hora de espera... ¿Quiere entrar en un café?

Severina, al verle tan amable, sonreía feliz. Exclamó con viveza:

— ¡Oh, no, no! No quiero encerrarme; prefiero ir cogida de su brazo por las calles que usted quiera.

Y ella misma le tomó del brazo con un movimiento gracioso y resuelto. Ahora que ya no estaba negro del viaje, parecía distinguido, con su traje de empleado que gana buen sueldo, y su aire burgués, realzado por una especie de altivez, hija del peligro que desafiaba cada día. Nunca había notado como ahora que era él un buen mozo, con su rostro redondo y bien cortado, con su

bigote muy moreno sobre la tez blanca; y únicamente sus inquietos ojos, sembrados de puntitos de oro y que se apartaban de ella, continuaban infundiéndola una vaga desconfianza. Si evitaba mirarla cara a cara, ¿era acaso porque no quería comprometerse? ¿Porque deseaba conservar su libertad de acción, incluso en contra de ella? Desde aquel momento, presa de la incertidumbre en que se veía y sintiendo un estremecimiento cada vez que recordaba aquel gabinete de la calle del Rocher, donde se decidía su vida, Severina no tuvo más que un deseo: sentir suyo, del todo suyo, al hombre que la llevaba del brazo; obtener que cuando levantase ella la cabeza, fijase él sus ojos en los suyos profundamente. Entonces es cuando sería suyo. No le quería, y ni siquiera se imaginaba que pudiera encontrarse en los brazos de este hombre. No hacía más que esforzarse en convertirle en propiedad suya, a fin de no tener ya que temerle.

Durante algunos minutos avanzaron sin hablar en medio de la continua ola de transeúntes que anima aquel populoso barrio. A veces, se veían obligados a bajar de la acera y atravesaban la calle rodeados por los coches. Luego se encontraron ante el jardín de Batignolles, casi desierto en aquella época del año, a pesar de que el cielo, lavado por el diluvio de la mañana, era de un azul muy suave, y que bajo el tibio sol de Marzo, brotaban las lilas.

— ¿Entramos? —preguntó Severina—. Toda esta gente me marea.

Jacobo iba a proponérselo, llevado por el inconsciente deseo de tenerla más cerca, junto a sí, lejos de la muchedumbre.

—Ahí o en otra parte, me es lo mismo. Entremos.

Lentamente, continuaron andando a lo largo del césped, entre los árboles sin hojas. Algunas mujeres paseaban sus niños en mantillas, y otras personas atravesaban el jardín para evitarse camino, apresurando el paso. Cruzaron la vía y subieron hacia las rocas; luego volvieron, ociosos, pasando entre las espesuras de abetos cuyo persistente follaje relucía al sol con un color verde oscuro. En aquel rincón solitario había un banco oculto a las miradas, y se sentaron sin hablar una palabra, como si acudieran atraídos por una misma cita.

—Ha vuelto a hacer buen tiempo —dijo Severina después de un breve silencio.

—Sí —contestó él—, ya volvió el sol.

Pero su pensamiento íntimo estaba lejos. Él, que huía a las mujeres, acababa de recordar los acontecimientos que le habían acercado a ésta. Se hallaba a su lado, le tocaba, amenazaba invadir su existencia, y él no podía salir de su sorpresa. Desde el último interrogatorio en Rouen, no le quedaba duda alguna: esta mujer había sido cómplice en el crimen de La Croix-de-

Maufras. ¿Cómo? ¿A consecuencia de qué circunstancias? ¿Empujada por qué pasión o por qué interés? Todas estas preguntas se las hacía a sí mismo sin poder encontrar una respuesta clara y lógica. Sin embargo, había acabado por componerse una versión propia: un marido codicioso, violento, y que tenía prisa de entrar en posesión del legado; temeroso, quizás, de que el presidente cambiase el testamento en perjuicio del matrimonio; o bien impulsado por el deseo de conservar a su mujer a su lado, uniéndola a él por un lazo sangriento... Aceptaba esta versión, cuyas facetas oscuras le atraían sin que tratase de aclararlas. También le preocupaba la idea de que tenía el deber de decirlo todo a la justicia. Incluso era esta idea la que le perseguía desde que se hallaba sentado en el banco, a su lado y tan cerca de ella que sentía contra su cadera el suave calor que emanaba de Severina.

—Es extraño, en el mes de marzo, poder estar fuera así, como en verano —observó Jacobo.

— ¡Oh! —dijo ella—. En cuanto sube el sol, ya se nota.

Y por su lado pensaba Severina que, a no ser tonto, este muchacho tenía que saber que eran culpables. Se habían mostrado demasiado obsequiosos, y, hasta en aquel mismo momento, estrechábase ella demasiado contra él. Así, pues, en el silencio entrecortado por palabras huecas, seguía Severina las reflexiones que cruzaban por la mente de Jacobo. Sus ojos se habían encontrado; acababa de leer en la mirada del joven que se preguntaba si no era ella a quien había visto sujetar con todo su peso las piernas de la víctima, causándole la impresión de una masa negra. ¿Qué hacer? ¿Qué decir para atarle a ella con lazo indestructible?

—Esta mañana —añadió—, hacía mucho frío en El Havre.

—Sin contar toda el agua que nos ha caído encima —dijo él.

En este instante, Severina tuvo una brusca inspiración. No pensó, no dudó: surgía aquello como una impulsión instintiva, desde las oscuras profundidades de su inteligencia y su corazón; pues si hubiese dudado nada habría dicho. Pero sentía que era precisamente lo que tenía que decir y que, diciéndolo, le conquistaría.

Dulcemente, le cogió la mano y le miró a los ojos. Las espesuras de árboles los ocultaban de la curiosidad de los paseantes de las calles vecinas; sólo se oía un lejano rodar de coches, atenuado en aquella soledad llena de sol, mientras, en la vuelta de la alameda, un niño estaba jugando a solas, ocupado silenciosamente en llenar un cubito de arena con su pala. Y sin transición, con toda su alma, Severina dijo a media voz:

— ¿Me cree culpable?

Jacobo tuvo un ligero estremecimiento, y fijó su mirada en la de Severina.

—Sí —respondió con la misma voz baja y emocionada.

Entonces ella estrechó la mano del joven, que seguía teniendo en la suya, con una presión más cariñosa. No prosiguió en seguida; sentía cómo la fiebre de ambos se confundía. Finalmente, dijo:

—Se engaña usted. No soy culpable.

Lo decía, no para convencerle, sino para darle a entender que debía ella seguir siendo inocente a los ojos de los demás. Era la confesión de la mujer, que dice no deseando que sea no, siempre y a pesar de todo.

—No soy culpable —repitió—. ¿No me apenará más creyéndome culpable?

Y se sintió feliz viendo que él dejaba sus ojos sumidos en los suyos. Ciertamente lo que ella acababa de hacer era la entrega de su persona; así, se entregaba, y más tarde, si él la reclamaba, no podría excusarse. Pero el lazo quedaba anudado entre ellos, indisoluble; ahora sí que apostaba que el joven no hablaría: era suyo, así como ella era de él. La confesión les había unido.

— ¿No me atormentará más? ¿Me cree?

—Sí, la creo —contestó él sonriendo.

Al fin y al cabo, ¿por qué la iba a obligar a hablar brutalmente de aquella cosa horrible? Ya se lo contaría todo más tarde, si lo creía necesario. Aquella manera de tranquilizarse a sí misma, confesándose a él sin decir una palabra, mucho le conmovía como prueba de infinita ternura. ¡Estaba tan confiada, tan frágil, con sus dulces ojos azules! ¡Parecíale tan mujer, entregada enteramente al hombre, y siempre dispuesta a tolerar sus caricias para hacerle feliz! Pero lo que le encantaba más que nada, mientras permanecían juntas las manos de ambos y no apartaban sus miradas uno de otro, era no hallar en sí su ordinario malestar, aquel espantoso estremecimiento que le agitaba tan pronto como se encontraba junto a una mujer y que se despertaba ante la idea de poseerla. No había podido rozar la piel de las demás sin sentir el deseo de morderlas, presa de una abominable hambre de degüello. A esta, ¿acaso podría amarla y no matarla?

—Ya sabe usted que soy su amigo y que nada tiene que temer por mi parte —murmuró a su oído—. No quiero enterarme de sus asuntos. Haré lo que usted quiera... ¿Me entiende? Disponga por completo de mi persona.

Tanto se había aproximado a su rostro, que sentía en su bigote el tibio aliento de Severina. Aquella misma mañana, habría temido hacerlo, con el miedo atroz a una crisis. ¿Qué había sucedido para que apenas le quedase un escalofrío en medio de una deliciosa laxitud de convaleciente? La idea de que

había matado, ahora que estaba seguro de ello, la convertía, a sus ojos, en un ser diferente, engrandecido, excepcional. Tal vez no ayudara tan solo, sino que hiriera con su propia mano. Quedó convencido de ello sin prueba alguna. Y desde aquel momento, ella le pareció sagrada, sin que, por el arrebató que le inspiraba, hubiese podido explicarse tal sentimiento.

Ahora hablaban alegremente, como una pareja que acaba de encontrarse y en la que comienza a hablar el amor.

—Debería dejarme la otra mano para que se la caliente.

— ¡Oh, no, aquí no! Nos verían.

— ¿Quién? Estamos solos... Además, no veo qué mal pueda haber en eso. No es así como se hacen los niños.

—Así lo espero.

Reía ella con todo su ser, arrastrada por la alegría de verse salvada. No quería a este muchacho, bien segura se creía de ello; y aunque le había dado esperanzas, ya estaba pensando en la manera de no cumplir lo prometido. Parecíale dócil: no insistiría, todo se arreglaría a pedir de boca.

—Trato hecho, somos camaradas, sin que nadie, ni siquiera mi marido, tenga nada que ver en ello... —dijo—. Y ahora suélteme la mano y no me mire así, pues se va a secar los ojos.

Pero él conservaba aquellos delicados dedos entre los suyos, y dijo en voz muy baja:

—Bien sabe que la amo.

Vivamente ella retiró su mano, y poniéndose en pie, mientras él continuaba sentado, le dijo:

— ¡Vaya una locura! Tenga cuidado, que viene gente.

En efecto, se acercaba una nodriza con un niño de pecho dormido entre sus brazos. Después pasó una joven, muy de prisa. El sol bajaba, en medio de un horizonte envuelto en violados vapores, y sus rayos desaparecían del césped, desvaneciéndose en polvo de oro sobre los verdes ápices de los abetos. Hubo como un detenimiento súbito en el continuo rodar de los coches; oyéronse las cinco en un reloj vecino.

— ¡Ay Dios mío! —exclamó Severina—. ¡Las cinco, y yo que tengo cita en la calle del Rocher!

Su goce había desaparecido: de nuevo presentábase ante ella la angustia ante lo desconocido, que la esperaba en aquella casa, y recordó que aun no estaba salvada. Se puso muy pálida, sus labios temblaban.

—Pero ¿y el jefe del depósito, a quien tenía que ver? —dijo Jacobo, que se había levantado del banco para ofrecerle de nuevo el brazo.

— ¡Qué le vamos a hacer! Le veré en otra ocasión... Mire, amigo, ya no le necesito. Déjeme acudir a la cita que tengo. Y mil gracias, gracias de todo corazón.

Le estrechó las manos, presurosa.

—Hasta luego, en el tren.

—Sí, hasta luego.

Ya se alejaba con paso rápido, desapareciendo entre los macizos del jardín, mientras él se dirigía lentamente hacia la calle Cardinet.

El señor Camy-Lamotte acababa de celebrar en su casa una larga conferencia con el jefe de la explotación de la Compañía del Oeste. Éste, llamado allí con pretexto de otro asunto, había confesado finalmente cuánto molestaba a la Compañía el proceso Grandmorin. Primero, las quejas de la prensa acerca de la escasa seguridad de los viajeros de primera clase; luego el hecho de que todo el personal se hallaba mezclado en el asunto: varios empleados eran objeto de sospechas, por ejemplo ese Roubaud, el más comprometido y que podía ser arrestado de un momento a otro. Por último, los rumores que corrían aludiendo a las repugnantes costumbres del presidente, que había sido miembro del consejo de administración de la Compañía, y que salpicaban de lodo a todo el consejo. Así era como el presunto crimen de un insignificante jefe segundo de estación, una historia oscura, baja y sucia, atravesaba los complejos engranajes de esa máquina enorme que es la explotación de una vía férrea, conmoviéndola y perturbando hasta la administración superior. Y no paraba ahí la sacudida, sino que se apoderaba del Ministerio, amenazando al Estado en medio del malestar político del momento: hora crítica para el gran cuerpo social cuya descomposición podía ser acelerada por la más leve fiebre. Así es que cuando el señor Camy-Lamotte supo, por boca de su interlocutor, que la Compañía había resuelto, aquella misma mañana, la revocación de Roubaud, se opuso vivamente a semejante medida. ¡No, no, nada sería más torpe! La prensa redoblaría sus chillidos, si se le ocurriese presentar al jefe segundo como víctima política. Todo crujiría con estrépito, de abajo a arriba, y no podía preverse hasta qué descubrimientos funestos para unos y otros llegaría la cosa. Ya había durado demasiado el escándalo; era preciso ahogar el asunto lo más pronto posible. Y el jefe de la explotación, impresionado, se había comprometido a mantener a Roubaud en su puesto, sin trasladarles siquiera a otro punto. Así vería el público que no había gente ruin en toda aquella historia. La cosa quedaba decidida: se sobreseería la causa.

Cuando Severina, jadeante y con el corazón latiéndole violentamente, se encontró de nuevo en el severo gabinete de la calle del Rocher, ante el señor Camy-Lamotte, éste la contempló un instante en silencio, interesado por el extraordinario esfuerzo que hacía para parecer tranquila. Decididamente, le era simpática la criminal delicada, de ojos de pervinca.

—Bueno, señora...

Y se detuvo para gozar de su ansiedad durante algunos segundos más. Pero tan profunda era su mirada y la sentía lanzada hacia él con un tan inmenso anhelo de saber, que fue misericordioso.

—Pues bien, señora —dijo—, he visto al jefe de la explotación y he conseguido que no despidan a su marido... El asunto queda arreglado.

Entonces Severina desfalleció bajo la ola de alegría demasiado viva que la inundó. Sus ojos se llenaron de lágrimas y sonreía incapaz de pronunciar una palabra.

Él repitió, insistiendo para dar a sus frases toda significación:

—El asunto queda arreglado... Puede volver tranquila a El Havre.

Severina comprendió: quería decir el señor Camy-Lamotte que no les encarcelarían, que les perdonaban. No era el solo empleo conservado; era el olvido, el entierro de aquel espantoso drama. Con un movimiento de cariño instintivo, cual un bonito animal doméstico que agradece y acaricia, Severina se inclinó sobre sus manos y las besó apoyándolas contra sus mejillas. Y esta vez, él no las retiraba, conmovido como se sentía por la tierna gracia de esta femenina actitud.

—Pero —dijo tratando de recobrar su aire severo—, recuerden y observen en adelante buena conducta.

— ¡Oh, señor!

Mas él quería seguir teniéndoles a su merced, tanto a la mujer como al hombre. Hizo alusión a la carta.

—No olviden que las notas quedan aquí, y que a la menor falta todo puede comenzar de nuevo... Sobre todo, recomiendo a su marido que deje de ocuparse de política. Sobre este capítulo nos mostraríamos severísimos. No habría perdón para ustedes. Me han dicho que ya ha tenido un disgusto, una disputa muy desagradable con el subprefecto. En suma, pasa por republicano; eso es detestable... Pues, que sea prudente, si no le suprimiremos sin más ni más.

Ella no sentía más deseo que verse ya fuera y poder dar libre expansión a la alegría que la ahogaba.

—Señor —dijo—, le obedeceremos, seremos lo que usted quiera... A cualquier hora, en cualquier sitio, mande usted, soy suya.

Él se puso de nuevo a sonreír, con aire fatigado y gesto de desdén propio de un hombre que durante largos años ha bebido en la copa de las quimeras humanas.

— ¡Oh, no abusaré, señora! —dijo—. Ya no abuso.

Él mismo le abrió la puerta del despacho. Desde el rellano, volvióse ella dos veces mostrándole un rostro radiante de alegría que le daba las gracias.

En la calle, Severina echó a andar como una loca. Se dio cuenta que subía sin razón, y bajó la pendiente, cruzando inútilmente la calle, con riesgo de hacerse aplastar por algún vehículo. Sentía la necesidad de moverse, de hacer ademanes, de gritar. Ya comprendía por qué les perdonaban, y se sorprendió diciéndose a sí misma:

— ¡Caramba, tienen miedo, no hay peligro de que remuevan esas cosas, he sido una tonta al asustarme!... No cabe duda. ¡Ah, qué suerte! ¡Salvada, salvada de veras esta vez! Pero no importa, voy a asustar a mi marido, para que no haga tonterías... ¡Salvada, salvada! ¡Qué dicha!

Al desembocar a la calle de Saint-Lazare, vio en el reloj de un joyero que eran las seis menos veinte.

— ¡Una idea! Voy a ofrecerme una cena de primera, tengo tiempo.

Enfrente de la estación, escogió el restaurant más lujoso, y sentada sola ante una mesita con mantel blanquísimo, junto al espejo del escaparate, muy divertida por el movimiento de la calle, encargó una excelente comida: ostras, lenguado, alón de pollo asado. Justo era que se resarciese del pobre almuerzo de la mañana. Caíase de necesidad, y devoraba; y encontrando exquisito el pan que le servían, pidió todavía una golosina, buñuelos de viento. Cuando hubo sorbido el café, se apresuró, pues sólo le quedaban algunos minutos para tomar el expreso.

Jacobo, al dejar a Severina, había pasado por su casa para volver a ponerse el traje de faena, después de lo cual había ido en seguida al depósito, donde habitualmente sólo se presentaba media hora antes de salir su locomotora. Había acabado por confiar a Pecqueux todo lo tocante a los cuidados de inspección, no obstante la ebriedad del fogonero, borracho de cada tres veces dos. Pero aquel día, en la tierna emoción que le llenaba, le invadió un escrúpulo irrazonado: quiso asegurarse por sí mismo del buen funcionamiento de todas las piezas, tanto más cuanto que por la mañana, al llegar de El Havre, creyó haber notado menos rendimiento.

En el vasto espacio cerrado, negro de carbón y alumbrado por altas

ventanas llenas de polvo, entre las demás máquinas que descansaban, la de Jacobo estaba ya en la entrada de una vía, destinada a salir la primera. Un fogonero del depósito acababa de llenar el hogar, y las brasas rojas caían hacia abajo, en el foso en el que se atizaba el fuego.

Era una de esas máquinas de expreso con dos ejes pareados, de una elegancia fina y de gigante, con sus ruedas altas y ligeras, unidas por brazos de acero; con su ancho pecho y sus caderas alargadas y poderosas; con toda esa lógica y ese poder que constituyen la soberana belleza de los seres de metal: la precisión en la fuerza. Al igual que las demás locomotoras de la Compañía del Oeste, ésta llevaba, además de la cifra que la designaba, el número 214, el nombre de una estación, el de Lisón. Pero Jacobo, por cariño lo había convertido en nombre de mujer, la Lisón como él decía con dulzura acariciadora.

Y era verdad. Amaba con verdadero amor a su máquina, la amaba desde hacía cuatro años que la guiaba. Había conducido otras, dóciles o rebeldes, valientes o perezosas. No ignoraba que cada una tenía su carácter; que muchas de ellas poco valían, asemejándose a ciertas mujeres de carne y hueso; y si quería a ésta, era porque, en efecto, tenía selectas calidades de excelente mujer. Era suave, obediente, suelta para arrancar y ponerse en movimiento, y de marcha normal y continua gracias a su buena vaporización. Todos decían que si arrancaba con tanta facilidad, era debido a la excelente tensión de las ruedas y, sobre todo, a la perfecta disposición de los volantes. Y también, si vaporizaba mucho con poco combustible, lo atribuían a la calidad del cobre de los tubos y a la feliz disposición de la caldera. Pero Jacobo sabía que no era sólo aquello, que había otra cosa, pues otras locomotoras, idénticamente construidas y montadas con igual cuidado, ninguna de esas virtudes tenían. Había en ella el alma, el misterio de la fabricación, ese «algo» que añade al metal la casualidad del martillazo, que infunde a las piezas la mano del obrero ajustador: la personalidad de la máquina, la vida.

Amaba, pues, como macho agradecido, a esa Lisón que arrancaba y se detenía rápida como una yegua vigorosa y dócil; amábala porque, además de su sueldo fijo, le ganaba cuartos gracias a las primas de carbón. Tan bien vaporizada que, en efecto, hacía grandes economías de hulla. Y sólo tenía que reprocharle una cosa: una excesiva propensión al engrase. Los cilindros, sobre todo, devoraban cantidades desmesuradas de grasa; un hambre continua, un verdadero vicio. En vano había tratado de moderarla; pero en seguida se ponía a jadear. Era su temperamento que lo exigía. Finalmente se había resignado a tolerarle esa pasión glotona, del mismo modo que cerramos los ojos ante un vicio en personas que, en todo lo demás, se distinguen por sus buenas cualidades; y contentábase con decir a su fogonero, en tono de broma, que la Lisón, como las mujeres hermosas, necesitaba que la engrasaran con

demasiada frecuencia.

Mientras zumbaba el fogón y la máquina, poco a poco, entraba en presión, Jacobo iba y venía en derredor de ella, inspeccionaba cada una de las piezas y trataba de descubrir por qué en la mañana había comido más grasa que de costumbre. Y nada hallaba: estaba reluciente y limpia, con esa limpieza alegre que anuncia el cariñoso esmero del maquinista. Siempre se veía a Jacobo lustrarla, sacarle brillo. A la llegada, sobre todo, de la misma manera que se cuida a un animal cubierto de sudor por una larga carrera, le daba vigorosas friegas y aprovechaba cuando aún estaba caliente, para quitarle más fácilmente las manchas y salpicaduras. Tampoco se mostraba rudo con ella; procuraba que conservase una marcha normal, y que no se retrasara, cosa que hace necesario posteriormente carreras muy perjudiciales. Por eso, ambos habían vivido en tan buena inteligencia que ni una sola vez, en el transcurso de cuatro años, había tenido que quejarse de ella en el registro del depósito donde apuntan los maquinistas las demandas de reparaciones, es decir, los maquinistas malos, los perezosos y los borrachos, reñidos sin cesar con sus locomotoras. Pero, realmente, aquel día le preocupaba ese atracón de grasa; además, sentía algo vago y profundo que aun no había experimentado: una inquietud, una desconfianza, como si dudase de ella y quisiera asegurarse de que no iba a hacerle alguna trastada en el camino.

Pecqueux no estaba allí, y Jacobo se enfureció cuando, al fin, llegó tartamudeante, después de almorzar en compañía de un amigo. Generalmente, los dos hombres se entendían muy bien, unidos por un largo compañerismo que hacía se paseasen juntos de un extremo a otro de la línea y que recibiesen las mismas sacudidas con el mismo silencio, y que compartiesen el mismo trabajo y los mismos peligros. El maquinista, aunque tenía diez años menos que Pecqueux, se mostraba paternal hacia su fogonero, ocultaba sus vicios, y dejaba que durmiese una hora cuando estaba demasiado ebrio; y éste le devolvía tal condescendencia con una abnegación de perro. Era, por lo demás, un excelente obrero y un experto en su oficio, cuando no se entregaba a sus borracheras. Hay que decir que también él quería a la Lisón, y esta circunstancia bastaba para establecer el buen acuerdo entre uno y otro. Los dos y la locomotora formaban una pequeña comunidad que desconocía las disputas. Por eso, Pecqueux sorprendido al ver que le recibían de tal manera, miró a Jacobo con el mayor asombro oyéndole refunfuñar entre dientes contra la Lisón.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó—. ¡Si marcha como una maravilla!

—No, no —replicó el maquinista—. No estoy tranquilo.

Y no obstante el buen estado de cada pieza, continuaba moviendo la cabeza. Hizo jugar las manillas, se aseguró de que funcionaba bien la válvula,

subió sobre el tablero, y llenó con su propia mano los depósitos engrasadores de los cilindros, mientras el fogonero limpiaba la cúpula, en la que habían quedado ligeros rastros de moho. La varilla del cenicero jugaba bien. Todo habría debido tranquilizarle. Pero lo que sucedía era que ya no había en su corazón únicamente cariño por la Lisón. Había nacido en él otro afecto: la ternura hacia aquella mujer fina y frágil, a la que seguía viendo a su lado, allá en la banqueta del jardín, con su debilidad zalamera, aquella mujer que necesitaba ser amada y protegida. Nunca, cuando lanzaba su máquina a una velocidad de ochenta kilómetros por hora, si se había atrasado por alguna causa involuntaria, pensaba en los peligros que podían correr los pasajeros. Y he aquí que la sola idea de llevar a El Havre a aquella mujer, que casi había detestado en la mañana, despertaba en él la alarma, el temor a un accidente, en tal grado que ya la veía herida por culpa suya, muriendo entre sus brazos. Desde aquel momento, sentía pesar sobre sus hombros la responsabilidad que impone el amor. La Lisón, de la que ya comenzaba a sospechar, haría bien en conducirse con corrección, si quería conservar su fama de buena corredora.

Dieron las seis. Jacobo y Pecqueux subieron el puentecillo de hierro colado, que unía el tender a la máquina, y cuando, por orden de su jefe, el fogonero abrió el purgador, un torbellino de vapor blanco saltó llenando el soportal ennegrecido. Luego, obedeciendo a la manilla del regulador, lentamente movida por el maquinista, la Lisón arrancó y, dando un silbido para que le abriesen la vía, salió del depósito. Casi inmediatamente, entró en el túnel de Batignolles. Pero en el Puente de Europa fue preciso esperar hasta la hora reglamentaria, cuando el guardagujas haría se dirigiese junto al expreso de las seis y treinta, al que, finalmente, fue enganchada sólidamente por dos mozos de tren.

Ya iban a salir; sólo quedaban cinco minutos; Jacobo se inclinaba fuera de la locomotora, sorprendido de no ver a Severina en medio del atropellado vaivén de los viajeros. Por fin llegó casi corriendo. Recorrió todo el tren y sólo se detuvo al pie de la máquina, muy encendida y rebosando alegría.

Sus diminutos pies se alzaron, y levantó el rostro risueño.

—No esté inquieto —gritó—. Estoy aquí.

También él sonrió, feliz al verla allí.

—Bueno, bueno —dijo—. Veo que todo, marcha bien.

—Amigo mío, estoy contenta, muy contenta... He tenido una gran suerte. Todo va a pedir de boca.

Jacobo comprendió y sintió una profunda alegría. Después, al marcharse ella corriendo, volvió para decirle:

—Oiga usted, no vaya a hacerme añicos.

Él protestó con voz alegre:

— ¡No faltaba más! ¡No tema nada!

Pero ya se cerraban las portezuelas y apenas le quedó a Severina tiempo para subir. Jacobo, a la señal del conductor jefe, silbó y abrió el regulador. Partieron. Era la misma hora de salida que la del trágico tren de febrero; y salían en medio de la misma actividad de la estación, en medio de los mismos ruidos, del mismo humo. Sólo que ahora era aún de día y había un crepúsculo claro de una dulzura infinita. Asomada a la ventanilla, Severina miraba.

Y sobre la Lisón, Jacobo, colocado a la derecha y bien abrigado con un pantalón y un chaquetín de lana, con la vista protegida con gafas con tiras de paño alrededor de los ojos y atadas detrás de la cabeza, por debajo de la gorra, no apartaba su mirada de la vía, inclinándose a cada instante fuera del cristal de resguardo para ver mejor. Rudamente sacudido por la trepidación, sin siquiera notarlo, tenía puesta la mano sobre la palanca del cambio de marcha, como un piloto ante la rueda del timón; manejábala con movimiento insensible y continuo, moderando o acelerando la velocidad, mientras que su mano izquierda no cesaba de tirar de la varilla del pito, pues la salida de París es difícil y está llena de peligros. Silbaba en los pasos a nivel, en las estaciones, en las grandes curvas. Al caer el día, apareció a lo lejos una señal roja; Jacobo pidió vía durante largo rato; luego pasó como un relámpago. Apenas si, alguna que otra vez, echaba una ojeada sobre el manómetro, y hacía girar el volantito del inyector cuando la presión llegaba a diez kilogramos. Pero sin cesar dirigía su mirada sobre la vía, hacia adelante, vigilando las menores dificultades, y tan preocupado que no veía otra cosa, ni oía soplar siquiera el viento, convertido en tormenta.

El manómetro bajó. Abrió la puerta del fogón, alzando la cadenilla. Pecqueux, acostumbrado a cada uno de sus movimientos, comprendió; rompió carbón a martillazos y lo puso con la pala sobre toda la extensión del enrejado, formando una capa bien igual. Un calor abrasador les quemaba las piernas. Después, cuando quedó cerrada la portezuela, volvió a soplar la corriente de aire helado.

Caía la noche. Jacobo redobló la prudencia. Rara vez había sentido a la Lisón tan obediente bajo su mano; lo poseía, la dominaba a su antojo, con la absoluta voluntad del amo; y, sin embargo, no abandonaba su severidad, la trataba como una bestia domada, de la que siempre hay que desconfiar. Allí, detrás de su espalda, en el tren lanzado a todo vapor, veía un rostro fino que se abandonaba a él, confiado, sonriente. Esta visión le causaba un ligero calosfrío. Apretaba con mano más ruda la palanca del cambio de marcha, agujereando las tinieblas cada vez más densas con su mirada fija, en busca de

faroles rojos.

Pasados los empalmes de Asnières y Colombes, respiró un poco. Hasta Mantes todo iba bien, pues la vía era un verdadero rellano por el que el tren rodaba a sus anchas. Más allá de Mantes, hubo de «empujar» a la Lisón para que subiese un declive bastante fuerte, casi una media legua. Luego, sin disminuir la marcha, la lanzó sobre la suave pendiente del túnel de Rolleboise, un túnel de dos kilómetros y medio que la máquina recorrió en tres minutos escasos. Sólo quedaba un túnel más, el de Roule, próximo a Gaillon, antes de la temible estación de Sotteville, muy peligrosa por la complicación de las vías, las continuas maniobras y el hacinamiento de coches. Todas las fuerzas de su ser se concentraron en su vista que vigilaba y en sus manos que guiaban; y la Lisón, silbando y echando humo, atravesó a todo vapor, deteniéndose sólo en Rouen, de donde salió un poco calmada, para subir con más lentitud la pendiente que se extiende hasta Malaunay.

La luna se había levantado muy clara, con una luz blanca que permitía a Jacobo distinguir los más insignificantes arbustos y hasta las piedras del camino, en su rápida huida. A la salida del túnel de Malaunay, cuando, inquieto por la sombra producida por un árbol muy alto que borraba la vía, lanzó una mirada hacia la derecha, reconoció el apartado rincón de malezas desde el que había visto el crimen.

El país, desierto y áspero, desfilaba con sus continuas calvas sombreadas por bosquecillos, con toda su tristeza asolada. Luego, en La Croix-de-Maufras, bajo la luna inmóvil, tuvo la brusca visión de la casa plantada oblicuamente, en su abandono y desamparo, con las puertas y ventanas enteramente cerradas, en su desolación y su espantosa melancolía.

Y sin saber por qué, también esta vez, y más fuerte que nunca, se sintió prendido por un estremecimiento, como si pasara ante su propia desgracia.

Pero inmediatamente su vista fue herida por otra visión. Junto a la caseta de Misard, de pie contra la barrera del paso a nivel, aparecía Flora. Ahora, a cada viaje, la veía en aquel lugar, esperándole, acechándole. No hacía ningún movimiento; sencillamente volvía la cabeza para seguirle durante más tiempo en el relámpago que le arrastraba. Su alta silueta se destacaba intensamente negra sobre la blanca luz: sólo se encendían sus cabellos de oro en medio del oro pálido del astro.

Y Jacobo, después de «empujar» a la Lisón para que subiese el declive de Motteville, la dejó respirar un poco cuando pasaban a lo largo de la meseta de Balbec, lanzándola de nuevo, desde Saint-Romain hasta Harfleur, sobre la pendiente más ruda de la línea; tres leguas que las máquinas devoran con un galope de bestias locas que olfatean la cuadra. Estaba ya en El Havre, rendido de cansancio, cuando, bajo el tejado de la estación llena del ruido y humo de la

llegada, Severina, antes de subir a su casa, corrió a decirle con aire alegre y tierno:

—Gracias, hasta mañana.

CAPÍTULO VI

Pasó un mes y volvió a reinar la tranquilidad en el departamento que los Roubaud ocupaban en el primer piso de la estación, por encima de las salas de espera. Tanto en su casa, como en las de sus vecinos y en todo ese pequeño mundo de empleados sometidos a una existencia de reloj por la no interrumpida sucesión de las horas reglamentarias, la vida se deslizaba de nuevo con monotonía. Diríase que no había ocurrido nunca nada violento ni anormal.

La ruidosa y escandalosa causa Grandmorin iba olvidándose poco a poco y estaba a punto de ser sobreseída por no poder la justicia, al parecer, descubrir al culpable. Después de mantener a Cabuche durante quince días más en prisión preventiva, el juez de instrucción había pronunciado el sobreseimiento del sumario judicial contra el cantero por falta de cargos suficientes. Y ya estaba formándose una romántica leyenda policíaca: la de un asesino desconocido e imposible de encontrar; la de un aventurero del crimen, presente en todas partes al mismo tiempo, autor de todos los homicidios y que se disipaba como humo a la sola aparición de la policía. Apenas si reaparecían, de cuando en cuando algunas bromas sobre el legendario asesino en la prensa de la oposición, exaltada por la proximidad de las elecciones generales. La presión del poder y las violencias de los prefectos ofrecían a diario otros temas para artículos indignados; y como los periódicos habían cesado de ocuparse de aquella causa, ésta quedaba alejada de la apasionada curiosidad del gran público. Ya ni se hablaba de ella.

Lo que había acabado de tranquilizar a los Roubaud era la forma feliz en que se había allanado la otra dificultad, la que amenazaba alterar el testamento del presidente Grandmorin. Obedeciendo los consejos de la señora Bonnehon, los Lachesnaye, finalmente, habían renunciado a impugnar aquel testamento, temerosos de resucitar el escándalo y harto inseguros también, acerca del resultado de un proceso. Y entrados en posesión de su legado, los Roubaud se habían convertido desde hacía una semana, en propietarios de La Croix-de-Maufras, casa y jardín, tasados en unos cuarenta mil francos. Inmediatamente, tomaron la decisión de vender aquella casa de libertinaje y de sangre que les atormentaba como pesadilla y en la que el horror a los espectros del pasado no les habría permitido dormir. La venderían con los muebles, tal como estaba,

sin hacer reparaciones y sin siquiera quitar el polvo. Mas como hubiera perdido mucho en subasta pública, pues eran escasos los compradores dispuestos a retirarse a aquella soledad, resolvieron esperar a que alguien se presentase, contentándose con colgar de la fachada un inmenso letrero, fácilmente legible desde los trenes que pasaban. Ese llamamiento escrito en gruesos caracteres, ese angustioso *Se vende*, aumentaba la tristeza de las persianas cerradas y del jardín invadido por las zarzas. Como Roubaud se había negado categóricamente a ir allí, siquiera por un instante, para tomar las disposiciones necesarias, fue Severina la que una tarde se trasladó a La Croix-de-Maufras; al regresar, dejó las llaves a los Misard, encargándoles que enseñasen la propiedad a los compradores eventuales que se presentasen. Dos horas bastaban para instalarse, pues hasta ropa había en los armarios.

Desde entonces nada ya inquietaba a los Roubaud, y dejaban transcurrir día tras día en la soñolienta espera del día siguiente. Acabarían por vender la casa, colocarían el dinero y todo se arreglaría a pedir de boca. Además, la olvidaban, y continuaban su vida como si no hubiesen de salir nunca de las tres habitaciones que ocupaban: el comedor, cuya puerta se abría directamente al pasillo; la alcoba, bastante espaciosa, a la derecha; y la cocina, exigua y sin aire, a la izquierda. Hasta el tejado de la estación que se veía ante sus ventanas, esa pendiente de zinc que les quitaba toda vista como un muro de prisión, en vez de exasperarles como antes, parecía apaciguarles, ahondando la sensación de reposo infinito, de paz confortadora, en la que iban adormilándose. Por lo menos, no eran vistos por los vecinos y no habían de temer siempre a los ojos espías escudriñando el interior. Ya no se quejaban, llegada la primavera, más que del sofocante calor y de los reflejos deslumbradores del zinc calentado por el sol. Después de aquella terrible conmoción que, durante casi dos meses, había convertido su vida en continuo estremecimiento, los dos disfrutaban beatíficamente de la reacción, de ese sopor que cada vez más los entorpecía. No deseaban más que permanecer inmóviles, sintiéndose felices, sencillamente, de poder existir sin temblar ni sufrir. Nunca había sido Roubaud un empleado tan exacto, como ahora, tan concienzudo. Durante la semana de servicio diurno, bajaba al andén a las cinco de la mañana y sólo subía a almorzar a las diez, volviendo a salir a las once y permaneciendo allí hasta las cinco de la tarde: once horas cumplidas de servicio. Durante la semana de noche, estaba ocupado desde las cinco de la tarde hasta las cinco de la mañana, sin tomarse siquiera un breve descanso para cenar en casa, pues lo hacía en su despacho. Sobrellevaba esta dura servidumbre con una especie de satisfacción; incluso parecía complacerse en ella, ocupándose hasta de los menores detalles, queriendo verlo todo, hacerlo todo, como si hallase en tanta fatiga el olvido y un nuevo comienzo de vida equilibrada y normal. Severina, por su parte, hallándose casi siempre sola, viuda una semana cada dos y sin ver a Roubaud en la otra más que a las horas

del almuerzo y la cena, parecía presa de una fiebre de mujer hacendosa. Antes pasaba el día sentada, ocupada en algún trabajo de bordado, pues odiaba los quehaceres domésticos, de los cuales quedaba encargada una anciana, la señora Simon, que se ocupaba de la casa desde las nueve hasta las doce; pero después de que había vuelto a encontrar la tranquilidad en su hogar, y la certidumbre de poder quedarse allí, no cesaba de pensar en la limpieza y el arreglo de la casa. Sólo se sentaba después de haber dado un vistazo por todas partes. Y ambos dormían con sueño profundo. En los escasos momentos de intimidad, durante las comidas y de noche, al acostarse juntos, nunca hablaban de aquello; sin duda habían acabado por creer que era cosa terminada y enterrada para siempre.

Para Severina, sobre todo, la existencia había vuelto a ser dulcísima. Poco a poco, cedió de nuevo a sus perezas, abandonando su casa a la señora Simon, como señorita educada únicamente en los finos trabajos de la aguja. Había comenzado una obra interminable, un cobertor bordado, que amenazaba ocuparle toda su vida. Levantábase tarde, feliz de poder permanecer sola en la cama, mecida por las salidas y llegadas de los trenes, que marcaban, para ella, la sucesión de las horas con la exactitud de un reloj. En las primeras épocas de su matrimonio, los ruidos violentos de la estación, los silbidos, los choques de las placas giratorias, el retumbar de las ruedas, esas trepidaciones bruscas, parecidas a terremotos que la sacudían junto con los muebles, la habían causado terror. Después, gradualmente, se había acostumbrado: la estación, con sus vaivenes, sus prisas y sus agitaciones se había convertido en parte de su vida, y ahora se complacía en este ambiente, y su tranquilidad misma diríase que estaba formada por ese movimiento y ese fragor. Hasta el almuerzo, se paseaba por los cuartos, con las manos ociosas, hablando con la señora Simon; luego, sentada junto a la ventana del comedor, pasaba las largas tardes casi siempre con su trabajo caído en su regazo, feliz de no hacer nada. Durante las semanas en que su marido se acostaba al amanecer, le oía roncar hasta las primeras horas de la noche. No salía nunca; sólo veía en El Havre el humo de los vecinos talleres, cuyos gruesos torbellinos de humo negro manchaban el cielo por encima del techo de zinc que cerraba el horizonte a algunos metros de su silla. La ciudad se ocultaba tras aquella eterna pared, pero sentíala siempre presente, y su enojo por no verla, se había convertido, con el tiempo, en un sentimiento atenuado. Cinco o seis macetas de alelíos y verbenas que cultivaba sobre el canalón de aguas del tejado de zinc, formaban un jardincito y adornaban su soledad. A veces, hablaba de sí misma como de una reclusa cautiva en las honduras de un bosque. Únicamente Roubaud, en sus momentos de ocio, saltaba por la ventana y, siguiendo por el canalón, avanzaba hacia el extremo del mismo; luego subía por la pendiente de zinc, se sentaba en lo alto del voladizo del tejado, por encima del Cours Napoleón y una vez allí, fumaba su pipa en pleno cielo, dominando la ciudad

desparramada a sus pies, las dársenas con su bosque de mástiles, y el mar inmenso, de un verde pálido que se perdía en el infinito.

Parecía que el mismo sopor se había apoderado de los matrimonios de empleados vecinos de los Roubaud. Aquel pasillo en el que de ordinario soplaba un viento tan terrible de chismes, también parecía dormido. Cuando Filomena visitaba a la señora Lebleu, apenas si se oía un débil murmullo de voces. Las dos mujeres, sorprendidas al ver el giro que tomaban las cosas, no hablaban ya del jefe segundo sin conmiseración desdeñosa: a buen seguro, Severina para conservar su puesto, había ido a hacer cosas bonitas en París; en suma, un hombre manchado, que no se lavaría de ciertas sospechas. Y como la mujer del cajero estaba convencida que en adelante sus vecinos ya no podrían usar de influencia alguna para apoderarse de su piso, sólo les manifestaba desprecio, pasando ante ellos con porte rígido y sin saludarlos. Su actitud incluso escandalizó a Filomena cuyas visitas se hacían cada vez más raras: la dama le parecía demasiado altiva; ya no se divertía con ella. Pero la señora Lebleu, ansiosa de ocuparse en algo, continuaba acechando los amores de la señorita Guichon con el jefe de estación, señor Dabadie, sin poder sorprenderles nunca. Sólo se oía ahora, en el pasillo, el roce de sus zapatillas de fieltro. Todo se había adormilado, y así pasó un mes de paz soberana, parecida a aquellos intensos sueños que siguen a las grandes catástrofes.

Un punto doloroso quedaba en la vida de los Roubaud, emanando inquietud: cierto lugar en el suelo del comedor, en el que no podían fijarse sus ojos ni por casualidad, sin que volviese a oprimirles el malestar de antes. Allí se hallaban escondidos el reloj y los diez mil francos, quitados del cuerpo de Grandmorin, a más de un portamonedas con unos trescientos francos en oro. Los Roubaud habían levantado primeramente una de las placas de madera junto al friso de roble de la ventana, para ocultar en el hueco su botín, después de lo cual la habían repuesto a su sitio. Aquel reloj y aquel dinero, sólo se los había llevado Roubaud a fin de hacer creer que el motivo del crimen fue el hurto. No era un ladrón; prefería, según decía, morir de hambre al lado del caudal, antes que aprovecharse de un centavo o vender el reloj. El dinero del viejo que había deshonrado a su mujer, del hombre al que él había dado lo merecido, aquel dinero sucio de lodo y sangre: ¡no!, ¡no!, no era un dinero lo bastante limpio para que pudiera tocarlo un hombre honrado. Y no se acordaba de La Croix-de-Maufras, cuyo regalo había aceptado. Sólo sublevaba su conciencia el hecho de haber tenido que registrar a la víctima y llevarse los billetes de banco en medio de la abominación del crimen: sólo eso le inspiraba repugnancia y horror. Y, sin embargo, no había podido decidirse a quemarlos, ni a tirar al mar, alguna noche, el reloj y el portamonedas. Si la simple prudencia le aconsejaba esto, un sordo instinto se rebelaba en él contra tal destrucción. Sentía un respeto inconsciente hacia el dinero; nunca se habría resignado a aniquilar semejante cantidad. La primera noche, la había guardado

bajo su almohada por no parecerle ningún rincón lo bastante seguro. Durante los días siguientes se empeñó en descubrir escondrijos, cambiándolos cada mañana, sobresaltándose al menor ruido, temeroso como estaba de una pesquisa judicial. Nunca había hecho tal gasto de imaginación. No sabiendo ya qué astucias inventar y cansado de temblar, un día se había dejado llevar por la debilidad de sacar el dinero y el reloj escondidos desde la víspera bajo el friso; y ahora por nada del mundo lo habría sacado de aquel baldosín: era como un osario, un hoyo de espanto y de muerte, donde le esperaban espectros. Hasta evitaba poner los pies sobre aquel punto del piso: hacerlo le era desagradable, pues se imaginaba recibir como un choque en las piernas. Severina, por la tarde, al sentarse junto a la ventana, corría su silla para no estar exactamente encima de aquel cadáver conservado en el solado. No hablaban del crimen; esforzábanse en creer que se acostumbrarían a vivir como siempre, y acababan por irritarse cuando sentían a aquel testigo, cada vez más importuno, bajo las suelas de sus zapatos. Ese malestar era tanto más extraño cuanto que ninguno de los dos sentía molestia alguna por la navaja, aquella magnífica navaja que Severina había regalado a su marido y que éste había hundido en el cuello de su amante. Después del crimen, sencillamente la habían lavado y, desde entonces, yacía en el fondo de un cajón, sirviendo, a veces, a la señora Simon para cortar el pan.

En aquella paz muerta en que vivían, Roubaud acababa de introducir otro motivo de trastorno que debía influir en grado cada vez mayor en la vida del matrimonio: obligaba a Jacobo a visitarle con frecuencia. El vaivén de su servicio devolvía al maquinista a El Havre tres veces por semana: los lunes, desde las cinco y treinta y cinco de la mañana hasta las seis y veinte de la tarde; los jueves y sábados, desde las once y cinco de la noche hasta las seis y cuarenta de la mañana. Y el primer lunes, después del viaje de Severina, el jefe segundo se había obstinado en convidarle a comer.

—Vamos, camarada —había dicho—, no puede usted rehusar tomar un bocado con nosotros... ¡Qué demonio! Se ha mostrado muy amable para con mi mujer, y debo darle las gracias.

Dos veces, en el transcurso de un mes, Jacobo había aceptado su invitación. Diríase que Roubaud, embarazado por el silencio que reinaba cuando comía con su mujer, sentía cierto alivio cuando había un convidado en su mesa. Inmediatamente, recordaba historias, hablaba y bromeaba.

— ¡Hombre, venga usted más a menudo! —insistía—. Ya ve que no nos molesta.

Una tarde, cuando Jacobo, después de lavarse, se disponía a irse a la cama, encontró al jefe segundo que daba una vuelta por el depósito, a pesar de la hora ya avanzada. Roubaud, aburrido cuando regresaba solo a casa, le pidió

que le acompañase hasta la estación y luego le obligó a subir con él. Severina, aun levantada, leía. Tomaron una copita y jugaron a las cartas hasta después de la medianoche.

Desde entonces, los almuerzos de los lunes y las veladas de los jueves y sábados se convertían en costumbre. Y era el propio Roubaud quien, cuando su compañero faltaba un día, le acechaba para llevarle a su casa, reprochándole su descuido. De día en día, el jefe segundo se volvía más sombrío, y ya no se mostraba expansivo sino en compañía de su nuevo amigo. Aquel muchacho que tan cruelmente le había inquietado al principio, en vez de serle odioso como testigo y evocación viviente de los horribles sucesos que deseaba olvidar, al contrario, se le había hecho necesario, tal vez precisamente porque sabía que no había hablado. Aquello parecía haber establecido entre los dos algo así como un fuerte lazo de unión. A menudo, el jefe segundo miraba al otro con aire de complicidad, o bien le estrechaba la mano con súbito arrebató de afección, cuya violencia iba más allá de una sencilla expresión de compañerismo.

Pero más que otra cosa era Jacobo una distracción para el matrimonio. También Severina le acogía alegremente. Tan pronto como entraba, le saludaba con un ligero grito de regocijo, como mujer a la que acaba de despertar la perspectiva de un placer. Lo dejaba todo, su bordado, su libro, escapándose con animosas palabras y risas del monótono entorpecimiento en que pasaba los días.

— ¡Ah, qué amable ha sido en venir! —exclamaba—. Justamente he oído el expreso y me he acordado de usted.

Cuando Jacobo se quedaba allí para almorzar, era una fiesta. Severina conocía ya sus manjares favoritos; ella misma salía para comprarle huevos frescos. Pero todo eso lo hacía con la cordialidad de una ama de casa que recibe a un amigo, sin que hubiese en su conducta más que el deseo de mostrarse amable y la necesidad de distracción.

— ¡No olvide volver el lunes! —decía—. Habrá crema.

Pero cuando, al cabo de un mes, Jacobo, por decirlo así, se había instalado en la casa, la separación que ya existía entre los cónyuges, se agravó. La mujer insistía cada día más en dormir sola, e inventaba cada vez más pretextos para no tener que compartir su lecho con Roubaud; y éste, tan ardiente y brutal en los primeros tiempos del matrimonio, y aun después, no hacía ningún esfuerzo para evitarlo. La había poseído sin delicadeza y ella se había resignado con la sumisión de una mujer complaciente, que cree que las cosas deben ser así, sin experimentar ningún placer. Mas desde el crimen, las relaciones conyugales, sin que supiese por qué, le causaban profunda repugnancia, dejándola enervada y presa de terror. Cierta noche en que quedó encendida la bujía,

lanzó un grito: creyó ver en el rostro rojo y convulso, inclinado sobre ella, aquella cara de asesino. Desde entonces, cada vez se sentía acometida por un temblor, y tenía, en aquellos momentos, la horrible sensación de morir asesinada, viendo a su marido arrojado sobre ella con una navaja en la mano. Era absurdo, pero su corazón latía de espanto; Roubaud, por lo demás, abusaba de ella cada vez menos, habiendo notado que sus caricias, lejos de serle agradables, le repugnaban. Diríase que aquella terrible crisis, aquella sangre derramada, había precipitado entre ambos ese hastío, esa indiferencia física que trae la vejez. Las noches en que no podían evitar dormir juntos, se mantenían cada uno en su lado de la cama. Sin duda, la presencia de Jacobo contribuía a convertir este divorcio en irreparable, arrancándolos de la obsesión en la que se hallaban sumidos y libertándolos a uno del otro.

Roubaud, sin embargo, vivía sin remordimientos. Sólo temió las consecuencias de su crimen, antes de que quedase sobreseída la causa; y su mayor inquietud había sido, aun entonces, la perspectiva de perder su puesto. Ahora ya no le movía sentimiento alguno. Es verdad que, si todo hubiese de comenzar de nuevo, tal vez se guardara de mezclar en tal asunto a su mujer, pues las mujeres se asustan con demasiada facilidad, y la suya se alejaba de él porque le había puesto sobre los hombros una carga excesivamente pesada. Habría seguido siendo el amo, si no hubiera descendido con ella hasta la aterradora intimidad del crimen. Pero ya no había nada que hacer y era preciso conformarse, tanto más cuanto que él mismo tenía que hacer un verdadero esfuerzo mental para colocarse en el estado de ánimo que le había dominado cuando, al confesarle su mujer la verdad, había juzgado la muerte del presidente necesaria para poder vivir. Si no hubiese matado a aquel hombre, no habría podido seguir existiendo: así le había parecido en aquel entonces. Hoy, cuando había muerto en él la furia de los celos; hoy, que ya no sufría con sus quemaduras, sumido como estaba en una especie de entorpecimiento, como si la sangre de su propio corazón se hubiese unido a la sangre vertida, aquella necesidad de matar ya no le parecía tan evidente. Incluso llegaba a preguntarse si tal motivo valía verdaderamente la pena de matar. No sentía remordimiento alguno; no era, a lo sumo, más que un desengaño: era el vago pensamiento de que muy a menudo se hacen cosas terribles para conquistar la felicidad, y ésta no se logra en modo alguno. Él, tan charlatán, se hundía en largos silencios, en meditaciones confusas, de las que salía más sombrío que antes. Todos los días, para evitar quedar cara a cara con su mujer después de las comidas, subía al tejado de la estación y permanecía sentado sobre el alero, y allí, en medio de las bocanadas de la alta mar, mecido por vagos ensueños, fumaba pipas, contemplando cómo, tras de la ciudad, se perdían los buques, en el horizonte, navegando hacia lejanos mares.

Una noche, despertaron en Roubaud sus salvajes y antiguos celos. Había ido al depósito para buscar a Jacobo, y cuando regresaba a su casa con la

intención de tomar con él una copita, encontró, bajando la escalera, a Enrique Dauvergne, el conductor jefe. Éste quedó cortado, explicando que acababa de ver a Severina por un encargo que le habían hecho sus hermanas. La verdad era que desde hacía algún tiempo perseguía a la mujer del jefe segundo, con esperanza de vencerla.

Desde la puerta, Roubaud se encaró violentamente con su mujer.

— ¿Para qué ha subido éste? —gritó—. ¡Ya sabes que me encocora!

—Pero, hijo mío, era para un dibujo de bordado...

— ¡Ya le darán a él bordado! ¿Acaso me crees tan majadero que no sospeche lo que viene buscando aquí? Y tú, ¡mucho ojo!

Avanzaba hacia ella con los puños cerrados, y ella retrocedía muy pálida, asombrada por el arrebató de ira que tanto contrastaba con la tranquila indiferencia que entre ellos reinaba. Al fin, Roubaud se calmó y dirigiéndose a su compañero, le dijo:

— ¡Es el colmo! ¡Mocitos que caen en un matrimonio figurándose que la mujer en seguida se va a echar a sus brazos y que el marido, encantado, hará la vista gorda! Eso me enciende la sangre... Le digo que, en un caso así, estrangularía a mi mujer, sin más ni más. Y que no vuelva a comenzar el caballerito ese, o le ajusto la cuenta... ¿Verdad que da asco?

Jacobo, muy embarazado ante esta escena, no sabía qué hacer ni qué decir. Esa exageración de cólera, ¿estaba dirigida a él? ¿Acaso el marido quería hacerle una advertencia? Pero se tranquilizó cuando Roubaud prosiguió en tono alegre:

—Vamos, tonta, ¡de sobra sé que tú misma lo pondrías a la puerta de la calle!... ¡Anda, pon unos vasos y trinca con nosotros!

Daba palmadas sobre el hombro de Jacobo, y Severina, ya serena también, sonreía a los dos hombres. Luego bebieron juntos, pasando una hora muy apacible.

Y fue así como Roubaud, que ostentaba un aire de cordialidad y que no parecía pensar en las consecuencias de aquella amistad, acabó por unir su mujer a Jacobo. Aquel arranque de celos fue justamente la causa de una intimidad más estrecha, de un cariño secreto, cimentado en confidencias; pues Jacobo, al visitar a Severina dos días después, la compadeció por haber sido tratada tan brutalmente; mientras ella, con mirada melancólica, confesaba, en un desbordamiento involuntario de quejas, cuán poca felicidad había encontrado en el matrimonio. Desde aquel momento, los dos tuvieron un tema íntimo de conversación, una complicidad de amigos que hizo que se entendiesen con una simple seña. A cada visita, él la interrogaba con la mirada

para saber si había tenido algún nuevo motivo de tristeza, y ella contestaba de la misma manera, con un sencillito movimiento de los párpados. Después, sus manos se buscaron a espaldas del marido, y envalentonándose, cruzaron sus impresiones con largos apretones, diciéndose, con las yemas de los dedos tibios, el interés creciente que uno experimentaba por los más pequeños acontecimientos de la existencia del otro. Rara vez tenían la suerte de hallarse un minuto libres de la presencia del marido. Siempre estaba él entre ellos, en aquel melancólico comedor; y nada hacían para evitarlo: ni siquiera pensaban en darse cita en algún apartado rincón de la estación. Fue, hasta entonces, una afección verdadera, un impulso de viva simpatía, apenas estorbada por Roubaud. Una mirada, un apretón de manos les bastaba para comprenderse hasta lo más íntimo del corazón.

La primera vez que Jacobo murmuró al oído de Severina que la esperaría el próximo jueves, a las doce de la noche, detrás del depósito, ella se enfadó y retiró su mano con violencia. Era su semana de libertad, la del servicio de noche. Pero una profunda turbación la dominaba ante la idea de salir de casa e ir a ver a aquel muchacho en un lugar tan alejado, en medio de las tinieblas de la estación. Experimentaba una confusión como no la había sentido nunca, el miedo de las vírgenes ignorantes cuyo corazón late; y no cedió en seguida: tuvo que rogarla él durante casi dos semanas antes que, pese al ardiente deseo que la incitaba a aquél paseo nocturno, ella consintiese. Comenzaba el mes de junio, las noches se convertían en abrasadoras, refrescadas apenas por la brisa del mar. Cinco veces ya la había esperado Jacobo creyendo que acudiría a la cita, no obstante haber rehusado. También aquella noche dijo que no. No había luna, era una noche de cielo cubierto, en la que ni una estrella brillaba bajo la espesa capa ardorosa que ocultaba el cielo. Y cuando se encontraba de pie en la sombra, la vio venir, vestida de negro, con paso silencioso. Era tan densa la oscuridad, que ella le habría rozado sin reconocerle si no la hubiese él detenido con sus brazos, dándole un beso. Severina, estremeciéndose, lanzó un débil grito. Luego, risueña, abandonó sus labios a los de Jacobo. Y eso fue todo; no quiso sentarse bajo uno de los soportales que los rodeaba. Anduvieron, estrechados uno contra otro, hablando en voz muy baja. Había allí un vasto espacio ocupado por el depósito y sus dependencias, todo el terreno comprendido entre la calle Verte y la François-Mazeline, dos calles que cortan la vía, especie de inmenso terreno vago, obstruido por vías de reserva, cisternas de agua, construcciones de toda clase, dos depósitos de locomotoras, la casita de los Sauvagnat rodeada de un huerto del tamaño de la palma de una mano, las barracas ocupadas por los talleres de reparación y el cuerpo de guardia, en el que dormían los maquinistas y fogoneros. Y nada más fácil que ocultarse, que perderse, como en el fondo de un bosque entre aquellas callejuelas desiertas que formaban inextricable laberinto. Durante una hora saborearon una soledad deliciosa, aliviando sus corazones con palabras

amigas, desde tanto tiempo amontonadas. Pero ella no quería oír hablar sino de afección amistosa: le había declarado en seguida que no se entregaría nunca, que le parecía demasiado feo manchar aquella pura amistad que tanto la enorgullecía, pues tenía necesidad de respeto de sí misma. Después la acompañó hasta la calle Verte; allí, sus bocas volvieron a juntarse en un beso profundo. Y regresó a su casa.

En aquel mismo instante, en el despacho de los jefes segundos, Roubaud comenzaba a dormirse, hundido en vieja butaca de cuero, de la que se levantaba veinte veces durante la noche, con los miembros molidos. Hasta las nueve recibía y despachaba los trenes de la noche. El tren de pescadería le ocupaba de una manera especial, con sus maniobras, con el enganchar de los vagones y con las hojas de expedición, que había que vigilar rigurosamente. Luego después que llegaba el expreso de París y quedaban desenganchados los coches, cenaba solo en su despacho, sobre un ángulo de la mesa, un pedazo de carne fría que le bajaban de su casa y dos rebanadas de pan. El último tren, un mixto de Rouen, entraba en la estación a las doce y media. Y entonces los andenes se hundían en un gran silencio; sólo seguían encendidos algunos mecheros de gas; la estación entera dormía en medio de ese estremecimiento de sombras crepusculares. De todo el personal sólo quedaban en pie dos vigilantes y cuatro o cinco obreros ferroviarios, bajo las órdenes del jefe segundo; pero también éstos dormían a pierna suelta, tumbados sobre las tablas del cuerpo de guardia, mientras que Roubaud, obligado a despertarlos en cuanto ocurriese la menor cosa, no dormía más que con un ojo. Por temor a que le venciese el cansancio del amanecer, ponía su despertador a las cinco, hora en que tenía que estar listo para recibir el primer tren de París. Pero, a veces, y sobre todo desde los últimos tiempos, no podía dormir, perseguido por insomnios, y se revolvía en su butaca. Entonces salía y daba una vuelta por la estación, llegando hasta el puesto del guardagujas, donde charlaba con él un rato. El inmenso cielo negro y la paz soberana de la noche calmaban finalmente su fiebre. A consecuencia de una lucha sostenida con unos merodeadores, le habían armado con un revólver, que llevaba cargado en su bolsillo. Y con frecuencia se paseaba así hasta el alba, deteniéndose tan pronto como creía ver moverse la menor cosa en la oscuridad, prosiguiendo su inspección con un vago pesar, por no tener ocasión de disparar; aliviado cuando la luz blanquecina de las primeras horas del día arrancaba de la sombra el gran fantasma pálido de la estación. Ahora que ya amanecía a las tres, Roubaud volvía a echarse después en su butaca, donde dormía con sueño de plomo hasta que el despertador le hacía ponerse en pie con sobresalto.

Cada quince días, los jueves y sábados, Severina iba a ver a Jacobo. Cierta noche, al mencionar ella el revólver que llevaba su marido, los dos quedaron preocupados. Hasta entonces, Roubaud, no había ido nunca hasta el depósito, pero no por eso les parecían menos peligrosos los paseos que realizaban

juntos, y este peligro daba a sus citas un doble atractivo. Habían descubierto un rincón delicioso: una especie de calle detrás de la casa de los Sauvagnat, entre montones enormes de carbón, que ofrecía la sensación de ser la solitaria avenida de una ciudad extraña, con grandes palacios cúbicos de mármol negro. Allí estaban completamente ocultos. Había en el extremo de este pasillo una caseta para guardar herramientas, y, en un rincón de la misma, cierta cantidad de sacos vacíos que podían servir de lecho. Mas cuando, un sábado, la pareja se vio obligada a refugiarse allí sorprendida por un chubasco, Severina se obstinó en permanecer en pie, abandonando únicamente sus labios a besos interminables. No la incitaba a tal resistencia el pudor, pues daba a beber su aliento, glotonamente, aunque aparentaba que ello era sólo por amistad. Pero si, abrasado por el deseo, intentaba él poseerla, se defendía y lloraba, repitiendo cada vez las mismas razones. ¿Por qué quería causarle tanta pena? ¡Parecíale tan dulce amarse sin esa suciedad del sexo! Manchada a los dieciséis años por el vicio de aquel viejo cuyo sangriento espectro no se apartaba de su imaginación y violentada después por los brutales apetitos de su marido, había conservado, no obstante, una candidez de niña, una virginidad, todo el delicioso pudor de la pasión que se ignora a sí misma. Lo que le encantaba de Jacobo, era su dulzura, su obediencia cuando dejaba de pasear sus manos sobre su cuerpo tan pronto como ella las cogía entre las suyas, tan débiles. Por vez primera amaba, y, por ello mismo, no deseaba entregarse, pues precisamente el abandonarse en seguida, y de la misma manera que había pertenecido a los otros dos, le habría estropeado su amor. Su deseo inconsciente era prolongar sin fin aquella sensación maravillosa de volver a ser la niña que había sido antes de la mancha; tener un buen amigo, como lo tiene una mujer a los quince años, un amigo al que se besa en plena boca, tras las puertas. Y también él, como Severina, parecía volver a su infancia, deletreando el amor, ese amor que hasta entonces había sido para él un espanto. Si se mostraba dócil, retirando las manos cuando ella se defendía, era porque un sordo temor persistía en lo más hondo de su cariño; una profunda turbación que le hacía temer el confundir el deseo de la posesión con su antiguo instinto homicida. Esta mujer, que había matado, personificaba el sueño de su carne. Y que estaba curado le parecía más cierto cada día, puesto que la había tenido horas enteras colgada a su cuello, con sus labios pegados a los de ella, bebiendo su alma, sin que se despertara su furioso deseo de ser el amo degollándola. No se decidía a tomarla sin que ella consintiese, ya que era tan agradable esperar, y dejaba a su mismo amor el cuidado de unirles cuando llegase el minuto preciso, y se desmayara la voluntad de ambos en un supremo abrazo. Y así iban sucediéndose las citas felices; no se cansaban de verse, aunque sólo fuera por un momento y siempre en las tinieblas, al pasear entre los grandes montones de carbón que ennegrecía aun más la noche en torno de ellos.

Una noche de julio, Jacobo, para llegar a El Havre a las once y cinco, hora reglamentaria, tuvo que forzar a la Lisón, que se mostraba languideciente como si el sofocante calor hubiese emperezado sus movimientos. Desde Rouen, a su izquierda, le acompañaba un nublado de tormenta que se extendía por el valle del Sena con grandes relámpagos deslumbradores; y de tiempo en tiempo, el maquinista se volvía muy inquieto, pues aquella noche Severina había quedado en ir a verle. Temía él que la tormenta, si estallaba demasiado pronto, la impidiese salir de su casa. Así es que cuando llegó a la estación, antes de que comenzara a caer la lluvia, se impacientó contra los viajeros que no terminaban nunca de bajar de los coches.

Vio en el andén a Roubaud, que estaba de servicio de noche.

— ¡Demonio! —dijo éste, riendo—. ¡Mucha prisa tiene usted por ir a acostarse! Duerma bien.

—Gracias.

Y cuando el tren había retrocedido hacia las vías de reserva, Jacobo se fue al depósito.

Las hojas de la inmensa puerta estaban abiertas, y la Lisón penetró en el interior del soportal, una especie de galería de dos vías, con una longitud de setenta metros, que podía dar cabida a seis locomotoras. Reinaba allí profunda oscuridad: cuatro mecheros de gas alumbraban apenas las tinieblas, acrecentadas por grandes sombras movedizas. Sólo por momentos los relámpagos iluminaban los cristales del techo y las altas ventanas a derecha e izquierda. Distinguíanse entonces, como en una llamarada de incendio, las paredes agrietadas, la armadura ennegrecida por el carbón y toda la miseria caduca de aquella construcción. Dos máquinas estaban ya allí, frías, dormidas.

Pecqueux se puso a apagar el fuego. Lo removió violentamente y algunas brasas, saliendo del cenicero, cayeron en el foso.

—Tengo demasiada hambre, voy a tomar un bocado —dijo—. ¿Me acompaña?

Jacobo no contestó. A pesar de su prisa, no quería dejar a la Lisón antes de que quedase apagado el fuego y la caldera vacía. Era un escrúpulo, una costumbre de buen maquinista, de la que nunca se apartaba. Es más, cuando tenía tiempo, no se marchaba sino después de haberla revisado y limpiado con el cuidado con que se atiende a un animal favorito. El agua cayó en el foso en gruesos borbotones, mientras él decía:

—Pronto, pronto...

Un formidable trueno le cortó la palabra. Esta vez las altas ventanas se habían destacado de una manera tan distinta sobre el cielo abrasado, que

habría sido fácil contar los numerosos cristales rotos. A la izquierda, a lo largo de los tornos que servían para las reparaciones, una hoja de zinc que estaba de pie, resonó con la vibración persistente de una campana. Toda la vieja armadura de la techumbre crujió.

— ¡Caramba! —dijo sencillamente el fogonero.

El maquinista hizo un movimiento de desesperación. Era el fin, tanto más cuanto que ahora una lluvia diluviana se abatía sobre el soportal. La violencia del chubasco amenazaba echar abajo los cristales del techo. También en la parte que cubría a las máquinas debían faltar vidrios, pues caían sobre la Lisón gruesas gotas. Un viento furioso entraba por las puertas que habían quedado abiertas; diríase que toda aquella vieja barraca iba a ser arrastrada.

Pecqueux dispensaba los últimos cuidados a la locomotora.

— ¡Ya está! Mañana veremos más claro —dijo—. No hay necesidad de atusarla más...

Y volviendo a su idea, añadió:

—Hay que comer... Llueve demasiado para ir a echarse sobre el jergón.

La cantina, en efecto, estaba allí, junto al mismo depósito, mientras que la casa que la Compañía había tenido que alquilar para los maquinistas y fogoneros que pasaban la noche en El Havre, se hallaba en la calle François-Mazeline. Con aquel diluvio, habrían llegado calados hasta los huesos.

Jacobo tuvo que decidirse a seguir a Pecqueux, que había cogido la cestita de su jefe, como para evitarle la molestia de llevarla. Sabía que en esta cestita había aún dos tajadas de ternera fría, pan y una botella apenas empezada; y era eso lo que le daba hambre. La lluvia redoblaba; otro trueno hizo temblar nuevamente el soportal. Cuando los dos hombres salieron por la pequeña puerta que daba a la cantina, la Lisón ya se enfriaba. Y acabó por dormirse, abandonada en las tinieblas, iluminada por violentos relámpagos, bajo las gruesas gotas que mojaban sus flancos. Junto a ella, un canalillo mal cerrado, chorreaba, alimentando un charco que corría entre sus ruedas, en el foso.

Pero antes de entrar en la cantina, quiso Jacobo lavarse. Siempre había allí, en un cuarto, agua caliente y cubetas. Sacó de su cesto un jabón y se limpió las manos y la cara, negras por el viaje; además, como tenía la precaución, siempre recomendada a los maquinistas, de llevar consigo un traje de repuesto, pudo mudarse de pies a cabeza, cosa que siempre hacía con cierto esmero, al llegar a El Havre, las noches que tenía cita con Severina. Pecqueux ya esperaba en la cantina, pues sólo se había lavado la punta de la nariz y las puntas de los dedos.

La cantina consistía en una pequeña sala desnuda y pintada de amarillo

donde no había más que un hornillo para calentar los alimentos y una mesa sujeta al suelo y cubierto con una hoja de zinc que servía de mantel. Dos bancos completaban el mobiliario. Los empleados tenían que llevar su comida, y comían sobre papel, con la punta de su cuchillo. Una ancha ventana alumbraba la pieza.

— ¡Vaya una lluvia! —gritó Jacobo, plantándose junto a la ventana.

Pecqueux se había sentado sobre un banco, ante la mesa.

— ¿De modo que usted no come? —preguntó.

—No, viejo, acabe con el pan y la carne, si tiene gana —respondió Jacobo—. No tengo hambre.

El otro, sin hacerse rogar, se echó sobre la ternera y vació la botella. Con frecuencia tenía semejante suerte, pues su jefe comía poco; y le quería aún más, con su cariño de perro, por todas aquellas migajas que recogía tras él. Con la boca llena, dijo tras un silencio:

— ¿Y qué nos importa la lluvia, puesto que estamos resguardados? Es verdad que si continúa así, por lo que respecta a mí, le dejo a usted; me voy aquí al lado.

Y se puso a reír, pues no hacía secreto alguno de sus amores con Filomena Sauvagnat; además había tenido que hablar de ellos a Jacobo para que no le extrañase verle faltar del dormitorio las noches en que iba a verla. Ella ocupaba, en la casa de su hermano, un cuarto de la planta baja, junto a la cocina, de modo que el fogonero no tenía más que dar un ligero golpe en la ventana; Filomena abría y Pecqueux entraba de un salto. Por aquella ventana, según se decía, habían pasado todos los empleados de la estación. Pero ahora Filomena se contentaba con el fogonero, que la satisfacía plenamente.

— ¡Dios de Dios! —clamaba entre dientes Jacobo, viendo que el diluvio, después de una breve calma, volvía con acrecentada violencia.

Pecqueux, que tenía en la punta de su cuchillo el último bocado de carne, tuvo de nuevo una risa bonachona.

— ¡Usted, según parece, también está ocupado esta noche! —exclamó. No nos pueden echar en cara que gastamos demasiado los colchones de la calle François-Mazeline, ¿eh?

Con un vivo movimiento, Jacobo se alejó de la ventana.

— ¿Qué quiere decir?

—Pues que desde la primavera pasada casi siempre entra allí a las dos o a las tres de la mañana —dijo Pecqueux.

Al parecer, estaba enterado de algo: tal vez sorprendiera alguna cita. En cada dormitorio, las camas estaban por parejas, la del fogonero junto a la del maquinista, pues se deseaba unir lo más posible la existencia de los hombres destinados a una tan íntima armonía de trabajo. No tenía, pues, nada extraño que Pecqueux notara los desvaríos de su jefe, modelo, hasta entonces, de buena conducta.

—Padezco fuertes dolores de cabeza —dijo el maquinista, por decir algo— y me alivia el aire fresco de la noche.

Pero el fogonero se apresuró a corregir sus palabras:

— ¡Oh, bien libre es usted de hacer lo que le guste!... Esto que digo es una broma... Y es más: si algún día tuviera un disgusto, cualquiera que fuese, no tenga reparo en pedirme auxilio. Me tiene a su disposición para cuanto se le antoje.

Y sin explicarse más claramente, se permitió cogerle la mano, estrechándosela hasta casi descoyuntarla, como una entrega completa de su persona. Después arrugó y tiró el papel grasiento en el que había estado envuelta la carne, colocó la botella vacía en el cesto, y lo arregló todo como un servidor cuidadoso, acostumbrado a la escoba y la esponja. Al fin como la lluvia se obstinaba, a pesar de haber cesado los truenos, dijo:

—Bueno, me voy y le dejo en sus ocupaciones.

— ¡Oh! —replicó Jacobo—, puesto que esto no para, voy a echarme sobre la cama de campaña.

Había, al lado del depósito, una sala con colchones a los que iban a descansar, sin desnudarse, los maquinistas y fogoneros que sólo tenían que pasar en El Havre un intervalo de tres o cuatro horas. En efecto, en cuanto vio que su fogonero desaparecía bajo el chubasco en dirección de la casa de Sauvagnat, Jacobo se atrevió también y corrió hacia el cuerpo de guardia. Pero no se echó; quedó en el umbral de la puerta, abierta de par en par, ahogado por el espeso calor que allí reinaba. En el fondo de la pieza, un maquinista, tendido sobre la espalda, roncaba con la boca abierta.

Algunos minutos pasaron aún, pero Jacobo no podía resignarse a perder su esperanza. En su exasperación contra ese estúpido diluvio, crecía un terrible deseo de acudir a la cita, a pesar de todo; por lo menos quería gozar de la alegría de hallarse allí, aunque ya no podía esperar que fuese ella. Era como un impulso de todo su cuerpo. Finalmente, salió bajo el chaparrón, llegó al rinconcito predilecto y siguió por la calle negra, formada por los montones de carbón. Y como las gruesas gotas, azotándole de frente, le cegaban, se detuvo ante la caseta de las herramientas, en la que ya una vez se había refugiado con ella. Parecía que allí estaría menos solo.

Al entrar Jacobo en la profunda oscuridad del interior, dos delicados brazos le envolvieron y unos labios apasionados se pegaron a su boca. ¡Severina estaba allí!

— ¡Cómo! ¿Has venido? —exclamó Jacobo.

—Sí, vi acercarse la tormenta y corrí aquí antes de que comenzara a llover... ¡Cuánto has tardado!

Suspiraba con voz desfallecida; nunca la había sentido tan abandonada en sus brazos. Se dejó caer sobre los costales vacíos, sobre aquel lecho tan blando que ocupaba todo un ángulo de la caseta. Y él, caído junto a ella, sin que sus brazos se desenlazaran, sentía las piernas de Severina entre las suyas. No podían verse, pero el aliento de ambos los envolvía en un vértigo que anonadaba.

Y bajo la ardiente llamada de los besos, el tuteo, cual la sangre fundida de sus corazones, subía hasta sus bocas.

—Me esperabas...

— ¡Oh! te esperaba, te esperaba...

En seguida, desde el primer minuto, casi sin hablar, fue ella quien le atrajo hacia sí, quien le obligó a que la poseyera. No lo había previsto. Cuando Jacobo llegó, Severina ya no esperaba verle, y ahora acababa de sucumbir a la felicidad de tenerle a su lado, arrastrada por el brusco e irresistible deseo de pertenecer a él, sin cálculo ni raciocinio. Aquello sucedía porque había de suceder... La lluvia batía con fuerza redoblada sobre el techo de la caseta. Pasó el último tren de París, entrando en la estación con rugidos y silbidos, conmoviendo el suelo.

Cuando Jacobo se levantó, escuchó con asombro el ruido del chubasco. ¿Dónde se encontraba? Y al volver a hallar en el suelo, junto a su mano, el mango de un martillo que había sentido al sentarse, quedó inundado de felicidad. ¿Entonces había terminado? ¿Había poseído a Severina y no había cogido aquel martillo para romperle el cráneo? Era suya sin lucha, sin que se hubiese apoderado de él ese deseo instintivo de echársela al hombro, muerta, como una presa arrebatada a los demás. Ya no sentía su sed de vengar ofensas muy antiguas, cuyo recuerdo exacto habíase borrado de su memoria: aquel rencor transmitido de varón a varón, desde el primer engaño ocurrido en el fondo de las cavernas. No, la posesión de esta hembra ejercía sobre él un encanto poderoso; ella le había curado, porque la veía distinta de las demás, violenta en su debilidad y cubierta con la sangre de un hombre como con una coraza de hierro. Ella le dominaba, pues él nunca se había atrevido a matar. Y lleno de apasionada gratitud, de deseo de fundirse a ella, la atrajo de nuevo a sus brazos.

También Severina se abandonaba feliz, libre de una lucha cuya razón de ser ya no comprendía. ¿Por qué había rehusado durante tanto tiempo? Había prometido entregarse y debería haberse entregado antes, ya que, al hacerlo, recibía tanto placer. Bien claro veía ahora que siempre lo había deseado, aun cuando le había parecido tan dulce esperar. Su corazón, su cuerpo no vivían sino por el deseo de amor, absoluto, perpetuo; había sido espantosa crueldad que los sucesos del pasado la arrojasen, aterrada, a todas aquellas abominaciones. Hasta entonces la vida había abusado de ella, arrastrándola por el lodo y la sangre con una violencia tal, que sus hermosos ojos azules, cándidos a pesar de todo, conservaban aún, bajo el trágico casco de su cabellera negra, algo así como un sello de terror. Y había seguido siendo virgen. Ahora era cuando se entregaba por vez primera a este muchacho al que adoraba, y no deseaba más que fundirse en él, ser su sierva. Le pertenecía, podía disponer de ella a su antojo.

— ¡Oh, querido mío, tómame, llévame, sólo quiero lo que quieras tú!...

— ¡No, no, querida, tú eres el ama, sólo vivo para amarte y obedecerte!

Transcurrieron dos horas. Hacía tiempo que había cesado la lluvia. Un gran silencio envolvía la estación, turbado sólo por una como voz lejana y confusa que subía del mar. Estaban aún en brazos uno del otro, cuando un disparo les puso en pie, despavoridos. El alba iba a despuntar, una mancha pálida blanqueaba el cielo por encima de la desembocadura del Sena. ¿Qué significaba aquel disparo? Su imprudencia, la locura de haberse retrasado tanto tiempo, les hacía ver en un relámpago de su imaginación, al marido persiguiéndoles a tiros.

— ¡No salgas! —dijo Jacobo—. Espera, voy a ver.

Se adelantó con cautela hasta la puerta. Y allí, en la sombra aún espesa, oyó acercarse un tropel de hombres, y reconoció la voz de Roubaud que animaba a los vigilantes gritando que los merodeadores eran tres y que había visto muy bien como robaban carbón. Desde hacía algunas semanas no pasaba noche sin que viese en todas partes ladrones imaginarios. Esta vez, bajo el imperio de un súbito terror, había disparado al azar en medio de las tinieblas.

— ¡Pronto, pronto! No nos quedemos aquí —murmuró el joven—. Van a visitar la caseta... ¡Escápate!

En un arrebato de deseo, se abrazaron de nuevo, apretándose uno contra otro con toda fuerza, comiéndose los labios. Luego Severina, ligera, se escurrió corriendo a lo largo del depósito, protegida por el espeso muro; mientras Jacobo, con gran precaución, se ocultó entre los montones de carbón. Y era tiempo, pues Roubaud se disponía a visitar la caseta. Aseguraba que los rateros se escondían allí. Las linternas de los vigilantes bailaban rozando el

suelo. Hubo una disputa, y, al fin, todos se volvieron a la estación, irritados por aquellas inútiles correrías.

En el momento en que Jacobo, tranquilizado, se decidió a buscar la cama en la calle François-Mazeline, tropezó con Pecqueux que acababa de vestirse, jurando entre dientes.

— ¿Qué pasa, compañero? —le preguntó sorprendido.

— ¡Ah!, ¡maldita sea! ¡Calle usted, hombre! —gruñó el fogonero—. Esos majaderos han despertado a Sauvagnat. Me ha oído con su hermana; bajó en camisa, y yo tuve que saltar por la ventana a toda prisa. ¡Escuche!

Oíanse gritos, y los sollozos de una mujer a la que estaban pegando, mientras una ruda voz de hombre vomitaba injurias.

— ¡Ya está! Le está sacudiendo el polvo. Aunque ella tiene treinta y dos años, le da azotes como a una chiquilla cada vez que la sorprende... Tanto peor... No me meto en eso... ¡Es su hermano!

—Pero —dijo Jacobo—, yo creía que con usted hacía la vista gorda y que sólo se enfadaba cuando la sorprendía con otro.

— ¡Quién demonio sabe! A veces hace como si no me viese. Y otras veces, de repente, ya le está usted oyendo, se le cae encima... Pero no por eso deja de querer a su hermana, pues es su hermana, y preferiría cualquier cosa antes que separarse de ella. Sólo que le exige buena conducta... ¡Maldita sea! Vamos, que me parece que hoy ya no se le enfría el cuerpo.

Los gritos cesaban en medio de gemidos y quejas, y los dos hombres se alejaron. Diez minutos después, ya dormían profundamente uno al lado de otro en el fondo del pequeño dormitorio pintado de amarillo, que tenía como único mobiliario cuatro camas, cuatro sillas y una mesa sobre la que estaba colocada una cubeta de zinc.

Desde entonces, cada noche de cita, Jacobo y Severina saborearon grandes felicidades. No siempre se hallaban protegidos por la tormenta. Los cielos estrellados, las lunas plenas les molestaban; pero en tales noches de cita, se deslizaban por las rayas de sombra, buscando rincones oscuros en los que tan dulce era estrecharse uno contra otro. Y hubo así, en agosto y en septiembre, noches adorables de tal dulzura que, emperezados, se habrían dejado sorprender por el sol, si no les hubiesen separado el despertar de la estación y los lejanos soplos de locomotoras. Y ni siquiera parecíanles desagradables los primeros fríos de octubre. Severina venía más abrigada, envuelta en un gran manto, en el que Jacobo desaparecía a medias. Luego se atrincheraban dentro de la caseta de herramientas, que habían logrado cerrar con una barra de hierro. Estaban allí como en su casa, y los huracanes de noviembre, las

ráfagas, podían arrancar las pizarras de las techumbres sin siquiera rozarles a ellos la nuca. Pero él, desde la primera noche, tenía un gran deseo: el de poseerla en su casa, en aquella estrecha vivienda en la que parecía otra, aun más codiciable, con su sonriente serenidad de burguesa honrada. Siempre ella había rehusado, menos por temor al espionaje desde el pasillo, que por un último escrúpulo de respeto hacia el sagrado lecho conyugal. Mas un lunes en que él había sido invitado a almorzar allí, como tardaba en llegar el marido, retenido por el jefe de estación, se la llevó bromeando a la cama, en pleno día, con una locura temeraria que hacía reír a los dos; y allí se olvidaron de todo. A partir de este momento, Severina abandonó toda resistencia. Jacobo subía a verla los jueves y los sábados, dadas las doce de la noche. Eso era horriblemente peligroso: no se atrevía a moverse por miedo a los vecinos; pero precisamente por ello sentían una mayor ternura, goces más agudos. A menudo, el capricho de correrías nocturnas, un deseo de huir como animales que se escapan, les hacía volver a la negra soledad de las frías noches. Cierta noche de terrible helada, se amaron al aire libre.

Desde hacía cuatro meses, Jacobo y Severina vivían sumidos en una pasión creciente. Ambos se sentían regenerados por esa infancia de su corazón, por esa inocencia asombrada del primer amor a la que hace deleitosa cualquier caricia. Y continuaba entre ambos el combate de sumisión: cada uno se afanaba en superar al otro en sacrificios. Jacobo ya no dudaba ni un instante que había hallado el remedio a su horrible mal hereditario, pues desde que la poseía, no le había acometido ni una sola vez el impulso homicida. ¿Sería que la posesión física aplacaba el deseo de matar? Poseer y matar, ¿acaso serían idénticos en las tenebrosas honduras del alma de la bestia humana? No pensaba: demasiado ignorante, no intentaba entreabrir al espanto esa puerta. A veces, entre los brazos de Severina, recordaba bruscamente lo que ella había hecho, el asesinato que le había confesado con la mirada, allí, en el banco del jardín de Batignolles; pero aun en tales momentos ni siquiera sentía el deseo de saber los pormenores del crimen. Ella, al contrario, parecía cada vez más atormentada por la necesidad de contar todo. Cuando la estrechaba en un abrazo, adivinaba que quería exhalar su secreto, que sólo deseaba fundirse a él para aliviarse de aquello que la ahogaba. Era como un violento espasmo que surgía de sus riñones, hinchando su pecho de enamorada en una ola confusa de suspiros que subían hacia sus labios. Cuando su voz brotaba en medio de una convulsión, ¿no iba a hablar? Pero él rápidamente, con un beso, le cerraba la boca, sellándola para que no saliese la confesión. Se sentía alarmado. ¿Por qué interponer aquello entre los dos? ¿Podía estar seguro que nada alteraría su felicidad? Presentía un peligro, y se apoderaba de él un estremecimiento de sólo pensar en remover en ella las sangrientas historias. Y Severina, sin duda, adivinaba lo que le sucedía: pegada a su cuerpo, se volvía de nuevo acariciadora y dócil, una criatura del amor, nacida únicamente para amar y ser

amada. Una locura de la posesión les arrebatava entonces y, a veces, se hundían desmayados en brazos uno de otro.

Roubaud, desde el verano, había engordado aún más; a medida que su mujer iba volviendo a la alegría y la frescura de sus veinte años, él envejecía y, de día en día, se convertía en más tétrico. En cuatro meses, según decía ella, había cambiado mucho. Continuaba dando cordiales apretones de manos a Jacobo, no cesaba de invitarle, no se sentía contento sino cuando le tenía sentado a su mesa; pero esta distracción ya no le bastaba. A menudo, salía apenas tragado el último bocado, dejando a su camarada a solas con su mujer, so pretexto de que se ahogaba y que tenía necesidad de ir a tomar el aire. En realidad, frecuentaba un pequeño café del Cours Napoleón, donde se reunía con el señor Cauche, el comisario de vigilancia. Bebía poco, algunas copitas de ron; mas había nacido en él una tal afición al juego, que le dominaba como una pasión. Sólo se animaba, sólo se olvidaba de todo cuando, cartas en mano, se hundía en interminables partidas de piquet. El señor Cauche, jugador desenfrenado, había decidido aumentar cada apuesta, y habían llegado a jugar cinco francos por partida. Desde entonces, Roubaud, asombrado de conocerse tan poco, ardía en la furia de la ganancia, en esa abrasadora fiebre de dinero ganado que consume al hombre, hasta el punto de hacerle arriesgar, en una jugada de dados, su posición e incluso su vida. El servicio aun no se resentía de ello; pero se escapaba de la estación tan pronto como estaba libre, y las noches en que no tenía servicio, volvía a las dos o las tres de la mañana. Su mujer no se quejaba; lo único que le reprochaba era que regresase a casa de peor humor; y ello era porque tenía él una mala suerte tan increíble que había acabado por endeudarse.

Cierta noche, estalló entre Severina y Roubaud una primera riña. Sin aborrecerle todavía, ya le costaba trabajo soportarlo, pues le sentía pesar cada vez más sobre su vida. ¡Habría vivido tan ligera, tan feliz, si él no le hubiese abrumado con su presencia! Por lo demás, no le causaba remordimiento alguno el engañarle. No era culpa suya. ¿No la había él empujado hacia el abismo? A medida que progresaba la desunión de sus vidas, cada uno, deseoso de curarse del malestar que las desorganizaba, se distraía a su manera; si él jugaba, bien podía ella tener un amante. Pero lo que la enojaba más que nada, lo que no podía aceptar tranquilamente, era la estrechez a que la condenaban sus continuas pérdidas. Desde que el dinero del matrimonio tomaba el camino del Cours Napoleón, Severina no sabía, a veces, cómo pagar a su lavandera. Carecía de toda especie de pequeñas satisfacciones y hasta de objetos de tocador. Y fue la imprescindible compra de un par de botines lo que aquella noche provocó la disputa. Roubaud, al no encontrar en el momento de marcharse un cuchillo de mesa para cortar un pedazo de pan, había cogido la navaja del crimen, relegada en el fondo de un cajón del aparador. Severina le miraba oyendo cómo él negaba los quince francos para unas botas, dinero que

no tenía y que no sabía de dónde sacarlo. Repetía ella su demanda con obstinación, obligándole a él a repetir la negativa, cada vez más impaciente. De pronto ella le indicó con el dedo el lugar del suelo en que dormían los espectros, diciendo que allí había dinero y que lo necesitaba. Roubaud se puso muy pálido y soltó la navaja, que volvió a caer en el cajón. Durante un momento, ella creyó que la iba a pegar, pues se acercaba balbuceando que ese dinero se pudriría allí, que se cortaría la mano antes que tocarlo, y apretaba los puños jurando que la aplastaría si se atreviese a levantar la baldosa durante su ausencia, aunque no tomase más que un centavo. ¡Nunca, nunca! Aquello estaba muerto y enterrado. Severina también había palidecido, medio desmayada ante la sola idea de registrar aquel lugar. Aunque llegara la miseria, mejor sería que ambos muriesen de hambre junto a ese dinero. Y no volvieron a hablar de ello, ni siquiera en los días de mayor escasez. Cada vez que ponían el pie sobre aquel sitio, sentían una sensación de quemadura tan intolerable que, finalmente, prefirieron dar un rodeo.

Después ocurrieron otras disputas, a propósito ahora de La Croix-de-Maufras. ¿Por qué no vendían la casa? Y ambos se acusaban mutuamente de no hacer nada para activar la venta. Él, violento, continuaba negándose a ocuparse del asunto; y ella, las pocas veces que escribía a los Misard, no recibía más que contestaciones vagas: no se presentaba ningún comprador, se habían estropeado las frutas y las hortalizas no crecían por falta de riego. Así, la gran tranquilidad en la que el matrimonio se había hundido después de la crisis, comenzaba a turbarse, y diríase que los dos se hallaban arrastrados por un nuevo y terrible acceso de fiebre. Todos los gérmenes de malestar, el dinero oculto, el amante introducido en la casa, ahora los separaban irritando al uno contra el otro. E invadida poco a poco por una agitación creciente, su vida se convertía en un infierno.

Por añadidura, y como si fuese la obra de una adversidad fatal, también se desmoronaba la paz exterior en torno al matrimonio. Una nueva borrasca de chismes y discusiones soplaba por el pasillo. Filomena había roto violentamente con la señora Lebleu, por una calumnia de esta última, pues la mujer del cajero la acusaba de haberle vendido una gallina muerta de enfermedad. Pero la verdadera razón del rompimiento estaba en la reciente reconciliación entre Filomena y Severina. Cierta noche, Pecqueux vio a ésta del brazo de Jacobo, y, desde entonces, la mujer del jefe segundo, olvidando sus antiguos escrúpulos, se mostraba muy amable hacia la amante del fogonero. Filomena, por su parte, halagada por la amistad de una señora que era, sin discusión, la beldad y el orgullo de la estación, se dedicó a aplastar con su desprecio a la mujer del cajero, esa vieja bruja, capaz, según decía, de sacudir las montañas. La culpaba de todo, y gritaba ahora por todas partes que el piso que daba a la calle pertenecía, indudablemente, a los Roubaud, y que era una abominación no devolvérselo. Así, pues, las cosas comenzaban a

tomar muy mal cariz para la señora Lebleu, tanto más cuanto que su encono al acechar a la señorita Guichon, queriendo sorprenderla con el jefe, amenazaba proporcionarle serios disgustos; no conseguiría sorprenderla, pero, en cambio, cometió la falta de dejarse sorprender escuchando ante puertas ajenas; y el señor Dabadie, exasperado por este espionaje, dijo al jefe segundo, Moulin, que si Roubaud seguía reclamando aquel departamento, estaba dispuesto a poner su firma al pie de la petición. Y como Moulin, aunque poco charlatán, había repetido sus palabras, por poco estallaba una lucha de puerta a puerta, de un extremo a otro del pasillo, de tanto como se habían enardecido las pasiones.

En medio de estas conmociones cada vez más violentas, Severina sólo tenía un día feliz, el viernes. Desde octubre, había tenido la tranquila audacia de inventar un pretexto, el primero que se le ocurría, un dolor en la rodilla, que necesitaba tratamiento de un especialista, para salir cada viernes a París, en el expreso de las seis y cuarenta de la mañana. Este tren era conducido por Jacobo, y, de este modo, Severina, pasaba el día en París con él, volviendo en el expreso de las seis y treinta. Al principio se creyó obligada a darle a su marido noticias de la rodilla: unas veces seguía mejor, otras se había empeorado; después, viendo que él ni siquiera la escuchaba, cesó por completo de hablarle de sus viajes. Y, a veces, mirando a Roubaud, se preguntaba si él sabía. Ese celoso feroz, ese hombre que había matado en un arrebato de furia imbecil, ¿cómo había llegado a tolerar que ella tuviese un amante? No podía creerlo; le parecía que, sencillamente, se había convertido en estúpido.

A principios de diciembre, en una noche glacial, Severina esperó a su marido hasta muy tarde. Al día siguiente, un viernes, antes de que despuntase el alba, tomaría el expreso. Las vísperas de sus viajes, esmerábase habitualmente en su tocado, preparando su ropa para poder vestirse en cuanto saltase de la cama. Finalmente se acostó y, hacia la una, acabó por dormirse. Roubaud no había vuelto todavía. Dos veces ya había regresado al amanecer, entregado por completo a su pasión, cada día más intensa, que no le permitía separarse del café, en el que una salita del fondo se había convertido, con el tiempo, en un verdadero garito: allí se jugaban sumas elevadas al écarté. Muy contenta de dormir sola, mecida por visiones de la felicidad que la esperaba al día siguiente, Severina dormía profundamente hundida en el dulce calor del lecho.

Iban a dar las tres cuando un ruido extraño la despertó. En el primer instante, no pudo comprender; creyó soñar y se volvió a dormir. Eran choques sordos, crujidos de madera, como si alguien tratase de forzar una puerta. El ruido de una astilla que salta, una desgarradura más violenta, la hicieron sentarse sobre la cama. Entonces quedó aterrada: alguien descerrajaba la puerta del pasillo. Durante un minuto, no se atrevió a moverse; siguió

escuchando, con los oídos llenos de zumbidos. Al fin tuvo suficiente valor para levantarse y salir; se deslizó por el suelo sin hacer ruido, descalza, y entreabrió lentamente la puerta de la alcoba, presa de un frío tal, que palideció y sintióse como adelgazada bajo su camisa. Y el espectáculo que presenció en el comedor la dejó como clavada de sorpresa y terror.

Roubaud en el suelo, boca abajo y apoyado en los codos, acababa de arrancar el friso de la ventana con un cincel. Una bujía colocada junto a él, le alumbraba proyectando su sombra gigante hasta el techo. E inclinado sobre el hueco que abría en el solado una negra hendidura, miraba fascinado. La sangre teñía sus mejillas de un color violáceo. Tenía rostro de asesino. Ahora, brutalmente, hundía la mano; no encontró nada, agitado como estaba por un temblor de excitación, y tuvo que acercarse a la bujía. Entonces aparecieron en el fondo del hoyo el portamonedas, los billetes y el reloj.

Severina lanzó un grito involuntario, y Roubaud, aterrorizado, se volvió. Durante un segundo, no la reconoció: creyó, sin duda, que era un espectro, al verla tan blanca y con ojos llenos de espanto.

— ¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

Entonces, comprendiendo y evitando contestar, soltó un sordo gruñido. La miraba maldiciendo su presencia, deseoso de enviarla a la cama. Pero no se le ocurrió una palabra razonable; únicamente tenía deseos de abofetearla al verla así ante él, temblando de frío y casi desnuda.

—Ya lo veo —prosiguió ella—. Me niegas un par de botas, y empleas ese dinero para ti, porque has perdido.

Sus palabras, bruscamente, le pusieron furioso. ¿Acaso iba a fastidiarle todavía más, poniendo obstáculos a sus distracciones, aquella mujer que había cesado de desear, y cuya posesión ya no significaba para él sino una sacudida desagradable? Puesto que se divertía con otras cosas, no la necesitaba en absoluto. Volvió a registrar el escondrijo, pero sólo cogió el portamonedas con los trescientos francos en oro, y cuando, con un taconazo, hubo repuesto en su lugar la baldosa, lanzó a la cara de su mujer estas palabras pronunciadas entre dientes:

—Me estás fastidiando. Hago lo que me da la gana. ¿Acaso te pregunto yo lo que, dentro de un rato, harás tú en París?

Después, con un furioso movimiento de hombros, se volvió al café, dejando la bujía en el suelo.

Severina la recogió. Luego, fue a acostarse, helada hasta el corazón. Conservaba la vela encendida, sin lograr dormirse, esperando la hora del expreso con los ojos muy abiertos y sintiendo cómo, poco a poco, se volvía

cálida su carne. Ahora era cosa cierta: había ocurrido en aquel hombre una desorganización progresiva, algo así como una lenta infiltración del crimen, que le descomponía, que había podrido todo lazo entre ellos. Roubaud sabía.

CAPÍTULO VII

Aquel viernes, los pasajeros que iban a tomar en El Havre el expreso de las seis y cuarenta, dejaron escapar, al despertarse, un grito de sorpresa: la nieve, desde media noche, caía en copos tan apretados y gruesos, que las calles se habían cubierto con una capa blanca de treinta centímetros.

Ya bajo el soportal cubierto, la Lisón soplabla echando humo. Aparecía enganchada a un tren de siete coches, tres de segunda clase y cuatro de primera. Cuando, a eso de las cinco y media, llegaron Jacobo y Pecqueux al depósito para proceder a la visita habitual, los dos lanzaron un gruñido de inquietud ante esa nieve obstinada que no cesaba de vomitar el negro cielo. Ahora, en su puesto, esperaban el silbido de marcha mirando hacia lo lejos, más allá del portal abierto de la estación, sumidos en la contemplación del mudo e interminable caer de los copos, que parecía agitar las tinieblas como un lívido escalofrío.

El maquinista murmuró:

— ¡Que me lleve el demonio si veo una señal!

Roubaud, con su farol en la mano, se agitaba en el andén. Había vuelto a la estación en el momento exacto en que comenzaba su servicio. Por instantes, sus enrojecidos párpados se cerraban de cansancio, sin que por eso dejara de vigilar. Al preguntarle Jacobo si sabía algo respecto al estado de la vía, se aproximó a estrecharle la mano, contestando que no había recibido aún telegrama alguno. Como en este momento bajaba Severina envuelta en un grueso manto, él mismo la acompañó hacia un coche de primera, en el que la instaló. Sin duda había sorprendido la mirada de inquieto cariño cambiada entre los dos amantes; pero ni siquiera se tomó la molestia de advertirle a su mujer que era imprudente salir con un tiempo semejante y que haría mejor en aplazar su viaje.

Llegaron los viajeros, cubiertos hasta los ojos y cargados de maletas. Aquello era un vaivén continuo, en medio del frío terrible de la mañana. Ni siquiera se derretía la nieve del calzado. Las portezuelas se cerraban en seguida y cada cual se hundía en su rincón. El andén quedaba desierto, mal alumbrado por las indecisas luces de los pocos mecheros de gas; y el faro de la locomotora, colgante en la base de la chimenea, ardía solo, cual ojo gigante,

ensanchando a lo lejos, en la oscuridad, su zona de reflexión.

Ahora Roubaud levantaba su linterna, dando la señal. El conductor-jefe silbó y Jacobo contestó, después de haber abierto el regulador, haciendo girar hacia adelante la palanca del cambio de marcha. Partían. Durante un minuto, el jefe segundo siguió con mirada tranquila al tren que se alejaba en la tormenta.

— ¡Y mucho cuidado! —dijo Jacobo a Pecqueux—. ¡Fuera bromas, hoy!

Había notado inmediatamente que también su compañero parecía rendido de cansancio, resultado, seguramente, de alguna diversión de la víspera.

—No tenga usted cuidado, no tenga cuidado —balbuceó el fogonero.

Apenas salidos de la estación, los dos hombres entraron en plena nieve. El viento soplaba del Este, las ráfagas azotaban la máquina de cara; al principio no sufrieron mucho, situados tras la placa de resguardo, cubiertos con trajes de gruesa lana y protegidos los ojos con gafas; pero en medio de la oscuridad, la luz intensa del faro parecía empañada por aquellas espesas capas blancuzcas, y en lugar de alumbrar la vía a doscientos o trescientos metros, se vertía sobre una especie de niebla lechosa en la que sólo percibíanse los objetos muy cercanos y como desde el fondo de un sueño. Y lo que había temido el maquinista, lo que llevó hasta el extremo su inquietud, fue el descubrimiento, hecho ya al pasar el primer puesto, de que no vería, ciertamente, desde la distancia reglamentaria, las señales rojas que cerraban la vía. Desde aquel momento avanzaba con suma prudencia, pero no podía sin embargo, disminuir la velocidad, pues el viento le oponía una enorme resistencia, y todo retraso hubiera significado un peligro no menos grave.

Hasta la estación de Harfleur, la Lisón siguió con bastante rapidez. La capa de nieve que se había formado aún no preocupaba a Jacobo, pues, a lo sumo, era de sesenta centímetros, y el limpiavía quitaba sin dificultad hasta un metro. Sólo le importaba conservar su velocidad, porque bien sabía que el verdadero mérito de un maquinista, amén de la sobriedad y el amor a su máquina, consiste en correr con marcha igual, sin sacudidas, y a la más alta presión posible. A la verdad, era éste su único defecto, obstinado como se mostraba en no detenerse y en desobedecer las señales, creyendo siempre que tendría tiempo suficiente para dominar a la Lisón. Así, a veces, iba demasiado lejos, lo cual en dos ocasiones ya le había valido quedar suspendido del servicio durante ocho días. Pero ahora, consciente del gran peligro que corría Severina, recordando que ella estaba allí, en el tren, y que él tenía a su cargo su querida existencia, sentía redoblarse su fuerza de voluntad, la cual parecía abarcar toda la extensión de la vía férrea, hasta París, con todos los obstáculos que tendría que salvar.

De pie sobre la placa de hierro que unía la locomotora al tender, en medio de las continuas sacudidas causadas por la trepidación, Jacobo, a pesar de la nieve, se inclinaba hacia la derecha, tratando de ver mejor, pues ya nada distinguía al mirar por el cristal cubierto de agua; así, pues, permanecía con la cara envuelta en ráfagas de aire con la piel azotada como por millares de agujas y mordida por un frío tal que le parecía recibir cortaduras de navaja de afeitar. De cuando en cuando, se retiraba al interior para tomar aliento; quitábase las gafas y las limpiaba; pero en seguida volvía a su puesto de observación, en pleno huracán, adivinando con su mirada fija las luces rojas, y tan absorto en su preocupación, que dos veces tuvo alucinaciones y vio repentinas chispas ensangrentadas que surgían manchando la pálida cortina que temblaba ante sus ojos.

Y de pronto, lanzando una ojeada hacia atrás, a través de las tinieblas, descubrió que el fogonero no se hallaba en su puesto. Sólo una pequeña linterna estaba allí, alumbrando el nivel de agua, para que ninguna otra luz cegase al maquinista; y vio, sobre la esfera del manómetro, cuyo esmalte parecía conservar luz propia, que la aguja azul, temblando, bajaba rápidamente. ¡Se apagaba la lumbre! Entonces advirtió al fogonero que acababa de caer sobre el cofre, vencido por el sueño.

— ¡Diablo de borrachín! —gritó Jacobo sacudiéndole, furioso.

Pecqueux se levantó, excusándose con un gruñido ininteligible. Apenas podía tenerse en pie; pero la fuerza de la costumbre le puso en seguida junto al fogón, y con el martillo en la mano, comenzó a partir el carbón, extendiéndolo con la pala, en capas muy iguales, sobre el enrejado. Luego dio un escobazo. Y mientras quedó abierta la puerta del fogón, un reflejo inmenso iluminó el tren, semejante a la encendida cola de un cometa, que parecía enrojecer la nieve con una lluvia de gruesas gotas de oro.

Pasado Harfleur, comenzó la gran subida de tres leguas, hasta Saint-Romain, la más ruda de toda la línea. El maquinista se apresuró a ocupar de nuevo su puesto, redoblando su atención, pues preveía el gran esfuerzo necesario para subir esta cuesta, ya muy trabajosa con buen tiempo. Empuñando el volante del cambio de marcha, observaba cómo huían los palos telegráficos, tratando de darse cuenta de la velocidad. Ésta disminuía mucho; la Lisón estaba jadeante y se advertía el roce de los limpiavías, producido por una resistencia mayor. Con la punta del pie abrió de nuevo la puerta; el fogonero soñoliento comprendió y activó el fuego para aumentar la presión. Ahora la puerta se estaba poniendo roja, y una luz violácea alumbraba las piernas de los dos hombres. Pero envueltos en la corriente de aire glacial, ninguno de los dos sentía aquel calor abrasador. Avisado por una señal de su jefe, el fogonero había levantado también la varilla del cenicero, acelerando así el tiro. Rápidamente, la aguja del manómetro había subido a diez

atmósferas, y la Lisón corría desplegando toda la fuerza de que era capaz. Incluso sucedió en cierto momento que viendo bajar el nivel del agua, el maquinista tuvo que mover el pequeño volante del inyector, aunque eso disminuyera la presión. Mas pronto volvió a subir; la locomotora roncaba, escupía cual una bestia de cuyas fuerzas se abusa, sufriendo sobresaltos y sacudidas de los riñones, y diríase que se escuchaba crujir sus miembros. Jacobo la maltrataba como a una mujer envejecida y debilitada, sin sentir ya hacia ella el cariño de antes.

— ¡Nunca llegará hasta arriba, la holgazana! —dijo entre dientes, él, que nunca hablaba durante el camino.

Pecqueux asombrado, pese a su somnolencia, le miró. ¿Qué tenía que gruñir contra la Lisón? ¿Acaso ya no era la locomotora valiente y dócil, de arranque tan ligero que daba gusto ponerla en marcha, y de buena vaporización que ahorraba, entre París y El Havre, la décima parte de su carbón? Cuando una máquina tenía émbolos como los suyos, tan bien acondicionados, podían tolerársele, como a una mujer hacendosa y económica, aunque malhumorada, todas las demás imperfecciones. Es verdad que gastaba demasiada grasa. ¿Y qué? Con engrasarla, en paz.

Precisamente Jacobo repetía, exasperado:

—Nunca llegará hasta arriba si no se la engrasa...

Y cosa que no había hecho tres veces en su vida, cogió la aceitera para engrasarla durante la marcha. Pasando por encima de la barandilla, subió sobre el tablero, y avanzó por él a lo largo de la caldera. Era una maniobra peligrosísima. Sus pies se escurrían sobre la angosta banda de hierro, mojada por la nieve; no veía, y el terrible viento amenazaba barrerle como una paja. La Lisón, con el hombre agarrado a sus flancos, continuaba su carrera jadeante, en medio de la noche, por entre la inmensa capa blanca en la que abría un surco profundo. Le sacudía a Jacobo, le arrastraba. Llegado hasta la barandilla delantera, se agazapó junto al recipiente engrasador del cilindro derecho; le costó infinito trabajo el llenarlo, agarrándose con una mano a la barandilla. Luego tuvo que dar la vuelta como un insecto que se arrastra para ir a engrasar el cilindro de la izquierda. Y cuando, rendido, volvió, estaba muy pálido, como quien ha sentido el paso de la muerte.

— ¡Asqueroso penco! —murmuró.

Extrañado por aquella insólita violencia a propósito de la Lisón, la compañera de ambos, Pecqueux no pudo menos de decir, soltando una vez más su acostumbrada broma:

—Haberme dejado ir a mí: en eso de engrasar damas, estoy fuerte.

Algo más despabilado, había vuelto a su puesto, vigilando el lado izquierdo de la vía. Tenía buena vista, mejor que la de su jefe; pero en aquella tormenta, todo había desaparecido, y ellos, tan familiarizados con cada kilómetro del camino, a duras penas reconocían los lugares que atravesaban: la vía desaparecía en la nieve; los setos y hasta las casas parecían engolfarse en ella; aquello ya no era más que una llanura sin fin, un caos de vagas blancuras, por las que la Lisón galopaba a sus anchas, desenfrenada y loca. Y nunca sintieron los dos hombres tan fuerte el lazo de fraternidad que les unía allí, sobre la locomotora en marcha, lanzada a través de todos los peligros, en la que se encontraban más aislados, más separados del mundo que en un cuarto cerrado, y cargados, además, con la abrumadora responsabilidad de proteger las vidas humanas que arrastraban.

Por eso, Jacobo al que la broma de Pecqueux había irritado, acabó por sonreír, conteniendo la ira que le arrebatava. No era aquél, ciertamente, el momento de reñir. La nieve redoblaba, y se espesaba la cortina del horizonte. El tren continuaba subiendo, cuando el fogonero, a su vez, creyó ver brillar, a lo lejos, un faro rojo, y con una palabra, avisó a su jefe. Mas ya no lo veía; sus ojos habían soñado, como, a veces, decía. Y el maquinista, que nada había visto, quedaba con el alma en un hilo, trastornado por esa alucinación del otro, y perdía la confianza en sí mismo. Lo que le parecía distinguir más allá del pálido torbellino de copos, eran inmensas formas negras, masas vastas como gigantescos trozos de noche, que se desplazaban y venían a ponerse delante de la máquina. ¿Serían acaso ribazos desmoronados, montañas que cerraban la vía, y contra las cuales iba a estrellarse el tren?

Entonces, amedrentado, tiró de la varilla del pito y silbó largo rato de una manera desesperada; aquel lamento se arrastraba lúgubre a través de la tempestad. Y Jacobo quedó muy extrañado al ver que había silbado a tiempo, pues el tren pasaba a gran velocidad por la estación de Saint-Romain, de la cual se había creído a una distancia de dos kilómetros.

Mientras tanto, la Lisón que ya había franqueado la terrible cuesta, se puso a rodar con más sosiego, y Jacobo pudo respirar un momento. De Saint-Romain a Bolbec, sube la línea insensiblemente, y todo iría bien, sin duda, hasta el otro extremo de la meseta. Cuando llegó a Beuzeville, durante la parada de tres minutos, no dejó de llamar al jefe de estación, al que vio en el andén, para manifestarle sus temores acerca de la nieve, cuya capa no cesaba de aumentar: nunca llegarían a Rouen; lo mejor sería doblar la tracción, añadiendo otra locomotora, mientras el tren se hallaba en una estación con depósito, en la que siempre había máquinas disponibles. Pero el jefe de estación contestó que no había recibido órdenes y que no podía asumir la responsabilidad de tal medida. Todo cuanto ofreció fue dar cinco o seis palas para despejar los rieles, caso que fuera necesario. Y Pecqueux cogió las palas,

colocándolas en un rincón del tender.

Sobre la meseta, en efecto, la Lisón continuó su marcha con buena velocidad y sin demasiado trabajo. Pero ya se cansaba. A cada momento tenía el maquinista que repetir su movimiento de abrir la puerta del fogón para que el fogonero echase carbón; y cada vez, por encima del melancólico tren, negro en medio de toda aquella blancura y como envuelto en una mortaja, centelleaba la deslumbradora cola de cometa, agujereando la noche.

Eran las siete y cuarenta y cinco. Amanecía. Pero apenas se distinguía la palidez del día naciente en el cielo, en medio de ese inmenso torbellino blanquecino que llenaba el espacio de un extremo a otro del horizonte. Esta claridad sospechosa, en la que nada se distinguía aún, inquietaba a los dos hombres quienes, llenos los ojos de lágrimas, a pesar de sus gafas, se esforzaban en penetrar lo que ocurría a lo lejos. Sin soltar la palanca del cambio de marcha, el maquinista no dejaba la varilla del pito, haciendo continuamente advertencias con silbidos de angustia que resonaban como sollozos en medio del desierto de la nieve.

Atravesaron Bolbec y luego Yvetot, sin ser detenidos por obstáculo alguno. Pero en Motteville, Jacobo volvió a interpelar al jefe de estación, quien no pudo darle informes exactos sobre el estado de la vía. Ningún tren había llegado aún; sólo habían recibido un telegrama anunciando sencillamente que el mixto de París estaba bloqueado en Rouen. Y la Lisón partió de nuevo, bajando con paso lento y cansado las tres leguas de ligero declive hasta Barentin. Ahora ya había amanecido; la luz era muy pálida, y parecía que esa lívida claridad fuese producida por la misma nieve, que caía más densa, cual un alba nebulosa y fría, anegando la tierra en trozos de cielo. A medida que crecía la claridad, el viento redoblaba en violencia; los copos eran lanzados como balas; era preciso, a cada instante, que el fogonero cogiese su pala para separar la nieve del carbón, en el fondo del tender, entre las paredes del recipiente de agua. El campo, a derecha y a izquierda, aparecía desfigurado hasta tal punto, que los dos hombres experimentaban la sensación de huir en un sueño: los vastos campos llanos, los fértiles pastos cercados, los patios plantados de manzanos, sólo eran un mar blanco, apenas hinchado por ligeras olas; una inmensidad lívida y temblorosa, en cuya blancura todo desfallecía. El maquinista, de pie, cortada la cara por las ráfagas de viento y con la mano sobre el volante, comenzaba a sufrir terriblemente por efecto del frío.

Por fin, al llegar el tren a Barentin, el jefe de estación, señor Bessière, se acercó a la locomotora para decir a Jacobo que avisaban había grandes masas de nieve en las cercanías de La Croix-de-Maufras.

—Creo que aun se puede pasar —añadió—. Pero le costará trabajo.

El joven se encolerizó.

— ¡Dios de Dios! —exclamó—. ¡Ya lo dije en Beuzeville! ¿Qué les habría importado añadir una máquina?... ¡Ah, vamos a estar arreglados!

El conductor jefe, que acababa de bajar de su furgón, también se enfadaba. Estaba helado en su puesto; decía que no le era posible distinguir una señal de un palo telegráfico. ¡Un verdadero viaje a tientas a través de toda esa blancura!

—De todas maneras, están ustedes avisados —repuso el señor Bessière.

Mientras tanto, los viajeros comenzaban a extrañarse de una parada tan prolongada en medio del gran silencio de la estación sepultada, en la que no se oía ni un grito de empleado, ni un ruido de portezuela. Se corrieron algunos cristales y asomaron las cabezas de pasajeros curiosos: una señora muy gorda, con dos jóvenes rubias y atractivas, sus hijas sin duda, seguramente inglesas las tres; más lejos una dama joven, morena y muy guapa, a la que un señor canoso obligaba a entrar; en tanto que dos hombres, uno joven y otro viejo, hablaban de coche a coche, con el busto medio fuera de la portezuela. Al echar Jacobo una ojeada hacia atrás, vio a Severina, inclinada también y mirando, preocupada, hacia la locomotora. ¡Ella! ¡Cuán inquieta debía estar, y qué pena le daba verla allí, tan cerca y tan lejos de él, en tal peligro! Habría dado toda su sangre por estar ya en París y verla bajar del tren sana y salva.

—Vamos, márchense —concluyó el jefe de estación—. Es inútil asustar a la gente.

Él mismo dio la señal. Subido a su furgón, el conductor jefe silbó, y otra vez arrancó la Lisón, después de haber contestado con un prolongado lamento.

Jacobo notó en seguida que el estado de la vía cambiaba. Ya no era la llanura cubierta por espesa alfombra de nieve, sobre la que la máquina había corrido como un buque dejando su estela. Entraban en un país atormentado por cuestas y cañadas, cuya marejada inmensa se extendía hasta Malaunay, abollando el suelo, y la nieve se amontonaba allí de un modo irregular; ora la vía estaba descubierta, ora se hallaba cerrada por enormes montones blancos. El viento que barría los terraplenes, llenaba, por el contrario, las zanjas. Había que salvar así una continua sucesión de obstáculos y tramos de vía libre, cerrados por verdaderas murallas. Ya era de día completamente, y ese país soleado, esas estrechas gargantas y recias pendientes, tomaban, bajo la capa de nieve, el aspecto desierto y siniestro de un océano de hielo inmovilizado en la tormenta.

Nunca habíase sentido Jacobo penetrado por tal frío. Bajo los miles de agujas de nieve creía tener el rostro ensangrentado, y ya no notaba sus manos, paralizadas y tan insensibles, que se espantó al notar que perdía entre sus dedos la sensación del volante del cambio de marcha. Cuando levantaba el codo para tirar de la varilla del pito, su brazo le pesaba en el hombro como un

brazo de muerte. No habría podido decir si le sostenían o no sus piernas en medio de las continuas sacudidas de la trepidación que parecían arrancarle las entrañas. Le invadía un inmenso cansancio, causado por ese frío que comenzaba a helarle el cráneo, y, más que nada, le llenaba de horror el pensar que pudiese perder la conciencia y el dominio sobre la máquina, pues ya no hacía girar el volante sino con movimiento maquinal, mirando, con una especie de embrutecimiento, cómo bajaba el manómetro. Todas las historias conocidas de alucinaciones cruzaban por su cabeza. ¿No era un árbol caído aquello que estaba allí en la vía? ¿No había visto una bandera roja flotando por encima de aquel seto? ¿No estallaban petardos a cada minuto en medio del fragor de las ruedas? No habría podido decirlo; repetíase que sería prudente parar, pero ya no tenía la voluntad de hacerlo. Durante un par de minutos, esta crisis le torturó; luego, bruscamente, al ver a Pecqueux dormido de nuevo sobre el cofre, derribado por la terrible mano de hielo que tanto le hacía sufrir a él también, se enfureció de tal manera que se sintió calentado por su propia ira.

— ¡Ah! ¡Dios de Dios! ¡Cochino! —gritó.

Y Jacobo, tan condescendiente para los vicios de ese borracho, le despertó a puntapiés, golpeándole hasta que se puso en pie. El otro, entumecido, se contentó con gruñir, mientras cogía su pala:

—Está bien, está bien, allá voy...

Cargado el fogón, la presión aumentó; y era tiempo, pues la Lisón acababa de entrar en el fondo de una zanja y tenía que hendir una capa de nieve de más de un metro. Avanzaba con supremo esfuerzo que la hacía temblar. Durante un momento parecía sucumbir y diríase que iba a encallar, como un navío que ha chocado contra un banco de arena. Lo que aumentaba su peso era la nieve que con enorme capa había ido cubriendo poco a poco los tejados de los coches. Seguían corriendo así, negros en la estela blanca, en aquella blanca sábana tendida sobre ellos. La locomotora misma no tenía más que algunos flecos de armiño que ceñían sus negras caderas, sobre las cuales los copos se derretían convirtiéndose en chorreante lluvia. Pero esta vez aún, y pese a la carga que arrastraba, logró pasar. Y veíase luego el tren corriendo suavemente a lo largo de una extensa curva, sobre un terraplén, produciendo la impresión de una cinta de sombra perdida en medio de un país de ensueños de deslumbradora blancura.

Más lejos, las zanjas volvían, y Jacobo y Pecqueux, que habían sentido hundirse en la nieve a la Lisón, reunieron sus fuerzas reaccionando contra el frío y el cansancio, erguidos en su puesto que, aun estando moribundos, no podían abandonar. La máquina volvía a perder velocidad. Se había quedado prendida entre dos escarpados, y la detención se produjo lentamente, sin

sacudida. Ya no se movía; se acabó: la nieve la aprisionaba dejándola impotente.

— ¡Ya está! —gruñó Jacobo—. ¡Rayos de Dios!

Durante algunos segundos más, permaneció en su puesto, con la mano sobre el volante, abriéndolo completamente, para ver si cedía el obstáculo. Pero oyendo a la Lisón escupir y ahogarse en vano, cerró el regulador y se lanzó a jurar, furioso.

El conductor jefe se había asomado a la puerta de su furgón, y Pecqueux, que miraba hacia atrás, le gritó:

— ¡Ya está!... ¡Estamos pegados!

Rápidamente, el conductor jefe saltó sobre la nieve que le llegaba hasta las rodillas. Se acercó, y los tres hombres se reunieron en consejo.

—Lo único que podemos hacer es tratar de despejar la vía —dijo finalmente el maquinista—. Por fortuna tenemos palas. Llame usted al conductor de cola, y entre los cuatro seguramente conseguiremos descubrir las ruedas.

Hicieron señal al conductor de cola, quien también se había apeado. Llegó con dificultad, hundiéndose a cada momento. Pero la parada en pleno campo, en medio de aquella blanca soledad; el ruido de voces que discutían acerca de lo que convenía hacer, y la vista de un empleado avanzando penosamente, a brincos, a lo largo del tren, habían alarmado a los viajeros. Se abrieron algunos cristales. Hubo gritos, preguntas, y se anunciaba una confusión, vaga aún, pero creciente.

— ¿Dónde estamos?... ¿Por qué han parado?... ¿Qué pasa?... ¡Dios mío! ¿Es alguna desgracia?

El conductor sintió la necesidad de tranquilizar a la gente. Como se dirigía hacia los coches, la señora inglesa, cuya espesa cara encarnada aparecía rodeada de los dos rostros encantadores de sus hijas, le preguntó con marcado acento:

—Señor, ¿hay peligro?

—No, no, señora —contestó—. Un poco de nieve, nada más. En seguida nos pondremos en marcha.

Se cerró la ventana, apagando el fresco gorjeo de las jóvenes, esa música de sílabas inglesas tan vivas en labios juveniles. Ambas reían muy divertidas.

Pero desde un coche vecino llamaba al conductor el señor canoso, en tanto que su joven esposa asomaba tras él su linda cabeza morena.

— ¿Y cómo es que no se han tomado precauciones? —preguntó el señor canoso—. Esto es intolerable. Vuelvo de Londres, mis negocios me llaman a París esta mañana, y le prevengo que haré a la compañía responsable de cualquier retraso que se produzca.

—Señor —respondió únicamente el empleado—. Nos pondremos de nuevo en marcha dentro de tres minutos.

El frío era terrible, la nieve entraba en los coches, y las cabezas desaparecieron tras los cristales que se cerraron. Pero en el interior de los departamentos persistía una agitación, una ansiedad cuyo sordo murmullo se percibía desde fuera. Sólo permanecían bajados dos cristales, y apoyados en las ventanillas, separadas una de otra por tres coches, charlaban dos viajeros, un americano de unos cuarenta años y un joven que vivía en El Havre, muy interesados los dos en el trabajo de despeje de la vía.

—En América, señor, todo el mundo se baja y coge palas.

— ¡Oh, no tiene importancia!, ya dos veces, el año pasado, quedé bloqueado por la nieve. Mis ocupaciones me hacen ir a París todas las semanas.

—Y las mías cada tres, aproximadamente, señor.

— ¡Cómo! ¿Desde Nueva York?

—Sí, señor, desde Nueva York.

Jacobo dirigía el trabajo. Al ver a Severina en la ventanilla del primer vagón, en el que siempre se colocaba, deseosa de hallarse más cerca de él, le lanzó una mirada suplicante; ella le comprendió y se retiró para no quedar expuesta al viento glacial que le abrasaba el rostro. Desde este momento, pensando en ella, Jacobo trabajó con ánimo. Pero notaba que la patada, aquel hundimiento en la nieve, no había sido motivado por las ruedas: éstas cortaban las capas más espesas. Era el cenicero, colocado entre ellas, el que impedía la marcha, amontonando la nieve y comprimiéndola en paquetes enormes. Se le ocurrió una idea.

—Hay que destornillar el cenicero.

Al principio se opuso el conductor jefe, pero acabó por dejarse convencer.

— ¡Puesto que usted asume la responsabilidad, adelante!

Fue una ruda faena. Tendidos bajo de la locomotora, con la espalda en la nieve que se derretía, Jacobo y Pecqueux tuvieron que trabajar durante media hora. Por fortuna, el cofre de herramientas contenía destornilladores de reserva. Por fin, y exponiéndose veinte veces a quemarse o a quedar aplastados, lograron desprender el cenicero. Pero aun no le habían sacado:

tratábase de extraerlo por debajo. Con su peso enorme se enredaba entre las ruedas y los cilindros. Sin embargo, trabajando los cuatro, lo sacaron de allí y lo arrastraron más allá de la vía, hacia el declive.

—Ahora, acabemos de despejar la vía —dijo el conductor.

Hacía ya cerca de una hora que el tren estaba detenido, y la alarma entre los pasajeros iba creciendo. A cada minuto se descorría otra ventana, y alguna voz repetía la pregunta de por qué no se ponían en marcha. Era el pánico: gritos, llantos, una crisis de terror cada vez más aguda.

—No, no, basta ya —contestó Jacobo a la propuesta del conductor—. Suba usted, lo demás queda por cuenta mía.

Volvió a su puesto, junto con Pecqueux, y cuando los dos conductores estuvieron en sus furgones, él mismo abrió el grifo del purgador. El ardiente chorro de vapor, ensordecedor, acabó por derretir los montones de nieve que habían quedado adheridos a los rieles. Luego, con la mano en el volante, dio marcha atrás. Lentamente, retrocedió unos trescientos metros para tomar impulso. Y activando el fuego hasta exceder a la presión permitida, cargó contra la pared que cerraba la vía, arrojando a la Lisón con todo su peso, con toda la masa del tren que arrastraba. La locomotora soltó un ¡han! terrible de leñador que hunde su hacha, y su fuerte armadura de hierro y bronce crujió. Mas no pudo pasar aún: se paró, echando humo, vibrante del choque. Entonces, otras dos veces, tuvo que recomenzar Jacobo la maniobra, retrocediendo y cargando sobre la nieve para arrastrarla. Y cada vez la Lisón, atiesando las caderas, chocó con su pecho, emitiendo un furioso resoplido de gigante. Al fin, pareció tomar aliento, tensó sus músculos de metal en supremo esfuerzo, y pasó. Con paso lento, la siguió el tren por entre las dos murallas de nieve. La Lisón se había libertado.

— ¡Buen animal, por más que se diga! —gruñó Pecqueux.

Jacobo, cegado, se quitó las gafas y las limpió. Su corazón latía a grandes golpes; ya no sentía frío. De pronto, recordó una zanja profunda, a unos trescientos metros de La Croix-de-Maufras: abríase en dirección del viento, y la nieve, sin duda, se habría acumulado allí en gran cantidad; y en seguida tuvo el presentimiento que aquel sería el escollo designado para su naufragio. Se inclinó hacia fuera. A lo lejos, tras la última curva, apareció la zanja, en línea recta, cual un largo foso atestado de nieve. Reinaba la plena luz del día; una blancura deslumbradora, sin límites, se extendía bajo el continuo caer de los copos.

Mientras tanto la Lisón corría con velocidad media, sin encontrar obstáculo alguno. Por precaución quedaban encendidas las luces delanteras y traseras; y la linterna blanca, en la base de la chimenea, relucía en medio de la claridad

del día como el ojo vivo de un cíclope. La máquina rodaba, aproximándose a la zanja, con ese ojo muy abierto. De pronto, comenzó a respirar con aliento entrecortado como un caballo que tiene miedo. Sacudieronla profundos estremecimientos, y, encabritándose, no continuaba su marcha sino forzada por la enérgica mano del maquinista. Éste había abierto la puerta del fogón para que Pecqueux activase al fuego. Y ahora ya no veíase una cola de astro encendiendo la noche: era un penacho de humo negro y espeso el que manchaba el cielo pálido y tembloroso.

La Lisón avanzaba. Al fin, fue preciso entrar en la zanja. En los dos lados, las escarpadas estaban sumergidas y ya nada se distinguía del camino. Diríase una hondonada en el fondo de la cual dormía la nieve rebosando por todas partes. La locomotora, penetrando en estas masas, continuaba su marcha durante unos cincuenta metros, jadeante y con aliento cada vez más ahogado. La nieve rechazada por ella formaba una barra que se amontonaba y subía como ola enfurecida, amenazando sepultarla. Durante un instante, pareció atropellada, vencida. Pero con último esfuerzo de riñones se libertó y adelantó treinta metros todavía. Era el final. La convulsión de la agonía: montones de nieve se echaron encima, cubriendo las ruedas; todas las partes del mecanismo fueron invadidas y ligadas una a otra con cadenas de hielo. Y la Lisón se detuvo definitivamente, expirando en medio del gran frío. Su aliento se apagó; se quedó inmóvil, muerta.

—Se acabó —dijo Jacobo—. Ya me lo esperaba.

Inmediatamente, trató de dar marcha atrás, repitiendo la maniobra de antes. Pero esta vez la Lisón no se movió. Se negaba a retroceder o a avanzar: estaba bloqueada por todas partes, adherida al suelo, inerte y sorda. Detrás de ella, el tren parecía muerto también, hundido hasta las portezuelas en la espesa capa. La nieve no cesaba. Caía más apretada, en largas ráfagas. Se hallaban varados y diríase iban a desaparecer máquina y coches, ya cubiertos a medias por la nieve, bajo el gran silencio, lleno de escalofríos de la blanca soledad. Nada se movía ya, la nieve hilaba su mortaja.

— ¿Qué? ¿Comienza otra vez? —preguntó el conductor jefe asomándose por fuera del furgón.

—Es el fin —le gritó simplemente Pecqueux.

Esta vez, en efecto, la situación se hacía crítica. El conductor de cola corrió a proteger el tren por detrás, mientras el maquinista silbaba desesperadamente con repetidas llamadas: el silbido jadeante y lúgubre del peligro inminente. Mas la nieve ensordecía el aire, el sonido se perdía, quizás sin siquiera llegar hasta Barentin. ¿Qué hacer? Sólo eran cuatro y no lograrían quitar nunca aquella montaña. Se necesitaría todo un equipo de hombres. Era preciso ir a buscar socorro. Y lo peor era que el pánico volvía a declararse entre los

viajeros.

Se abrió una portezuela, y la linda morena saltó sobre la nieve, asustada, creyendo que había ocurrido un accidente. Su marido, el comerciante canoso, la siguió, gritando:

— ¡Escribiré al ministro! ¡Es un escándalo!

Llantos de mujer y furiosas voces de hombre salían de los coches cuyos cristales se descorrían con violencia. Sólo las dos jovencitas inglesas guardaban su aire tranquilo y sonriente de observadoras divertidas. Y como el conductor jefe intentó serenar a los pasajeros, la menor le preguntó en francés, con un ligero acento británico:

— ¿De manera, señor, que es aquí donde nos paramos?

Algunos hombres se habían apeado a pesar de la espesa capa de nieve en la que se hundían hasta el vientre. El americano se vio reunido con el joven de El Havre, y los dos se dirigieron hacia la locomotora para enterarse de lo que pasaba. Movieron la cabeza, preocupados.

—Pasarán cuatro o cinco horas antes de que la desenreden de ahí.

—Lo menos, y contando con unos veinte obreros.

Jacobo acababa de lograr se decidiese al conductor jefe a mandar al conductor de cola a Barentin en busca de auxilio. Ni él ni Pecqueux podían abandonar la locomotora.

El empleado se alejó, y le perdieron de vista al final de la zanja. Tenía que andar cuatro kilómetros y no estaría de vuelta antes de unas cuatro horas. Y Jacobo, desesperado, dejó por un instante su puesto y corrió hacia el primer coche, donde veía a Severina que había bajado el cristal.

—No tenga miedo —le dijo rápidamente—. No tema nada.

Ella contestó en la misma forma, sin tutearle, por miedo de que la oyeran:

—No tengo miedo, pero he sentido mucha inquietud por usted.

Y aquello les parecía tan dulce que quedaron consolados y se sonrieron uno a otro. Pero al volverse Jacobo hacia atrás, tuvo la sorpresa de ver, junto al declive, a Flora, y luego a Misard acompañado de otros dos hombres a los que no reconoció en seguida. Habían oído el silbido de apuro, y Misard, que no estaba de servicio, acudía con dos compañeros a los que en aquel momento había convidado a unas copas de vino blanco; eran el cantero Cabuche, desocupado a causa de la nieve, y el guardagujas Ozil, que había llegado de Malaunay por el túnel para cortejar a Flora, a la que no cesaba de perseguir con sus atenciones, a despecho del desdén que la joven le manifestaba. Ella les acompañaba, impulsada por su curiosidad de muchachota vagabunda, valiente

y fuerte. Y era realmente un gran acontecimiento, tanto para ella como para su padre, una aventura extraordinaria, aquel tren deteniéndose así a su puerta. Desde hacía cinco años que vivían allí, a cada hora del día y de la noche, con tiempo bueno o tormentas, ¡cuántos trenes había visto pasar envueltos en el torbellino de su velocidad! Todos parecían arrastrados por el viento que les traía; ni uno sólo siquiera aflojaba su marcha; y los miraban huir, perderse a lo lejos y desaparecer antes de que algo supiesen de ellos. El mundo entero desfilaba, toda una humanidad lanzada a todo vapor, sin que dejase otra cosa que rostros entrevistos en medio de un relámpago, rostros que nunca volverían a ver; y, de cuando en cuando, algún semblante que les era familiar a fuerza de verle en días fijos, pero que para ellos permanecía sin nombre. Y he ahí que en la nieve se detenía ante su casa un tren: el orden natural parecía trastornado. Miraban a aquella gente desconocida, que un accidente acababa de arrojar sobre la vía; la contemplaban con los redondos ojos de unos salvajes que acudieran a una playa en la que naufragaran algunos blancos. Aquellas portezuelas abiertas, dejando ver a mujeres envueltas en pieles, aquellos hombres que bajaban del tren con fuertes abrigos, todo aquel lujo encallado en medio de ese mar de hielo, los dejaba inmóviles de asombro.

Pero Flora había reconocido a Severina. Ella, que acechaba el tren de Jacobo, había notado, desde hacía algunas semanas, la presencia de esta mujer en el expreso de la mañana de los viernes, y tanto más cuanto que Severina, al llegar al paso a nivel, solía asomarse a la portezuela para echar una ojeada sobre su propiedad de La Croix-de-Maufras. La mirada de Flora se oscureció al verla hablar a media voz con el maquinista.

— ¡Ah, la señora Roubaud! —exclamó Misard, que acababa de reconocerla a su vez, ostentando en seguida sus modales zalameros—. ¡Mala suerte ha tenido! Pero no va a quedarse aquí; se hospedaré en nuestra casa.

Jacobo, después de estrecharle la mano al guardabarrera, apoyó su intención:

—Tiene razón... Tal vez estemos aquí para rato, y se moriría usted de frío.

Severina rehusaba. Decía que se hallaba bien cubierta. Además, le asustaban los trescientos metros de nieve que habría que recorrer. Entonces se acercó Flora y, mirándola con sus ojos grandes y fijos, propuso:

—Venga usted, señora, yo la llevaré.

Y antes de que Severina tuviese tiempo de aceptar, ya la tenía cogida en sus vigorosos brazos de mozo y la levantaba como a una chiquilla. En el instante siguiente, la depositó al otro lado de la vía, en un lugar hollado donde ya no se hundía la pisada. Algunos viajeros se pusieron a reír, maravillados. ¡Vaya una mujer! Con doce como ésta, en menos de dos horas, se despejaba la

vía.

Mientras tanto, la proposición de Misard, la noticia de una casa de guardabarrera donde podían refugiarse, hallar un fuego y, tal vez, pan y vino, se propagaba de un coche a otro. El pánico se había calmado cuando los viajeros comprendieron que no corrían ningún peligro inmediato; pero no por eso dejaba de ser menos lamentable la situación: se enfriaban los caloríferos, eran las nueve e iban a tener hambre y sed, a poco que tardase en llegar algún socorro. Aquello podía eternizarse, acaso tendrían que dormir allí... Dos bandos se formaron: los desesperados, que no querían abandonar los coches y se instalaban como para morir en ellos, envueltos en sus mantas y tendidos con furia sobre los asientos; y los que preferían arriesgarse atravesando la nieve con la esperanza de encontrar algún alivio, y deseosos, sobre todo, de quitarse de encima la pesadilla de ese tren varado y muerto de frío. Éstos constituían todo un grupo, compuesto por el negociante canoso y su joven mujer, la señora inglesa con sus dos hijas, el joven de El Havre, el americano, y unos diez pasajeros más, listos todos para ponerse en camino.

Jacobo, en voz baja, había logrado, finalmente, que Severina se decidiese a marchar con este grupo, jurándole que iría a darle noticias tan pronto como pudiera escaparse un instante. Y como Flora seguía mirándolos con ojos sombríos, él le hablaba cariñosamente, como a un viejo amigo.

— ¡Bueno!, entonces vas a guiar a estos señores... Yo me quedo con Misard y los demás. Vamos a ponernos al trabajo y haremos cuanto podamos, mientras llega más gente.

En seguida, Cabuche, Ozil y Misard cogieron palas para unirse a Pecqueux y al conductor jefe quienes atacaban ya la nieve. El pequeño equipo se esforzaba en libentar la máquina, hundiendo las palas por debajo de las ruedas y echando las paladas de nieve sobre el talud. Nadie abría la boca; sólo percibíase el ahínco silencioso de los trabajadores, en medio de la sorda capa blanca que cubría el campo. El grupo de viajeros al alejarse de la vía dirigió una última mirada hacia el tren que, solitario, aparecía, desde lejos, como una delgada línea negra, trazada sobre el blanco. De nuevo quedaban cerradas las portezuelas y echados los vidrios de las ventanas. Diríase una cosa muerta, sin voz, sin movimiento. Y la nieve continuaba cayendo, sepultándola lentamente, con muda obstinación.

Flora quiso llevar otra vez a Severina en sus brazos, pero ésta rehusó: deseaba andar como los demás. Costó trabajo salvar aquellos trescientos metros; dentro de la zanja, sobre todo, se hundían hasta el pecho, y por dos veces fue necesario salvar a la gorda señora inglesa, medio sumergida. Sus hijas continuaban riendo encantadas. La esposa del viejo comerciante resbaló y tuvo que aceptar la mano del joven de El Havre, en tanto que su marido

decía pestes de Francia conversando con el americano. Cuando habían salido de la zanja, tuvieron un camino cómodo; pero avanzaban por un terraplén, en hilera, luchando contra el viento y evitando cuidadosamente los bordes, vagos y peligrosos a causa de la nieve. Por fin llegaron. Flora instaló a los viajeros en la cocina. Faltaban asientos, pues eran unos veinte los que invadían la pieza, bastante espaciosa, afortunadamente. Todo cuanto se le ocurrió fue buscar tablones, e improvisó con las sillas que tenía, algunos bancos. Luego echó una brazada de ramaje sobre el fuego, indicando con un ademán que era cuanto podía hacer. No había pronunciado una palabra, y quedó de pie, mirando aquella gente con sus anchos ojos verdosos, con su aire huraño y franco de salvajota rubia. Sólo dos caras le eran conocidas por haberlas visto con frecuencia, desde hacía algunos meses, en las portezuelas de los trenes: la del americano y la del joven de El Havre. Las examinaba cual se estudia un insecto zumbador cuando, al fin, se posa y cuyo vuelo no puede uno seguir. Parecíanle muy extraños; no se los había figurado así, aunque nada sabía de ellos, fuera de sus rostros. En cuanto a las demás personas, hacíanle el efecto de ser de raza distinta, habitantes de tierras ignotas, caídos del cielo, y que traían a su casa, al interior de aquella cocina, trajes, costumbres e ideas que nunca habría soñado ver allí. La dama inglesa confiaba a la mujer del comerciante, que iba a las Indias a reunirse con su hijo primogénito, un alto funcionario; y la otra se burlaba de su mala suerte, pues era aquella la primera vez que había tenido el capricho de acompañar a Londres a su marido, que iba allí dos veces al año. Todos se lamentaban al pensar que podían quedar bloqueados en aquel desierto: sería preciso comer, sería preciso acostarse, y, ¡señor!, ¿cómo se las iban a arreglar? Flora los escuchaba inmóvil. Encontrándose sus ojos con la mirada de Severina, que se hallaba sentada sobre una silla junto al hogar, le hizo una seña para que pasara al cuarto de al lado.

—Mamá —anunció al entrar—, es la señora Roubaud. ¿No tienes nada que decirle?

Fasia estaba acostada, con la cara amarillenta e invadidas las piernas por la hinchazón. Se hallaba tan enferma, que no abandonaba la cama desde hacía quince días; encerrada en aquella pobre habitación por la cual la estufa esparcía un calor sofocante, pasaba las horas revolviendo en su mente su idea fija, la de su obsesión frente a Misard, y teniendo, por sola distracción, las sacudidas causadas por el paso a todo vapor de los trenes.

— ¡Ah! la señora Roubaud —murmuró—. ¡Muy bien, muy bien!

Flora le contó el accidente; le habló de toda aquella gente que había traído y que ahora estaba allí en la cocina. Pero nada de eso la interesaba ya.

— ¡Muy bien, muy bien! —repitió con la misma voz cansada.

Se acordó, sin embargo, y levantó, por un instante, la cabeza para decir a Severina:

—Si la señora desea ir a ver su casa, ya sabe que encontrará las llaves colgadas junto al armario.

Pero Severina rehusó. Tuvo un estremecimiento ante la sola idea de ir a La Croix-de-Maufras, en medio de la nieve y con aquella luz lívida. No, no, nada tenía que hacer allí. Prefería quedarse esperando al calorcito.

—Siéntese, siéntese, señora —repuso Flora—. Estamos mejor aquí que en la cocina. Y, además, no lograremos encontrar pan para toda esa gente, mientras que, si tiene hambre, siempre habrá un pedazo para usted.

Había adelantado una silla, queriendo mostrarse amable y haciendo un visible esfuerzo para corregir su habitual rudeza. Pero sus ojos no se apartaban de Severina, y diríase que trataba de leer en ellos la respuesta a una pregunta que se estaba formulando desde algún tiempo. Se ocultaba, bajo su amabilidad, el afán de acercarse a aquella mujer, de examinarla, de tocarla, para saber la verdad.

Severina dio las gracias y se instaló junto a la estufa. Prefería, en efecto, quedar sola con la enferma en su alcoba, esperando que Jacobo hallara algún medio para venir a verla allí. Transcurrieron dos horas, y Severina se abandonaba, soñolienta, al calor, después de haber hablado del país, cuando Flora, a la que a cada instante llamaban a la cocina, volvió a abrir la puerta, diciendo con voz dura:

— ¡Entra, puesto que está aquí!

Era Jacobo que se había escapado para traer buenas nuevas. El hombre enviado a Barentin acababa de regresar con toda una escuadra: una treintena de soldados que la administración había dirigido hacia los puntos amenazados en previsión de accidentes. Todos estaban trabajando ya con picos y palas. Pero había para rato; no saldrían, tal vez, antes del anochecer.

—En fin, no está usted demasiado mal. Tenga paciencia —añadió—. ¿Verdad, tía Fasia, que no dejará que la señora Roubaud se muera de hambre?

Fasia, al ver a su gran muchacho, como le llamaba, se sentó con trabajo sobre la cama y, mientras la escuchaba hablar, le miraba reanimada y feliz. Jacobo se acercó a su lecho, y ella le dijo:

— ¡Cómo, no faltaba más! ¡Ay, mi gran muchacho! ¿Conque te tengo aquí? ¿Conque a ti te tocó quedar detenido por la nieve? ¡Y esa tonta que no me avisa!

Y dirigiéndose a su hija, la amonestó:

—Al menos sé cortés, ve a ver a esos señores y ocúpate de ellos, para que no digan a la administración que somos unos salvajes.

Flora había quedado plantada entre Jacobo y Severina. Durante un minuto vaciló, indecisa si debía quedarse a pesar de lo que decía su madre. Pero no vería nada, pues la presencia de la enferma impediría que los dos se descubrieran. Salió sin decir una palabra, envolviéndoles en una larga mirada.

—Pero ¡tía Fasia! —exclamó Jacobo entristecido—, ¿de modo que está definitivamente acostada? ¿La cosa es grave, entonces?

Ella le atrajo hacia sí y hasta le obligó a sentarse sobre la orilla del colchón; y sin acordarse de Severina, que se había apartado por discreción, le dijo en voz muy baja:

— ¡Sí, muy grave! Y es un milagro que me encuentres viva... No quise escribirte, porque esas cosas no son de las que se escriben... He estado a punto de morir. Pero ahora ya me siento mejor, y parece que esta vez todavía me salvaré.

Jacobo la examinaba, asustado por los progresos del mal, y buscando en vano en ella un vestigio de la hermosa y sana mujer de antaño.

—Entonces, ¿no han desaparecido esos calambres y vértigos, mi pobre tía Fasia? —preguntó.

Pero ésta le estrechaba la mano hasta rompérsela, mientras cuchicheaba:

—Figúrate, le he sorprendido... Recordarás que no sabía qué pensar ni qué figurarme para averiguar de qué manera me estaba administrando su droga. No bebía, ni comía nada de lo que él tocaba, y, sin embargo, cada noche tenía el vientre abrasado... ¡Pues bien, me la atizaba en la sal! Una noche le vi... ¡Y yo que en todo ponía sal, mucha sal, para purificar!

Desde que la posesión de Severina parecía haberle curado, Jacobo pensaba, a veces, en aquella historia de envenenamiento lento y obstinado de la misma manera que se piensa en una pesadilla, con dudas. Estrechó cariñosamente las manos de la enferma y, deseoso de calmarla, le dijo:

—Veamos, ¿sería posible todo eso?... Para decir cosas así, hay que estar verdaderamente seguro... Y además, dura demasiado. Vamos, más bien es una de esas enfermedades en las que no dan pie con bola los médicos.

— ¡Una enfermedad! —repuso ella con risa incrédula—. Sí, una enfermedad que él me ha metido en el pellejo... En cuanto a los médicos, tienes razón: han venido dos que ni pizca han entendido de esto, y ni siquiera han podido ponerse de acuerdo. No quiero que ningún pájaro de esos vuelva a poner los pies aquí... Pues, comprendes, en la sal es donde me la pegaba. ¡Cuando te juro que le he visto! Es por los mil francos, los mil francos que me

dejó papá. Se figura que cuando me haya destrozado los encontrará. Pues que busque: están en un sitio en que nadie los descubrirá nunca, nunca... ¡Puedo marcharme tranquila, nadie tendrá jamás mis mil francos!

—Pero, tía Fasia —dijo Jacobo—, yo en lugar de usted avisaría a los gendarmes, si estuviese tan seguro.

Ella tuvo un gesto de repugnancia.

—No —dijo—, nada de gendarmes... Ésa es cosa nuestra, es un asunto entre él y yo. Sé que quiere comerme, y yo, naturalmente, no quiero dejarme comer. Por consiguiente, no tengo más que defenderme, no ser tan tonta como lo he sido con su sal... ¿Eh? ¿Quién lo creería? ¡Ese feto, ese hombrecillo que cabe en un bolsillo, si le dejaran, acabaría por dar cuenta de una mujerona como yo, con sus dientes de rata!

Se estremeció. Respiró penosamente antes de terminar.

—De todas maneras, no será por esta vez. Estoy mejor y antes de quince días me habré repuesto... Y muy ducho tendrá que ser para pescarme otra vez. De veras, quisiera verlo. Si se las arregla para volver a darme su droga, será porque es realmente el más fuerte, y entonces, ¡tanto peor!, reventaré... Pero ¡que nadie se meta en eso!

Jacobo creía que la enfermedad le trastornaba el cerebro, llenándole con ideas negras, y trató de distraerla con una chanza, cuando, de pronto, Fasia, se puso a temblar bajo su manta.

—Ahí viene —cuchicheó—. Lo siento cuando se acerca.

En efecto, un instante después entró Misard. Su mujer se había vuelto lívida, presa de ese involuntario terror de los colosos ante el insecto que los roe; pues obstinada en defenderse sola, sentía hacia él un espanto creciente, que no confesaba. Pero Misard, que desde la puerta había envuelto a ella y al maquinista con una viva mirada, luego ni siquiera parecía verles uno al lado del otro; y con sus ojos apagados, sus delgados labios, su aire dulce de hombre enfermizo, se deshizo en atenciones hacia Severina.

—Se me ocurrió que la señora tal vez quiera aprovechar esta ocasión para visitar su propiedad, y me escapé un instante —dijo—. Si la señora desea que la acompañe...

Y como Severina rehusaba de nuevo, prosiguió con voz doliente:

—Quizás le haya extrañado a la señora no recibir frutas... Todas estaban agusanadas y, a la verdad, ni el porte valían... Además, tuvimos una tormenta que ha hecho mucho daño... ¡Ah, es bien triste que la señora no pueda vender! Se ha presentado un señor, pero pidió reparaciones... De cualquier modo, estoy a la disposición de la señora, y la represento aquí como si estuviera ella

misma.

Después insistió en servirle pan y peras; peras de su propio jardín y que no estaban agusanadas. Severina aceptó.

Al atravesar la cocina, Misard había anunciado a los viajeros que los trabajos de limpia avanzaban, pero que todavía tardarían en acabar cuatro o cinco horas. Ya habían dado las doce, y la noticia provocó nuevos lamentos, pues todo el mundo comenzaba a sentir mucha hambre. Flora, justamente estaba diciendo que no tendría pan para todos. Vino sí tenía; había subido de la cueva con diez litros, que acababa de poner sobre la mesa. Sólo faltaban vasos; habría que beber por grupos, la dama inglesa con sus dos hijas, el señor viejo con su joven mujer. Ésta, por otra parte, había hallado en el joven de El Havre un servidor celoso y de inventiva, que vigilaba su bienestar. Se le vio desaparecer y volver con manzanas y un pan, descubiertos en el fondo de la leñera. Flora se enfadó, diciendo que era pan para su madre enferma. Pero el joven ya lo estaba cortando, y luego lo distribuyó entre las damas, comenzando por la mujer del comerciante que le sonreía halagada. Su marido seguía encolerizado, y ni siquiera hacía caso de ella, enteramente ocupado en exaltar ante el americano las costumbres comerciales de Nueva York. Las inglesitas nunca habían comido manzanas de tan buena gana. Su madre, muy cansada, estaba medio dormida. Había en el suelo, junto al hogar, dos señoras sentadas, vencidas por la larga espera. Algunos hombres que habían salido para fumar y matar el tiempo, volvían helados y temblorosos de frío. Poco a poco crecía el malestar: el hambre apenas satisfecha, el cansancio redoblado por la falta de comodidad y la impaciencia. Aquello se convertía en campamento de náufragos, en la desolación de un puñado de civilizados arrojados por una marejada sobre una isla desierta.

Y como las idas y venidas de Misard dejaban la puerta abierta, la tía Fasia podía ver, desde su cama de enferma, a los viajeros. ¡Con que era ésta la gente que veía pasar como un relámpago desde hacía casi un año, cuando se arrastraba desde su colchón hacia la silla! Raras veces ocurría que podía ir al andén; vivía sus días y sus noches sola, clavada allí, con los ojos fijos en la ventana, sin más compañía que aquellos trenes que tan pronto desaparecían. Siempre se había quejado de aquel país de lobos, donde nunca recibía visita alguna. Y he aquí que una verdadera tropa desembarcaba en su casa, llegada desde lo desconocido. ¡Y pensar que entre toda esa gente presurosa y preocupada únicamente por sus asuntos ni uno siquiera sospechaba que la habían puesto veneno en la sal! Aquella treta la apesadumbraba: ¿era admisible que se pusiera a la obra tanta perfidia criminal sin que nadie lo notara? Después de todo, era mucha la gente que pasaba ante su casa: miles y miles de personas. Y todos huían sin detenerse: no había ni uno que sospechase que allí, en aquella baja caseta, alguien mataba a sus anchas y sin

hacer ruido. Y la tía Fasia contemplaba, a uno tras otro, a estos seres caídos de la luna, mientras meditaba que, cuando la gente está tan ocupada de sus propios asuntos, no era de extrañar que pasasen cosas horribles sin verlas.

— ¿Vuelve usted allí? —preguntó Misard a Jacobo.

—Sí, sí —contestó este último—. Le sigo a usted.

Misard se fue cerrando la puerta. Y Fasia, deteniendo al joven por la mano, le dijo al oído:

—Si me muero, ya verás qué cara pone cuando no encuentre los cuartos... Eso es lo que me divierte cuando pienso en ello. A pesar de todo, me iré contenta.

—Pero entonces, tía Fasia, quedará perdido para todos —dijo Jacobo—. ¿No le dejará ese dinero a su hija?

— ¿A Flora? ¿Para que él se lo quite? ¡Eso sí que no!... Ni siquiera a ti, mi gran muchacho, porque tú también eres demasiado tonto: algo le quedaría a él entre las uñas... ¡No, a nadie! ¡A la tierra, adonde iré yo a juntarme con él!

Sus fuerzas se agotaban. Jacobo, después de lograr que volviera a acostarse, la calmó, besándola y prometiéndole volver pronto. Y como parecía dormirse, pasó por detrás de Severina que continuaba sentada junto a la estufa; levantó un dedo, sonriendo, para recomendarle fuese prudente, y cuando Severina, con un movimiento silencioso y lleno de gracia, echó la cabeza hacia atrás, ofreciendo sus labios, él se inclinó y apretó su boca sobre la suya en un beso profundo y discreto. Sus ojos se habían cerrado; bebían el aliento uno de otro. Cuando los abrieron, arrastrados por su emoción, Flora, que había abierto la puerta, estaba de pie ante ellos, mirándoles.

— ¿No quiere más pan la señora? —preguntó con voz ronca.

Severina, confusa y muy molesta, balbuceó palabras vagas.

—No, no, gracias.

Durante un instante, Jacobo fijó en Flora una mirada centelleante. Vacilaba, y sus labios temblaban como si quisiera hablar; luego, haciendo un ademán furioso y amenazador, prefirió marcharse. Detrás de él se cerró la puerta violentamente.

Flora había permanecido de pie, como virgen guerrera, cubierta la cabeza con su pesado casco de cabellos rubios. Su angustia al ver a aquella señora en el tren que él guiaba, no la había, pues, engañado. La certidumbre que buscaba desde que los veía juntos, por fin la tenía. Flora amaba y no sería correspondida nunca. Su sentimiento por no haberse entregado aquella noche en que él había tratado de poseerla con brutalidad, se acentuó de modo tan

doloroso que habría podido sollozar; pues, según su simple manera de razonar, de haberse abandonado a él antes que la otra, sería a ella a la que Jacobo besaría ahora. ¿Dónde le encontraría solo, a estas horas, para echársele al cuello gritando: «Tómame, fui una tonta, no me di cuenta»? Mas, en su impotencia, sintió cómo subía la furia contra esa frágil criatura sentada allí, azorada y balbuciente. Con un apretón de sus duros brazos de luchadora podría ahogarla como a un pajarito. ¿Por qué no se atrevía? Sin embargo, juraba vengarse, pues sabía de su rival cosas con las que podría conseguir encarcelarla, en vez de que la dejaran libre, como a todas esas zorras vendidas a viejos poderosos y ricos. Y torturada por los celos, henchida de ira, con hermosos movimientos de virgen salvaje, se puso a recoger lo que quedaba del pan y la fruta.

—Puesto que la señora no quiere comer más —dijo—, voy a dar esto a los otros.

Sonaron las tres, luego las cuatro. El tiempo de espera se hacía pesado, se alargaba con el cansancio y la creciente irritación. Volvía la noche lívida sobre la vasta campiña blanca; y cada diez minutos, los hombres que salían para mirar desde lejos en qué situación se encontraban los trabajos, entraban diciendo que la locomotora no parecía lista. Hasta las dos jovencitas inglesas, enervadas, acabaron por llorar. En un rincón, la guapa mujer morena se había dormido apoyada en el hombro del joven de El Havre, cosa que ni siquiera parecía advertir el viejo marido, en medio de ese abandono general que ponía fin a todos los convencionalismos. La habitación se enfriaba; todo el mundo tiritaba, pero nadie se acordaba de echar leña al fuego; y era tal el frío, que el americano se fue, pensando que estaría mucho mejor acostado sobre una banqueta del coche. Ésta era ahora la opinión y el sentimiento de todos: habrían debido quedarse allí; por lo menos no los devoraría la ignorancia acerca de lo que ocurría. Fue preciso detener a la dama inglesa que hablaba también de ir a pasar la noche en su departamento. Cuando una vela colocada en un rincón de la mesa arrojó su luz sobre la negra cocina, la desanimación se hizo inmensa, y todos se hundieron en sombría desesperación.

Allá abajo se terminaba el despeje de la vía; y mientras el destacamento de soldados, que había libertado la locomotora, barría el camino ante ella, el maquinista y el fogonero subían a su puesto.

Jacobo, viendo que por fin cesaba la nieve, volvía a tener confianza. El guardagujas Ozil le había asegurado que más allá del túnel de Malaunay las capas serían mucho menos espesas. Y él le preguntaba de nuevo:

—Usted ha venido a pie, por el túnel, de modo que ha podido entrar y salir libremente...

— ¡Cuando yo se lo digo a usted! —contestaba Ozil—. Pasarán, le

respondo de ello.

Cabuche que había trabajado con ardor de gigante bondadoso, se marchaba ya con aire tímido y huraño, acrecentado por sus recientes líos con la justicia; Jacobo tuvo que llamarle.

—Oiga, compañero, deje nuestras palas allí, junto al talud.

Y cuando el cantero le hubo prestado este último servicio, le dio un vigoroso apretón de manos para manifestarle que le estimaba a pesar de todo, ya que le había visto trabajar.

— ¡Es usted un hombre decente! —le dijo.

Tal prueba de amistad conmovió extraordinariamente a Cabuche.

—Gracias —contestó sencillamente, ahogando algunas lágrimas.

Misard, que después de denunciarle ante el juez de instrucción, había vuelto a ser su amigo, aprobó con un movimiento de cabeza, y sobre sus estrechos labios se dibujó una débil sonrisa. Hacía ya rato que no trabajaba, plantado con las manos en los bolsillos y envolviendo el tren en una mirada ambigua; diríase que esperaba el momento de ver si no habría, por debajo de las ruedas, algún objeto olvidado.

El conductor jefe había decidido, al fin, de acuerdo con Jacobo, que podían tratar de proseguir el viaje, cuando Pecqueux, agazapado sobre la vía, llamó al maquinista.

—Mire usted —dijo—. Uno de los cilindros ha recibido un golpe.

Jacobo se acercó y se agazapó a su vez. Ya había notado, al examinar cuidadosamente a la Lisón, que estaba herida en aquel lugar. Se había dado cuenta, mientras se despejaba la vía, que algunos travesaños de roble abandonados a lo largo del talud por peones camineros, se habían corrido hasta los rieles bajo la acción de la nieve y el viento; y la parada forzosa incluso se debió, en parte, a ese obstáculo, pues la locomotora había tropezado contra los travesaños. Había señales del choque sobre la caja del cilindro, en el que aparecía algo deteriorado el émbolo. Aparentemente todo se reducía a esto, lo cual, en un principio, había tranquilizado a Jacobo. Pero podían existir graves desórdenes interiores, pues no hay nada más delicado que el complejo mecanismo de las correderas, lugar donde late el corazón, el alma viviente de la locomotora. El maquinista volvió a su puesto, silbó y abrió el regulador como para probar las articulaciones de la Lisón. Costóle trabajo moverse a ésta, como a una persona magullada por una caída y que no halla fuerza en sus miembros. Al fin, arrancó, con respiración penosa, haciendo girar un poco sus ruedas; pero aún con movimientos aturcidos y pesados. Bueno, podría marchar; terminaría el viaje. Pero Jacobo movió la cabeza, entristecido, pues,

conociéndola, como la conocía a fondo, acababa de sentirla bajo su mano cambiada y envejecida; parecía herida de muerte: había sufrido un trastorno súbito del corazón, un frío mortal, como les sucede a ciertas mujeres jóvenes y robustas, que mueren del pecho por haber vuelto a casa, una noche de baile, bajo una lluvia glacial.

Tan pronto como Pecqueux hubo abierto la válvula, Jacobo hizo de nuevo una señal con el pito. Los dos conductores habían ocupado su puesto. Misard, Ozil y Cabuche subieron sobre el estribo del furgón de cabeza. Lentamente salió el tren de la zanja, por entre los soldados armados con sus palas y alineados a derecha y a izquierda, a lo largo del talud. Se detuvo frente a la casa del guardabarrera para recoger a los pasajeros.

Flora estaba en la puerta. Ozil y Cabuche se dirigieron hacia ella y se colocaron a su lado, mientras Misard, con presurosa obsequiosidad, saludaba a las damas y a los señores que salían de su casa, recogiendo monedas de plata. ¡Por fin, estaban libres! Pero habían tardado demasiado, y toda aquella gente temblaba de frío, de hambre y cansancio. La señora inglesa se llevó a sus dos hijas medio dormidas. El joven de El Havre subió en el mismo coche que la linda dama morena, muy lánguida en aquellos momentos, poniéndose a disposición del marido. Y parecía la escena, en medio de la nieve sucia y pisoteada, el embarque de una tropa derrotada, que se atropellaba, que se abandonaba y había perdido hasta el sentido de la limpieza. Durante un segundo, apareció, tras la ventana de su alcoba el rostro de la tía Fasia, a la que la curiosidad había arrastrado de su colchón. Sus grandes ojos de enferma observaban aquella desconocida muchedumbre, aquellos transeúntes del mundo en movimiento, traídos y arrastrados por la tormenta, y a los que ya nunca volvería a ver.

La última en salir fue Severina. Volvió la cabeza y sonrió a Jacobo que se inclinaba fuera de la locomotora para seguirla con la vista hasta el coche. Y Flora, que los acechaba, se puso aún más lívida ante esta tranquila manifestación de cariño. Bruscamente, se aproximó a Ozil, al que hasta entonces había rechazado, como si ahora, en su odio, sintiese necesidad de un hombre.

El conductor jefe dio la señal; la Lisón contestó con un silbido quejumbroso, y Jacobo arrancó, para no detenerse, esta vez, hasta Rouen. Eran las seis. La noche había caído del negro cielo sobre la blanca campiña; mas un reflejo pálido, de horrible melancolía, permanecía a nivel del suelo, alumbrando la desolación de aquel país devastado. Y allí, alcanzada por esa luz siniestra, se erguía oblicuamente la casa de La Croix-de-Maufras, más arruinada aún y negra en medio de la nieve, con su letrero *Se vende*, clavado sobre la fachada.

CAPÍTULO VIII

En París, el tren entró en la estación a las diez y cuarenta de la noche. Habíase detenido durante veinte minutos en Rouen, para que pudieran cenar los pasajeros, y Severina se había apresurado a enviar un telegrama a su marido, avisándole que no volvería a El Havre sino al día siguiente, en el expreso de la noche. ¡Toda una noche en brazos de Jacobo, la primera que iban a pasar juntos, en una habitación cerrada, libres y sin temor a ser molestados!

Al salir de Mantes, se le había ocurrido a Pecqueux una idea. Su mujer, la madre Victoria, se hallaba en el hospital desde hacía una semana; se curaba de una grave herida en un pie, resultado de una caída; y como el fogonero, según decía con su risa habitual, tenía otra cama a su disposición, ofrecería su cuarto a la señora Roubaud: estaría allí mucho mejor que en alguno de los hoteles del rumbo, y podría sentirse hasta la tarde del día siguiente como en su propia casa. Jacobo inmediatamente se había dado cuenta del aspecto práctico de tal arreglo, tanto más cuanto que no sabía adonde llevar a Severina. Y bajo el tejado de la estación, en medio de la ola de viajeros que por fin llegaban al término de su viaje, cuando ella se acercó a la locomotora, el maquinista le aconsejó, alargándole la llave que le había entregado el fogonero, que aceptara. Pero Severina titubeaba, rehusaba, molestanda por la equívoca sonrisa de éste. Seguramente Pecqueux sabía de qué se trataba.

—No, no —dijo—, tengo aquí una prima. Me pondrá un colchón sobre el suelo.

—Vamos, acepte —dijo finalmente Pecqueux con su aire de jaranero bonachón—. La cama es buena. ¡Y grande! Pueden dormir allí cuatro.

Con tanto afán la miraba el maquinista, que se decidió a tomar la llave, y al hacerlo, le oyó decir en voz muy baja e inclinado hacia sus oídos:

—Espérame.

Severina sólo tuvo que andar un trozo de la calle de Ámsterdam y doblar la esquina del callejón sin salida; pero la nieve estaba tan resbaladiza que hubo de avanzar con grandes precauciones. Encontró abierta la puerta de la casa y subió sin ser vista ni siquiera por la portera, absorta en una partida de dominó. Llegada al cuarto piso, abrió la puerta y la cerró tan despacio que ningún vecino, seguramente, pudo sospechar que ella se hallaba allí. Al pasar por el descansillo del tercero, había oído distintamente risas y canciones en casa de los Dauvergne: sin duda, era una de las pequeñas recepciones que solían dar las dos hermanas. Y cuando Severina hubo cerrado la puerta, envuelta por las densas tinieblas del cuarto, percibía aún, a través del piso, la viva alegría de

toda aquella juventud. Durante un momento la oscuridad pareció ser absoluta, y se estremeció cuando el cuco, en medio de la negra soledad, dio las once, con golpes profundos y una voz que ella reconocía. Poco a poco, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, y fue orientándose hasta encontrar los fósforos sobre el aparador, en un rincón, donde recordaba haberlos visto. Más trabajo le costó encontrar una bujía; al fin descubrió un cabo en el fondo del cajón, y, al encenderlo, la pieza quedó alumbrada. Entonces, Severina lanzó por el cuarto una mirada rápida e inquieta, como para comprobar que realmente estaba sola. Reconocía cada objeto: la mesa redonda, en la que había almorzado con su marido, y la cama cubierta de cretona encarnada, al pie de la cual la había tirado él al suelo de un puñetazo. Sí, allí era: nada había cambiado en los diez meses que hacía no veía esta habitación.

Lentamente, Severina se quitó el sombrero; mas al ir a quitarse también el chal, tiritó de frío. Se helaba en aquel cuarto. Junto a la estufa, en un cajón, había carbón y astillas, y sin desabrigarse más, se le ocurrió encender lumbre. Esta ocupación la distrajo; era una distracción para el malestar que al principio había sentido. Esos arreglos caseros que consagraba a una noche de amor, el pensar que estarían luego bien calentitos los dos, le devolvían la cariñosa alegría de su escapada. ¡Hacía tanto tiempo que soñaban con una noche como ésta, sin esperanza de llegar a vivirla! Cuando la estufa zumbó de calor, Severina se ocupó en otros preparativos: dispuso las sillas a su gusto, buscó sábanas limpias y rehizo la cama, lo cual le costó bastante trabajo, pues era de veras muy ancha. Le contrarió no hallar comida ni bebida en el aparador; sin duda, Pecqueux, desde que, hacía tres días, era el amo, había barrido hasta las migas. Lo mismo sucedía con la luz: sólo quedaba aquel cabito; pero cuando una se acuesta, no necesita gran claridad. Muy animada y sintiendo agradable calor, Severina se detuvo en medio de la habitación dando una ojeada para asegurarse de que nada faltaba.

Luego, cuando comenzaba a extrañarse de que Jacobo no llegara todavía, un silbido la atrajo hacia una de las ventanas. Era el tren de las once y veinte que partía para El Havre. El vasto campo abajo, la zanja que va desde la estación al túnel de Batignolles, no era más que un manto de nieve en el que sólo se distinguía el abanico negro formado por los rieles. Locomotoras y vagones de reserva dormían apretados como bajo una pelliza de armiño. Y entre las inmaculadas vidrieras de las grandes salas de los andenes y las armaduras del Puente de Europa, se veían, a pesar de la noche, las casas de la calle de Roma, sucias y pintarrajeadas de amarillo en medio de toda aquella blancura. El tren directo de El Havre apareció serpenteando, negruzco, agujereando las tinieblas con la viva llama de su farol delantero. Severina contempló cómo desaparecía bajo el puente, mientras las tres luces de cola ensangrentaban la nieve. Cuando se volvía al interior de la habitación, sintió un breve estremecimiento: ¿estaba verdaderamente sola? Háblele parecido

sentir un soplo ardiente sobre su nuca, y con la mirada inquieta se puso a registrar de nuevo todo el cuarto. No. No había nadie.

¿Qué hacía Jacobo para tardar tanto? Transcurrieron otros diez minutos. Una ligera raspadura, un ruido de uña sobre la madera, la inquietó. Comprendió luego y corrió a abrir. Era Jacobo que traía una botella de vino de Málaga y un pastel.

Se sintió sacudida por la risa, y en un arrebato de cariño, se arrojó a su cuello.

— ¡Oh!, ¡qué bueno eres!, ¡te has acordado!...

Pero él la hizo callar.

— ¡Chitón, chitón!

Entonces bajó la voz creyendo que le perseguía la portera. No. Había tenido la suerte de en el instante en que iba a llamar, ver que la puerta se abría para dar paso a una señora y a su hija, que sin duda salían de la casa de los Dauvergne; de modo que pudo subir sin que nadie lo advirtiera. Desde el descansillo, y a través de una puerta entreabierta, había visto a la vendedora de periódicos que acababa de enjabonar un poco de ropa en una cubeta.

—No hagamos ruido —dijo—. Hablemos bajo.

Severina contestó estrechándole entre sus brazos con ardor, cubriéndole la cara con sus besos.

—Sí, sí, no nos oirán más que si fuésemos dos ratoncitos.

Y puso la mesa con toda clase de precauciones: dos platos, dos vasos, dos cuchillos, deteniéndose con gana de estallar de risa, en cuanto algún objeto, colocado con brusquedad, hacía ruido.

Él, que seguía con la vista sus movimientos, no menos divertido que ella, prosiguió a media voz:

—Se me ocurrió que tendrías hambre.

— ¡Como que me estoy muriendo de necesidad! ¡Comimos tan mal en Rouen!

—Pues si te parece, voy a bajar a buscar un pollo.

— ¡Eso, para que luego ya no puedas subir!... No, no, basta con el pastel.

En seguida se sentaron uno junto a otro, casi sobre la misma silla, y repartieron el pastel, comiéndoselo y haciendo monerías propias de enamorados. Severina se quejaba de sed y apuró, uno tras otro, dos vasos de Málaga, con lo que acabó de subir la sangre a sus mejillas. Detrás de ellos, la

estufa se ponía roja y sentían su caluroso aliento. Pero como él le diera besos demasiado ruidosos, ella le llamó al orden a su vez:

— ¡Chitón, chitón!

Le hacía señal de que escuchase, y a través del silencio, les llegó, desde la casa de los Dauvergne, un acompasado ruido de música: las señoritas habían organizado un baile íntimo. Al lado, la vendedora de periódicos echaba en el sumidero de la escalera el agua de jabón de su palangana. El baile cesó durante un momento, y ya no se oyó llegando de fuera, por debajo de la ventana, más que un sordo rodar sobre la nieve: la salida de un tren que parecía llorar con débiles silbidos.

—El tren de Auteuil —murmuró el maquinista—. Las doce menos diez.

Luego, con voz acariciadora y ligera, como un hálito, propuso:

—A la cama, querida, ¿quieres?

Severina no contestó; en medio de su fiebre de felicidad, recordó, a pesar suyo, el pasado y las horas que había vivido allí con su marido. ¿No era aquel almuerzo de antaño el que se continuaba ahora con el pastel, comido sobre la misma mesa, en medio de los mismos ruidos? Una creciente excitación se desprendía de las cosas; los recuerdos invadían su mente. Nunca había experimentado tan punzante necesidad de decírselo todo a su amante, de entregarse por completo. Era como un deseo físico que ella ya no distinguía del deseo sensual, y parecía que sería más suya, que agotaría la dicha de pertenecerle, si se confesaba a su oído en un abrazo. Los hechos resucitaban: allí estaba su marido, y ella volvía la cabeza al imaginarse que acababa de ver su corta y velluda mano pasando por encima de su hombro para coger la navaja.

— ¿Quieres, querida? ¡A la cama! —repitió Jacobo.

Severina se estremeció al sentir los labios del joven que aplastaban los suyos, como si una vez más hubiese querido sellar en su boca aquella confesión. Y muda se levantó, se desnudó rápidamente y se deslizó entre las sábanas, sin levantar siquiera sus enaguas, que se quedaron en el suelo. Tampoco él arregló nada: la mesa continuó como estaba, en tanto que el cabo de vela casi extinguido ardía ya con llama vacilante.

Cuando él a su vez se hubo desnudado y acostado, los dos se estrecharon bruscamente en una posesión furiosa que les ahogó el aliento. En medio del muerto silencio de la habitación y los sonidos de la música de abajo, no hubo un grito ni otro ruido: nada más que ese estremecimiento de pasión, ese espasmo profundo hasta el desmayo.

Jacobo ya no reconocía en Severina a la mujer de las primeras citas, tan

dulce, tan pasiva, con la limpidez de sus ojos azules. Parecía haberse apasionado más cada día, bajo el casco sombrío de su negra cabellera; y él había sentido cómo, poco a poco, despertaba en sus brazos de aquella larga y fría virginidad de la que no hablan podido arrancarla ni las prácticas seniles de Grandmorin ni la brutalidad conyugal de Roubaud. Ella, sólo dócil antaño, ahora amaba de veras y se entregaba sin reserva, conservando hacia el placer una ardiente gratitud. Había llegado a sentir una pasión violenta, una adoración inmensa hacia el hombre que le había revelado sus sentidos. Y la gran felicidad de poseerle, por fin, libremente; de poseerle así, estrechado contra su seno, entre sus brazos, era la que la hacía apretar los dientes para que no escapase un solo suspiro.

Cuando volvieron a abrir los ojos, él fue el primero en asombrarse.

— ¡Mira! —exclamó—. ¡Se apagó la bujía!

Ella hizo un ligero movimiento, como para indicar que eso poco le importaba. Luego, con risa ahogada, dijo:

—He sido prudente, ¿eh?

— ¡Ya lo creo! Nadie nos ha oído... De veras, dos ratoncitos...

Recostados de nuevo, Severina se apoderó otra vez de él, enlazándole, acurrucándose contra su pecho y hundiendo la nariz en su cuello. Y suspirando de satisfacción murmuraba:

— ¡Dios mío, qué bien se está así!

Ya no hablaban. El cuarto estaba a oscuras; apenas si se distinguían los cristales pálidos de las dos ventanas; sólo movíase en el techo un reflejo de la estufa, una mancha redonda y sangrienta. Ambos la miraban con los ojos muy abiertos. La música había cesado; se oyó el ruido de puertas que se abrían y cerraban; luego toda la casa se hundió en la paz entumecida del sueño. Abajo, el tren de Caen, al llegar, hizo resonar las placas giratorias con amortiguados choques que parecían muy lejanos.

Mas Severina, teniendo así a Jacobo entre sus brazos, pronto se enardeció de nuevo, y, con el deseo, se despertó también la necesidad de confesarlo todo. ¡Hacía ya tantas semanas que la atormentaba esta necesidad! La redonda mancha en el techo se ensanchaba, tomando, a sus ojos, el aspecto de un charco de sangre. Cuanto más lo miraba tanto más su visión la alucinaba, haciendo que las cosas en derredor suyo volvieran a hablar, contando aquella historia. Sentía cómo las palabras reveladoras le subían hasta los labios con la ola nerviosa que sublevaba su carne. ¡Qué dulce sería no tener ya ningún secreto, fundirse en él con todo su ser!

—Tú no sabes, querido... —comenzó.

Jacobo, cuya mirada, como la suya, parecía fascinada por aquella mancha sangrienta, sabía bien lo que ella iba a decir. Al estrechar contra sí aquel cuerpo delicado, había descubierto con sus sentidos la ola que subía desde aquella cosa oscura, enorme, en la que los dos pensaban sin nunca hablar de ella. Hasta entonces la había hecho callar por temor al estremecimiento precursor de su antiguo mal, temblando al pensar que el hablar de sangre pudiera cambiar su existencia. Pero esta vez le faltaba hasta fuerza para inclinar la cabeza y cerrarle la boca con un beso: sentíase invadido por una deliciosa languidez en aquella cama tibia y entre los flexibles brazos de aquella mujer. Creyó que había llegado el momento y que Severina le diría todo. Sintió, pues, alivio en su ansiosa espera, cuando ella, que parecía turbarse y vacilar, al fin dijo:

—Tú no lo sabes, querido, mi marido sospecha que me acuesto contigo.

Sin quererlo, fue el recuerdo de la noche anterior, en El Havre, en vez de la confesión, lo que salió de sus labios.

— ¿Lo crees? —murmuró él, incrédulo—. ¡Si se muestra tan amable como antes!... Esta misma mañana me estrechó la mano.

—Te aseguro que lo sabe todo —dijo Severina—. En este momento seguramente se está diciendo que nos encontramos uno en brazos de otro, que nos amamos así. Tengo pruebas.

Calló, estrechándole con más ardor, en un abrazo en el que la felicidad de la posesión se agudizaba por el rencor. Luego, despertándose de un ensueño estremecedor, exclamó:

— ¡Le aborrezco! ¡Le aborrezco!

Jacobo quedó sorprendido. Él no sentía rencor alguno hacia Roubaud. Le encontraba muy acomodaticio.

—Pero, ¿por qué? —preguntó—. No nos molesta en modo alguno.

Ella no contestó, sólo repetía:

—Lo aborrezco... —Y añadió—: Ahora, sólo sentirle a mi lado es un suplicio. ¡Ah, si pudiera, con qué gusto me escaparía, con qué gusto me quedaría contigo!

Conmovido por este arrebató de ardiente cariño, Jacobo, a su vez, la atrajo más hacia sí, la apretó contra su carne, sintiéndola toda suya, desde los pies hasta los hombros. Y acurrucada, sin apartar los labios adheridos a su cuello, de nuevo le dijo ella en tono muy suave:

—Es que tú no sabes, querido...

Era la confesión que volvía, fatal, inevitable. Y esta vez, Jacobo sabía que

ya nada en el mundo sería capaz de retardarla, pues subía hacia los labios de Severina, movida por el vehemente deseo de ser tomada y poseída. Ya no se oía el más leve ruido en toda la casa; hasta la vendedora de periódicos dormía, sin duda, profundamente. El mundo exterior, París, amortajado bajo la nieve, parecía protegido por un silencio que no perturbaba ningún rodar de coches; y el último tren de El Havre, que había salido a las doce y veinte, se había llevado consigo el resto de vida de la estación. Ya no zumbaba la estufa; el fuego acababa de consumirse, convertido en ascuas, avivando aún más la mancha roja del techo, redonda ahora cual un ojo de espanto. Hacía tanto calor que un vaho espeso y sofocante parecía pesar sobre la cama donde yacían los dos con los miembros confundidos.

—Querido, es que tú no sabes...

Entonces, también él habló, incapaz de contenerse:

—Sí, sí, lo sé.

—No, quizás sospechas algo, pero no puedes saber.

—Sé que lo hizo por la herencia.

Ella tuvo un movimiento de disconformidad, una ligera sonrisa nerviosa e involuntaria.

— ¡La herencia!

Y en voz baja, tan baja que un insecto nocturno que rozase los cristales, habría producido un ruido más claro, contó la historia de su niñez en casa del presidente Grandmorin. Trató primero de mentir, de callar sus relaciones íntimas con él; pero cedió a la necesidad de ser sincera y halló alivio, y casi placer, en decirlo todo. Desde aquel momento, su murmullo corrió ligero e inagotable.

—Figúrate, fue aquí, en esta habitación, en febrero pasado; en el momento del asunto con el subprefecto, ¿recuerdas?... Habíamos almorzado, muy alegremente, como acabamos de cenar tú y yo, allí, sobre la mesa. Por supuesto, él no sabía nada; no iba a contarle la historia... Pero una sortija, un viejo regalo, una tontería, se lo hizo comprender todo... ¡Ay, amor mío, no, no puedes imaginarte cómo me trató!

Se estremecía, y Jacobo sintió como sus diminutas manos se crispaban sobre su piel desnuda.

—De un puñetazo me arrojó al suelo —prosiguió—. Luego me arrastró cogiéndome por los cabellos... Después apoyó el tacón sobre mi cara, como si quisiera aplastarme... ¡No!, mientras viva, lo tendré presente... Y si no hubiera habido más que los golpes. Pero, ¡Dios mío, si te repitiese todas las preguntas que me hizo, todo cuanto me obligó a contarle! Ya ves, soy muy

franca, puesto que te confieso cosas que nadie me obliga a decírtelas. Bueno, pues nunca me atreveré a darte siquiera una simple idea de las sucias preguntas a las que tuve que contestar, pues de lo contrario me habría acogotado... Sin duda me amaba, y debió causarle gran dolor saber todo aquello. Admito que habría obrado yo con más honradez previniéndole antes del casamiento. Pero debió comprender: era cosa antigua, olvidada. Sólo a un verdadero salvaje le pueden trastornar así los celos... ¿Verdad, amor mío, que tú no vas a dejar de quererme como hasta ahora, porque ahora lo sabes todo?

Jacobo no se había movido. Inerte, reflexionaba, entre los brazos de la mujer, que estrechaban su cuello y sus costados como nudos de culebras vivientes. Sentía una profunda sorpresa: nunca se le había ocurrido sospechar semejante historia. ¡Cómo se complicaba todo, cuando el testamento hubiese bastado para explicar las cosas! Ciertamente prefería la verdad, pues saber que el matrimonio no había matado por dinero, le libró de cierto sentimiento de desprecio que a veces, y aun bajo los besos de Severina, le había turbado la conciencia.

— ¡Yo, dejar de quererte! ¿Y por qué? ¡Mucho me importa tu pasado! — respondió al fin—. Son cosas tuyas, que nada significan para mí... Eres la mujer de Roubaud; bien puedes haber sido de otro.

Hubo un silencio. Ambos se apretaban hasta ahogarse, y él sentía en su pecho los senos redondos, hinchados y duros.

— ¡Ah! —exclamó asombrado—. ¡Conque fuiste la amante de ese viejo! ¡Qué raro!

Pero ella se arrastró a lo largo de su cuerpo, hasta su boca y, en medio de un beso, balbuceó:

—Eres el único a quien amo... nunca he querido a otro... ¡Oh, los otros, si tú supieses! Con ellos, ¿sabes?, ni siquiera sospeché lo que es gozar; mientras que tú, vida mía, vida de mi vida, ¡tú me estás dando tanta felicidad!

Le encendía con sus caricias, ofreciéndose, deseándole, paseando por su cuerpo sus manos errabundas. Y para no ceder en seguida, él, que ardía como ella, tuvo que detenerla, sujetándola con sus brazos.

—No, no, espera, dentro de un rato —decía—. Dime... Ese viejo...

En voz muy baja y en medio de una sacudida que conmovía todo su ser, Severina confesó:

—Sí. Le hemos matado.

El estremecimiento del deseo se perdía en aquel otro estremecimiento, el de la muerte, que ahora la dominaba. Era, como lo más hondo de toda voluptuosidad, una agonía a la que volvía a sucumbir. Durante un segundo,

permaneció como sofocada por una lenta sensación de vértigo. Luego, apretando de nuevo la nariz contra el cuello de su amante, prosiguió con la misma voz, ligera como un hálito:

—Me hizo escribir al presidente rogándole que tomase el tren con nosotros, pero que no se mostrara hasta Rouen... Yo temblaba en mi rincón, enloquecida al pensar en la desgracia hacia la que corríamos. Y había, frente a mí, una mujer vestida de negro, que no hablaba y que me causaba mucho miedo. Yo apenas la veía, me imaginaba que leía claramente en nuestros cráneos y que sabía lo que íbamos a hacer... Así transcurrieron dos horas, entre París y Rouen. No dije una sola palabra, no me moví; permanecí con los ojos cerrados para hacer creer que dormía. Sentía a Roubaud a mi lado, inmóvil como yo; y lo que espantaba era adivinar las horribles cosas que meditaba, sin saber con exactitud qué era lo que se proponía hacer... ¡Oh, qué viaje, con aquel torbellino de pensamientos, en medio de silbidos, de ruidos confusos y del fragor de las ruedas!

Jacobo, cuya boca descansaba sobre la masa espesa y olorosa de su cabellera, la acariciaba a intervalos, con besos prolongados e inconscientes.

—Pero, puesto que no estabais en el mismo compartimiento —preguntó—, ¿cómo os la arreglasteis para matarle?

—Ya verás... Era el plan de mi marido... Bien es verdad que si logró su intento fue por casualidad, porque la suerte lo quiso así. Ya sabes que hay diez minutos de parada en Rouen. Nos apeamos, y me obligó a andar hasta el departamento del presidente; íbamos con ese aire de quienes desean desentumecer las piernas. Cuando llegamos allí, él afectó gran sorpresa al ver a Grandmorin en la portezuela, como si hubiese ignorado que viajaba en el tren. En el andén, los pasajeros se atropellaban; tomaban por asalto los coches de segunda clase, a causa de una fiesta que había de celebrarse al día siguiente en El Havre. Cuando comenzaban a cerrar las portezuelas, fue el propio presidente quien nos invitó a subir con él. Yo balbuceaba y hablé de nuestra maleta; pero él insistía diciendo que no nos la robarían, que podríamos volver a nuestro coche en Barentin, puesto que él descendía allí. Durante un instante, mi marido, inquieto, parecía tener deseos de buscarla. En este mismo minuto silbó el conductor y entonces él, decidiéndose, me empujó hacia el departamento reservado, subió y cerró la portezuela y la ventana. ¿Cómo no nos vieron? Es lo que aun hoy no puedo explicarme. Mucha gente pasaba corriendo; los empleados perdían la cabeza; en suma, no hubo un solo testigo que lo observase. Y el tren, lentamente, salió de la estación.

Calló durante un par de segundos, absorta en el recuerdo de aquella escena. Sin que ella lo notase, un movimiento nervioso agitaba su muslo izquierdo, e, inconsciente, lo frotaba rítmicamente contra la rodilla del joven.

— ¡Ah, aquel primer momento en el coche, cuando sentí alejarse el tren! Estaba como aturdida, y sólo me acordé de nuestra maleta: ¿cómo recogerla? ¿No nos denunciaría si la dejábamos allí? Todo aquello me parecía estúpido, imposible, un asesinato de pesadilla imaginado por un niño. Habría que estar loco para llevarlo a cabo. Al día siguiente, nos arrestarían, convictos del crimen. Traté, pues, de tranquilizarme, diciéndome que mi marido retrocedería, que aquello no sucedería, que no podía suceder. En vano: con sólo verle hablar al presidente, comprendía que su resolución era inquebrantable, que se aferraba a ella con ferocidad. Sin embargo, parecía sereno, incluso hablaba en tono alegre, con su aire habitual; y creo que era sólo en su clara mirada, que por momentos se detenía en la mía, en la que yo leía la obstinación de su voluntad. Mataría a Grandmorin, pasado un kilómetro o, quizás, dos, en el lugar fijado de antemano por él, y que yo ignoraba: era cosa segura, que se adivinaba hasta en las tranquilas ojeadas con las que envolvía al otro, a aquel que dentro de un rato habría cesado de existir. Y yo no decía nada, estaba sacudida por un gran temblor íntimo, que me esforzaba en ocultar, sonriendo cuando los hombres me miraban. ¿Por qué, entonces, no se me ocurrió siquiera pensar en impedirlo? No fue sino más tarde, al tratar de comprender, cuando me quedé asombrada de que no hubiese lanzado gritos por la portezuela ni tocado el timbre de alarma. Y es que, en aquel momento, estaba como paralizada, me sentía impotente. Es verdad, también, que me parecía que mi marido estaba en su derecho; y ya que te estoy diciendo todo, querido, es preciso que también te confiese esto: a pesar mío, estaba con todo mi ser del lado de él y contra el otro, porque los dos me habían poseído, pero él era joven, mientras que el otro... ¡Oh, las caricias del otro!... En fin, ¿es que una sabe? Hace unas cosas que nunca habría creído ser capaz de hacer. ¡Cuando pienso que no podía matar un pollo! ¡Ah, esa sensación de noche de tormenta! ¡Esa espantosa oscuridad que rugía en el fondo de mi ser!

Y esta criatura frágil y tan delgada entre sus brazos, parecíale ahora a Jacobo impenetrable y sin fondo, con esa hondura negra de la que ella hablaba. Por más que la estrechaba contra su carne, no lograba entrar en su ser. Y una fiebre se encendía en Jacobo ante aquel relato de muerte balbuceado durante un abrazo.

—Dime —preguntó—, ¿le ayudaste a matar al viejo?

—Yo estaba en un rincón —prosiguió ella, sin responder—. Mi marido me separaba del presidente, que ocupaba el otro extremo del asiento. Hablaban de las próximas elecciones... Por momentos veía yo a mi marido inclinarse lanzando una mirada hacia afuera, para darse cuenta del lugar por el que pasábamos, y parecía impaciente... Cada vez seguía yo su mirada, y así también me cercioraba del camino recorrido. La noche era pálida; las negras masas de árboles desfilaban con ritmo furioso. Y siempre nos acompañaba ese

rugido de las ruedas que nunca había oído así, un espantoso tumulto de voces enfurecidas y gimientes, de lúgubres quejas de animales que aúllan a la muerte. El tren corría a todo vapor... De pronto aparecieron muchas luces, el eco producido por el estruendo del tren repercutió entre los edificios de una estación. Estábamos en Maromme, distante ya dos leguas y media de Rouen. No quedaba entre este punto y Barentin más que la estación de Malaunay. ¿Dónde habría de suceder aquello? ¿Esperaría él al último minuto? Ya no tenía yo conciencia del tiempo, ni de las distancias; me abandonaba, cual una piedra que cae, a esa ensordecedora caída a través de las tinieblas, cuando, al pasar por Malaunay, de súbito comprendí: aquello sucedería en el túnel, a un kilómetro de allí... Me volví hacia mi marido, nuestras miradas se encontraron: sí, en el túnel, dentro de dos minutos... El tren corría, pasamos el empalme de Dieppe y vi al guardagujas en su puesto. Hay allí ribazos en los que creí percibir distintamente hombres con los brazos levantados, que nos acosaban gritando injurias. Luego, la locomotora silbó durante largo rato; era la entrada al túnel... Y cuando el tren se hundió en él, ¡oh, cómo retumbaba bajo aquella bóveda! Sabes, esos ruidos de hierro removido, parecidos a una sucesión de martillazos sobre un yunque, y que mi mente, en aquel segundo de loco terror, transformaba en truenos.

Severina temblaba de frío. Se interrumpió para decir con voz alterada y casi risueña:

— ¡Qué tonto! ¿Verdad, querido? ¡Sentir aun el frío de espanto en los huesos! Y sin embargo estoy bien caliente aquí, a tu lado, ¡y tan contenta! Y, además, ya nada tenemos que temer: la causa ha quedado sobreseída, sin contar que los mandones del gobierno tienen aún menos ganas que nosotros de que salga esta ropa sucia a la colada... En seguida me lo figuré, y estoy tranquila.

Riendo francamente, añadió:

— ¡Tú sí que puedes decir que nos has dado unos sustos! Dime, pues me lo he preguntado ya varias veces, ¿qué viste realmente?

—Pues lo que dije ante el juez. Nada más —respondió Jacobo—. Un hombre que degollaba a otro... Pero os comportábais conmigo de una manera tan extraña, que acabé por sospechar la verdad. Durante un momento, incluso recordé haber visto a tu marido. Sin embargo, no fue sino más tarde cuando tuve la seguridad absoluta.

Ella le interrumpió alegre:

— ¡Lo sé! Fue en el jardín, el día en que te dije que no, ¿recuerdas?, la primera vez que nos encontrábamos a solas en París... ¡Qué cosa más singular! Te decía que no éramos nosotros y sabía muy bien que tú entendías

lo contrario. ¿Verdad que era como si te lo contara todo? ¡Oh, amor mío, muchas veces lo he recordado! y, ¿sabes? desde aquel día es cuando te amo.

Con brusco arranque, se estrecharon uno y otro en un abrazo en el que parecían derretirse. Luego prosiguió Severina:

—Estábamos bajo el túnel, y el tren corría. Es muy largo ese túnel. El tren está allí unos tres minutos. A mí pareció que era una hora. El presidente había cesado de hablar, a causa del ruido ensordecedor de hierro removido. Y en aquel supremo instante, mi marido debió sufrir un desfallecimiento, pues continuaba inmóvil. Sólo veía yo, a la trémula luz de la lámpara, cómo se ponían violadas sus orejas. ¿Esperaba acaso a que llegásemos al campo raso? La cosa había acabado por parecerme tan fatal, tan inevitable, que ya no tenía más que un deseo: cesar de sufrir tal ansiedad, librarme de ella. ¿Por qué no le mataba ya, puesto que había de suceder? Yo misma habría cogido la navaja para acabar de una vez, ¡tan exasperada estaba por el miedo y el sufrimiento! Me miró. Sin duda lo leía todo en mi rostro. Y, de pronto, se abalanzó y cogió por los hombros al presidente que estaba vuelto hacia la portezuela. Grandmorin, espantado, se desasíó con un esfuerzo instintivo y alargó el brazo para tocar el timbre de alarma que se hallaba encima de su cabeza. Lo alcanzó, pero el otro, agarrándolo de nuevo, le arrojó sobre el asiento con tanta violencia, que se quedó como doblado en dos. Su boca, abierta por el estupor y el espanto, lanzaba gritos confusos, sofocados por el ruido del tren; pero yo oía distintamente cómo mi marido repetía la palabra: «¡Cochino! ¡Cochino!», con una voz silbante y cada vez más enfurecida. Cesó el ruido, el tren salía del túnel; reapareció el campo pálido, con su desfile de árboles negros. Yo me había quedado en mi rincón, rígida, clavada al paño del respaldo, lo más lejos posible de aquello. ¿Cuánto duró la lucha? Algunos segundos apenas. Pero a mí me parecía que no terminaría nunca, que ya todos los pasajeros oían los gritos, y que hasta los árboles nos veían. Mi marido, con la navaja abierta en la mano, rechazado a puntapiés y tambaleándose sobre el piso movedizo del coche, no lograba asestar el golpe. Estuvo a punto de caerse de rodillas, y el tren corría, arrastrándonos a toda velocidad; la locomotora silbaba al acercarse al paso a nivel de La Croix-de-Maufras. Fue entonces cuando, sin que haya podido luego recordar cómo sucedió, me eché sobre las piernas del hombre que se defendía desesperadamente. Sí, me dejé caer como un paquete, aplastándole las piernas con todo mi peso, para que cesara de moverlas. No vi nada, pero todo lo sentí: el choque de la navaja al hundirse en la garganta y la prolongaba convulsión del cuerpo; la muerte que sobrevino en tres golpes de hipo, con el ruido de cuerda de un reloj que se rompe. ¡Oh, aquel espasmo de la agonía cuyo eco se agita aún en mis miembros!

Jacobo, ávido, trató de interrumpirla para hacer preguntas. Pero ahora tenía ella prisa por terminar:

—No, espera —dijo—. Cuando me levanté, pasábamos a todo vapor ante La Croix-de-Maufras. Vi distintamente la fachada hermética de la casa y después el puesto del guardabarreras. Todavía faltaban cuatro kilómetros, cinco minutos a lo sumo, para llegar a Barentin... El cuerpo yacía doblado sobre el asiento; la sangre corría formando un espeso charco, y mi marido, de pie, atontado, mecido por las trepidaciones del tren, miraba, limpiando la navaja con el pañuelo. Así transcurrió un minuto, sin que ni uno ni otro hiciésemos nada para ponernos en salvo... Si conservábamos el cadáver con nosotros, si nos quedábamos allí, todo tal vez se descubriese durante la parada en Barentin. Por fin, le vi meter la navaja en el bolsillo, despertando; luego registrar el cuerpo, coger el reloj, y cuanto dinero encontraba. Y abriendo la portezuela, se apresuró a arrojar el cadáver sobre la vía, evitando cogerlo entre los brazos, para no mancharse de sangre. «¡Ven! ¡Ayúdame, empuja!». Pero yo ni me movía; ya no sentía mis miembros. «¡Maldita sea! ¡Quieres empujar!». La cabeza, que había salido primero, colgaba sobre el estribo; pero el tronco, hecho una bola, rehusaba pasar. Y el tren corría... Por fin, cediendo a un empujón muy fuerte, el cadáver cayó y desapareció en medio del rugido de las ruedas. «¡Ah, el cochino, se acabó!». Luego, cogiendo la manta, la tiró también. Sólo quedábamos los dos, de pie ante el charco de sangre del asiento, en el que no nos atrevíamos a sentarnos. La portezuela seguía bamboleándose, abierta de par en par. Y yo no comprendí por qué, anonadada y enloquecida, pero vi a mi marido bajar y desaparecer a su vez. Volvió. «Vamos, pronto, sígueme, si no quieres que nos corten el pescuezo». No me movía. Él se impacientaba. «¡Ven, por Dios! Nuestro departamento está vacío, volveremos allí». ¡Vacío nuestro departamento! ¿Conque había ido a ver? Aquella mujer vestida de negro y muda, ¿estaba bien seguro de que no seguía en su rincón? «¿Quieres venir? Si no, te tiro sobre la vía como al otro». Había entrado de nuevo y me empujaba, brutal, loco. Y me vi fuera, en el estribo, con ambas manos agarradas en la baranda de cobre. Él, que había salido detrás de mí, cerró cuidadosamente la portezuela. «¡Anda, anda!». Pero no me atrevía, arrastrada por el vértigo de la carrera, fustigada por el viento que soplaba con violencia de tormenta. Mis cabellos se desataron. Creía que mis entumecidos dedos iban a soltar la baranda. «¡Anda, Dios de Dios!». Continuaba empujándome y tuve que avanzar, soltando una mano después de otra, pegando el cuerpo contra los coches, en medio del torbellino de mis faldas, cuyo movimiento me ataba las piernas. A lo lejos, pasada una curva, aparecían ya las luces de la estación de Barentin. La locomotora se puso a silbar. «¡Anda, por Dios!». ¡Oh, aquel ruido de infierno, aquella trepidación violenta entre la que yo avanzaba! Me parecía que era juguete de un huracán que iba a aplastarme abajo, contra una pared. Detrás de mí, huía el campo, los árboles me perseguían con galope furioso, girando sobre sí mismos, retorcidos, lanzando quejas sofocadas. Llegada al extremo del vagón, cuando tuve que

saltar para alcanzar el estribo del coche siguiente y agarrar la otra baranda, me detuve: nunca tendría valor para dar el salto. «¡Anda, Dios de Dios!». Estaba junto a mí, me empujaba. Cerré los ojos y no sé cómo hice para continuar avanzando, tal vez fuera la sola fuerza del instinto, la misma que sostiene a una bestia que ha clavado sus garras y no quiere caer. ¿Y cómo no nos vieron? Pasamos a lo largo de tres coches; uno de ellos, estaba atestado de viajeros. Recuerdo las cabezas alineadas, dibujadas a la luz de la lámpara; creo que las reconocería si algún día me encontrase con ellas; la de un hombre gordo con patillas rojas, pero sobre todo las de dos jovencitas que se asomaron riendo... «¡Anda, Dios de Dios! ¡Anda, Dios de Dios!». Y ya no recuerdo más, se acercaban las luces de Barentin, silbaba la máquina, y mi última sensación fue la de que me arrastraban, que me acarreaban cogida por los cabellos. Sin duda, mi marido debió cogerme, abrir la portezuela por encima de mis hombros y arrojarme al interior del departamento. Me hallé jadeante y medio desmayada en mi rincón anterior, cuando se detuvo el tren, y le vi a él cambiar algunas palabras con el jefe de la estación de Barentin. Luego, al ponerse en marcha el tren, cayó sobre el asiento, extenuado. Hasta El Havre, no pudimos articular una sola palabra... ¡Oh, le odio, le odio por todas esas abominaciones que me ha hecho sufrir! ¡Y a ti te quiero, amor mío, te quiero por la felicidad que me proporcionas!

En Severina, después de la erupción ardiente del largo relato, este grito era como la dilatación misma de su deseo de goce, en medio de sus horribles recuerdos. Pero Jacobo, trastornado por lo que acababa de oír, y que ardía como ella, la detuvo aún.

—No, no, espera —suplicó—. Dime, ¿tú estabas echada sobre sus piernas y le sentiste morir?

Despertábase en Jacobo la nostalgia de «aquello» desconocido. Una ola frenética subía de sus entrañas, invadiéndole la cabeza con una visión roja. Era presa otra vez de la curiosidad morbosa que sentía hacia todo crimen.

—Pero, ¿y la navaja? ¿Sentiste entrar la navaja?

—Sí, un golpe sordo.

— ¡Ah, un golpe sordo!... ¿No fue una desgarradura? ¿Te fijaste bien?

—No, no, nada más que un choque.

—Y luego tuvo una convulsión, ¿verdad?

—Sí, tres sacudidas. ¡Oh!, de un extremo a otro de su cuerpo; sacudidas tan largas que pude percibir las hasta la punta de sus pies.

—Sacudidas que le ponían rígido, ¿no es eso?

—Sí, la primera muy violenta, las otras dos más débiles.

—Y murió. Y a ti, ¿qué sensación te causó el sentirle morir así de un navajazo?

—A mí... No sé...

— ¿No sabes? ¿Por qué mientes? Dime, dime, que sensación tuviste, sé franca... ¿Fue un dolor?

—No, no, un dolor no.

—Entonces, ¿fue un placer?

— ¿Placer? ¡Oh, no, tampoco fue placer!

— ¿Entonces, qué fue, amor mío? Te lo suplico, dímelo todo... Si supieses... Dime lo que uno siente...

— ¡Dios mío! ¿Es que eso puede decirse?... Es una cosa horrible, como si la arrastrasen a una muy lejos, muy lejos. Viví más en aquel minuto que durante toda mi vida pasada.

Con los dientes apretados y sin poder emitir más que un tartamudeo, Jacobo, esta vez, la estrechó entre sus brazos; también Severina se abandonó. Se poseyeron, volviendo a hallar el amor en lo más hondo de la muerte; dominados por la misma voluptuosidad dolorosa de los animales, que los hace destriparse en la furia del cielo. Sólo se oía su ronca respiración. El reflejo ensangrentado en el techo había desaparecido. La estufa estaba apagada, y la habitación comenzaba a helarse por el intenso frío de la calle. Ni una sola voz subía de París, enfundado en la nieve. Desde el cuarto de al lado había llegado el rumor durante un momento, de los ronquidos de la vendedora de periódicos, pero finalmente todo se hundió en el negro abismo de la casa dormida.

Jacobo que había conservado a Severina entre sus brazos, sentía cómo cedía pronto a un sueño invencible. Diríase que había sido herida por un rayo. El viaje, la prolongada espera en casa de los Misard y esta noche de fiebre, la habían abrumado. Balbuceó un «buenas noches» de niña, y se durmió en seguida, con respiración tranquila. El cuco acababa de dar las tres.

Durante cerca de una hora Jacobo continuó sosteniéndola con su brazo izquierdo que, poco a poco, se le entumecía. No podía cerrar los ojos: una mano invisible parecía mantenérselos abiertos en las tinieblas.

Ahora ya no se distinguía nada de la habitación anegada en sombras y en la que todo se había desvanecido: la estufa, los muebles, las paredes. Tuvo que volverse para encontrar los dos pálidos cuadriláteros de las ventanas, inmóviles y ligeros como imágenes de sueño. Pese a su mucho cansancio, una prodigiosa actividad cerebral le mantenía vibrante y le hacía devanar incensantemente la misma madeja de ideas. Cada vez que por un esfuerzo de voluntad creía deslizarse hacia el sueño, volvía a actuar en él la misma

obsesión y desfilaban las mismas imágenes, despertando las mismas sensaciones. Y lo que iba y venía así con regularidad mecánica, mientras sus ojos fijos y muy abiertos se llenaban de sombra, era el homicidio, evocado detalle por detalle. Continuamente renacía idéntico, atroz: la navaja entraba en el cuello con choque sordo; el cuerpo se estremecía con tres sacudidas convulsas y prolongadas; la vida se iba en una ola de sangre tibia, y sentía correr el flujo rojo por sus manos. Veinte veces, treinta veces entró la navaja y se agitó el cuerpo. La visión crecía hasta convertirse en monstruosa; le ahogaba, desbordando por todas partes y haciendo reventar la noche. ¡Oh, dar un golpe de navaja igual, saciar ese lejano deseo, saber qué es lo que uno siente, saborear ese minuto en el que se vive más que en toda una existencia!

Como la pesadilla apretaba sus lazos corredizos, Jacobo creyó que era el peso de Severina el que le impedía dormir. Lentamente retiró el brazo, y dejó a la dormida a su lado, sin despertarla. Al principio sintió alivio y respiró más libremente, creyendo que por fin había conciliado el sueño. Pero no obstante su esfuerzo, los invisibles dedos volvieron a abrirle los párpados, y, entre las tinieblas, reapareció el homicidio chorreante de sangre; de nuevo entró la navaja y agitóse el cuerpo. Una lluvia roja rayaba la oscuridad; la llaga de la garganta, desmesurada, se abría como un herida de hacha. Entonces cesó de luchar y, tendido sobre la espalda, se abandonó a su obstinada visión. Oía en su cráneo el febril trabajo de su cerebro, el fragor de toda la máquina mental. Era lo que le perseguía desde los remotos tiempos de su juventud. Y, sin embargo, se había creído curado ya que después que hubo poseído a Severina, hacía ya meses, parecía muerto aquel deseo. Y he aquí que nunca le había sorprendido con una violencia tal como ahora, con la evocación del asesinato que un momento antes, Severina, pegada contra sus carnes y enlazada a sus miembros, le había cuchicheado al oído. Se había apartado, evitando que ella le tocara, pues se abrasaba por el mero contacto de su piel. Un insoportable calor le subía a lo largo de la espina dorsal, como si el colchón, bajo sus costados, se hubiera convertido en hoguera. Una comezón de puntas de llama le taladraba la nuca. Se le ocurrió sacar las manos de debajo de la manta; pero en seguida se helaban, y su vista le causó estremecimiento. Le amedrentaron y las volvió a cubrir, cruzándolas primero sobre el vientre y acabando por deslizarlas bajo sus nalgas, para aplastarlas, como si temiese verlas cometer alguna abominación, cierto acto que le repugnaba extraordinariamente y que, no obstante, acabaría por cometer.

Cada vez que el cuco daba una hora, Jacobo contaba los golpes: las cuatro, las cinco, las seis. Suspiraba por que llegase la luz; esperaba que el alba ahuyentara la pesadilla. Por eso volvía ahora la mirada hacia las ventanas, acechando lo que sucedía en los cristales. Pero siempre veía en ellos el mismo reflejo vago de la nieve. A las cinco menos cuarto, oyó llegar, con un retraso de cuarenta minutos, al directo de El Havre, prueba de que se había

restablecido la circulación. Y fue sólo después de las siete bien dadas cuando vio blanquear los cristales con palidez lechosa que progresaba muy lentamente. Por fin la habitación se alumbraba con esa luz confusa en la que los muebles parecen flotar. Reaparecieron la estufa, el armario, el aparador. Jacobo seguía sin poder cerrar los párpados; al contrario, sus ojos se irritaban deseosos de ver. En seguida, y antes de que amaneciera completamente, adivinó, más que distinguirla claramente, sobre la mesa, la navaja con la que por la noche había cortado el pastel. Ya no veía más que esta navaja, un pequeño cuchillo con punta muy fina. La claridad, aumentando por momentos, ahora sólo entraba por las dos ventanas para reflejarse en aquella delgada hoja. Y el terror que le inspiraban sus manos hizo que las hundiera más por debajo de su cuerpo, pues las sentía agitarse indómitas, burlándose de su voluntad. ¿Acaso iban a dejar de ser las suyas? ¿Se convertirían en manos de otro, manos legadas por algún antepasado de los tiempos en que el hombre, escondido en la selva, estrangulaba a las bestias?

Para no ver ya la navaja, Jacobo se volvía hacia Severina. Dormía muy tranquila, con respiración de niña, reposando de su gran cansancio. Sus espesos cabellos negros, desatados, le servían de almohada sombría que se deslizaba hasta los hombros; y bajo la barbilla, entre los bucles, veíase su seno, de una delicadeza de leche y apenas sonrosado. La miró como si no la conociese. Sin embargo, la adoraba; su imagen le seguía por todas partes, surgiendo para originar un deseo de ella que a veces le angustiaba aun cuando estaba conduciendo su locomotora; hasta el punto de que, un día, había despertado como de un sueño en el preciso momento en que se disponía a atravesar una estación a todo vapor, desobedeciendo las señales. Pero la vista de aquella blanca garganta le dominaba ejerciendo sobre él una fascinación brusca e inexorable. Y con horror, inconsciente aún, sentía crecer en sí la imperiosa necesidad de apoderarse de la navaja que yacía sobre la mesa, y hundirla hasta el mango en aquella carne de mujer. Oía el choque sordo de la hoja que entraba, veía el cuerpo sobresaltarse tres veces, luego ponerse rígido, alcanzando por la muerte, bajo la ola encarnada. Luchando por librarse de esta obsesión, perdía a cada segundo un poco de su voluntad, como si se hallara dominado por la idea fija hasta ese límite extremo en que, vencido, cede uno al empuje del instinto. Se turbó completamente. Sus manos amotinadas, venciendo el esfuerzo que hacía para mantenerlas ocultas, se desataron, se escaparon. Y tan claramente comprendió que había cesado de ser su amo y que iban a satisfacerse brutalmente si continuase contemplando a Severina, que empleó sus últimas fuerzas para arrojarse de la cama y rodar por el suelo como un hombre ebrio. Se levantó, y estuvo a punto de volver a caer, al enredarse sus pies entre las faldas que Severina había dejado en el suelo. Tambaleante, buscaba su ropa con movimientos de inconsciente, pensando únicamente en vestirse pronto, en coger la navaja y en bajar a matar en la calle a otra mujer.

Esta vez, su deseo le torturaba demasiado: necesitaba matar a alguna. No lograba dar con su pantalón; por tres veces lo estrujó antes de darse cuenta que lo tenía en la mano. Costóle un trabajo infinito ponerse los zapatos. Aunque había llegado el día, la habitación le parecía llena de humo rojizo, de un alba glacial en la que todo se anegaba. Tiritaba de fiebre cuando acabó de vestirse; había cogido el cuchillo, escondiéndolo en su manga, seguro de su decisión de matar a la primera mujer que encontrase en la acera, cuando un roce de ropa blanca, un suspiro prolongado que llegaban de la cama le clavarón, pálido, junto a la mesa.

Era Severina que despertaba.

— ¿Qué pasa, querido? —preguntó—. ¿Sales ya?

Jacobo no contestaba, ni la miraba, esperando que se volviese a dormir.

—Pero ¿a dónde vas, amor mío?

—Nada —balbuceó—, un asunto de servicio... Duerme, regresaré pronto.

Ella, entonces, profirió algunas palabras confusas, recayendo en su sopor, con los ojos ya cerrados.

—Tengo sueño... tengo sueño —murmuró—. Ven a darme un beso, querido.

Pero él no se movía: sabía que si se volviese, con la navaja en la mano; si solamente la viera, tan fina, tan preciosa en su desnudez y desorden matutino, ello supondría el fin de la voluntad que le mantenía domado y rígido a algunos pasos de ella. Entonces su mano se levantaría, a pesar suyo, y le hundiría la navaja en el cuello.

—Querido, ven a darme un beso...

Su voz se apagaba; se dormía ya otra vez, muy dulce, con un murmullo de cariño. Y él enloquecido, abrió la puerta y huyó.

Eran las ocho cuando Jacobo se encontró en la acera de la calle de Ámsterdam. La nieve aún no había sido barrida, y apenas si se oían los pasos de pocos transeúntes. En seguida, Jacobo vio a una vieja, pero doblaba la esquina de la calle de Londres; no la siguió. Tropezó con algunos hombres, y bajó hacia la Plaza de El Havre, apretando la navaja abierta, cuya punta erecta desaparecía bajo su manga. Viendo salir de un inmueble de enfrente a una niña de unos catorce años, cruzó la calle; pero cuando llegó al lado opuesto la vio entrar en una panadería. Era tal su impaciencia que no la esperó, sino que se lanzó a buscar más lejos su víctima. Continuó bajando por la misma calle. Desde que había salido de la habitación, empuñando el cuchillo, no era él quien obraba: era otro, aquel otro a quien él tan a menudo había sentido agitarse en las honduras de su ser; aquel otro que de tan lejos venía, ardiente,

con hereditaria sed homicida. Había matado en tiempos pasados y quería seguir matando. Y el mundo, en torno a Jacobo, aparecía como en un sueño, pues lo veía a través de su idea fija. Diríase que su vida cotidiana quedaba abolida: avanzaba como sonámbulo, sin recuerdos del pasado, sin previsión del porvenir, dominado por su obsesión. Ahí andaba su cuerpo, pero su personalidad estaba ausente. Dos mujeres, al pasar junto a él, le rozaron: precipitó el paso y ya se hallaba junto a ellas, cuando un hombre las detuvo. Los tres comenzaron una conversación, reían. Como este hombre le estorbaba, se lanzó a perseguir a otra mujer que pasaba, endeble y de aspecto negruzco, una pobre cubierta con un humilde chal. Avanzaba con pasitos cortos, sin duda hacia alguna faena dura y miserablemente pagada, pues no se apresuraba; tenía el rostro triste y desesperado. Tampoco él se daba prisa, ahora que ya tenía su víctima: quería escoger el mejor lugar para matarla. Ella notó, al parecer, que un hombre la seguía, y sus ojos se volvieron hacia él, con aflicción indecible; sin duda se extrañaba de que alguien pudiera solicitarla. Ya le había conducido a la mitad de la calle de El Havre. Y como volvió dos veces más la cabeza, impidió así que Jacobo le clavase en la garganta el cuchillo que le asomaba de la manga. ¡Tenía aquella desgraciada unos ojos de miseria tan llenos de súplica! Le asestaría el golpe cuando bajara de la acera. Y bruscamente, dio media vuelta, lanzándose a perseguir a otra mujer que iba en sentido contrario. Lo hizo sin motivo alguno, sin voluntad, sólo porque pasaba ante él en aquel instante y porque las cosas estaban así dispuestas.

Siguiéndola de cerca, volvió hacia la estación. La mujer, muy vivaracha, andaba con pasito sonoro. Era encantadora, tendría veinte años a lo sumo, de formas bien desarrolladas, cabellos rubios y hermosos ojos llenos de alegría, sonrientes a la vida. Ni siquiera notó que un hombre la iba siguiendo; llevaba prisa, sin duda, pues subió ligera por la escalinata del patio de los trenes de El Havre, se dirigió hacia la gran sala y, recorriéndola presurosa, se precipitó hacia las taquillas del Cinturón. Cuando pidió un billete de primera para Auteuil, Jacobo imitó su ejemplo y luego la siguió por las salas de espera y el andén hasta el coche, en el que se sentó al lado de ella. El tren partió en seguida.

—Tengo tiempo —pensó—. La mataré en un túnel.

Pero sucedió que una señora anciana, enfrente de ellos, la única persona que había subido, reconoció a la joven.

— ¡Cómo! ¡Usted! —exclamó—. ¿Y a dónde va tan temprano?

La otra prorrumpió en risa, llena de regocijo, y exclamó acompañándose con un ademán de cómica desesperación.

— ¡Y pensar que no puede una hacer nada sin ser vista! Espero que no me vaya a delatar... Mañana es el santo de mi marido, y en cuanto salió de casa

para ir a sus negocios, eché correr. Voy a Auteuil a casa de un horticultor, donde ha visto una orquídea que le vuelve loco... Ya ve usted, es una sorpresa.

La dama vieja movió la cabeza con benévola compasión.

— ¿Y el bebé? —preguntó—. ¿Está bien?

—La niña, ¡oh!, estupendamente... Ya sabe que la desteté hace una semana. Pues debería verla comer su sopa... Tenemos todos demasiada salud. Es un verdadero escándalo.

Y rio más fuerte, enseñando sus dientes, blancos entre la sangre pura de sus labios.

Jacobo, colocado a su derecha, con la navaja en la mano que escondía detrás de su muslo, pensaba que estaba allí muy bien situado para asestar el golpe. Sólo tendría que levantar el brazo y dar media vuelta para tenerla a mano. Pero en el túnel de Batignolles, se fijó en las cintas del sombrero.

Hay un nudo que va a estorbarme —pensó—. Quiero tener toda seguridad.

Las dos mujeres continuaban su alegre charla.

—Según veo, es usted feliz —observó la señora vieja.

— ¡Feliz! ¡Ah, si pudiera describírselo! Vivo en un sueño... Hace dos años yo no era nada. Recordará lo poco que se divertía una en casa de mi tía. Y no tenía un centavo de dote... Cuando él venía, temblaba, de tanto como había llegado a quererlo. Pero era tan guapo, tan rico... ¡Y ahora es mío, es mi marido y tenemos un nene, que es nuestro! ¡Le digo, es demasiado!

Al examinar el nudo de las cintas, Jacobo notó que había debajo, atado a una faja de terciopelo negro, un grueso medallón de oro. Lo incluyó en su cálculo.

—La cogeré por el cuello con la mano izquierda y apartaré el medallón arrojándole la cabeza hacia atrás. Así la garganta quedará al descubierto.

A cada minuto, el tren se detenía para volver a ponerse en marcha. Ya se habían sucedido, en Courcelles y en Neuilly, algunos túneles pequeños. Dentro de un rato, un segundo bastaría.

— ¿Ha ido a los baños de mar este verano? —preguntó la señora anciana.

—Sí, a Bretaña —contestó la joven—. Pasamos seis semanas en un rincón perdido, un paraíso; luego, el mes de septiembre, en Poitou, en casa de mi suegro. Posee allí grandes bosques.

— ¿Y no piensan ustedes instalarse en el mediodía durante el invierno?

—Sí, estaremos en Cannes hacia el quince... Ya tenemos alquilada la casa.

Un jardincito delicioso, frente al mar. Hemos mandado a alguien que lo está arreglando todo para recibirnos... No es que ni uno ni otro seamos frioleros, pero es cosa tan buena el sol... Regresaremos en marzo. Y el año que viene, nos quedaremos en París. Dentro de dos años, cuando la niña esté crecidita ya, viajaremos. No sé qué pasa: ¡es una fiesta perpetua!

Rebosaba tal felicidad que, llevada por su necesidad de expansión, incluso se volvió hacia Jacobo, un desconocido, para sonreírle. Este movimiento hizo desplazarse el nudo de las cintas; el medallón se apartó y apareció el cuello sonrosado y, en él, un diminuto hoyuelo dorado por la sombra.

Los dedos de Jacobo apretaban el mango de la navaja mientras tomaba una resolución irrevocable.

—Ahí, en ese lugar es donde daré el golpe —decidió—. Sí, ahora en el túnel, antes de llegar a Passy.

Pero en la estación del Trocadero subió un empleado que conocía a Jacobo. Se puso a hablarle del servicio, de un robo de carbón del que habían descubierto a los autores: un maquinista y su fogonero. Desde este momento todo se turbó en la mente de Jacobo y no le fue posible, posteriormente, restablecer un recuerdo exacto de los hechos. Las risas, según parecían, habían continuado con tal desbordamiento de felicidad que Jacobo se había sentido como contagiado y entorpecido por ellas. ¿Habría ido hasta Auteuil con las dos mujeres? Tal vez; sólo que no recordaba si se habían o no apeado allí. Él mismo acabó por hallarse en la ribera del Sena, sin poder explicarse de qué manera había llegado a parar en aquel lugar. Lo que sí recordaba muy claramente, era haber tirado desde lo alto del muelle la navaja, que no había dejado de esconder en su manga, sujetándola entre sus crispados dedos. De lo que sucedió después, ya no se dio cuenta: si parecer, había estado atontado, como ausente de su propio ser, del que también se había alejado el otro, junto con la navaja. Debió haber errado inconsciente por calles y plazas durante varias horas. Hombres, casas, desfilaban ante él bajo un velo pálido. Sin duda había entrado en algún restaurant para comer, en el fondo de una sala llena de gente, pues veía pintarse muy claramente en su memoria la imagen de platos blancos. También conservaba la persistente impresión de un anuncio rojo situado encima de una tienda cerrada. Luego todo se hundió en un abismo negro, en una nada sin tiempo ni espacio, en la que él yacía inerte, quizás desde hacía siglos.

Cuando Jacobo volvió en sí, se encontraba en su buhardilla de la calle Cardinet, vestido y tirado sobre su cama. El instinto le había conducido allí, como a un perro cansado que se arrastra a su perrera. No recordaba, por lo demás, haber subido la escalera, ni haberse dormido. Se despertaba de un sueño pesado y era con susto como entraba en posesión de sí mismo; parecíale

recobrar sus sentidos después de un desmayo prolongado. Quizás había dormido tres horas, quizás tres días. De pronto recordó la noche pasada con Severina, la confesión del crimen y su salida de fiera en busca de sangre. Había estado fuera de su ser, y ahora volvía a encontrarse a sí mismo, con el estupor que le causaba el recuerdo de las cosas que habían sucedido, sin que su voluntad tomara parte en ellas. Al pensar que Severina le esperaba, se levantó de un salto. Miró su reloj: eran las cuatro; y con la cabeza vacía, pero muy tranquilo, como después de una fuerte sangría, se apresuró a volver al callejón de Ámsterdam.

Hasta las doce, Severina durmió profundamente. Cuando se despertó, se sorprendió mucho de no ver a Jacobo allí. Encendió la estufa, y, ya vestida, se decidió, muerta de hambre, a eso de las cuatro, a bajar a comer en un restaurante cercano. Cuando llegó Jacobo, acababa de subir a la habitación, después de haber ido a hacer algunas compras.

— ¡Oh, querido mío, qué inquieta estaba! —exclamó, y se colgó de su cuello fijando su mirada en la del joven—. ¿Qué pasó?

Él, exhausto y sintiendo la carne saciada, tranquilizaba a Severina, sereno:

—Nada. Un trabajo fastidioso. Cuando la toman con uno, no le sueltan.

Entonces, bajando la voz, se convirtió en humilde y acariciadora.

—Figúrate que me imaginaba... ¡Oh, una idea muy fea que me causa mucha pena! Sí, me imaginaba que después de lo que te había confesado, ya no me querías... ¡Y creí que te habías marchado para no volver nunca, nunca!

Sus ojos se llenaron de lágrimas; prorrumpió en sollozos, estrechándole apasionadamente entre sus brazos.

— ¡Ay, amor mío, si tú lo supieras cuánto necesito que seas bueno para conmigo!... Quiéreme, quiéreme mucho, porque sólo tu amor puede hacerme olvidar... Y ahora que te he dicho todos mis pesares, no me dejes, ¡oh, te lo suplico!

Jacobo se sintió invadido por el enternecimiento. Una reacción invencible aflojaba poco a poco sus nervios.

—No, no, te quiero —murmuró—. No tengas miedo.

Y presa de una inmensa emoción, lloró también, pensando en la fatalidad del abominable mal que había vuelto a apoderarse de él, aquel mal del que nunca se vería curado. Sentía una vergüenza, una desesperación sin límites.

— ¡Quiéreme, quiéreme tú también con todas tus fuerzas, pues lo necesito tanto como tú!

Severina se estremeció.

—Tienes penas. Dímelas —dijo, ávida de enterarse.

—No, no son penas —contestó Jacobo—. Son cosas que no existen, tristezas que me hacen muy desgraciado, sin que siquiera pueda hablar de ellas.

Ambos se abrazaron, confundiendo la espantosa melancolía de su dolor. Era un sufrimiento infinito, sin olvido ni perdón posibles. Lloraban, sintiendo pesar sobre sus hombros las ciegas fuerzas de la vida, hijas de la lucha y la muerte.

—Vamos —dijo Jacobo desprendiéndose de ella—. Es hora de pensar en la marcha... Esta noche, estarás en El Havre.

Severina, sombría, con una mirada perdida, murmuró, después de un silencio:

—Si, por lo menos, fuera libre, si yo no tuviese marido... ¡Cuán pronto llegaríamos a olvidar!

Jacobo tuvo un gesto violento. Y pronunció en voz alta lo que acaba de pensar:

—Pero, ¿no podemos matarle!

Ella le miró fijamente, y él tembló asombrado de haber dicho algo que no se le había ocurrido nunca. Puesto que deseaba matar, ¿por qué no matar a aquel hombre que les estorbaba? Y cuando, al fin, se disponía a correr al depósito, Severina, arrastrándole de nuevo a sus brazos y cubriéndole de besos, murmuró:

— ¡Oh, querido mío, quiéreme mucho! Yo te querré más, mucho más todavía... Verás, seremos felices.

CAPÍTULO IX

En El Havre, durante los días siguientes, Jacobo y Severina, llenos de inquietud, se mostraron muy prudentes. Ya que Roubaud lo sabía todo, ¿no iba a acecharlos? ¿No pensaba sorprenderlos para vengarse de ellos dando un escándalo? Recordaban sus arrebatos de celos de antaño, sus brutalidades de antiguo obrero de cuadrilla que pegaba a puño cerrado. Y viéndole tan pesado, tan mudo, con ojos turbios, sospechaban que meditaba alguna canallada, alguna trampa que les entregase a su merced. Así es que durante el primer mes no se vieron sino con mil precauciones y siempre vigilantes.

Roubaud entre tanto, se ausentaba cada vez más frecuentemente. Tal vez

sólo desapareciera de esta manera para volver de improviso y sorprenderlos a uno en brazos del otro. Pero tal temor resultó infundado. Al contrario, sus ausencias se prolongaban de tal modo que ya no se le veía; solía escaparse tan pronto como estaba libre y volver en el momento preciso en que el servicio le reclamaba. Las semanas de servicio diurno, se las arreglaba para terminar el desayuno de las diez en cinco minutos, desapareciendo luego hasta las once y media; y por la tarde, a las cinco, no bien le había relevado su colega, ya se marchaba otra vez para no volver a casa en toda la noche. Apenas dormía un par de horas. Lo mismo sucedía en las semanas de servicio de noche: libre desde las cinco de la mañana, comía y dormía fuera sin duda, pues no regresaba nunca hasta las cinco de la tarde. Durante mucho tiempo, pese a tal desarreglo, había guardado una puntualidad de empleado modelo, presentándose siempre en el minuto justo, aunque a veces tan cansado que no se mantenía de pie sino con extremo esfuerzo, aunque cumplía concienzudamente con sus deberes. Ahora aflojaba: ya dos veces, el otro jefe segundo, Moulin, tuvo que esperarle por espacio de una hora; y un día, después del almuerzo, viendo que no se presentaba, incluso fue a reemplazarle como buen compañero, evitándole una reprimenda. Todo el servicio que dependía de Roubaud comenzaba a resentirse de esa lenta desorganización. Durante el día ya no era el hombre activo que no despachaba ni recibía un tren sino después de haberlo examinado todo personalmente, consignando los hechos más insignificantes en los partes dirigidos al jefe de la estación, mostrándose duro hacia los demás y hacia sí mismo. Por la noche, ahora, dormía con sueño pesado en la butaca de su despacho. Aun despierto, parecía estar dormido, e iba y venía por el andén con las manos detrás de la espalda, dando con voz monótona órdenes cuya ejecución no vigilaba. Pero toda marchaba bien, a pesar de todo, gracias a la fuerza de la costumbre; no ocurrió más que un ligero choque debido a la negligencia de Roubaud: un tren de viajeros lanzado, por error, sobre una vía de reserva. Mas ya se reían de él sus colegas y decían por todas partes que estaba siempre de diversión.

La verdad era que el jefe segundo vivía ahora en el primer piso del Café del Comercio, en aquel salón apartado que, poco a poco, se había convertido en garito. Decían que iban allí mujeres todas las noches; en realidad sólo acudía una, la amante de un capitán retirado, una mujer de, por lo menos, cuarenta años, jugadora empedernida como los demás y, por decirlo así, sin sexo. En cuanto a Roubaud, sólo satisfacía su tétrica pasión del juego, nacida en él al día siguiente del crimen, como consecuencia de una ocasional partida de piquet; pasión acrecentada luego y convertida en costumbre imperiosa por el olvido absoluto y anonadamiento que le proporcionaba. Este vicio le dominó hasta el punto de ahuyentar, en ese macho brutal, el deseo de la mujer; le dominaba por completo, absorbiendo y satisfaciendo cuantos apetitos tenía. No era el remordimiento, en modo alguno, la causa de su necesidad de olvido;

más bien la había provocado la conmoción que descomponía su matrimonio: era este desmoronamiento de su existencia lo que le impulsaba a buscar aquel consuelo egoísta, aquel aturdimiento, en una especie de felicidad de la que podía gozar a solas. Desde entonces todo zozobraba hundiéndose en una pasión que le arruinaría irremediabilmente. Ni el alcohol le habría proporcionado horas más ligeras, más fugaces, tan desprendidas de todo pensar. Se veía libertado de los sinsabores de la vida misma, y parecíale vivir con intensidad extraordinaria, pero, al mismo tiempo, alejado de los enojos que antes tanto le habían enfurecido. Y disfrutaba de buena salud, fuera del cansancio de las noches pasadas en vela; hasta engordaba, llenándose de una grasa pesada y amarilla, y sus carnosos párpados pesaban cada vez más sobre sus turbios ojos. Cuando regresaba a casa, con la lentitud de sus movimientos entumecidos por el sueño, ya no llevaba a su hogar más que una soberana indiferencia hacia todo y hacia todos.

La noche en que Roubaud había ido a coger los trescientos francos de oro, del caudal oculto en el solado, quería pagar al señor Cauche, el comisario de vigilancia, una deuda contraída a consecuencia de una serie de pérdidas excesivas. Cauche, jugador encanecido, tenía una sangre fría que le hacía temible. Pretendía sólo jugar por placer, pues se veía obligado, por sus funciones de magistrado, a guardar las apariencias de antiguo militar soltero, que llevaba al café una vida de parroquiano decente; lo cual no le impedía barajar los naipes durante noches enteras y llevarse el dinero de los demás. Circulaban sobre él ciertos rumores. Se le acusaba también de descuidar tanto sus deberes de comisario de vigilancia, que sus superiores pensaban en obligarlo a dimitir. Pero las cosas iban despacio: puesto que había tan poco trabajo, ¿para qué exigirle más celo? El señor Cauche continuaba, pues, presentándose sólo un momento en el andén, donde todos le saludaban.

Tres semanas después, Roubaud le debía al señor Cauche todavía cerca de cuatrocientos francos. Había explicado al comisario que la herencia de su esposa les permitía vivir con mucho desahogo, pero había añadido, riendo, que su mujer tenía las llaves de la caja, circunstancia que debía excusar su lentitud en pagar sus deudas de juego. Cierta mañana, hallándose solo en la casa y viéndose acosado por la necesidad, volvió a levantar la baldosa del escondite y se llevó un billete de mil francos. Todos sus miembros temblaban. No había experimentado tan violenta emoción le noche en que había sacado el oro; sin duda porque había considerado la sustracción de éste como mero expediente, y ahora, con el billete de mil, comenzaba el robo. Un malestar le erizaba la carne; era dinero sagrado y había jurado no tocarlo nunca. ¡Ah, pero, en otro tiempo, también había jurado morir de hambre antes que robar, y luego había robado! No podía comprender cómo habían ido desvaneciéndose sus escrúpulos, cada día un poco; sin duda, por la lenta fermentación del crimen cometido. Al llegar al fondo del hueco, creyó sentir humedad y algo blando y

nauseabundo que le inspiraba horror. Vivamente repuso la baldosa en su lugar, jurando cortarse la mano antes que volver a removerla. Su mujer no le había visto y, aliviado, respiró; luego bebió un vaso de agua para reponerse. Su corazón latía de gozo al pensar que pagaría su deuda y que aun le quedaría una gran cantidad de dinero para poder jugarlo.

Pero cuando tuvo que cambiar el billete, se vio presa de miedo. Antes había sido valiente. Se habría entregado a la justicia de no haber cometido la tontería de mezclar en el crimen a su mujer. Y ahora sólo con pensar en los gendarmes, sentía en su frente un sudor frío. Por más que supiese que la justicia no tenía los números de los billetes desaparecidos y que, además, el proceso quedaba enterrado, el espanto se apoderaba de él tan pronto como se proponía entrar en algún sitio para pedir cambio. Durante cinco días, guardó el billete en su bolsillo; y se convirtió, para él, en costumbre, en necesidad imperiosa, sentirlo allí continuamente, no separarse de él durante la noche. Construía planes muy complejos, tropezando siempre con temores imprevistos. Primero pensó desembarazarse del billete en la estación: ¿por qué algún empleado encargado de cobrar dinero no se lo iba a cambiar? En el instante siguiente ello le pareció extremadamente peligroso, e imaginó ir al otro extremo de El Havre, donde compraría cualquier cosa, sin llevar su gorra de uniforme. Pero ¿no suscitaría sospechas al verle pagar un objeto insignificante con un billete tan grande? Al fin, decidió cambiarlo en el estanco de Cours Napoleón donde entraba diariamente. ¿No era esto lo más sencillo? Bien sabía la estanquera que acababa de heredar y no podría tener, por consiguiente, recelo alguno. Llegó hasta la puerta, pero se sintió desfallecer, y bajó hacia la dársena Vauban para recobrar ánimo. Después de media hora de paseo, volvió, y tampoco esta vez tuvo valor suficiente. Pero la misma noche, en el Café del Comercio, como viera al señor Cauche, una brusca valentonada le hizo extraer el billete del bolsillo y pedir a la dueña del café que se lo cambiara; más como ésta no tenía cambio, mandó al camarero al estanco. Hasta chancearon a propósito del billete, que parecía nuevecito aunque su fecha era de diez años. El comisario de vigilancia lo había tomado y le daba vueltas, diciendo que seguramente este billete había dormido en el fondo de algún agujero, observación que lanzó a la amante del capitán retirado a una interminable historia de fortuna escondida y encontrada después debajo del mármol de una cómoda.

Transcurrieron las semanas, y el dinero que Roubaud tenía entre manos enfureció en extremo su pasión. No era que jugase fuertes sumas, sino que le perseguía una mala suerte tan constante y tan negra que las pequeñas pérdidas diarias, sumadas, llegaban a formar cantidades grandes. Hacia fines del mes se encontró de nuevo apurado, debiendo ya algunos luises, y enfermo por no atreverse a tocar un naípe. Luchó y estuvo a punto de meterse en cama. El recuerdo de los nueve billetes que dormían allí, bajo el solado del comedor, se

convirtió en tentación de cada minuto: los veía a través de la madera, sentía cómo le calentaban las suelas. ¡Y pensar que si hubiese querido, habría podido coger uno más! Pero esta vez, bien jurado estaba, se quemaría la mano antes que registrar de nuevo. Cierta noche, al acostarse Severina más temprano que de costumbre, Roubaud, cediendo a la tentación, levantó febrilmente la baldosa del solado. Inmediatamente se sintió invadido por una tristeza tal que sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Para qué seguir resistiendo? Sólo prolongaría un sufrimiento inútil, puesto que habría de ir tomando los billetes uno a uno, hasta el último.

A la mañana siguiente, Severina advirtió por casualidad un roce reciente en el ángulo del friso. Se inclinó y vio señales que indicaban que la baldosa había sido removida. Bien claro estaba: su marido continuaba sacando dinero. Se extrañó de la ira que se apoderó de ella, pues aquel dinero no la interesaba, sin contar que también ella se creía resuelta a morir de hambre antes que tocar los billetes manchados de sangre. Pero ¿no eran suyos tanto como de su marido? ¿Por qué disponía de ellos en secreto, evitando consultarla? Hasta la hora de la cena estuvo atormentada por el deseo de enterarse de lo que había sucedido, hasta el punto de querer levantar a su vez el friso. Y lo habría hecho de no haber sentido algo así como un aliento frío en sus cabellos al pensar en abrir sola el escondite. ¡El difunto se levantaría de aquel hoyo! Ese miedo de niño le hizo tan insoportable el comedor, que huyó con su labor y se encerró en su alcoba.

Por la noche mientras los dos estaban comiendo en silencio un resto de guisado, una nueva irritación la puso fuera de sí al advertir que Roubaud lanzaba de vez en cuando ojeadas involuntarias hacia el ángulo del solado.

—Has sacado más, ¿eh? —preguntó bruscamente.

Él levantó la cabeza, aparentando asombro.

— ¿Más de qué?

—Vamos, no te hagas el inocente —dijo Severina—. De sobra me comprendes... Pues, escúchame bien: no quiero que vuelvas a tomar más, porque no es más tuyo que mío, y me subleva saber que lo tocas.

Habitualmente, Roubaud evitaba las disputas. La vida común ya no era sino el contacto forzoso de dos seres atados uno a otro, que pasaban días enteros sin cambiar una palabra, yendo y viniendo lado a lado extraños, indiferentes y solitarios. Por eso se limitó a encogerse de hombros, rehusando toda explicación.

Pero ella estaba muy excitada. Deseaba acabar de una vez con la cuestión del dinero escondido, que la atormentaba desde el día del crimen.

—Quiero que me contestes —insistió—. A ver si te atreves a decirme que no has cogido más dinero.

— ¿Y a ti qué te importa?

—Me importa, porque a mí esto me enferma. Hoy mismo tuve tanto miedo que no pude quedarme aquí. Cada vez que remueves aquello, tengo sueños espantosos durante tres noches... Nunca hablamos de eso. ¡Bueno, pues, estate quieto y no me obligues a que hable!

Roubaud la observaba con sus ojos abultados y fijos, repitiendo con pesada obstinación:

— ¿Qué te importa que lo toque o no, si no te obligo a que me imites? Para mí lo tomo; es asunto mío.

Severina estuvo a punto de hacer un gesto violento, pero lo reprimió. Luego, trastornada y con un rostro en el que se reflejaban el sufrimiento y el asco, dijo:

—De veras, no te comprendo... Antes, sin embargo, eras un hombre honrado. Nunca te habrías apropiado un centavo de nadie... Y lo que hiciste, podría perdonarse, porque estabas loco, tan loco como me volviste a mí... Pero ese dinero, ese abominable dinero que ya no debería existir para ti y que vas robando, centavo por centavo, por tu placer... ¿Qué es lo que pasa? ¿Cómo has podido caer tan bajo?

Roubaud la escuchaba y, durante un minuto de lucidez, también se asombró de haber descendido hasta el robo. Las fases de la lenta desmoralización se habían sucedido imperceptiblemente; no podía reanudar lo que el crimen había cortado en torno suyo. No se explicaba cómo había comenzado otra existencia, cómo había llegado a adquirir casi otra personalidad, con el matrimonio deshecho y una mujer alejada y hostil.

Mas en seguida, lo irreparable volvió a dominarle, y con un ademán que descartaba reflexiones importunas, dijo:

—Cuando un hombre se aburre en su casa, va a distraerse fuera... Puesto que ya no me quieres...

Entonces ella exclamó:

— ¡Oh, no, ya no te quiero!

La miró y dio un puñetazo sobre la mesa. Una ola de sangre le subió hacia la cara. Gritó:

— ¡Pues entonces vete a paseo! ¿Acaso te impido yo que te diviertas? ¿Acaso juzgo tus acciones? Muchas son las cosas que un hombre honrado haría en mi lugar, y, sin embargo, no las hago. Por de pronto, debería echarte

fuera de un puntapié en el trasero. Y, después, quizás ya no robara.

Severina se puso muy pálida. A menudo se le había ocurrido que cuando un hombre celoso como él es corroído por un mal íntimo hasta el punto de tolerarle un amante a su mujer, entonces hay síntomas de una gangrena moral que progresa con paso invasor, matando todos los escrúpulos y desorganizando toda su conciencia. Pero ella se defendía desesperadamente de este pensamiento, que le decía que la culpa era suya: se negaba a sentirse responsable. Y tartamudeando las palabras, gritó:

— ¡Te prohíbo tocar el dinero!

Roubaud había terminado de comer. Dobló tranquilo su servilleta y se levantó, diciendo en tono burlón:

—Bueno, repartamos, si es eso lo que quieres.

Ya se bajaba como para levantar el baldosín cuando ella se precipitó poniendo el pie sobre el solado.

— ¡No, no! —gritó—. Bien sabes que preferiría morir... No abras eso. ¡No, no! ¡Ante mí, no!

La misma noche, Severina estaba citada con Jacobo detrás de la estación de mercancías. Cuando, después de las doce, regresó a casa, la escena anterior reapareció ante su mente con tal fuerza, que tuvo que encerrarse con llave en su alcoba. Roubaud estaba de servicio de noche, y no había que temer que volviese para acostarse, cosa que raras veces sucedía. Pero aun cubierta hasta la barbilla con la manta y habiendo bajado la luz de la lámpara, no pudo dormirse. ¿Por qué había rehusado el reparto? Ya no era tan viva la rebelión que oponía su honradez a la idea de aprovecharse de aquel dinero. ¿Acaso no había aceptado el legado de La Croix-de-Maufras? Bien podía apropiarse también el dinero. Después de este razonamiento volvía el estremecimiento de horror. ¡No, no, jamás! Dinero lo habría tomado; lo que no osaría tocar, sin temer quemarse los dedos, era ese dinero robado a un cadáver, ese abominable dinero del crimen. De nuevo se calmaba, raciocinaba: no lo habría tomado para gastarlo; al contrario, lo hubiera escondido en otra parte, en un lugar que ella sola conociera y donde habría dormido eternamente. Así habría salvado de manos de su marido, por lo menos, una mitad de la suma; y no triunfaría él quedándose con todo el caudal; no iría a jugar lo que le pertenecía a ella. Cuando el reloj dio las tres, Severina había llegado a deplorar amargamente el haber rechazado el reparto. Se le ocurrió una idea, confusa y lejana todavía: levantarse y sacarlo todo de debajo del solado, para que nada le quedara a Roubaud. Pero era tal el frío que la helaba ante esta idea, que tuvo que abandonarla. ¡Cogerlo todo, guardarlo todo, sin que él ni siquiera osase quejarse! A pesar suyo, este plan poco a poco se imponía en su espíritu, en

tanto que, una voluntad más fuerte que su resistencia surgía en las profundidades inconscientes de su ser, tomando proporciones cada vez más grandes. No quería, y, sin embargo, saltó bruscamente de la cama, incapaz de resistir aquel impulso. Dio más luz a la lámpara y se dirigió hacia el comedor.

Desde aquel momento, Severina ya no tembló. Sus terrores habían desaparecido. Procedió fríamente, con lentos movimientos de sonámbula. Tuvo que buscar el atizador con que Roubaud solía levantar la baldosa del solado. Y cuando quedó descubierto el hueco, como no veía bien, acercó la lámpara. Mas un estupor la clavó allí, inclinada, inmóvil: el hueco estaba vacío. Claro estaba: mientras ella corría a su cita, Roubaud atormentado por el mismo deseo, el de cogerlo todo, el de quedarse con todo, se había adelantado: se había embolsado todos los billetes, sin dejar uno solo. Severina se arrodilló, pero por más que buscaba, no vio en el fondo del escondite más que el reloj y la cadena, cuyo oro relucía entre el polvo de las viguetas. Una rabia fría la detuvo durante un instante en su postura. Rígida, medio desnuda, repitió en voz alta:

— ¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón!

Luego, con un movimiento furioso, cogió el reloj. Una gruesa araña negra, molestada, huía corriendo por el yeso. Severina repuso la baldosa en su sitio a taconazos y volvió a la cama, dejando la lámpara sobre la mesa de noche. Cuando entró en calor, miró el reloj, que seguía teniendo en su puño apretado, y lo examinó largo rato. Llevaba sobre la tapa las dos iniciales del presidente, entrelazadas. En el interior aparecía el número de fábrica, la cifra 2516. Era una alhaja muy peligrosa de guardar, pues la justicia conocía este número. Pero Severina, llevada por su ira al no haber podido salvar más que el reloj, ya no tenía miedo. Incluso sentía que habían terminado sus pesadillas, ahora que ya no existía ningún cadáver debajo del solado. Por fin pisaría tranquila por todo lugar de su casa que se le antojase. Escondió el reloj debajo de la almohada, apagó la lámpara y se durmió.

Al día siguiente, Jacobo, que estaba de permiso, esperó que Roubaud se marchara al Café del Comercio, según acostumbraba, y luego subió a almorzar con Severina. A veces, la pareja se permitía tal imprudencia. Durante la comida, su amante, trémula todavía de cólera, le habló del dinero, contando cómo había encontrado vacío el escondite. Su rencor hacia el marido no se apaciguaba, y sin cesar volvía a resonar en su mente el mismo grito:

— ¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón!

Después, trajo el reloj. Insistió en regalárselo a Jacobo, sin hacer caso de la repugnancia que éste manifestó.

—Comprende una cosa, querido —dijo—, y es que no se le ocurrirá a

nadie buscarlo en tu casa. Si me lo guardo yo, también me lo quitará mi marido; y, mira, preferiría sufrir que me arrancara un pedazo de carne... No, hartos se ha llevado ya. No es que yo quisiera aquel dinero; me inspiraba horror, nunca habría gastado un cuarto de los billetes. Pero ¿tenía derecho de aprovecharse de ellos? ¡Oh le odio!

Lloraba, insistiendo con tales súplicas, que el joven acabó por guardar el reloj en el bolsillo de su chaleco.

Pasó una hora, durante la cual Jacobo siguió teniendo a Severina, medio desnuda, sobre sus rodillas. Se hallaba recostada contra su hombro, enlazando su cuello con un brazo en una lánguida caricia, cuando entró Roubaud, que tenía llave del cuarto. Un salto puso en pie a Severina. Era el delito in fraganti. Inútil negar. El marido quedó parado, sin poder dar un paso, mientras el amante, estupefacto, continuó sentado en la silla. Entonces, Severina, sin siquiera tomarse la molestia de una explicación, avanzó y repitió rabiosa:

— ¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón!

Durante un segundo, Roubaud vaciló. Luego, con ese encogimiento de hombros con el que ahora lo descartaba todo, penetró en la habitación y cogió un cuaderno de apuntes de servicio, que había olvidado al salir. Mas ella le perseguía, le abrumaba.

— ¡Has registrado el escondrijo! —gritó—. ¡Atrévete a decir que no!... ¡Y cogiste todo el dinero! ¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón!

Sin decir una palabra, Roubaud atravesó el comedor. Sólo cuando hubo llegado a la puerta, la envolvió desde el umbral con su inexpresiva mirada, profiriendo:

— ¡Déjame en paz!

Y se fue, sin que se oyera el ruido de la puerta al cerrarse tras él. Roubaud había aparentado no ver nada; no había hecho ninguna alusión al amante que se hallaba ante sus ojos.

Al cabo de un profundo silencio, Severina se dirigió hacia Jacobo diciéndole:

— ¿Lo creerás?

Jacobo, que no había dicho palabra alguna, se levantó al fin. Y dio su opinión:

—Es hombre al agua.

Ambos convinieron en ello. A la sorpresa que le causara ver al amante tolerado, después del amante asesinado, sucedía un asco por el marido complaciente. Cuando un hombre llega a ese punto, está ya en el lodo y

dispuesto a revolcarse en todos los fangos.

Desde aquel día, Jacobo y Severina tuvieron toda la libertad, y la aprovecharon sin ocuparse en absoluto de Roubaud. Pero ahora que el marido ya no les inquietaba, su gran preocupación era el espionaje por parte de la señora Lebleu, la vecina que siempre estaba en acecho. No había duda, algo sospechaba. Por más que cuando iba a visitar a su amante, Jacobo cuidara de moderar el ruido de sus pasos, veía entreabrirse imperceptiblemente la puerta de enfrente, mientras que por una rendija distinguía un rostro que le observaba. Eso se hacía intolerable. Ya no se atrevía a subir, pues al arriesgarse, sabía que estaba allí la Lebleu, sin despegar el oído de la cerradura; de modo que no les era posible a los amantes besarse, ni hablar siquiera con libertad. Entonces fue cuando Severina, exasperada ante el nuevo obstáculo, volvió a lanzar contra los Lebleu su olvidada campaña con objeto de ocupar su vivienda. Sabido era que siempre había sido concedida a los jefes segundos. Mas no eran ya la magnífica vista, las ventanas que daban al patio de salida y a las alturas de Ingouville lo que Severina apetecía. La única razón de su deseo, razón que no confesaba, era la circunstancia de que aquel piso tenía una segunda entrada, una puerta que daba a la escalera de servicio. Jacobo podría entrar y salir así sin que la señora Lebleu siquiera lo sospechase. Y estarían libres por fin.

La batalla fue terrible. Aquella cuestión, que ya había apasionado en otro tiempo a todo el pasillo, resucitó, haciéndose más enconada de hora en hora. La señora Lebleu, ante la amenaza, se defendía desesperadamente, segura de morir si la encerrasen en el negro alojamiento de la parte posterior del edificio, oscurecido por la techumbre de la estación, y donde reinaba una tristeza de calabozo. ¿Cómo querían que viviese en aquel agujero, acostumbrada como estaba a su departamento tan claro, abierto sobre el vasto horizonte, donde alegraba su ánimo el continuo movimiento de viajeros? Además, sus piernas le prohibían todo paseo; de modo que ya no tendría ante sus ojos más que la vista de un tejado de zinc. Era lo mismo que matarla en seguida. Por desgracia, estas razones sólo eran sentimentales, y bien obligada se veía a admitir que el piso le había sido cedido por el antiguo jefe segundo, predecesor de Roubaud, que por ser soltero tuvo la galantería de ofrecérselo; y hasta debía existir una carta de su marido, comprometiéndose a devolverlo si algún nuevo jefe segundo lo reclamara. Mas como no se había encontrado aún la carta, la señora Lebleu negaba la existencia de la misma. A medida que su causa tomaba peor aspecto, la Lebleu se volvía más violenta, más agresiva. Por un momento trató de mezclar al asunto, comprometiéndola, a la mujer de Moulin, el otro jefe segundo, la cual, según pretendía la señora Lebleu, había visto cómo varios hombres besaban a la señora Roubaud en la escalera. Moulin se había enfadado pues su mujer, una criatura dulce e insignificante, había jurado, llorando, no haber visto ni dicho cosa alguna. Durante una semana

entera, estos chismes hicieron soplar la tormenta de un extremo a otro del pasillo. Mas la mayor falta de la señora Lebleu, la que debía acarrear su derrota, era seguir irritando, por su obstinado espionaje, a la señorita Guichon, la estanquera. Era una manía: la idea fija de que ésta iba a reunirse todas las noches con el jefe de estación; la morbosa necesidad de sorprenderla, tanto más agudizada cuanto que la acechaba desde hacía ya dos años sin notar el menor indicio sospechoso. Y, sin embargo, estaba segura de que dormían juntos, lo cual la volvía loca. Como consecuencia, la señora Guichon, furiosa al no poder entrar ni salir sin ser acechada por ojos espías, empleaba ahora su influencia en conseguir que la señora Lebleu fuese obligada a vivir en el departamento que daba al patio. Así estaría separada de ella por un piso y, por lo menos, no la tendría enfrente ni se vería obligada a pasar ante su puerta. Resultaba evidente que el señor Dabadie, el jefe de estación, hasta entonces desinteresado en la lucha, se ponía cada día más en contra de los Lebleu, lo cual era indicio grave.

Otros disgustos contribuyeron a complicar la situación. Filomena, que ahora llevaba huevos frescos a Severina, se mostraba muy insolente cada vez que se encontraba con la señora Lebleu, y como ésta dejaba a propósito su puerta abierta, para fastidiar a todo el mundo, mediaban continuamente, al pasar Filomena, palabras violentas entre las dos mujeres. Severina y Filomena, en su nueva amistad, habían llegado a confidencias, y la Sauvagnat se había encargado, finalmente, de las comisiones para Severina, de parte de Jacobo, cuando éste no se atrevía a subir. Filomena se presentaba entonces con los huevos, transmitía las noticias respecto a las citas, refería a la mujer de Roubaud las razones que habían obligado a Jacobo a observar prudencia la víspera y le decía a qué hora y en qué forma el joven había pasado un rato en su casa; pues éste, al surgir algún obstáculo, se quedaba de buena gana en la caseta de Sauvagnat, el jefe de depósito, acompañando a su fogonero Pecqueux, cediendo a una necesidad de aturdimiento, como si temiese pasar a solas una noche entera. Y aun cuando el fogonero desapareciera para ir de juerga a las tabernas de marineros, el maquinista entraba en casa de Filomena, le encargaba algún recado para Severina, se sentaba y luego ya no se marchaba. Y, asociada al amor de los dos, Filomena poco a poco se enternecía, pues no había conocido, hasta entonces, más que amantes brutales. Las pequeñas manos, los modales corteses de este joven tan triste y de aspecto tan suave, le parecían golosinas que aun no había probado. Su relación con Pecqueux se había convertido en una especie de sórdida vida conyugal: borracheras y más golpes que caricias; así que cuando Filomena llevaba una palabra cariñosa del maquinista a la mujer del jefe segundo, saboreaba, como si participara de ella, el delicado gusto de la fruta prohibida. Cierta día le contó a Jacobo sus pesares; se quejó del fogonero, un bellaco, según decía, muy capaz, a pesar de su perpetuo aire de risa, de hacerle a cualquiera una

canallada los días que estaba borracho. Y notó Jacobo que cuidaba más su gran cuerpo de yegua flaca y ardiente, codiciable, a pesar de todo, por sus hermosos ojos encendidos por la pasión: bebía menos y tenía más limpia la casa. Su hermano Sauvagnat, al oír, una noche, una voz de hombre, había entrado con el puño levantado; pero al reconocer al joven que charlaba con ella, sencillamente le había ofrecido una botella de sidra. Jacobo, bien recibido y libre de su tormento en casa de Filomena, parecía tomarle gusto a aquellas visitas. Por eso, Filomena manifestaba a Severina una amistad cada vez más viva, diciendo pestes de la señora Lebleu, a la que trataba en todas partes de vieja bribona.

Cierta noche, habiendo hallado a los dos amantes detrás de su jardincito, los acompañó en la sombra hacia la caseta de herramientas donde habitualmente se ocultaban.

—Es usted demasiado buena —dijo a Severina—. Puesto que el piso le corresponde, yo en su caso la sacaría de allí por los cabellos... ¡Hay que pegar duro!

Pero Jacobo; no era partidario de armar escándalo.

—No, no, el señor Dabadie se ocupa de eso —observó—. Vale más dejar que las cosas sigan su curso normal.

—Antes de que concluya el mes —declaró Severina— dormiré en la alcoba de la vieja, y podremos vernos a cada hora.

Pese a las tinieblas, Filomena adivinó que, la otra, ante tal esperanza estrechaba con presión cariñosa el brazo de su amante. Y le dejó para regresar a su casa. Mas a treinta pasos de allí, se detuvo y, escondida en la sombra, los observó. Causábale una aguda emoción verles así juntos. No sentía celos, sin embargo; era movida por una inconsciente necesidad de amor y de ser amada como amaban ellos.

Jacobo cada día se volvía más sombrío. Dos veces ya, aunque nada impedía que viera a Severina, había inventado pretextos para no ir; y si se le ocurría retrasarse en casa de los Sauvagnat, era también porque no quería verla. A pesar de eso, seguía amándola con un deseo exasperado que no había cesado de crecer; mas, en sus brazos, el espantoso mal ahora volvía a atacarle, causándole un vértigo tal que, helado, se desprendía en seguida de ella: sentía con terror que había cesado de ser él, que la bestia se aprestaba a morder. Ansioso de olvidarse gracias a la fatiga de los largos recorridos, había solicitado trabajo suplementario, y pasaba doce horas de pie sobre la locomotora, con el cuerpo sacudido por la trepidación y los pulmones abrasados por el viento. Sus compañeros se quejaban del duro oficio de maquinista, oficio que en veinte años comía a un hombre. Jacobo hubiera

querido ser devorado en seguida; nunca se sentía lo bastante cansado, y sólo era feliz cuando la Lisón le arrastraba, cuando ya no pensaba en nada, ni veía ante sus ojos otra cosa que las señales. Al llegar a su destino, el sueño le dejaba como muerto, sin que tuviese siquiera tiempo para poderse lavar. Pero apenas despertado, se veía de nuevo presa de su idea fija. También había tratado de sentir su antiguo cariño hacia la Lisón, limpiándola durante horas enteras y exigiendo a Pecqueux que mantuviese los aceros relucientes como plata. Los inspectores que durante el trayecto subían a su máquina, le felicitaban. Él movía la cabeza descontento; sabía muy bien que su locomotora, desde aquella parada en medio de la nieve, ya no era la máquina robusta y valiente de antaño. Cuando se repararon los émbolos y las correderas, sin duda perdió algo de su alma; algo de ese misterioso equilibrio de su vida que era debido al azar del montaje. Su decadencia era para Jacobo un motivo de sufrimiento, y con el tiempo se convirtió en dolorosa obsesión que le hacía perseguir a sus superiores con exageradas quejas, demandas de reparaciones inútiles y sugerencias de mejoras impracticables. Como sólo recibía negativas, se volvía cada vez más sombrío, pues estaba convencido de que la Lisón se hallaba muy enferma y que ya nada bueno podía hacerse con ella. Su cariño se desanimaba: ¿para qué amar puesto que habría de matar cuanto amaba? Y Jacobo llevaba a su querida esa desesperada furia de amor, que no podían aminorar el sufrimiento ni la fatiga.

Severina había advertido que su amante cambiaba, y a su vez se desesperaba, creyendo era ella la causa de su tristeza, desde el día en que Jacobo había llegado a saberlo todo. Cuando le veía estremecerse en sus brazos y evitar sus besos con brusco movimiento, lo atribuía al recuerdo de su confesión, y creía que le inspiraba horror. Nunca había osado volver a hablarle de aquellas cosas. Se arrepentía de haber hablado; se sorprendía por la felicidad de su confesión allí, en aquella cama ajena en la que ambos habían ardido de pasión. Ya no comprendía su antigua necesidad de sincerarse, pues ésta estaba satisfecha desde el momento en que había asociado a Jacobo a lo más hondo de su secreto. Y le amaba deseándole cada vez más, ahora que él ya nada ignoraba. Era una pasión insaciable: era la mujer, al fin despertada; un ser hecho únicamente para la caricia, una amante entregada enteramente al amor y que no era madre. Vivía únicamente para Jacobo, y no mentía cuando decía que deseaba fundirse en él, pues sólo tenía un anhelo: que él la llevase consigo guardándola en su carne. Siempre dulce y pasiva, no experimentaba otro goce que el que le proporcionaba Jacobo, y su mayor felicidad habría sido sumirse en sueños de gata, tendida sobre las rodillas del joven desde la mañana hasta la noche. No había conservado del espantoso drama más que el asombro de haberse visto mezclada al crimen; de la misma manera que había seguido siendo virgen, de corazón cándido, al surgir de su manchada juventud. ¡Era una cosa tan lejana! Y ni siquiera habría tenido rencor hacia su marido si

éste no se hubiera convertido en estorbo. Como Roubaud se interponía, por su mera existencia, entre ella y su felicidad, el odio que sentía hacia él aumentaba a medida que crecía su pasión y su necesidad de vivir con el otro. Ahora que Jacobo ya nada ignoraba y que la había absuelto, era él su amo; a él seguiría, él podía disponer de ella como de su propiedad. Le había pedido un retrato suyo, una fotografía, y llevaba ésta a la cama, durmiendo con los labios pegados a esa imagen. Era muy desgraciada desde que le veía lleno de pesadumbre, sin lograr adivinar la causa de sus sufrimientos.

Continuaban las citas fuera de la casa, mientras llegaba el momento en que los dos se verían con toda tranquilidad en el nuevo piso conquistado. El invierno tocaba a su fin; el mes de febrero fue muy suave. Los amantes prolongaban sus paseos, vagando durante horas enteras por los terrenos más apartados de la estación. Jacobo evitaba detenerse y cuando, ya que ella se colgaba de sus hombros, se veía obligado a sentarse y a poseerla, siempre exigía que fuese en plena oscuridad: temía matarla tan pronto como apareciese ante sus ojos la menor parte de su cuerpo desnudo. Esperaba poder resistir mientras no viera. En París, adonde Severina continuaba acompañándole todos los viernes, cerraba él cuidadosamente las cortinas de la habitación, con el pretexto de que la claridad amenguaba su placer. Hacía ella ahora estos viajes sin dar a su marido explicación alguna, pero ante las vecinas mantenía el motivo de la rodilla enferma. También decía que iba a ver a su nodriza, la madre Victoria, que seguía en el hospital, pues su convalecencia se alargaba. Los dos hallaban aún mucha distracción en aquellas escapadas: él consagraba estos días mayor atención a la buena conducta de la Lisón, y Severina, encantada de verle menos triste, se divertía mucho en el trayecto, aunque ya comenzaba a conocer los más insignificantes ribazos y cada árbol del camino. Desde El Havre a Motteville abundan las praderas, los campos llanos cortados de setos, y las manzaneras. Luego, hasta Rouen, el país se volvía más accidentado y desierto. Más allá de Rouen, extendíase ante su vista el Sena. El tren cruzaba el río en Sotteville, en Oissel y en Pont-de-l'Arche; después, se le veía reaparecer sin cesar, anchamente desplegado. Desde Gaillon ya no lo dejaban, apareciendo a la mano izquierda, corriendo más lento entre sus bajas orillas adornadas de álamos y sauces. Siguiendo las faldas de las cuevas, abandonaban el río en Bonnières para volver a encontrarlo en Rosny, al salir del túnel de Rolleboise. Era como un amistoso compañero de viaje. Tres veces aun el tren lo franqueaba antes de la llegada. Y aparecían Mantes y su campanario erguido en medio de árboles y Triel, con las manchas blancas de sus yeserías, y Poissy, lugares que atravesaban en su corazón mismo; las dos verdes murallas del bosque de Saint-Germain; las escarpadas de Colombes, desbordantes de lilas; y, al fin, los suburbios de la capital y la visión de París, desde el puente de Asnières, con el lejano Arco de Triunfo por encima de las construcciones de aspecto triste, erizadas de chimeneas de fábricas. La

locomotora se hundía por debajo de Batignolles, y todo el mundo descendía en la estación resonante de ruidos. Y hasta el anochecer, los amantes se pertenecían, eran libres. A la vuelta ya era de noche, y Severina cerraba los ojos, reviviendo su felicidad. Pero tanto en la mañana como por la noche, cada vez que pasaban ante La Croix-de-Maufras, adelantaba la cabeza y lanzaba una mirada prudente, segura de hallar allí, en pie delante de la barrera, a Flora, que presentaba la bandera por su forro, mientras envolvía al tren en una mirada fulgurante como llama.

Después de aquel día de nieve, en que la muchacha los había visto besarse, Jacobo había advertido a Severina que desconfiase de ella. Ya no ignoraba con qué pasión de niña salvaje le perseguía Flora desde los albores de su juventud; ni lo celosa que era llena de viril energía y de un rencor desmesurado y homicida; y que, por otra parte, era sabedora de demasiadas cosas, pues bien recordaba su alusión a las relaciones del presidente con una señorita de la que nadie sospechaba y a la que aquél había casado. Si sabía aquello seguramente había adivinado quiénes eran los autores del crimen: sin duda hablaría, escribiría denuncias, llevada por el deseo de la venganza. Pero transcurrieron los días y las semanas y no pasó nada. Siempre la veía plantada en su puesto, en el borde de la vía, rígida y con la bandera erecta; y tan pronto como ella, desde lejos, advertía la locomotora, sufría el joven la sensación de su ardiente mirada. Flora le miraba a través del humo, apoderábase de él por completo y le acompañaba, pese a la velocidad relámpago de la marcha, en medio del estrépito de las ruedas. Al mismo tiempo, el tren era escudriñado, atravesado, inspeccionado desde el primer coche hasta el último. Y siempre descubría aquella mirada a la otra mirada, a la de la rival, que pasaba por allí todos los viernes. Aunque Severina, llevada por la imperiosa necesidad de ver, sólo adelantaba un poco la cabeza, no escapaba a aquellos ojos, y las miradas de las dos se cruzaban como espadas. Devorador del espacio huía el tren, dejando tras sí, en tierra, a una de ellas que no podía seguirle y que se quedaba allí, furibunda ante la felicidad que el tren arrastraba consigo. Flora parecía crecer. Jacobo la veía más alta a cada viaje, y sentía inquietud pensando que nada hacía, preguntándose qué proyecto maduraría en la mente de aquella gran muchacha sombría, cuya inmóvil aparición no podía evitar.

También molestaba a Severina y a Jacobo el conductor jefe, Enrique Dauvergne. Precisamente era éste encargado de los trenes del viernes, y no perdía ninguna ocasión para mostrar hacia Severina una amabilidad importuna. Y es que, habiendo advertido sus relaciones con el maquinista, se decía que algún día tal vez llegase su turno. A la salida de El Havre, las mañanas en que le tocaba el servicio, el mismo Roubaud se burlaba de él, ya que tan inequívocas se iban convirtiendo gradualmente las atenciones de Enrique. El conductor jefe le tenía reservado a Severina todo un departamento; la instalaba, verificaba el buen funcionamiento del calorífero. Cierta día, el

marido, mientras hablaba tranquilo con Jacobo, con un guiño, incluso llamó la atención de éste sobre la conducta del conductor jefe, como preguntándole si iba a tolerarla. Y en sus disputas con su mujer, la acusaba llanamente de acostarse con uno y otro. Durante un tiempo, Severina se figuró que también Jacobo así lo creía, y que ésta era la causa de sus tristezas. Con sollozos, protestó de su inocencia pidiendo que la matara si le era infiel. Jacobo, entonces, poniéndose muy pálido, la consoló en tono de broma, la besó y le contestó que sabía lo honrada que era y que esperaba bien no tener que matar nunca a nadie.

Pero las primeras noches de Marzo resultaron malísimas, y les obligaron a interrumpir sus citas. Los viajes a París, con las pocas horas de libertad que debían ir a pasar tan lejos, ya no bastaban a Severina. Estaba dominada por una necesidad creciente de tener a Jacobo siempre a su lado, existiendo sólo para ella; necesidad de vivir juntos, día y noche, sin separarse nunca. Se agudizaba el odio que sentía hacia su marido, le producía una excitación morbosa e insufrible, la mera presencia de este hombre. Tan dócil y con esa complacencia tan tierna de la mujer que ama, se irritaba, sin embargo, tan pronto como se trataba de Roubaud, y entonces se enfurecía ante el menor obstáculo que éste oponía a sus deseos. Parecía, en tales momentos, que la sombra de su negra cabellera oscurecía el límpido azul de sus ojos. Se volvía feroz, acusaba a Roubaud de haber estropeado su existencia en grado tal que toda vida en común con él se había convertido en imposible. ¿Acaso no era todo eso su obra? Si de su matrimonio ya nada existía, si ella tenía un amante, ¿acaso no era culpa suya? La inmóvil tranquilidad en la que le veía sumido, la mirada indiferente con que él acogía sus arrebatos de ira, su espalda redonda, su vientre ensanchado, toda esa sórdida grasa que recordaba la beatitud, llevaban al extremo su exasperación de mujer que sufre. ¡Romper con él, alejarse, comenzar una nueva vida en otra parte!: tales eran los únicos pensamientos de Severina. ¡Oh, poder comenzar de nuevo; hacer, sobre todo, que el pasado no existiese; volver a vivir en un tiempo anterior a todas aquellas abominaciones; ser otra vez tal como había sido a los quince años, y amar y ser amada, viviendo como entonces había soñado vivir! Durante una semana, acarició un plan de huida: se marcharía con Jacobo y se ocultaría en Bélgica, estableciéndose allí como joven matrimonio laborioso. Pero ni siquiera le habló de su idea: en seguida se habían presentado ante su mente obstáculos insuperables: la irregularidad de su situación, el continuo temor en que vivían los dos, y, sobre todo, su repugnancia a abandonar a Roubaud el dinero y La Croix-de-Maufras. Los esposos se habían legado mutuamente sus bienes; y ella, además, se hallaba en poder de Roubaud, sujeta a aquella tutela legal que pesaba sobre la esposa, la cual le ataba las manos. Antes de abandonar un solo centavo, preferiría morir al lado de su marido. Cierta día al subir éste lívido, para decirle que, cruzando la vía ante una locomotora, había

sentido cómo uno de los topes le rozaba el codo, se le ocurrió a Severina que si le hubiese matado aquella máquina, ella habría quedado libre. Le miró con ojos grandes y fijos: ¿por qué no moría, puesto que ya no le amaba y se había convertido en estorbo para todo el mundo?

Desde entonces los sueños de Severina cambiaron. Roubaud había muerto en un accidente, y ella se iba con Jacobo a América. Estaban casados, habían vendido La Croix-de-Maufras, convirtiendo en efectivo su propiedad. No dejaban tras sí ningún motivo de temor. Si se expatriaban, era para renacer uno en brazos de otro. Allá nada existiría de cuanto quería olvidar, y podría creer que comenzaba una vida nueva. Puesto que se había equivocado, volvería a buscar la felicidad. Él no tardaría en encontrar alguna ocupación, y ella también emprendería algo; harían fortuna, tendrían hijos y llevarían una existencia de trabajo y felicidad. En la mañana, tan pronto como se veía sola en la cama, y durante el día, mientras bordaba, Severina se entregaba a este sueño: lo corregía, lo completaba, añadiendo sin cesar detalles felices, y acabando, invariablemente, por verse colmada de goce y dinero. Ella, que tan poco había viajado, tenía ahora la pasión de ver partir los barcos: bajaba al muelle, apoyaba los codos sobre la balaustrada y seguía con la vista el humo del buque hasta que éste se confundía con las brumas de alta mar. Y se excitaba, imaginando estar sobre cubierta con Jacobo, lejos ya de Francia, rumbo al paraíso soñado.

Una noche de mediados de marzo, habiéndose arriesgado a subir a verla, el joven le contó que acababa de traer de París a uno de sus antiguos camaradas de escuela. Se marchaba a Nueva York con objeto de explotar una invención, una máquina de hacer botones, y como necesitaba un asociado que fuese mecánico, le había ofrecido llevarlo con él. ¡Oh, era un negocio magnífico! Y no necesitaría, para participar en él, más que un capital de unos treinta mil francos, ¡y tal vez pudieran ganarse millones! Refería esto sólo para hablar, añadiendo que, por supuesto, había renunciado. Mas aquella negativa le había dejado cierta tristeza, pues siempre es cosa dura renunciar a la fortuna cuando inesperadamente surge ante nosotros.

Severina le escuchaba de pie, con la mirada vaga. ¿No era eso su sueño? ¿Y no iba a convertirse en realidad?

— ¡Ah! —murmuró, al fin—. Nos iríamos mañana mismo...

— ¿Cómo? —dijo, asombrado, Jacobo—. ¿Qué es eso de que nos iríamos?

—Sí —contestó ella—. Si hubiese muerto...

No había pronunciado el nombre de Roubaud, pues lo designó con un solo movimiento de la barbilla. Pero Jacobo comprendió, e hizo un ademán vago para indicar que, por desgracia, no había muerto.

—Nos iríamos —repitió Severina, con su voz lenta y profunda—. ¡Y cuán felices seríamos allí! Los treinta mil francos los sacaría vendiendo la propiedad, y todavía nos quedaría algo para instalarnos... Tú harías valer todo eso, y yo arreglaría un pisito muy lindo, en el que nos amaríamos a más no poder... ¡Oh, qué bueno sería, qué bueno sería!

Y, cuchicheando, añadió:

—Lejos de todo recuerdo. Una nueva vida ante nosotros...

Jacobo se sintió invadido por una inmensa dulzura. Sus manos y las de Severina se unieron, estrechándose instintivamente, y, mudos uno y otra, se quedaron absortos en la contemplación de aquella esperanza. Fue Severina la que habló primero.

—De todas maneras —dijo—, harías bien en ver a tu amigo antes de que se vaya. Dile que no tome asociado alguno sin avisarte.

Jacobo se asombró de nuevo.

—Pero ¿por qué? —exclamó.

— ¡Dios mío! ¿Es que se sabe...? El otro día, con esa locomotora, un segundo más, y yo quedaba libre... Está uno en vida por la mañana, y ya por la noche ha de dejado de existir.

Y mirándole fijamente, repitió:

— ¡Ah, si hubiese muerto!

— ¿Supongo que no querrás que le mate? —preguntó el joven, tratando de sonreír.

Tres veces dijo ella que no; pero sus ojos decían que sí; sus ojos de mujer cariñosa, entregada a la inexorable crueldad de su pasión. Ya que su marido había matado a otro, ¿por qué no le iban a matar a él? Esta idea acababa por brotar en ella, como una consecuencia, como un fin necesario. Matarle y partir, nada más sencillo. Una vez muerto él, todo habría terminado, y ella podría comenzar de nuevo. No veía otro desenlace posible. Su resolución era firme, absoluta; mientras que, ligeramente, continuaba diciendo que no, carente de valor para confesarla.

Jacobo, recostado sobre el aparador, seguía afectando que lo tomaba todo en broma. Y advirtiendo un cuchillo que estaba allí, dijo:

—Si quieres que le mate, tienes que darme la navaja... Ya tengo el reloj; de modo que me haría con un pequeño museo.

Y se lanzó a reír.

Severina, grave, contestó:

—Coge la navaja.

Y cuando Jacobo la hubo metido en su bolsillo, como queriendo seguir la broma hasta el final, dijo, dándole un beso a Severina:

—Ahora, buenas noches. Voy en seguida a ver a mi amigo, y le diré que espere... El sábado, si no llueve, vendrás detrás de la casa de Sauvagnat. Me encontrarás allí. ¿Convenido?... Y pierde cuidado, que no mataremos a nadie. Era una broma.

Aunque ya era tarde, Jacobo bajó al puerto, para ver, en el hotel en el que se había hospedado, al amigo que se marchaba al día siguiente. Le habló de una herencia que esperaba y le pidió que aguardase él quince días antes de oír su contestación definitiva. Al volver hacia la estación, mientras andaba por las grandes avenidas oscuras, pensó con profundo asombro en el paso que acababa de dar. ¿Conque había resuelto matar a Roubaud, puesto que disponía ya de su mujer y de su dinero? No. No era verdad. Nada tenía decidido, y sólo tomaba precauciones por si acaso se decidía. Pero la imagen de Severina se presentó ante él: la presión ardorosa de su mano, su mirada fija que decía sí, mientras su boca decía no. Era evidente: quería que matase al otro. Jacobo se sintió presa de gran turbación: ¿qué iba a hacer?

En el dormitorio de la calle François-Mazeline, acostado al lado de Pecqueux, que roncaba, Jacobo permaneció insomne. A pesar suyo, su cerebro trabajaba en la idea del asesinato, tejiendo el bosquejo del drama, calculando sus más remotas consecuencias. Buscaba, discutía las razones en pro y en contra. En suma, y mirándolo bien, con sangre fría y sin excitación, todas estaban en pro. ¿No era Roubaud el único obstáculo que se oponía a su felicidad? Muerto éste, él se casaría con Severina, a la que adoraba, y ya no tendrían por qué ocultarse: la poseería enteramente y para siempre. Además, había la cuestión del dinero: una fortuna. Dejaría su duro oficio, se convertiría en patrono, en aquella América de la que sus compañeros hablaban como de un país en el que los mecánicos nadaban en oro. Su nueva existencia allá se le presentaba como un ensueño: una mujer que le amaba apasionadamente, millones ganados en seguida, una vida de amplio horizonte, ambiciones ilimitadas; en suma, lo que le diera la gana. Y para realizar este ensueño, sólo tenía que hacer un gesto: nada más que suprimir a un hombre, como a un animal, como a una planta que obstruye el paso y que se aplasta con un pisotón. Ni siquiera era interesante aquel hombre engordado, obeso ya, hundido en su estúpido amor al juego, en el que zozobraba cuanto le quedaba de sus antiguas energías. ¿Por qué perdonarle? Ninguna circunstancia, ninguna en absoluto, abogaba a favor suyo. Todo le condenaba, ya que, a todas luces, el interés de los demás exigía su muerte. Titubear sería imbécil y cobarde.

Pero Jacobo, cuya espalda ardía, de suerte que se volvió boca abajo, de

pronto se giró de nuevo sobresaltado por un pensamiento, que, hasta entonces, había permanecido en lo vago y que ahora le absorbía con una violencia tal que sentíalo como dardo en su cráneo. Él, que desde niño quería matar, que era perseguido hasta el suplicio por el horrible encanto de su idea fija, ¿por qué no iba a matar a Roubaud? Tal vez saciase para siempre, en esa víctima escogida, su instinto homicida. De esta manera, no sólo haría un buen negocio, sino que saldría curado. ¡Curado, Dios mío! ¡No tener ya ese anhelo de sangre, poder poseer a Severina, sin el feroz despertar del antiguo macho que llevaba sobre los hombros a las hembras destripadas! Un sudor le inundó; ya se veía con la navaja en la mano, abriendo la garganta a Roubaud, como éste se la había abierto al presidente; satisfecho y saciado a medida que la sangre de la herida le chorreaba sobre las manos. Le mataría; estaba resuelto, puesto que ello significaba conquistar la curación, la mujer adorada y la fortuna. Si había de matar a alguien, prefería matar a Roubaud; sabría, por lo menos, lo que hacía, y obraría juiciosamente, guiado por el interés y por la lógica.

Una vez tomada esta decisión, Jacobo, al dar las tres de la mañana, trató de dormir. Ya perdía el conocimiento, cuando una sacudida profunda le hizo incorporarse. Se sentó sobre la cama, ahogado. ¡Matar a aquel hombre! ¿Con qué derecho? Cuando le molestaba alguna mosca, la machacaba con un golpe de la mano. Cierta día, a un gato que se le había enredado entre sus piernas, le había roto los riñones de un puntapié; por cierto, sin quererlo. ¡Pero ese hombre! ¡Su semejante! Tuvo que rehacer todo su razonamiento, a fin de probarse a sí mismo su derecho a matar, el derecho de los fuertes, importunados por los débiles, que son comidos. Era a él a quien, ahora, amaba la mujer del otro; y ella misma era quien quería obtener la libertad para casarse con él y darle su fortuna. De este modo, sencillamente descartaba un obstáculo. En la selva, cuando dos lobos se encuentran ante una loba, ¿acaso el más fuerte no quita de en medio al otro de un bocado? Y antiguamente, cuando los hombres se guarecían como lobos en el fondo de las cavernas, ¿no pertenecía la hembra codiciada al que la sabía conquistar por la sangre de sus rivales? Entonces, y ya que esta era la ley de la vida, había que obedecer, dejando a un lado aquellos escrúpulos inventados posteriormente para permitir una vida en común. Poco a poco, su derecho se le antojó absoluto, y sintió reafirmarse su decisión: desde el día siguiente, escogería el lugar y la hora preparándolo todo. Lo mejor, sin duda, sería apuñalar a Roubaud de noche, en la estación, mientras estaba de ronda. Así se creería que había sido asesinado por merodeadores sorprendidos. Conocía detrás del montón de carbón, un buen sitio, sólo necesitaba atraer allí a Roubaud. A despecho de sus esfuerzos anteriores para conciliar el sueño, ahora Jacobo preparaba mentalmente el escenario; consideraba en qué lugar habría de colocarse, cómo habría de dar el golpe para matar a su víctima en el acto. Pero sorda e invencible, mientras descendía a los menores detalles, reaparecía su repugnancia y formulábase en

su fuero interno una protesta que de nuevo le hacía estremecerse. ¡No, no, no lo mataría! Era monstruoso, inejecutable, imposible. En él se resistía el hombre civilizado, la fuerza de la educación, el lento e indestructible andamio de las ideas transmitidas. No hay que matar, había mamado con la leche de las generaciones. Su cerebro afinado, lleno de escrúpulos, rechazaba el crimen con horror tan pronto como se ponía a considerarlo. Sí, matar en un apuro, en un momento de ceguera en que domina el instinto. ¡Pero matar a sangre fría, por cálculo y por interés, no, nunca, nunca podría hacerlo!

Era cerca del alba, cuando Jacobo logró adormilarse, pero su sueño fue tan ligero que la lucha continuó en él confusa y abominable. Los días que siguieron fueron los más dolorosos de su existencia. Evitaba ver a Severina; le había mandado a decir que no acudiese a la cita del sábado, pues temía a sus ojos. Mas tuvo que verla el lunes, y tal como lo había temido, sus grandes ojos azules, tan dulces y profundos, le llenaron de angustia. Severina no habló de aquello, y no tuvo un gesto ni una palabra que pudiera excitarle. Pero sus ojos seguían expresando el temible pensamiento: le interrogaban, le suplicaban. No sabía cómo mostrarse a la impaciencia y al reproche que expresaban; siempre los encontraba fijos en los suyos. Sin duda ella se extrañaba viendo que el joven vacilaba un momento en ser feliz. Al separarse de Severina la abrazó con brusco arrebató, para darle a entender que estaba resuelto. Era verdad, lo estaba, y resuelto se sintió hasta llegar al final de la escalera. Allí volvió a comenzar la lucha de su conciencia.

A los dos días, al verla de nuevo, tenía Jacobo la palidez confusa y la furtiva mirada de un cobarde que retrocede ante el acto necesario. Severina, sin decir una palabra, prorrumpió en sollozos y llorando abrazada a su cuello, se sintió terriblemente desgraciada, mientras él, trastornado, estaba abrumado por el desprecio que sentía hacia sí mismo. Era preciso acabar de una vez.

—El jueves, allí, ¿quieres? —pregunta ella en voz baja.

—Sí, el jueves, te esperaré.

La noche de aquel jueves fue muy oscura, con un cielo opaco y pesado, sin estrellas y cargado de brumas del mar. Como de costumbre, Jacobo llegó el primero. De pie tras la casa de los Sauvagnat, acechó la llegada de Severina. Pero eran tan densas las tinieblas y Severina avanzaba con paso tan ligero, que el joven se estremeció al sentirse rozado por ella sin advertir su presencia. En el segundo siguiente, ya la tenía en sus brazos, inquieta al sentirle temblar.

— ¿Te asusté? —murmuró.

—No, no, te esperaba —dijo Jacobo—. Vamos a dar una vuelta. No nos pueden ver.

Y abrazados por el talle, se pasearon despacio por los terrenos vagos de la

estación. En aquel lado del depósito, los mecheros de gas eran muy contados, y algunos puntos quedaban completamente en la sombra, mientras que los reverberos aparecían muy numerosos a lo lejos, junto a la estación misma, dando la impresión de chispas vivientes.

Anduvieron así durante largo rato, taciturnos. Severina reclinaba su cabeza sobre el hombro del joven, alzándola, de vez en cuando, para besarle en la barbilla; él, inclinándose, le devolvía el beso sobre la sien, en el nacimiento del pelo. Desde las iglesias resonó el golpe grave y único de la una de la mañana. Si los amantes no hablaban era porque, unidos por el abrazo, oían uno el pensamiento de otro. Sólo pensaban en aquello. Ya no podían estar juntos sin la obsesión de aquella idea. Continuaba la lucha. ¿Para qué pronunciar en voz alta palabras inútiles, cuando era preciso obrar? En un momento en que ella alzó la cabeza para acariciarle, notó que la navaja hacía bulto en el bolsillo del pantalón de Jacobo. ¿Significaba esto que estaba resuelto?

Pero los pensamientos de Severina se desbordaban, sus labios se abrieron y fue con un soplo apenas perceptible como dijo:

—Hace un rato subió. No sabía por qué, hasta que le vi coger el revólver que se le había olvidado... Sin duda va a hacer una ronda de inspección.

Se produjo un nuevo silencio, y sólo después de haber dado unos veinte pasos más, Jacobo dijo a su vez:

—Unos ladrones se llevaron plomo de aquí, anoche... Dentro de un rato vendrá seguramente.

Entonces sintió ella un ligero estremecimiento. Ambos quedaron mudos de nuevo y, lentamente, prosiguieron su camino. Una duda asaltó a Severina: ¿era de veras la navaja lo que hacía bulto en el bolsillo de Jacobo? Le besó dos veces, y restregando su cuerpo con la pierna del joven, trató de enterarse si la llevaba allí, pero no obtuvo la seguridad. Entonces, dejó colgar su brazo y tentó, mientras le daba otro beso. Sí, era la navaja. Pero Jacobo comprendió la intención de su amante, y ahogándola contra su pecho, balbuceó a su oído:

—Vendrá. Y serás libre.

El crimen estaba decidido, y les pareció que ya no andaban, sino que una fuerza extraña los llevaba sin que rozasen el suelo. Sus sentidos se volvieron en extremo agudos, sobre todo el tacto; sus manos unidas les dolían, y el menor roce de sus labios les producía la sensación de un rasguño. También oían los ruidos que habían escapado a su atención hacía un rato: el rodar y el lejano resoplido de las máquinas; choques sordos y pasos errantes en lo más profundo de las tinieblas. Y veían en la noche, distinguían las negras formas de los objetos, como si un vaho se hubiese desprendido de sus párpados. Un murciélago pasó y pudieron seguir su brusco y desigual revoloteo. En un

escondrijo formado por montones de carbón se detuvieron, quedando inmóviles, con el oído y la vista alerta, puesto en tensión todo su ser. Cuchichearon entre sí, diciéndose:

— ¿No has oído un grito? ¿Alguien que llamaba?

—No. Están encerrando un vagón.

—Pero ahí, a mano izquierda hay alguien que anda. Ha crujido la arena.

—No, no, son las ratas que hacen caer el carbón.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, Severina le abrazó con más fuerza.

—Aquí está.

— ¿Dónde? No veo nada.

—Ha dado vuelta por el depósito de la estación de mercancías. Viene derecho hacia nosotros... ¡Mira su sombra que pasa por aquella pared blanca!

— ¿Aquel punto oscuro? ¿Crees?... ¿Entonces viene solo?

—Sí, solo. Viene solo.

Y en aquel momento decisivo, Severina se arrojó apasionadamente a su cuello, pegando a la de Jacobo su ardiente boca. Fue un beso de carne viva, con el que parecía dar al amante toda su sangre. ¡Cuánto le quería y cuánto odiaba al otro! ¡Ah, si ella se hubiese atrevido, veinte veces habría ya dado el golpe, para evitarle al joven tanto horror; pero sus manos se negaban a servirla, se sentía demasiado débil, el acto exigía un puño de hombre! Y aquel beso interminable era todo cuanto podía dar a Jacobo de su propio valor; era promesa de posesión completa, la comunión de su carne. A lo lejos silbaba una locomotora, arrojando, a través del silencio nocturno, un quejido melancólico y doloroso. Oíanse los golpes acompasados de una fragua, el choque de un martillo gigante rebotando en misterioso lugar. Las tinieblas que del mar habían surgido, formaban en el cielo un desfile como del caos en marcha, y su movimiento parecía extinguir, por momentos, las chispas vivientes de los mecheros de gas.

Cuando, al fin, Severina apartó su boca de la de Jacobo, ya nada propio conservaba en su ser, que todo entero había pasado a él.

Jacobo con rápido movimiento, había abierto la navaja. Pero en el momento siguiente lanzó una palabrota sofocada.

— ¡Dios de Dios! ¡Se marcha!

Era verdad. La sombra movediza, después de haberse acercado a ellos hasta unos cincuenta pasos, se dirigió hacia la izquierda y se alejó con el paso

tranquilo de un velador al que nada inquieta.

Severina empujó al amante.

— ¡Síguele!

Y él delante, ella rozándole los tacones, se lanzaron a andar, ligeros, deslizándose en pos del hombre, como para darle caza. De pronto, desapareció detrás del ángulo de los talleres de reparación; pero al tomar la diagonal, atravesando una vía de reserva, le volvieron a encontrar a veinte pasos a lo sumo. Para guarecerse, tuvieron que aprovechar los más insignificantes trozos de pared: un simple trapiés los hubiera delatado.

—No le cogemos —gruñó Jacobo sordamente—. Si consigue llegar al puesto del guardagujas, se nos escapa.

Severina repetía:

—Síguele, anda, síguele.

En aquel minuto, en medio de los terrenos vagos, vastos y llanos, sumidos en tinieblas, y en medio de esa nocturna tristeza que envolvía a la gran estación, Jacobo se sintió resuelto a todo, como si estuviese protegido por la soledad y fuese cómplice de una emboscada. Mientras, furtivo, aceleraba el paso, se excitaba repasando en su mente las razones que convertían el inminente asesinato en acción loable y legítima, recomendada y decidida por la lógica. Era un derecho que iba a ejercer, el derecho de vida, puesto que de esa sangre de su prójimo dependía su existencia. Sólo habría que dar un navajazo, y tendría conquistada la felicidad.

—Se nos escapa, se nos escapa —repetía furioso, viendo que la sombra cruzaba el puesto del guarda agujas—. Se acabó. Ya no le alcanzaremos.

Pero Severina, con mano nerviosa, le agarró del brazo, e, inmovilizándole y apretándole contra sí, exclamó:

— ¡Mira! ¡Está volviendo!

En efecto, Roubaud volvía. Después de girar hacia la derecha, bajó de nuevo. Quizás sintiese en su espalda la oscura sensación de ser perseguido, con amenaza mortal; pero continuaba andando con el paso tranquilo de un concienzudo guardián, que no quiere regresar sin haber echado una ojeada por todas partes.

Detenidos bruscamente en su carrera, Jacobo y Severina no se movían. La casualidad les había colocado en el ángulo mismo de un montón de carbón. Se adosaron contra la negra pared como queriendo penetrar en la masa de carbón, confundidos con esa mancha de tinta, sin aliento.

Jacobo observaba a Roubaud que venía derecho hacia ellos. Treinta metros

les separaban apenas; cada paso, acompasado como el inexorable péndulo del destino, disminuía la distancia. Sólo quedaban veinte pasos. Diez. Ahora mismo le tendría delante de sí, levantaría el brazo y, dando el golpe de derecha a izquierda, para ahogar el grito, le plantaría la navaja en el cuello. Los segundos pasaban interminables. Tal ola de pensamientos atravesaba el vacío de su cráneo, que la noción del tiempo parecía abolida. Una vez más desfilaron ante su mente todas las razones que le impulsaban, y volvió a ver claramente el asesinato, las causas y las consecuencias. Cinco pasos todavía. Su voluntad, tirante hasta romperse, seguía inquebrantable. Quería matar y sabía por qué.

Pero a dos pasos, a uno sólo, se produjo un desastre: todo en él, de pronto, se desmoronó, ¡no, no, no mataría, no podía matar así a aquel hombre indefenso! El raciocinio no bastaría nunca para cometer un homicidio; se necesitaba el instinto de morder, ese salto que le lanza a uno sobre la presa, el hombre o la pasión que desgarran. ¿Qué importaba que la conciencia sólo se compusiera de ideas transmitidas en un lento proceso de formación de la justicia? No se sentía con derecho a matar, y por más que hacía, no llegaba a persuadirse que le era lícito tomarse ese derecho.

Roubaud pasó tranquilamente. Su codo rozó a los dos amantes, escondidos junto al carbón. Un suspiro les habría traicionado, pero se quedaron sin respirar, como muertos. No se levantó el brazo. No hundió la navaja. Nada hizo estremecerse las densas tinieblas, ni siquiera un leve temblor. Roubaud ya estaba lejos, a diez pasos, cuando aun seguían inmóviles los dos, con la espalda adherida al negro montón, sin aliento, paralizados por el espanto que les había inspirado aquel hombre solo, que acababa de rozarles pasando junto a ellos con paso tan lento y sereno.

Jacobo lanzó un ahogado sollozo de rabia y vergüenza.

— ¡No puedo! ¡No puedo! —gimió.

Quiso abrazar a Severina, apoyarse en ella; ansiaba ser perdonado y recibir consuelo. Pero su amante, sin decir una palabra, se escapó. El joven alargó la mano, tratando de cogerla por la falda, pero ésta se le escurrió entre los dedos. Poco después oyó los ligeros y precipitados pasos de su huida. En vano se puso a perseguirla durante un instante, trastornado por su brusca desaparición. ¿Tanto la enfadaba su debilidad? ¿Le despreciaba? La prudencia le impedía reunirse de nuevo con ella. Más cuando se vio solo en aquellos terrenos vastos y llanos, manchados por las pequeñas lágrimas amarillentas de los mecheros de gas, una espantosa desesperación se apoderó de él. Sintió impaciencia por salir de ese estado de ánimo; por hundir su cabeza en la almohada para ahogar así la abominación de su existencia.

Unos diez días más tarde, hacia fines de marzo, por fin los Roubaud

triunfaron de los Lebleu. La administración reconoció como justa su demanda, que fue apoyada por el señor Dabadie, tanto más cuanto que la famosa carta del cajero en la que se comprometía a devolver el piso si un nuevo jefe segundo lo reclamase, acababa de ser descubierta por la señorita Guichon al revolver ésta entre algunas cuentas viejas en los archivos de la estación. Inmediatamente, la señora Lebleu, exasperada por su derrota, habló de mudarse: ya que querían su muerte, ¡que se la dieran en seguida! Durante tres días, aquella memorable mudanza mantuvo revuelto todo el pasillo. Hasta la tan insignificante señora Moulin, de la que nadie parecía sospechar la existencia y a la que nunca veían entrar ni salir, participó en ella llevando la mesa de labor de Severina de un departamento a otro. Mas fue sobre todo Filomena la que entró en acción haciendo que soprase la discordia: desde las primeras horas de la mañana se presentó para ayudar: hizo los bultos, zarandeó los muebles e irrumpió en el piso conquistado antes de que la inquilina lo hubiese abandonado. Y ella fue quien expulsó a la señora Lebleu, en medio del vaivén de los dos mobiliarios, mezclados y confundidos en el traslado. Había llegado a mostrar tal celo hacia Jacobo y hacia todo cuanto él amaba, que Pecqueux, asombrado y receloso, la preguntó con su aire bellaco y modales de borracho vengativo, si ahora se acostaba con el maquinista, advirtiéndole que les ajustaría las cuentas a ambos el día en que los sorprendiese. La conducta del fogonero sólo hizo aumentar la afición de Filomena hacia el joven: se convertía en la criada de éste y de su amante, esperando así poseer una pequeña porción de él al colocarse entre ambos. En medio del ruido de las puertas, se llevó la última silla; mas viendo un taburete olvidado por la mujer del cajero, abrió de nuevo la puerta de entrada y lo arrojó al pasillo. La guerra había terminado.

Entonces, la vida volvió a su monótono curso de siempre. Mientras la señora Lebleu, inmovilizada por sus reumas en el fondo de su butaca, se moría de aburrimiento, con gruesas lágrimas en los ojos, ante el muro de zinc de la estación que le ocultaba el cielo, Severina, instalada junto a una de las ventanas de la parte delantera, trabajaba en su interminable colcha. Abajo, ante su vista, se desarrollaba la alegre agitación del patio de salida, con la continua ola de caminantes y coches. La primavera precoz de aquel año verdeaba ya las copas de los grandes árboles en la orilla de las aceras; y, más allá, los lejanos ribazos de Ingouville aparecían con sus cuevas lozanas llenas de arboledas y salpicadas por las manchas blancas que formaban las muchas casas de campo. Mas extrañábale a Severina el poco placer que le proporcionaba el ver realizado por fin su gran sueño: estar allí, en aquella codiciada vivienda, teniendo ante sus ojos el vasto espacio lleno de claridad y sol. Hasta sucedía que se impacientaba por los furiosos gruñidos de la señora Simon, su asistenta, que no se acomodaba al nuevo piso que tenía que cuidar y limpiar, y echaba de menos su antigua hondonada, como la llamaba ella, en la que, seguramente a

causa de la escasa luz, se había visto menos suciedad.

En cuanto a Roubaud, mostraba una indiferencia tal que ni siquiera parecía darse cuenta de que había cambiado de perrera. Con frecuencia se equivocaba y sólo notaba su error al ver que su nueva llave no entraba en la antigua cerradura. Sus ausencias se multiplicaban y continuaban sus desarreglos. Hubo un momento, sin embargo, en que le pareció se reanimaban sus ideas políticas; no porque éstas fuesen muy definidas ni muy ardientes, sino porque había guardado viva memoria de su disgusto con el subprefecto, aquel disgusto que por poco le costó el empleo. Desde que el Imperio, amenazado por las elecciones generales, atravesaba por una terrible crisis, el jefe segundo se sentía triunfante, repitiendo que esos señores no seguirían siendo los amos para siempre. Una advertencia amistosa del señor Dabadie, informado por la señorita Guichon, ante la que Roubaud había soltado la frase revolucionaria, bastó para calmarle. Puesto que la paz reinaba en el pasillo y todos vivían en buena inteligencia, excepto la señora Lebleu que se moría de tristeza, ¿para qué atraerse nuevos enojos con asuntos de gobierno? Roubaud hizo un ademán de desdén. Después de todo, ¿qué le importaba la política? Tanto le interesaba como todo lo demás. Y más obeso cada día, sin remordimiento, marchaba con su paso pesado y su espalda redonda, reveladora de indiferencia.

Entre Jacobo y Severina había aumentado el malestar desde que podían verse a cada momento. Ya nada se oponía a su felicidad; el joven subía a verla por la otra escalera cuando se le antojaba, sin temor a ser acechado. Pero lo irrealizado, el acto decidido y consentido por ambos, y que él no cumplió, era lo que interponía entre ellos un malestar parecido a una pared infranqueable. Él, que llevaba consigo la vergüenza de su debilidad, hallaba a Severina cada vez más sombría y como enferma por su inútil espera. Ya no se buscaban sus labios, porque habían agotado cuanto les podía brindar aquella posesión a medias: partir, casarse, comenzar una nueva vida en ultramar, era la felicidad que ahora anhelaban.

Cierta noche, Jacobo halló a Severina sumida en llanto; y cuando ella le vio, no se detuvo: continuó sollozando en sus brazos. Ya había llorado así en otras ocasiones, pero siempre Jacobo había logrado apaciguarla con sus abrazos; mientras que, esta vez, estrechándola contra su pecho, la sentía presa de una desesperación que crecía a medida que él la abrazaba con más fuerza. Trastornada, al fin, cogió su cabeza entre sus manos, y hundiendo su mirada hasta el fondo de sus ojos anegados en llanto, juró obedecerle ciegamente, sin volver a retroceder, comprendiendo que si ella se desesperaba de tal manera, era por ser mujer, por no atreverse a matar con sus propias manos, atadas en dulce pasividad.

—Perdóname. Espera un poco más —suplicó—. Te lo juro, será pronto, en cuanto pueda.

En seguida, Severina apretó su boca contra los labios de Jacobo, como para sellar aquel juramento, y se unieron con uno de esos besos profundos que hacía se confundieran en una comunión de su carne.

CAPÍTULO X

La tía Fasia murió el jueves por la noche, a las nueve, después de una horrible convulsión. En vano Misard, que aguardaba junto a la cama, trató de cerrarle los párpados: los obstinados ojos permanecían abiertos. La rígida cabeza, un poco inclinada sobre el hombro, parecía mirar lo que pasaba en el cuarto, y la tirantez de los labios diríase expresaba una risa burlona. El cadáver era alumbrado por la luz de una sola bujía colocada junto a la muerta, en un rincón de la mesa. Y los trenes, que pasaban a todo vapor desde las nueve, ignorando la presencia de aquel cuerpo tibio aún, lo sacudían por un minuto, haciendo vacilar la llama de la vela.

Inmediatamente, Misard, deseoso de alejar a Flora, la mandó a Doinville a dar parte del fallecimiento. No estaría de vuelta hasta las once, de manera que Misard tendría dos horas a su disposición. Con mucha serenidad comenzó por cortar un pedazo de pan, pues sentía el estómago vacío, ya que no había probado bocado durante aquella interminable agonía. Y comiendo de pie, iba y venía removiendo los objetos de la habitación. De vez en cuando le detenía la tos, doblándole y agotándole mortalmente; y ofrecía un aspecto tan flaco y enfermizo, con sus ojos dulces y su descolorido pelo, que no parecía pudiese gozar mucho tiempo de su victoria. Pero, a pesar de todo, había acabado con aquella alta y hermosa mujer, del mismo modo que el insecto acaba con el roble; ahí estaba, yaciendo boca arriba, aniquilada, reducida a nada, mientras que él seguía viviendo. Mas un súbito temor le hizo arrodillarse para coger, de debajo de la cama, una cazuela con restos de agua de salvado, preparada para una lavativa: desde que Fasia había descubierto lo de la sal, era en las lavativas en donde Misard ponía el veneno raticida; y ella, tan tonta, lo introducía en su cuerpo sin sospecharlo, y con resultado mortífero esta vez. Misard se llevó la cazuela y después de vaciarla, volvió y lavó con una esponja el piso de la habitación, lleno de manchas. ¿Y por qué se había ella obstinado? Había querido ser lista y lo había pagado. Cuando en un matrimonio se llega a jugar a ver quién entierra al otro, sin poner a nadie al tanto de la lucha, hay que abrir los ojos. Se sentía orgulloso, riéndose como de un buen chiste de la droga tan cándidamente tragada por abajo, mientras ella había vigilado con tanto cuidado todo cuanto entraba por arriba. En este momento pasó un expreso y envolvió la caseta en tal soplo de tempestad, que Misard, pese a lo acostumbrado que estaba a ese movimiento, se volvió

asustado hacia la ventana. ¡Ah, sí, aquella ola perpetua, aquella gente que venía de todas partes, nada sabía de lo que ocurría en su camino y nada le importaba, impaciente por irse al diablo! Y desaparecido el tren, se encontró, en medio del opresivo silencio, con los dos ojos muy abiertos de la difunta; y las pupilas fijas parecían seguir cada uno de sus movimientos, mientras maliciosos reían los labios apretados.

Misard, hombre tan flemático, sintió un ligero acceso de ira. De sobra comprendía; la muerta le decía: «¡Busca! ¡Busca!». Pero seguro que no se iba a llevar consigo sus mil francos, y ahora que había cesado de existir, Misard los encontraría. ¿No habría hecho mejor en entregárselos de buena gana? Así se hubieran evitado todos los disgustos. Los ojos le seguían por todas partes. ¡Busca! ¡Busca! Aquella habitación que no había osado registrar mientras viviera ella, ahora la recorría con la mirada. Cogió las llaves de debajo de la almohada, revolvió las tablas del armario lleno de ropa blanca, vació los dos cajones e incluso los quitó para ver si cubrían algún escondrijo. ¡Nada! Luego se precipitó sobre la mesa de noche, despegó el mármol, lo examinó minuciosa, aunque inútilmente. También husmeó por detrás del espejo de la chimenea, un barato espejo de feria, fijado en la pared con dos clavos; introdujo una regla plana, pero sólo sacó unos cuantos copos negros de polvo. ¡Busca! ¡Busca! Entonces, para huir de aquellos ojos muy abiertos, que le perseguían, se puso a andar a gatas, dando golpecitos en el solado, escuchando si notaba algún hueco. Varios baldosines estaban despegados y los arrancó. ¡Nada tampoco! Cuando de nuevo se puso en pie, los ojos volvieron a apoderarse de él, y quiso plantar su mirada en la mirada fija de la muerta; ésta, en las comisuras de sus labios plegados acentuaba su terrible risa. No había duda, se burlaba de él. ¡Busca! ¡Busca! La fiebre se adueñaba de Misard. Mordido por una sospecha, por una idea sacrílega, que hizo palidecer aun más su cara lívida, se acercó al cadáver. ¿Por qué él se figuraba que no se llevaría a la tumba sus mil francos? Pues tal vez se equivocara. Y se atrevió a destaparla, e incluso a desnudarla, y registró todos los pliegues del cuerpo: buscó debajo de la muerta, detrás de la nuca, detrás de las caderas. Deshizo la cama, hundiendo todo su brazo en el jergón. No halló nada. ¡Busca! ¡Busca! Y la cabeza, recaída sobre la almohada deshecha, continuaba mirándole con pupilas burlonas.

Mientras Misard, furioso y amedrentado, trataba de arreglar la cama, llegó Flora, de vuelta de Doinville.

—Pasado mañana, sábado, a las once —dijo.

Hablaba del entierro. Mas una ojeada la puso al corriente de la ocupación a la que Misard se había dedicado desesperadamente durante su ausencia.

— ¡Déjelo! —dijo con un movimiento de desdeñosa indiferencia—. ¡No lo

encontrará!

Él se imaginó que también ella le desafiaba, y se adelantó con los dientes apretados.

—A ti te los ha dado —dijo—. ¡Tú sabes dónde están!

Ante la idea de que su madre había podido dejar a alguien sus mil francos, aunque fuese a su propia hija, Flora se encogió de hombros.

— ¡Dármelos a mí! ¡Cuernos!... ¡A la tierra es a quien se los ha dado! Sí, allí están, ¡búsquelos, si quiere!

Y con amplio ademán indicó toda la casa, el jardín con su pozo, la vía férrea, toda la vasta campiña. Sí, por ahí estaban, en el fondo de algún hoyo, en algún lugar donde ya nadie los descubriría. Luego, mientras Misard, enloquecido de rabia, se lanzaba de nuevo a zarandear los muebles y a pegar contra las paredes, sin hacer caso en absoluto de la presencia de la joven, Flora, de pie junto a la ventana, observó a media voz:

— ¡Qué bien se está fuera! ¡Qué noche tan hermosa!... He andado muy de prisa. Las estrellas alumbran como si fuese de día... ¡Qué tiempo magnífico hará mañana al salir el sol!

Flora permaneció un rato ante la ventana, sumiendo la mirada en la campiña serena. Se sentía enternecida por los primeros alientos de abril, que la turbaban, envenenando aún más la llaga de su tormento. Pero cuando oyó que Misard dejaba la habitación para registrar los cuartos vecinos, se acercó a la cama y se sentó, contemplando a su madre. En el rincón de la mesa continuaba la vela ardiendo con llama alta e inmóvil. Un tren pasó sacudiendo la casa.

Flora había tomado la decisión de quedarse a pasar la noche allí. Reflexionaba. Al principio, la presencia de la difunta la distrajo de la idea fija que la dominaba y contra la que había luchado durante todo el camino, en medio de la paz nocturna. Ahora un sentimiento de sorpresa embotaba su sufrimiento: ¿por qué no se conmovía con la muerte de su madre?, ¿por qué no la lloraba? La había querido mucho, sin embargo, pese a su fiereza de gran muchacha muda que gustaba de escaparse sin cesar, vagando por los campos tan pronto como se veía libre del servicio. Veinte veces, durante la crisis mortal, había venido a sentarse a aquel mismo lugar, suplicando a su madre que llamase a un médico, pues sospechaba lo que estaba haciendo Misard y esperaba que el miedo le detuviera. Pero nunca había obtenido de la enferma más que un furioso «¡no!», como si hubiese cifrado el orgullo de aquella lucha en no aceptar socorro de nadie, segura de su triunfo final, a pesar de todo, puesto que se llevaría el dinero a la tumba. Por eso Flora había renunciado a intervenir absorbida por su propia pena, desapareciendo de la casa y corriendo por los campos para olvidarla. Sin duda era eso lo que cerraba su corazón:

cuando se sufre por una pena demasiado dolorosa, ya no queda lugar para ninguna otra. Su madre se había ido; la veía ahí, destrozada y pálida, sin que aquella visión pudiese entristecerla más, a pesar de todos sus esfuerzos para conseguirlo.

¿Llamar a los gendarmes y denunciar a Misard? ¿Y para qué, puesto que todo iba a hundirse? Poco a poco, invenciblemente, y aunque su mirada quedaba fija en la muerta, cesaba de verla, volviendo a su visión íntima y sumiéndose en la idea que dominaba su cerebro. Y ya no percibía más que las profundas sacudidas causadas por los trenes cuyo paso marcaba las horas.

Desde hacía un instante, un fragor a lo lejos anunciaba la aproximación de un tren ómnibus de París. Cuando, al fin la locomotora, con su faro, pasó ante la ventana, hubo en el cuarto un relámpago, un fulgor de incendio.

—La una y dieciocho —pensó Flora—. Todavía siete horas. Esta mañana a las ocho y dieciséis pasaron.

Desde hacía algunos meses, esperar cada semana aquel tren, se había convertido para Flora en una pesadilla. Sabía que el viernes por la mañana, el expreso que conducía a Jacobo llevaba también a París a Severina; y ya no vivía, torturada por los celos, sino para acecharlos, para verlos. ¡Y pensar que iban a poseerse libremente allá en la capital! ¡Oh, aquel tren que huía sin que ella pudiese agarrarse al último coche para que la llevara también! Parecíale que cada una de sus ruedas le cortaba el corazón. Había sufrido tanto que, una noche, se había escondido decidida a escribir a la justicia, pues todo habría terminado una vez arrestada aquella mujer. Y Flora, que en tiempos pasados había sorprendido las cosas obscenas que hacía con el presidente Grandmorin, no dudaba de que revelarlas a los jueces era entregar a Severina. Mas cuantas veces tomaba la pluma, tuvo que dejarla no pudiendo nunca dar forma a su pensamiento. Y, además, ¿la escucharía la justicia? Esos grandes señores se entendían unos con otros, y tal vez fuera a ella a la que meterían en prisión, como lo habían hecho con Cabuche. ¡No, quería vengarse, y se vengaría sola, sin necesidad de nadie! Y no era su deseo un acto de venganza como aquellos de los que había oído hablar; no era querer un mal para curar el suyo. Era una necesidad de acabar con todo, de aplastarlo todo como si un rayo lo atravesase. Muy orgullosa, se sentía más hermosa y más fuerte que la otra, y estaba convencido de su derecho de ser amada. Cuando andaba solitaria por los senderos de aquel desierto, irguiendo el pesado casco de su rubia cabellera, de buena gana habría querido tener allí a su rival para zanjar su discordia en algún rincón del bosque, como dos guerreras enemigas. Jamás hombre alguno había osado tocarla. Vencía a los varones. Su fuerza era invencible. Sería victoriosa.

Desde la semana anterior, esta brusca idea se había hundido en la mente de

Flora como bajo los golpes de un misterioso martillo: ¡matarlos, para que no pasaran más, para que no fuesen a gozar juntos en París! No razonaba; obedecía al salvaje instinto de la destrucción. Cuando una espina se le quedaba metida en el dedo, también la arrancaba, aunque tuviese que cortarse el dedo. ¡Matarlos, matarlos, la primera vez que pasaran! Y para lograrlo, hacer descarrilar el tren, arrojar una viga sobre la vía, arrancar un riel; en fin, romperlo todo, hundirlo todo. Él, seguramente quedaría aplastado sobre su locomotora, y la mujer, como siempre viajaba en el primer coche, deseosa de estar cerca de su amante, tampoco escaparía a la muerte. En cuanto a los demás viajeros, esa continua ola de gente, ni siquiera la tomaba en cuenta. No existían. ¿Acaso los conocía? Y aquel destrozo de un tren, aquel sacrificio de tantas vidas, se convertía en la obsesión de cada una de sus horas. Ésta era la única catástrofe lo bastante grande, lo bastante profunda y llena de sangre y dolor humanos para que Flora pudiese bañar en ella su enorme corazón pleno de lágrimas.

Y, sin embargo, llegada la mañana del anhelado viernes, titubeó; no había escogido aún el lugar en que quitaría el riel. Mas por la noche, como no estaba de servicio, tuvo una idea: se fue por el túnel, hasta la bifurcación de Dieppe. Era uno de sus paseos predilectos ir hasta aquel subterráneo de media legua de longitud, una avenida abovedada y rectilínea, en la que gozaba de la emoción de ver rodar los trenes junto a ella, con sus faros que la cegaban. Cada vez que esto ocurría, se exponía Flora a ser destrozada, y tal peligro era, sin duda, lo que continuamente la atraía, causándole la sensación de desafiar a monstruos. Aquella noche, pues, luego de haber burlado la vigilancia del guarda; y haberse aventurado hasta la mitad del túnel, manteniéndose a mano izquierda, Flora tuvo la imprudencia de volverse hacia atrás para seguir con la mirada las linternas de un tren que iba a El Havre; y cuando quiso proseguir su camino, tropezó de manera tal que, sin darse exacta cuenta, dio media vuelta, con el resultado de que ya no sabía por qué lado acababan de desaparecer las luces rojas. Pese a su valor, aturdida por el estrépito de las ruedas, se detuvo con un estremecimiento de espanto. Ahora, si pasase otro tren, ya no sabría en qué dirección venía; se echaría entonces a la derecha o a la izquierda, y tal vez quedaría hecha pedazos por las ruedas. Haciendo un esfuerzo, trató de darse cuenta, de recordar, de reflexionar. Y de repente, el terror la arrastró al azar; corrió en línea recta, en loco galope. ¡No, no! ¡No quería que la matasen antes de haber matado ella a los dos! Sus pies se prendían a los rieles, tropezaba, caía, y volvía a correr luego con más precipitación. Era ésta la locura del túnel. Las paredes parecían estrecharse amenazando ahogarla; la bóveda repercutía; oía ruidos imaginarios, voces aterradoras, bramidos formidables. A cada momento volvía la cabeza, creyendo sentir sobre la nuca el abrasador aliento de una locomotora. Ya dos veces, la idea de que se engañaba y que sería despedazada yendo por el lado hacia el cual huía, le había hecho cambiar de

un brinco la dirección de su carrera. Galopaba, galopaba, cuando, de pronto, a lo lejos, surgió una estrella, un ojo redondo, llamas que crecían convirtiéndose en hoguera, en boca de horno devoradora. Deslumbrada, Flora saltó hacia la derecha, sin darse cuenta de lo que hacía; y el tren pasó como un trueno, sin hacer más que abofetearla con un viento de tempestad. Cinco minutos después salía, por el lado de Malaunay, sana y salva.

Eran las nueve. Algunos minutos más y estaría allí el expreso de París. Continuó, con paso tranquilo, hasta la bifurcación de Dieppe, distante trescientos metros, examinando la vía en busca de alguna circunstancia propicia. Precisamente se hallaba estacionado sobre la vía de Dieppe, un tren de carga en reparación, tren que acababa de dirigir allí su amigo Ozil. Y en una súbita iluminación de su mente Flora halló y determinó su plan: impedir al guardagujas que dirigiera el expreso por la vía de El Havre, de manera que fuera a estrellarse contra el tren de carga. Ese Ozil, desde el día en que, loco de deseo, se abalanzó sobre la joven, y ella le abrió la cabeza con un violento golpe, había conquistado la afección amistosa de Flora, y la muchacha gustaba de hacerle visitas imprevistas, atravesando el túnel, cual una cabra que se escapa del monte. Antiguo militar, muy flaco y poco hablador, concienzudo en su labor, aun no había cometido descuido alguno que pudiera reprochársele, alerta como estaba día y noche. Pero aquella salvaje, fuerte como un mozo, que le había pegado, hacíale arder la carne y ella le tendría a sus pies con sólo una señal que le hiciese.

Aunque era catorce años mayor que ella, la deseaba y se había jurado poseerla, obrando con paciencia y mostrándose amable, puesto que la violencia tan mal resultado le había dado. Y aquella noche, cuando en la oscuridad Flora se acercó a su puesto y le llamó, se fue con ella olvidándolo todo. Flora le aturdió, contándole historias enredadas mientras le llevaba hacia el campo: que su madre estaba enferma y que ella no se quedaría en La Croix-de-Maufras, si la pobre mujer falleciese. El oído de Flora acechaba a lo lejos el fragor del expreso que ya salía de Malaunay, acercándose a todo vapor. Cuando sintió que llegaba, se volvió para ver lo que iba a pasar. Mas no había contado con los nuevos aparatos avisadores: la locomotora, al entrar en la vía de Dieppe, acababa de recibir automáticamente la señal de parada; y el maquinista tuvo tiempo para detenerse a algunos pasos del tren de carga. Ozil, lanzando el grito de un hombre que se despierta bajo el hundimiento de una casa, volvió corriendo a su puesto, mientras ella observaba, desde el fondo de las tinieblas, aquella maniobra que hacía abortar el accidente. Dos días después, el guardagujas, destinado a otro punto, fue a despedirse de Flora, sin sospechar nada, suplicándole que se reuniera con él tan pronto como muriese su madre. Bueno. Había fallado un golpe. Pero imaginaría otro.

Ahora, bajo el recuerdo evocado, la niebla que oscurecía la mirada de

Flora, se desvaneció y vio a la muerta, alumbrada por la amarillenta llama de la vela. Su madre ya no vivía: ¿iba, pues, a marcharse?, ¿se casaría con Ozil, tan enamorado de ella, y que tal vez la hiciese feliz? Todo su ser se sublevó ante esta idea. ¡No, no! Si era lo bastante cobarde para dejarles la vida a los dos y continuar viviendo ella misma, prefería correr por los caminos o colocarse como sirvienta, antes que entregarse a un hombre al que no amaba.

Un ruido insólito la arrancó de sus pensamientos. Escuchó y advirtió que Misard, con un pico, estaba registrando por debajo del solado de la cocina. Enfurecido por la infructuosa busca del dinero, de buena gana habría destruido la casa. No —pensaba Flora—, tampoco iba a quedarse al lado de ese sujeto. Pero entonces, ¿qué haría? Sopló una ráfaga, temblaron las paredes, y por el blanco rostro de la muerta pasó un reflejo de llamas, ensangrentando los ojos abiertos y el irónico rictus de los labios. Había pasado el último tren mixto de París, arrastrado por su pesada y lenta locomotora.

Flora volvió la cabeza y miró las estrellas brillantes en la serenidad de la noche primaveral.

—Las tres y diez —pensó—. Dentro de cinco horas pasarán.

Intentaría otro golpe, pues sufría demasiado. Verles, verles así cada semana, yendo a caer uno en brazos del otro... ¡Era más de lo que podía soportar! Ahora que estaba segura de que no poseería nunca para sí sola a Jacobo, prefería que el joven desapareciese, que no quedara nada. Y la lúgubre habitación en que estaba velando, la envolvía en su pensamiento en luto, acentuando la imperiosa necesidad de un aniquilamiento total. Puesto que ya nadie la quería, ¡que siguiesen todos el camino de su madre! Se sucederían los muertos, unos tras otros, y todos serían enterrados de una vez. Había muerto su hermana, luego su madre, luego su amor. ¿Qué iba a hacer? ¿Quedarse sola, partir sola, siempre sola, mientras ellos serían dos? ¡No, no! ¡Que todo zozobrara, que la muerte presente en aquella triste estancia, soprase sobre la vía y barriese a todo el mundo!

Entonces, decidida después de tan largas cavilaciones se puso a imaginar la mejor manera de llevar a cabo su proyecto. Y, finalmente, volvió a su idea primitiva de quitar un riel. Era el medio más seguro, más práctico, y de fácil ejecución: bastaba quitar los cojinetes con un martillo y destornillar después el riel de los travesaños. Tenía herramientas y nadie la vería en aquel desierto. El mejor lugar sería, ciertamente, después de la zanja que se extendía hacia Barentin, en aquella curva que atravesaba una cañada sobre un terraplén de siete a ocho metros: allí el descarrilamiento sería cosa segura; la caída, espantosa. Mas el cálculo de las horas, en que luego se ocupó, la dejó perpleja. Sobre la vía ascendente, precediendo al expreso de El Havre, que pasaba a las ocho y dieciséis, había un tren ómnibus a las siete y cincuenta y cinco. Le

quedarían, pues, veinte minutos para llevar a cabo su intento; tiempo ampliamente suficiente. Pero entre los trenes reglamentarios a veces se lanzaban trenes de mercancías imprevistos, sobre todo en las épocas de gran movimiento. Entonces, ¡qué riesgo inútil! ¿Cómo saber de antemano si el expreso sería el que viniese a estrellarse allí? Durante largo rato continuó calculando mentalmente las probabilidades de que los resultados correspondiesen a su deseo. Aun era de noche. La vela ardía, con su alta torcida carbonizada, que nadie se cuidaba de despabilar.

Un tren de mercancías llegaba, procedente de Rouen. Entró Misard. Tenía las manos llenas de tierra, pues acababa de registrar la leñera y venía atontado y furioso por sus vanas pesquisas, y tan enloquecido de rabia impotente, que, frenético, se lanzó de nuevo a buscar debajo de los muebles, en la chimenea, por todas partes. El tren interminable, continuaba pasando con el acompasado estruendo de sus pesadas ruedas, y cada sacudida parecía agitar a la difunta en su cama. Misard, al alargar el brazo para descolgar un pequeño cuadro suspendido de un clavo de la pared, tropezó otra vez con los ojos abiertos que le observaban, mientras los labios se movían con risa.

El hombre se puso lívido y, tembloroso, balbuceó en medio de una furia mezclada de pavor:

— ¡Ya sé, sí, busca, busca!... ¡Ya los encontraré, maldita sea! ¡Sí, ya daré con ellos, aunque tenga que revolver cada piedra de la casa y cada terrón del país!

El tren desapareció lento y pesado entre las tinieblas. La muerta, vuelta a la inmovilidad, continuaba mirando a su marido, tan burlona, tan segura de su triunfo, que, de nuevo le expulsó del cuarto.

Flora, distraída en sus reflexiones, se levantó y cerró la puerta para que aquel hombre no viniese a molestar a su madre. Quedó asombrada al oírse decir a sí misma en voz alta:

—Diez minutos antes de la llegada. Eso es lo que conviene hacer.

En efecto, diez minutos bastarían. Sí, diez minutos antes de la llegada del expreso, no anunciarían ningún tren y podría llevar a cabo su plan. Y decidida la cosa, desapareció su ansiedad y se sintió muy tranquila.

A eso de las cinco despuntó el día; era un alba fresca, de una limpidez pura. A pesar del penetrante frío, la joven abrió la ventana de par en par, y el delicioso despertar de la mañana entró en la lúgubre habitación, llena de humo y de olor de muerte. El sol se ocultaba aún debajo del horizonte, tras una colina coronada de árboles; mas pronto aparecería deslumbrador, despidiendo rayos e inundando los barrancos en medio de la viva alegría de la tierra ante cada nueva primavera. No se había equivocado Flora la víspera: haría buen

tiempo, uno de esos días de juventud y salud perfecta en que gusta vivir. En aquel país desierto, entre los continuos ribazos cortados por angostas cañadas, ¡qué bueno sería correr a lo largo de los senderos de cabra, sólo guiada por el libre vuelo de la fantasía! Y la joven, al volver la mirada hacia el interior del cuarto, se sorprendió de ver la vela apagada, la vela que había manchado tanta claridad con una pálida lágrima.

Flora no había de ir a su puesto antes del pleno amanecer, y no dejó el cuarto hasta la hora de llegada del tren mixto de París, a las seis y doce. A las seis también Misard reemplazaba a su colega, el del turno de noche. Y al oír el toque de bocina, Flora fue a colocarse junto a la barrera, con la bandera en la mano. Durante un momento, siguió el tren con la vista.

—Faltan dos horas —pensó en voz alta.

Su madre ya no tenía necesidad de nadie. Desde el momento en que se había separado de la muerta, sentía Flora una repugnancia invencible a volver a su habitación. Todo había terminado; le había dado el último beso, ahora podía disponer de su propia existencia y de la de los otros. Entre las llegadas de trenes, habitualmente, Flora se escapaba, desapareciendo quién sabe por dónde. Pero aquella mañana, algo parecía mantenerla clavada en su puesto, junto a la barrera, sobre un banco confeccionado con una simple tabla y colocado en la orilla de la vía. El sol subía por el horizonte mezclando sus rayos al aire puro. Flora no se movía, bañada por aquella dulzura que invadía la vasta campiña, estremeciéndose al sentir la savia de abril. Durante un rato, le interesó contemplar a Misard en su barraca de tablas al borde opuesto de la vía. Parecía visiblemente agitado y muy lejos de su acostumbrada somnolencia: salía, entraba, manejaba sus aparatos con mano nerviosa, lanzando continuas ojeadas hacia la casa, como si su espíritu se hubiera quedado allí, perdido en una búsqueda sin fin. Pero pronto Flora le olvidó, y no se acordó siquiera de su presencia. Todo su ser estaba ocupado por el tren que venía, y, absorta, con el rostro mudo y rígido, mantenía los ojos fijos en el punto en que comenzaba el tramo de Barentin. Allá abajo, en medio de la alegría solar, habría de levantarse para ella una visión que haría cesar el viejo salvajismo de su mirada.

Transcurrieron algunos minutos. Flora no se movía. Al fin, cuando, a las siete y cincuenta y cinco, Misard anunció con dos toques de bocina el mixto de El Havre que llegaba sobre la vía ascendente, la muchacha se levantó, cerró la barrera y se plantó delante, presentando la bandera. Ya, a lo lejos, desaparecía el tren, después de haber conmovido el suelo, y se le oía hundirse en el túnel, en el que cesó el ruido. Flora no volvió al banco, sino que permaneció de pie, contando de nuevo los segundos. Si, dentro de diez minutos no se anunciaba ningún tren de mercancías, echaría a correr para hacer saltar el riel. Se sentía muy serena; sólo el pecho lo sentía oprimido bajo

el inmenso peso de la acción proyectada. Por lo demás, en aquel supremo momento, sólo pensar que Jacobo y Severina se acercaban y que, si ella no les detuviese, pasarían, yendo a gozar uno del otro, bastaba para enardecerla, haciendo se aferrase aún más ciega y sordamente a su resolución, sin permitir que se levantara en ella la duda: era lo irrevocable, el zarpazo de la loba que mata al pasar. En el egoísmo de su venganza, no veía, como antes, más que los dos cuerpos mutilados, sin preocuparse de los muchos otros, de la ola humana que durante tantos años había desfilado ante sus ojos; ola de seres desconocidos. Muertes y sangre tal vez hicieran ocultarse el sol, ese sol cuya amorosa alegría la irritaba.

Faltaban dos minutos, uno solo, y ya se disponía a correr, cuando un ruido sordo, precedente de la carrera de Bécourt, la detuvo. Algún carro sin duda. Le pedirían paso, tendría que abrir la barrera, charlar, retrasarse allí: imposible obrar; habría fracasado el golpe. Con un movimiento de rabiosa indiferencia, se lanzó a correr, abandonando su puesto, dejando allí plantados al carro y al carretero. ¡Ya se las arreglarían! Pero un látigo chasqueó en el matutino aire, y una voz gritó alegre:

— ¡Eh! ¡Flora!

Era Cabuche. La muchacha se detuvo, paralizada, sorprendida en su primer paso de huida ante la misma barrera.

—Pero, ¿qué pasa? —prosiguió Cabuche—. ¿Duermes aún con este estupendo sol? ¡Anda! ¡Pronto! Para que pase antes de que venga el expreso.

Se produjo en Flora algo así como un desmoronamiento. Su plan fracasaba. Los dos irían a su felicidad, sin que Flora hallase nada para que se estrellaran allí. Y mientras abría lentamente la vieja barrera medio podrida y cuyos goznes crujían enmohecidos, buscaba con furia algún obstáculo, algo que pudiera arrojar sobre la vía. Tan inmensa era la desesperación de Flora, que de buena gana ella misma se habría tendido a través de los rieles, si se hubiese creído que sus huesos eran lo bastante duros para hacer descarrilar el tren. De pronto, su mirada tropezó con el carro, ese pesado y viejo carromato cargado con dos enormes piedras que cinco poderosos caballos apenas lograban arrastrar. Altas y anchas, formando una masa gigantesca que cerraba el paso, estas piedras se ofrecían a sus ojos despertando en ella un brusco deseo, un ansia loca de cogerlas y de colocarlas en la vía. La barrera estaba abierta de par en par; los cinco animales, sudando y cansados, esperaban.

— ¿Qué te pasa tan de mañana? —repitió Cabuche—. Parece que no tienes la cara de todos los días.

Entonces Flora habló:

—Mi madre ha muerto anoche.

Cabuche lanzó una exclamación de dolorosa amistad. Dejó su látigo y le estrechó ambas manos.

— ¡Ay, mi pobre Flora! ¡Era de esperar desde hacía mucho tiempo; pero, sin embargo, le da a uno mucha pena! ¿Está ahí? Pues quiero verla. Habríamos acabado por entendernos sin la desgracia que ha ocurrido.

Con movimientos suaves que revelaban su condolencia, se dirigió, al lado de Flora, hacia la casa. En el umbral, sin embargo, se volvió lanzando una inquieta mirada hacia sus caballos. Pero ella le tranquilizó con una frase.

— ¡No hay cuidado de que se muevan! —dijo—. Además, el expreso está aún lejos.

Mentía. Con su oído adiestrado, acababa de percibir, a través del aire tibio de la campiña, el ruido del tren que salía de la estación de Barentin. Cinco minutos todavía y desembocaría en la zanja, a cien metros del paso a nivel. Mientras el cantero, de pie en el cuarto de la muerta, se olvidaba, sumido en conmovidos recuerdos de Luisita, Flora, que se había quedado fuera, junto a la ventana, continuaba escuchando el acompasado y cada vez más cercano soplido de la máquina. De pronto, se acordó de Misard; debía verla e impediría el desastre. Y recibió como un golpe en pleno corazón, cuando, al volverse, no le vio en su puesto. Su mirada le halló al otro lado de la casa, ocupado en cavar bajo el brocal del pozo, incapaz de contener su locura de buscar por todas partes, y persuadido, sin duda, de que el caudal estaba allí; absorto en su pasión, ciego, sordo, registraba frenético. Este espectáculo fue, para Flora, la última excitación. ¡Todo se concertaba para que fuese realizable lo que quería ella! Uno de los caballos comenzó a relinchar, mientras la locomotora, más allá de la zanja, lanzaba fuertes resoplidos como una persona que acude presurosa.

—Voy a sujetarlos —dijo Flora a Cabuche—. No tengas miedo.

Se abalanzó, cogió al primer caballo por la brida y tiró con toda su fuerza de luchadora, fuerza redoblada en aquel momento.

Los caballos dieron una sacudida; durante un momento, el carro, pesadísimo con su enorme carga, osciló sin adelantar un paso; después, como si la joven se hubiese enganchado ella misma, cual caballo de refuerzo, arrancó y avanzó sobre la vía. Y estaba sobre los rieles, cuando el expreso a cien metros del paso a nivel, asomó fuera de la zanja. Entonces, para inmovilizar el carro que, según temía, tal vez lograra atravesar la vía, Flora contuvo el tiro, con un esfuerzo sobrehumano, que hizo crujir sus miembros. Ella, que era heroína de leyendas; ella, de la que se contaban rasgos de fuerza extraordinarios —un vagón lanzado sobre la pendiente y detenido en su carrera, un carro que había empujado evitando así un choque con un tren—;

ella, Flora, sujetaba ahora con su puño de hierro a los cinco caballos del tiro que se encabritaban relinchando, alarmados por instinto ante el peligro.

Transcurrieron apenas diez segundos, de un terror infinito. Las dos piedras gigantes parecían cerrar el horizonte. Con cobres y aceros relucientes se deslizaba la máquina llegando, a la vez suave y fulminante, a través de la áurea lluvia de aquella espléndida mañana. Lo inevitable iba a producirse: ninguna fuerza del mundo podía ya impedir el aplastamiento. Y el ansioso esperar duraba.

Misard, que de un brinco había regresado a su puesto, aulló alzando los brazos, agitando los puños, con el loco deseo de prevenir y detener al tren. Al oír el ruido de las ruedas y los relinchos, también Cabuche se precipitó gritando para que avanzaran los caballos. Pero Flora, que acababa de echarse a un lado, le detuvo, y así le salvó. Cabuche creía que ella no había podido dominar el tiro y que los animales la habían aplastado. Y se acusaba sollozando en un estertor de terror desesperado, mientras ella, inmóvil, crecida, con los párpados ensanchados y ardientes, miraba fascinada. En el instante mismo en que el pecho de la locomotora iba a tocar las piedras, cuando apenas le quedaba un metro de distancia, durante ese lapso de tiempo inapreciable, Flora vio claramente a Jacobo, empuñando el volante del cambio de marcha. Se había vuelto, y los ojos de ambos se encontraron en una mirada que le pareció a ella interminable.

Aquella mañana, Jacobo había sonreído a Severina, al bajar ésta al andén de la estación de El Havre, para tomar el acostumbrado expreso de todas las semanas. ¿Para qué estropearse la vida con pesadillas? ¿Por qué dejar sin aprovechar los días felices cuando se presentaban? Todo, quizás, acabaría por arreglarse. Y estaba resuelto a disfrutar, por lo menos, de aquel día; hacía proyectos, soñaba con almorzar con ella en un restaurante. Así, cuando Severina le lanzó una mirada entristecida al ver que no había coche de primera cerca de la locomotora y estaría obligada a viajar lejos de él, en la cola, el joven le sonrió con alegría, deseoso de consolarla. De cualquier modo, llegarían juntos y allá se resarcirían de haber estado separados. Y después de haberse inclinado hacia fuera para verla subir a su departamento, incluso llevó su buen humor hasta chancear con el conductor jefe, Enrique Dauvergne, del que sabía estaba enamorado de Severina. La semana anterior se había imaginado que Enrique se envalentonaba y que ella le daba esperanzas, impulsada por una necesidad de distraerse y de huir la existencia atroz a que se veía condenada. Bien lo decía Roubaud: Severina acabaría por acostarse con aquel joven; sin placer alguno, únicamente para probar otra distracción. Jacobo preguntó a Enrique a quién había mandado la víspera, escondido tras uno de los olmos del patio de salida, besos por el aire. La pregunta hizo que Pecqueux, que se hallaba ocupado en cargar el fogón de la Lisón —la cual,

lista para marchar, estaba echando humo—, prorrumpiese en una risotada.

Desde El Havre a Barentin, el expreso había corrido con velocidad normal, sin incidentes. Fue Enrique quien, desde los altos de su camarín de vigía, vio el primero, al salir el tren de la zanja, el carro que obstruía la vía. El furgón de cabeza iba atestado de equipajes, pues el tren iba lleno de pasajeros que habían desembarcado la víspera de un buque. Estrechado entre el hacinamiento de baúles y maletas, zarandeados por la trepidación, el conductor jefe se mantenía de pie, apoyado en su mesita, clasificando hojas; mientras el frasquito de tinta, colgado de un clavo, también se balanceaba con movimiento continuo. Después de cada estación en la que depositaba equipajes, tenía que asentar apuntes durante cuatro a cinco minutos. Dos viajeros habían bajado en Barentin, y acababa, pues, de poner en orden sus papeles, cuando al subir a sentarse en su puesto, echó una ojeada hacia adelante y hacia atrás, como acostumbraba hacerlo. Durante todas sus horas libres permanecía sentado en aquella garita provista de cristales, vigilando el trayecto. El ténder le ocultaba al maquinista; pero gracias a su situación, a menudo veía más lejos y advertía los objetos más pronto que aquél. Por eso vio el obstáculo cuando el tren todavía estaba en la curva de la zanja. Fue tal su sorpresa, que, espantado, titubeó durante un momento. Así se perdieron algunos segundos; el tren ya había salido de la zanja, y un grito terrible subía de la locomotora, cuando Enrique se decidió a agarrar la cuerda de la campana de alarma, cuya punta colgaba junto a él.

Jacobo, en aquel momento supremo, puesta la mano sobre la palanca del cambio de marcha, miraba sin ver, ¡distráido, en un minuto de ausencia mental! Pensaba en cosas confusas y lejanas, tras las cuales incluso desaparecía la imagen de Severina.

El furioso vuelo de la campana y el grito de Pecqueux tras él, le despertaron. El fogonero, que había levantado la varilla del cenicero, disgustado por el tiro, al inclinarse con objeto de cerciorarse de la velocidad, acababa de darse cuenta del peligro. Y Jacobo, pálido como un muerto, entonces también lo vio, comprendió todo: el carro dejado en medio de la vía, la máquina lanzada, el espantoso choque. Y todo apareció ante él con tal claridad, que distinguió hasta el bulto formado por las dos piedras, mientras sentía ya en sus huesos la conmoción del aplastamiento. Era inevitable. Violentamente, hizo girar el volante del cambio de marcha, cerró el regulador y apretó el freno, agarrando con una mano, inconsciente, la varilla del pito, con la impotente y furiosa intención de hacer una advertencia y lograr apartar la gigantesca barricada. Mas a tiempo que desgarraba el aire el horroroso silbido de peligro, la Lisón, negándose a obedecer, continuaba su carrera con velocidad apenas disminuida. Ya no era la dócil esclava de antaño; desde que había perdido en las nieves su buena vaporización, su arranque tan suave, se

había vuelto caprichosa y áspera como una mujer envejecida cuyo pecho ha sido destrozado. Se ponía pronto jadeante, desobedecía el freno, y seguía, seguía corriendo empujada por el irresistible peso de su masa. Pecqueux, loco de terror, saltó de la locomotora. Jacobo, inmovilizado por el espanto, siguió con la mano derecha sobre la palanca del cambio de marcha y con la otra agarrada al pito; y, sin darse cuenta de ello, esperaba. Y la Lisón, toda humo y ronco resoplido, en medio de un rugido que no cesaba, fue a dar contra el carro con el peso enorme de los trece vagones que arrastraba.

Entonces, Misard y Cabuche, con los brazos en alto, y Flora, que miraba fascinada, vieron, desde el borde de la vía en que los clavaba el espanto, cómo, a veinte metros de ellos, el tren se ponía de pie; cómo subían unos sobre otros siete vagones, y cómo luego, con abominable crujido, volvían a caer, confundidos, los pedazos. Los tres primeros estaban completamente destrozados, los otros cuatro formaban una montaña, una confusión de techumbres hundidas, ruedas destrozadas, portezuelas, cadenas y topes, en medio de fragmentos de cristal. Pero sobre todo se oyó el ruido producido al estrellarse la máquina contra las piedras: un aplastamiento sordo, terminado en un grito de agonía. La Lisón, con el vientre abierto, cayó del lado izquierdo por encima del carro; en tanto que las piedras, hendidas, volaban hechas añicos y como despedazadas por dinamita. De los cinco caballos, cuatro, arrastrados y arrollados, quedaron muertos en el acto. La cola del tren —seis coches intactos— se detuvo sin siquiera salirse de los rieles.

El aire vibraba de gritos, llamadas, palabras que se convertían en inarticulados alaridos de animal.

— ¡A mí! ¡Socorro! ¡Dios mío!... ¡Me muero!... ¡Socorro! ¡Socorro!

Nadie oía ni veía. La Lisón caída sobre el costado con el vientre abierto, perdía su vapor que se escapaba por los grifos arrancados. Los tubos, reventados, lanzaban gemidos profundos, parecidos al furioso estertor de un gigante. Un blanco aliento salía inagotable de la máquina, rodando en espesos torbellinos a nivel del suelo; y del fogón, las brasas caídas, rojas como la sangre misma de sus entrañas, añadían a aquellos torbellinos su negro humo. La chimenea, debido a la violencia del choque, había entrado en la tierra; en el lugar en que había recibido la máquina el golpe, el hierro aparecía roto, con las tiras de acero torcidas; y lanzando sus ruedas al aire, semejante a una monstruosa yegua derribada y despanzurrada por alguna formidable cornada, yacía la Lisón enseñando sus bielas torcidas, sus cilindros quebrantados, sus volantes con sus excéntricas rotas: toda una llaga espantosa, abierta en plena luz, y por la que continuaba saliendo el alma con estruendo de furiosa desesperación. Justamente a su lado yacía también el caballo que no había muerto; tenía las manos arrancadas y, como a la Lisón, salíanle las entrañas por una desgarradura del vientre. Con la cabeza erguida, convulso por un

espasmo de espantoso dolor, se quejaba con un terrible relincho que no se oía en medio del estrépito de la moribunda locomotora.

Los gritos, ignorados, perdidos, desvanecidos, se ahogaban.

— ¡Salvadme! ¡Matadme!... ¡Sufro mucho! ¡Matadme! ¡Que me maten en seguida!

En aquel tumulto ensordecedor, en medio de ese humo que todo lo cubría, acababan de abrirse las portezuelas de los coches que habían quedado intactos, y una ola de viajeros se lanzó afuera. Se les veía caer, levantarse y desasirse uno de otros a puntapiés y a puñetazos. Y no bien sentían la tierra firme, el campo libre delante de ellos, huían al galope, saltando por encima de la empalizada, corriendo a través de los campos, cediendo al único instinto de alejarse del peligro. Mujeres y hombres, lanzando aullidos de espanto, se perdieron en el fondo de los bosques.

Derribada, atropellada, despeinada y con el vestido hecho trizas, Severina acababa de verse libre. Pero no huía. Corría con todas sus fuerzas hacia la locomotora que continuaba bramando, cuando se encontró frente a Pecqueux.

— ¡Jacobo, Jacobo! —gritó—. Se salvó, ¿verdad?

El fogonero, que por milagro se había salvado, acudía con el corazón oprimido por el remordimiento al pensar que el maquinista estaba allí debajo. ¡Habían viajado tanto, habían pasado tantos malos ratos bajo la continua fatiga que causan los vendavales! ¡Y su máquina, la máquina de ambos, la buena amiga tan querida, allí yacía desriñonada, escapándosele todo el aliento del pecho por sus pulmones destrozados!

—Yo salté... —balbuceó—. No sé nada. ¡Vamos, vamos, pronto!

Cerca de la locomotora tropezaron con Flora que les vio venir. No se había movido aún, llena de estupor ante el acto ejecutado, ante la matanza, obra suya. Todo había terminado. Estaba bien. Y no sentía otra cosa que el alivio de una necesidad satisfecha; ninguna lástima por la desgracia de los otros, que ni siquiera veía. Pero cuando reconoció a Severina, sus ojos se abrieron desmesuradamente, y una sombra de horrible sufrimiento oscureció su pálido rostro. ¡Cómo! ¡Aquella mujer vivía, cuando él, ciertamente, había muerto! Y el dolor agudo de su amor asesinado, la puñalada que ella misma se había dado en pleno corazón, hizo despertar la brusca conciencia de la monstruosidad de su crimen. ¡Ella había hecho aquello, ella le había matado y, con él, a todos aquellos seres humanos! Un terrible grito le desgarró la garganta. Retorciendo sus brazos, corrió enloquecida.

— ¡Jacobo! ¡Ay! ¡Jacobo! —gimió—. ¡Está ahí, ha sido lanzado hacia atrás, le he visto!... ¡Jacobo, Jacobo!

La Lisón agonizaba con menos ruido, emitiendo un ronco quejido que se debilitaba; a la vez que se oía, con fuerza creciente, y cada vez más desgarrador, el clamor de los heridos. El humo seguía espeso, y ese enorme hacinamiento de restos, del que salían las voces de suplicio y terror, aparecía envuelto en polvo negro e inmóvil, contrastando con la luz del sol. ¿Qué hacer? ¿Por dónde comenzar? ¿Cómo llegar hasta aquellos desgraciados?

— ¡Jacobó! —gritaba Flora—. Les digo que me miró y que ha sido arrojado por ahí, bajo el tónder... ¡Pero corran! ¡Ayúdenme!

Cabuche y Misard acababan de levantar a Enrique, el conductor jefe, quien en el último instante también se había salvado saltando. Tenía dislocado el pie, y le sentaron en el suelo, junto a la empalizada, desde donde miraba, atontado y mudo, sin dar señales de sufrimiento, cómo retiraban a los heridos.

— ¡Cabuche, ven a ayudarme! —gemía Flora—. ¡Te digo que Jacobo está ahí debajo!

El cantero no oía. Corría a socorrer a otros heridos y se le veía llevar en sus brazos a una joven viajera, cuyas piernas colgaban, rotas por los muslos.

Fue únicamente Severina quien se precipitó contestando a la llamada de Flora.

— ¡Jacobó, Jacobó! —sollozó—. ¿Dónde está? Le ayudaré.

— ¡Sí, venga, ayúdeme!

Sus manos se encontraron, y juntas se pusieron a tirar de una rueda hecha pedazos. Pero los dedos delicados de la una nada conseguían, mientras que la otra, con su robusto puño, derribaba los obstáculos.

— ¡Cuidado! —dijo Pecqueux que, a su vez, se ponía a la obra.

Con un brusco movimiento detuvo a Severina, que estaba a punto de pisar un brazo, cortado por el hombro y vestido aún con su manga de paño azul. La joven retrocedió con horror, aunque no reconocía la manga: era un brazo desconocido que yacía allí, arrancado de un cuerpo que sin duda encontrarían en otro lugar. El verlo la dejó tan temblorosa, que quedó paralizado, de pies, llorando y mirando cómo trabajaban los otros, incapaz de quitar siquiera los pedazos de vidrio, que les cortaban las manos.

El salvamento de los moribundos, la busca de los muertos, era, en estos momentos, en extremo peligroso, pues el fuego de la locomotora se había comunicado a las partes de madera del tren, y fue preciso apagar el principio de un incendio echando sobre las llamas paladas de tierra. Mientras corrían a Barentin para pedir auxilio y enviar un telegrama a Rouen, desembarazábase la vía con la mayor actividad posible: todos los brazos se dedicaban al trabajo con gran valor. Muchas de las personas que se habían escapado, volvieron

avergonzadas de su pánico. Adelantaban con infinitas precauciones. Cada pedazo que había que quitar, requería grandes cuidados si no se quería matar a los desgraciados sepultados allí debajo y amenazados por el desmoronamiento. En ese hacinamiento veíase a heridos hundidos hasta el pecho, apretados como en un torno y dando alaridos. Se empleó un cuarto de hora en extraer a uno, pálido como la cera y que no se quejaba, diciendo que nada tenía y que no le dolía nada. Y cuando le hubieron sacado de allí, resultó que le faltaban las piernas y falleció en seguida, sin haber notado ni sentido su horrible mutilación: tal había sido la fuerza de su terror. De un coche de segunda, que ya estaba ardiendo, salía toda una familia: el padre y la madre heridos en las rodillas; la abuela, con un brazo roto; pero tampoco ellos sentían sus heridas: no hacían más que llamar con sollozos a su hija, una niña rubia que había desaparecido y a la que encontraron debajo de un resto de coche, ilesa, con la cara alegre y risueña. Otra niña, que estaba cubierta, con las pequeñas manos magulladas, y a la que habían depositado aparte, mientras descubrían a sus padres, permanecía solitaria y desconocida, y tan ahogada que no era capaz de articular palabra alguna; sólo su rostro se ponía convulso de terror tan pronto como alguien se acercaba a ella.

Resultaba imposible abrir las portezuelas, cuyas armaduras habían sido retorcidas por el choque. Era preciso penetrar en los departamentos por los cristales destrozados. Ya cuatro cadáveres estaban alineados en el borde de la vía. Doce heridos, tendidos en el suelo, junto a los muertos, esperaban, abandonados, un médico que les hiciese la primera curación. Por debajo de los escombros que se quitaban de la vía, aparecían nuevas víctimas; el montón de carne no parecía disminuir, todo no era sino una chorreante y palpitante carnicería humana.

— ¡Pero cuando les digo que Jacobo está ahí debajo! —repetía Flora, que sentía alivio al lanzar este grito obstinado, absurdo, y que parecía expresar su desesperación—. ¡Está llamando, sí, escuchen!

El ténder estaba cogido debajo de los vagones, los cuales, subidos unos encima de otros, se habían desmoronado luego sobre él; y, en efecto, no bien se había debilitado el ruido de estertor de la locomotora, oíase rugir desde el interior de aquella montaña una fuerte voz de hombre. A medida que avanzaban, el clamor de esta voz de agonía se hacía más insistente; anunciaba un dolor tal que los trabajadores no podían ya aguantarla y se pusieron a llorar y a gritar. Y cuando, al fin, cogieron al hombre por las piernas que se acababan de desprender, el rugido de sufrimiento cesó. El hombre había muerto.

—No —dijo Flora—. No es él. Está más abajo. Ahí debajo está.

Y sus brazos de guerrera alzaban ruedas y las arrojaban lejos, retorcían el zinc de los tejados, rompían portezuelas y arrancaban fragmentos de cadenas.

En cuanto hallaba un muerto o herido, llamaba para que le quitasen de en medio, no queriendo detenerse ni un segundo en su obstinada búsqueda.

Detrás de ella, Cabuche, Pecqueux y Misard trabajaban; Severina, cansada de estar de pie, sin poder hacer nada, finalmente se había sentado sobre un destartado asiento de coche. Misard, siempre flemático, suave e indiferente, tratando de evitarse las grandes fatigas, ayudaba a transportar los cuerpos. Tanto él como Flora miraban los cadáveres como si esperasen reconocer uno u otro de los miles y miles de rostros que durante diez años habían desfilado a toda velocidad ante ellos, sin dejarles más que el confuso recuerdo de toda una humanidad traída y llevada en un relámpago. ¡No, era la misma ola impersonal de un mundo en movimiento! La muerte brutal, accidental, aparecía tan anónima como la vida presurosa que había pasado por allí lanzada hacia el porvenir; y no había nombre, ni dato distintivo que poner sobre las cabezas, marcadas por el horror, de aquellos desgraciados caídos en el camino, y que, pisoteados y aplastados, se parecían a los soldados cuyos cuerpos colman las trincheras ante la carga de un ejército que se lanza al asalto de una posición. Flora, sin embargo, creyó reconocer en uno de los cadáveres a un viajero con el que había hablado el día del tren perdido en la nieve: aquel americano cuyo perfil sólo le parecía familiar y del que nada sabía. Misard le llevó con los demás muertos, venidos quién sabe de dónde y detenidos allí al ir quién sabe a qué lugar.

Después hubo otro espectáculo desgarrador. En la caja volcada de un departamento de primera, acababan de descubrir a un joven matrimonio, a unos recién casados, que habían sido lanzados, sin duda, uno contra el otro, y de una manera tan desgraciada, que la mujer aplastaba al hombre, sin que le fuera posible hacer el menor movimiento para aliviar a su marido. Éste agonizando ya, se ahogaba; mientras ella, habiendo logrado librar su boca, suplicaba con desesperación que se apresurasen. Estaba loca de terror y le desgarraba el corazón el ver que era ella quien mataba a su marido. Cuando, por fin, les socorrieron, fue ella la que expiró, pues tenía el costado agujereado por un tope. El hombre, vuelto en sí, clamaba su dolor, arrodillado junto a la muerta, cuyos ojos estaban aún llenos de lágrimas.

Habían extraído doce muertos y más de treinta heridos. Poco a poco lograban desasir el tónder. Flora, de cuando en cuando, se detenía, hundiendo su cabeza por entre la madera hecha astillas y los hierros retorcidos, y su ardiente mirada buscaba al maquinista. De pronto, dio un formidable grito.

— ¡Le veo, está debajo!... ¡Miren, su brazo con su chaqueta de lana azul!
... —clamó—. Y no se mueve, no respira...

Se irguió y juró como un hombre.

— ¡Dios de Dios! ¡Dense prisa! ¡Sacarlo de ahí debajo!

Trató de arrancar con las dos manos un trozo del coche enganchado entre otros restos que impedían sacarlo. Entonces corrió y volvió con el hacha que servía a los Misard para hendir leña; y, parecida a un leñador que blande su hacha en medio de un robledo, atacó el piso con una lluvia de golpes. Todo el mundo se apartó, gritándole que tuviese cuidado. Pero ya no quedaba más herido que el maquinista, protegido por una especie de trabazón de ejes y ruedas. De cualquier modo, ella no les escuchaba arrastrada en su irresistible arranque, y a cada golpe quitaba otro obstáculo. Con sus rubios cabellos sueltos, su corpiño roto y sus brazos desnudos, parecía una enfurecida segadora abriéndose paso por entre aquella destrucción que era su propia obra. Un último golpe sobre el eje partió el hierro del hacha. Flora, con la ayuda de los otros, separó las ruedas que habían protegido al joven contra una muerte segura, y ella fue la primera que le cogió, llevándole en sus brazos.

— ¡Jacobó! ¡Jacobó! —gritó—. ¡Respira, vive! ¡Ah, Dios mío, vive! ¡Bien sabía yo que le había visto caer y que estaba ahí!

Severina, loca de júbilo, le seguía. Entre las dos le depositaron junto a la empalizada, al lado de Enrique que, estupefacto, continuaba mirando sin comprender dónde estaba y qué era lo que hacían en torno suyo. Pecqueux, que se había acercado, no apartaba la mirada de su maquinista, trastornado al verle en tan lamentable estado; mientras las dos mujeres, arrodilladas una a la derecha y otra a la izquierda del joven, sostenían su cabeza, acechando con avidez los más leves movimientos de su rostro.

Por fin, Jacobo abrió los párpados. Sus turbias miradas se fijaron ora en una, ora en otra, sin que pareciese reconocerlas. Nada le importaban. Mas al encontrarse su mirada con la locomotora que expiraba, sus ojos se animaron de angustia, y luego, expresando una emoción cada vez más intensa, se detuvieron en la moribunda. Reconocía a la Lisón y lo recordaba todo: las dos piedras cerrando el paso, la terrible sacudida, aquel aplastamiento que había sorprendido simultáneamente a ella y a él. Jacobo había resucitado, mientras que la locomotora seguramente estaba muriendo. Si ella se había mostrado rebelde, no era culpa suya; pues desde que había enfermado en la nieve, no podía ser la misma, sin contar que la vejez entumece los miembros y endurece las articulaciones. La perdonaba de todo corazón, lleno de un inmenso pesar al verla herida de muerte, agonizante. La pobre Lisón ya sólo duraría algunos minutos. Se enfriaba, las brasas de su fogón caían hechas cenizas; y el resoplido que con tanta violencia se había escapado de sus flancos abiertos, terminaba en un débil quejido de niño que llora. Manchada de tierra y baba, ella, tan reluciente siempre y ahora revolcada en un negro charco de carbón, sufría el fin trágico de un animal de lujo muerto repentinamente por un accidente de la calle. En cierto momento pudo verse, a través de sus reventadas entrañas, funcionar sus órganos, latir sus émbolos como dos

corazones gemelos, circular el vapor en los tubos como la sangre en las venas; pero las bielas, semejantes a brazos convulsos, ya sólo se estremecían con los últimos esfuerzos de la vida. Así su alma se iba con el poder que la había animado, con aquel inmenso aliento que no la abandonaba por completo. La gigante, pese a su vientre abierto, se durmió poco a poco y fue sumiéndose en sueño muy dulce. Al fin, calló. Había muerto. El montón de hierro, acero y cobre que dejaba allí aquel coloso triturado, de tronco hendido, de miembros dispersos y órganos mutilados, adquiriría el aspecto espantosamente triste de un enorme cadáver humano, de todo un mundo que había vivido y del que acababa de ser arrancada la vida en medio del dolor.

Jacobo, comprendiendo entonces que la Lisón había cesado de existir, volvió a cerrar los ojos deseando morir también, y se sentía tan débil que creyó exhalar su alma con el último y apenas perceptible suspiro de la locomotora. E inundando sus mejillas, corría por sus párpados cerrados un lento chorro de lágrimas. Pecqueux, que había permanecido inmóvil y con la garganta apretada, no pudo aguantarlo. Se iba la buena amiga de ambos, y su maquinista quería seguirle. Entonces, ¿se había acabado esa estrecha amistad de los tres? ¿Se habían terminado aquellos viajes en los que, subidos sobre lomos de la Lisón, habían corrido cientos de leguas sin decir palabra y, sin embargo, entendiéndose tan bien los tres que ni una señal necesitaban hacer para ponerse de acuerdo? ¡Ay! ¡Pobre Lisón! ¡Tan dulce, pese a su fuerza, y tan hermosa reluciente al sol! Y Pecqueux, aunque no había bebido, prorrumpió en violentos sollozos que sacudían su gran cuerpo, sin que pudiera detenerlos.

También Severina y Flora se desesperaban alarmadas por el nuevo desmayo de Jacobo. Esta última corrió a su casa y, volviendo con alcohol alcanforado, se puso a friccionar al joven, por hacer algo. Mas, no obstante su angustia, las dos mujeres se sentían exasperadas, además, por la interminable agonía del caballo moribundo, el único de los cinco, que, con las manos arrancadas, no había muerto instantáneamente. Yacía junto a ellas y su relincho, un grito continuo y casi humano, era tan estridente y doloroso que dos de los heridos, contagiados, también se pusieron a lanzar alaridos de bestia. Nunca grito de muerte había desgarrado el aire con una tal queja tan profunda e inolvidable y que de tal modo helaba la sangre. Era un suplicio que se convertía en atroz: se alzaron voces trémulas de piedad y cólera, suplicando que matasen por fin al desgraciado caballo que tanto sufría y cuyo interminable estertor, ahora que la locomotora había muerto, resonaba como el último lamento de la catástrofe. Pecqueux, entonces, mientras continuaba sollozando, tomó el hacha rota y de un solo golpe en pleno cráneo lo dejó muerto. Y sobre el campo del degüello se extendió el silencio.

Al fin, después de dos horas de angustia, llegaban los auxilios. Al chocar

con el carro, los coches habían sido todos lanzados hacia la izquierda, de manera que la vía descendente podría despejarse dentro de un par de horas. Un tren de tres vagones, arrastrado por una máquina piloto, acababa de traer de Rouen al jefe de gabinete del prefecto, al procurador imperial y a algunos ingenieros y médicos de la Compañía, todo un séquito de personas aterradas y presurosas. El jefe de estación de Barentin, señor Bessière, ya se hallaba en el lugar de la catástrofe, vigilando una cuadrilla de obreros que había comenzado los trabajos del despeje de los escombros. Una agitación, un enervamiento extraordinarios reinaban en aquel aislado rincón del país, antes tan desierto y mudo. Los pasajeros ilesos habían conservado, del pánico padecido, una febril necesidad de movimiento: unos buscaban carruajes aterrorizados de sólo pensar en subir a un vagón; otros, viendo que no había manera de encontrar siquiera una carretilla, se preocupaban ya de las posibilidades de comer y dormir. Todos reclamaban una oficina de telégrafos, y algunos marcharon a pie hasta Barentin para enviar sus mensajes. Mientras las autoridades, ayudadas por la administración, comenzaban la investigación, los médicos se apresuraban a curar a los heridos. Muchos se habían desmayado en medio de charcos de sangre; otros, al sentir las pinzas y las agujas, se quejaban con voz débil. Había, en total, quince muertos y treinta y dos heridos graves. En tanto que se estableciera su identidad, los cadáveres seguían alineados en el suelo, a lo largo de la empalizada, mirando al cielo. El único que se ocupaba de ellos, era un ayudante, un jovencito bajo, rubio y sonrosado, que, muy solícito, dándose tono, registraba los bolsillos de las víctimas para ver si, con ayuda de papeles, tarjetas o cartas, podía rotular a cada una con su nombre y dirección. Se formaba en torno suyo un círculo de mirones, pues aunque no había vivienda alguna en una legua a la redonda, había acudido buen número de curiosos, no se sabía de dónde, y hubo así una treintena de hombres, mujeres y niños que estorbaban sin ayudar a nada. Y disipados el polvo negro, el velo de humo y de vapor que todo lo habían envuelto, la radiante mañana de abril triunfaba por encima del campo de la muerte, bañando en la suave y alegre lluvia de su claro sol a los moribundos y a los muertos; alumbrando a la Lisón destripada y el desastre de los escombros amontonados, que atacaban una cuadrilla de obreros parecidos a insectos ocupados en reparar los estragos hechos en su hormiguero por la pisada de algún distraído transeúnte.

Jacobo no había vuelto en sí, y Severina, deteniendo a un médico que pasaba, le suplicó que examinara a su amante. El médico no encontró ninguna lesión aparente, pero temía que hubiese lesiones internas, pues veíase asomar a sus labios negros hilos de sangre. No era capaz de pronunciar el diagnóstico, pero aconsejó que se llevaran al herido lo más pronto posible y que le instalaran en una cama, evitando toda sacudida.

Bajo el roce de las manos que le tocaban, Jacobo volvió a abrir los ojos, con un débil grito de dolor. Y esta vez reconoció a Severina que le oyó

balbucear, en su desvarío:

— ¡Llévame, llévame!

Flora se había inclinado, pero al volver la cabeza, el joven también la reconoció a ella. Entonces, sus miradas expresaron un espanto de niño; se apoyó bruscamente en Severina y repitió con una sacudida de odio y horror.

— ¡Llévame en seguida, en seguida!

Severina, tuteándole, como lo había hecho él, sintiéndose a solas, pues la otra ya no existía para los dos, le preguntó:

— ¿Quieres que te lleve a La Croix-de-Maufras? Si no te repugna... Es ahí enfrente, y estaríamos en nuestra casa.

Jacobo, sin cesar de estremecerse y con la mirada fija en la otra, aceptó:

— ¡Adonde quieras, pero en seguida!

De pie, inmóvil, Flora había palidecido bajo aquella mirada de odio y terror. Así, pues, al desencadenar una matanza de desconocidos e inocentes, no había conseguido matar ni a uno, ni a otra; la mujer se había salvado sin un rasguño, y en cuanto a él, tal vez sanara; no había conseguido más que acercarlos uno a otro, uniéndolos en la intimidad de aquella casa solitaria. Les vio instalados allí: al amante, curado, convaleciente; a su querida cuidándole cariñosamente y pasadas sus veladas con continuas caricias; y ambos prolongando, lejos del mundo, en una libertad absoluta, aquella luna de miel de la catástrofe. Un gran frío la helaba. Miraba a los muertos. Había matado inútilmente.

En este momento, al lanzar la mirada sobre el campo de la matanza, Flora vio a Misard y a Cabuche, que estaban contestando a las preguntas de algunos señores; la justicia, sin duda. Eran, en efecto, el procurador imperial y el jefe de gabinete del prefecto, que trataban de darse cuenta de cómo había sido posible que el carro del cantero se hallase allí cerrando la vía. Misard afirmaba que no se había apartado de su puesto, pero no podía suministrar ni un solo detalle preciso. No sabía nada en absoluto, pues según decía, había vuelto la espalda en el momento del choque, ocupado con sus aparatos. En cuanto a Cabuche, que seguía trastornado, contaba una larga y confusa historia: cómo había cometido la falta de dejar sus caballos, ansioso de ver a la muerta, y cómo las bestias, viéndose solas, habían echado a andar, sin que la joven, al acudir luego, pudiese detenerlas. Se enredaba, volvía a comenzar su relato y no lograba hacerse comprender.

Un salvaje anhelo de libertad hizo latir de nuevo la sangre helada de Flora. Ansiaba verse libre de sí misma, libre de reflexionar y de tomar una decisión, y no había tenido nunca necesidad de nadie para hallar el buen camino. ¿Para

qué esperar que la atormentaran con preguntas y que, tal vez, la arrestasen? Pues a más del crimen, había descuido de servicio y no tardarían en hacerla responsable. Sin embargo, siguió inmóvil en su sitio, incapaz de separarse de Jacobo, mientras estuviera allí.

Severina había apremiado tanto a Pecqueux, que éste al fin logró descubrir una camilla y volvió con un compañero para transportar al herido. El médico la había persuadido a que admitiese también en su casa a Enrique, el conductor jefe, que parecía no haber sufrido más que una conmoción cerebral, causa de su estado de atontamiento. Le llevarían después del maquinista.

Y Severina, inclinándose sobre Jacobo para desabrocharle el cuello que le molestaba, le besó en los ojos delante de todo el mundo, deseosa de alentarle a sufrir valientemente los rudos trabajos del transporte.

—No tengas miedo —dijo—. Seremos felices.

Sonriente, Jacobo le devolvió el beso. Esto fue, para Flora, el desgarramiento supremo, el gesto que la arrancaba de él para siempre. Parecíale que su propia sangre corría ahora, a chorros, de una herida incurable. Cuando se llevaron a Jacobo, huyó. Mas al pasar ante la casucha, vio, a través de los cristales de la ventana, el cuarto de la muerta con la pálida mancha del cirio que ardía en pleno día, junto al cuerpo de su madre. Durante el accidente, la difunta había quedado sola, con la cabeza medio vuelta, con los ojos muy abiertos y el labio torcido, como si hubiese visto aplastarse y morir a toda esa humanidad desconocida.

Flora se lanzó a correr, siguiendo el recodo que formaba la carretera de Doinville. Luego tomó a la izquierda y desapareció entre los matorrales. Conocía cada rincón del país y desafiaba a los gendarmes. Que la persiguieran: no la prenderían nunca. Por eso, cesó bruscamente de correr y continuó al paso, dirigiéndose hacia un escondrijo en el que gustaba de ocultarse en los días de tristeza, a una excavación que había por encima del túnel. Levantó los ojos y advirtió por el sol que eran las doce. Llegada a su cueva, se tendió sobre la dura roca, e inmóvil, con las manos cruzadas tras de la nuca, se puso a reflexionar. Entonces solamente fue cuando se produjo en ella un vacío espantoso, una sensación de haberse convertido ya en cadáver que, poco a poco, la entumecía los miembros. No era el remordimiento de haber matado inútilmente a tantos seres humanos, pues tenía que hacer un esfuerzo para sentir aquel acto y horrorizarse. Pero estaba cierta, ahora, que Jacobo la había visto detener los caballos: lo había comprendido al verle retroceder y expresar hacia ella la aterrorizada repulsión que inspiran los monstruos. Nunca él lo olvidaría. Además, cuando se yerra el golpe dirigido contra el prójimo, no hay que errarlo consigo mismo. Dentro de un rato se mataría. No le quedaba ninguna otra esperanza; sentía cada vez más la

absoluta necesidad de poner fin a su vida. Sólo el cansancio y un anonadamiento de todo su ser impedían que se levantase en seguida, que buscara un arma y que muriera. Y, sin embargo, desde el fondo de la somnolencia que invencible se apoderaba de ella, aún surgía el amor a la vida, la necesidad de ser feliz, un último ensueño: el de conocer la dicha, como los demás. Puesto que había abandonado a aquellos dos la felicidad de vivir juntos, libres, ¿por qué no esperar hasta la noche para marcharse con Ozil, que la adoraba, y que hallaría algún medio de defenderla? Sus pensamientos se hacían dulces y confusos y se durmió hundiéndose en un sueño letárgico, sin pesadillas.

Cuando Flora despertó, la noche había caído profunda. Aturdida, paseó su mano en torno suyo, y al sentir la dura roca sobre la que estaba acostada, de pronto recordó todo. Fue como un choque de rayo: la necesidad implacable de morir. Parecía que con el cansancio había desaparecido también la cobarde dulzura de aquella indecisión que había hecho brillar ante ella la posibilidad de continuar viviendo. ¡No, no! Sólo la muerte era buena. No podía vivir con la imagen de toda aquella sangre, con el corazón arrancado, aborrecida por el único hombre al que había deseado, y que pertenecía a otra. Ahora que se sentía con fuerza para hacerlo, era preciso morir.

Flora se levantó y salió del rincón escondido entre las rocas. No vaciló: su instinto le indicaba el camino. Mirando una vez más el cielo, supo que eran cerca de las nueve. Cuando llegó a la vía férrea, pasó un tren a todo vapor por la vía descendente, lo cual la agradó: todo iría a pedir de boca; ya habían despejado una vía, mientras que la otra, sin duda, seguía obstruida. Y se puso a seguir la empalizada en medio del gran silencio de aquella región salvaje. No tenía prisa. No pasaría ningún tren antes del expreso de París, el cual no llegaría hasta las nueve veinticinco. Lentamente, continuaba avanzando a lo largo de la empalizada, a través de la densa sombra; se sentía muy serena como si aquel fuese uno de sus acostumbrados paseos por las desiertas veredas. Pero antes de llegar al túnel saltó por encima de la empalizada y, con paso perezoso avanzando en medio de la vía misma, se fue al encuentro del expreso. Tuvo que valerse de mañas para no ser vista por el vigilante, como solía hacerlo cada vez que iba a ver a Ozil al otro extremo del túnel. Y una vez dentro del subterráneo, siguió adelante. Pero ahora no le sucedía lo de la semana anterior: ya no tenía miedo, al volverse, de perder la noción exacta de la dirección. Se veía libre del espanto del túnel, ese pavor en que se hunden las cosas, el tiempo y el espacio, en medio del estrépito de las ruedas y el peso aplastante de la bóveda. ¡Qué le importaba! Flora no razonaba, ni siquiera pensaba, sólo avanzaba guiada por una resolución fija: andar, andar hacia adelante mientras no se encontrara con el tren, y continuar andando directamente hacia el faro tan pronto como lo viera brillar en la noche.

Flora se extrañó, sin embargo, pues le parecía andar así desde hacía muchas horas. ¡Cuán lejos estaba esa muerte tan deseada! La idea de que no la encontraría, que seguiría caminando leguas y leguas sin tropezar con ella, la dejó desesperada durante un momento. Sus pies se cansaban. ¿Acaso habría de sentarse, de esperarla acostada sobre los rieles? Mas esto le parecía indigno; necesitaba marchar hasta el fin, morir erecta, animada por su instinto de virgen y guerrera. Y se produjo en ella un despertar de su energía, un nuevo arranque hacia delante, cuando advirtió, a lo lejos, parecido a una diminuta estrella, centelleante y solitaria en lo hondo de un cielo de tinta, el fanal del expreso. El tren no se había hundido aún bajo la bóveda, ningún ruido le anunciaba; no había más que ese fuego tan vivo, tan alegre y que iba creciendo lentamente. Erguida, con su alto y flexible talle de estatua, balanceada sobre sus fuertes piernas, avanzaba ahora con paso largo, pero sin correr, como si viera llegar a una amiga a la que deseara ahorrar un trozo de camino. El tren acababa de entrar en el túnel, el terrible estruendo se acercaba conmoviendo el suelo con sopro de tormenta, y la estrella se convertía en ojo enorme, que no cesaba de crecer, saltando, de la órbita de las tinieblas. Entonces, bajo el imperio de un sentimiento inexplicable, tal vez para estar completamente sola al morir, Flora vació sus bolsillos, sin detenerse en su marcha heroica y obstinada, y colocó los varios objetos en el borde de la vía: un pañuelo, algunas llaves, un cabo de cuerda y dos navajas; y hasta se quitó la pañoleta que llevaba atada al cuello, dejando su corpiño desabrochado y medio arrancado. El ojo se volvía hoguera, horno vomitando llamas y ya alcanzaba el aliento del monstruo, húmedo y abrasador, en medio del fragor de trueno cada vez más ensordecedor. Flora seguía andando, fascinada como un insecto nocturno, atraído por la llama. Y en el espantoso choque, en el supremo abrazo, se irguió por vez última, como si por un postrer esfuerzo de luchadora hubiese querido derribar al coloso con sus brazos. Su cabeza dio de lleno en el faro, apagándolo.

Fue más de una hora después cuando recogieron el cadáver de Flora. El maquinista del tren había visto dirigirse derecho hacia la locomotora, siniestro como una aparición, aquel gran rostro, pálido bajo el chorro de luz intensa que lo inundaba. Y cuando, bruscamente, se había apagado el faro, y el tren, envuelto en profunda oscuridad, corría con ruido de relámpago, el hombre se había estremecido sintiendo pasar la muerte. Al salir del túnel, se esforzó en gritar el accidente al guardavía. Pero no fue sino en Barentin donde pudo contar que alguien se había hecho aplastar en el túnel, sin duda una mujer, pues encontraron adheridos al despedazado cristal de la linterna algunos cabellos con fragmentos del cráneo. Y cuando los hombres enviados en busca del cuerpo lo descubrieron, se quedaron asombrados al verlo blanco como el mármol. Yacía sobre la vía ascendente, arrojado allí por la violencia del choque, con la cabeza machacada y los miembros sin un rasguño, medio desnudos, puros y fuertes, de una belleza admirable. Silenciosos, los hombres

lo envolvieron. La habían reconocido. Sin duda se había suicidado, enloquecida, para escapar a la terrible responsabilidad que sobre ella pesaba.

Desde la media noche, el cadáver de Flora descansaba en la triste casucha junto al de su madre. Habían tendido en el suelo un colchón y colocado entre ambos cuerpos una vela encendida. Fasia, con la cabeza inclinada y la horrorosa risa de su boca torcida, ahora parecía mirar a su hija con sus grandes ojos fijos. Y oíase por todos lados, atravesando el profundo silencio de aquella soledad, el sordo trabajo, el esfuerzo jadeante de Misard que había vuelto a su búsqueda. A intervalos reglamentarios, pasaban los trenes, unos antes que otros, sobre ambas vías, pues la circulación acababa de ser restablecida. Pasaban inexorables, con su omnipotencia mecánica, indiferentes, ignorando aquellas tragedias y aquellos crímenes. ¡Qué importaban los desconocidos caídos en el camino, aplastados bajo las ruedas! Habían llevado a los muertos y lavado la sangre, y continuaban el viaje hacia allá, hacia el porvenir.

CAPÍTULO XI

La gran alcoba de La Croix-de-Maufras, habitación tapizada con tela adamascada roja, tenía dos altas ventanas que daban a la vía férrea, distante algunos metros. Desde el lecho, una cama antigua de columnas, colocada frente a las ventanas, se veían pasar los trenes. Y hacía ya muchos años que no se había quitado allí un solo objeto ni removido mueble alguno.

Fue a esta estancia a la que Severina hizo subir a Jacobo herido, el cual seguía sin conocimiento. Enrique fue instalado en un cuarto de dormir más pequeño, en la planta baja, en tanto que Severina se reservó la alcoba más próxima a la de Jacobo, separada de ésta solamente por un tramo de escalera. Dos horas habían bastado para disponerlo todo de una manera confortable, pues la casa se había conservado perfectamente habitable, y había hasta ropa blanca en los armarios. Con un delantal atado a la cintura por encima de su vestido, Severina se encontraba convertida en enfermera después de haber telegrafiado a Roubaud que no la esperase durante algunos días, pues se quedaba para curar a los heridos recogidos en su casa.

Al día siguiente, el médico declaró a Jacobo fuera de peligro, y aun prometía dejar que se levantara de la cama a los ocho días: un verdadero milagro, pues contrariamente a lo que se había temido, tenía apenas lesiones internas de consideración. Pero el médico le recomendaba extremo cuidado y una inmovilidad absoluta.

Cuando el enfermo abrió los ojos, Severina que velaba a su lado como si él

fuera un niño, le suplicó que fuese prudente y que le obedeciera en todo. Jacobo, muy débil todavía se lo prometió con un movimiento de la cabeza. Estaba consciente hasta tal punto, que incluso reconoció en su habitación aquella alcoba que Severina le había descrito la noche de su confesión; la alcoba en la que, a los dieciséis años y medio, había cedido a las violencias del presidente Grandmorin. Era la misma cama, la que ahora ocupaba él; las mismas ventanas, por las cuales, sin siquiera levantar la cabeza, Jacobo, al igual que en otro tiempo Severina, veía huir los trenes en medio de la conmoción que sacudía toda la casa. Y esta casa, la sentía en torno suyo tal como tan a menudo se le había aparecido cuando él mismo pasaba ante ella, arrastrado por la locomotora. La evocaba colocada oblicuamente al borde de la vía, hundida en la angustia y el abandono de sus persianas cerradas, y más lóbrega y sospechosa aún desde que estaba por vender, a causa del inmenso letrero que aumentaba la melancolía del jardín invadido de zarzas. Recordaba la horrible tristeza que había sentido cada vez, el malestar que le había comunicado, como si la casa apareciese en aquel lugar para desgracia de su vida. Ahora, acostado en aquella alcoba y entregado a su debilidad, creía que el significado de todo ello no podía ser sino uno: seguramente moriría allí.

Tan pronto como Severina le vio en estado capaz de entenderla, se apresuró a tranquilizarle. Mientras le arropaba con la colcha, le dijo al oído:

—No te inquietes. He vaciado tus bolsillos. El reloj lo tengo yo.

Jacobo la miraba con los ojos muy abiertos, haciendo un esfuerzo de memoria.

—El reloj... —murmuró—. ¡Ah! Sí, el reloj.

—Habrían podido registrarte. Lo he escondido entre mis propias cosas. No tengas miedo.

Le dio las gracias, estrechándole la mano. Al apartar la cabeza, vio, sobre la mesa, la navaja que ella había hallado igualmente en uno de sus bolsillos. No había motivo para ocultarla: era una navaja ordinaria, exactamente como las demás.

Al día siguiente, Jacobo se sintió mejor y recobró la esperanza de que no habría de morir allí. Causábale un verdadero placer sentir cerca de su lecho a Cabuche, que hacía crujir el solado bajo sus pisadas de coloso. Desde el accidente, el cantero no dejaba a Severina; parecía arder en deseos de mostrarse abnegado: descuidando su propio trabajo, venía cada mañana a ayudarla en sus quehaceres de casa; la servía como un perro fiel, con los ojos fijos en los suyos, diciendo que era una mujer bien fuerte pese a su aspecto endeble. De buena gana podía uno hacer algo por ella, que tanto hacía por los demás. Y los dos amantes acabaron por acostumbrarse a su continua presencia,

tuteándose y aun besándose ante él, sin sentirse molestos cuando atravesaba la habitación, discreto y ansioso de que se advirtiese lo menos posible su cuerpo de gigante.

Jacobo, sin embargo, notó con asombro las frecuentes ausencias de Severina. Y es que, el primer día, obedeciendo a instrucciones del médico, le había ocultado ella la presencia en la casa de Enrique; creyendo, además, que la dulce idea de que su amante se consagraba exclusivamente a él, le apaciguaría.

—Estamos solos, ¿verdad? —le preguntaba.

—Sí, querido mío, solos, completamente solos... Duérmete tranquilo.

No obstante, desaparecía a cada minuto; y al día siguiente, oyó él ruido de pasos y cuchicheos en el piso bajo, seguido de voces, juveniles y frescas a no dudar, y de risas incesantes.

— ¿Qué pasa? ¿Qué es eso? —inquirió—. ¿Conque no estamos solos?

—Pues no, vida mía —confesó Severina—. Hay abajo, precisamente debajo de esta alcoba, otro herido, al que tuve que acoger.

— ¡Ah!... ¿Quién es?

—Enrique, ¿sabes?, el conductor jefe.

—Enrique... ¡Ah!

—Esta mañana han llegado sus hermanas —prosiguió Severina—. Son ellas a quienes estás oyendo. Se ríen de todo... Como él se siente mucho mejor, se marcharán esta tarde, pues parece que su padre no puede prescindir de ellas. Enrique se quedará dos o tres días más para restablecerse completamente... Imagínate que saltó del tren y no se hizo nada; sólo que se quedó como atontado, pero ya ha vuelto en sí y está bien.

Y ante la larga mirada que lanzó Jacobo, se apresuró a añadir:

— ¿No comprendes? Si no estuviese aquí, podrían hablar mal de nosotros... Mientras que, no estando yo a solas contigo, mi marido no tiene nada que decir; tengo así un buen pretexto para continuar aquí... ¿Comprendes?

—Sí, claro. Está muy bien.

Y hasta la tarde siguió oyendo Jacobo las risas de las chicas Dauvergne, las mismas que recordaba haber oído en París, risas que llegaban desde el piso de abajo hacia su cuarto, mientras Severina se confesaba entre sus brazos. Luego volvió el silencio, interrumpido solamente por el paso ligero de su amante, que iba y venía, ocupándose de los dos heridos. Sintiendo mucha sed, Jacobo tuvo

que golpear dos veces con una silla en el piso para que ella subiese. Y cuando reapareció, vino sonriente y muy de prisa, explicando que no había venido antes pues tuvo que aplicar constantemente sobre la cabeza de Enrique compresas de agua helada.

Al cuarto día, Jacobo pudo levantarse y pasar dos horas en una butaca junto a la ventana. Inclinandose un poco hacia adelante, veía el estrecho jardín, cortado por la vía férrea, cercado de muros bajos y exuberante de flores pálidas. Recordaba aquella noche en que se había alzado tratando de mirar por encima del muro: y su memoria le evocaba el vasto terreno al otro lado de la casa, cercado solamente por una empalizada. Ésta la había franqueado y fue tras ella donde tropezó con Flora, sentada en el umbral del pequeño invernadero en ruinas, ocupada en desenredar a golpes de tijeras las cuerdas robadas. ¡Ah, abominable noche aquella, llena del espanto de su mal! Flora con su cuerpo alto y flexible de rubia guerrera, con sus llameantes ojos, fijos en los suyos. Su imagen se apoderaba de él a medida que el recuerdo se hacía más claro en su mente. Al principio, Jacobo nada había preguntado acerca del accidente, y ninguno de los que se hallaban cerca de él se había atrevido a nombrarlo. Pero cada detalle de la catástrofe se despertaba, y se empeñaba en reconstruirla: no pensaba más que en eso, con continuo esfuerzo, de tal modo que ahora, sentado junto a la ventana, se entregaba a la única ocupación de buscar las huellas y acechar a los actores de aquel drama. ¿Por qué ya no la veía en su puesto de guardabarrera, con la bandera en la mano? No se atrevía a preguntar, y esto agravaba el malestar que le causaba aquella casa lúgubre, que parecía poblada de espectros.

Cierta mañana, sin embargo, cuando Cabuche estaba en la alcoba ayudando a Severina, Jacobo se decidió a preguntar:

— ¿Y Flora? ¿Está enferma?

El cantero, sorprendido, interpretó mal el ademán de Severina, creyendo que le ordenaba hablar.

—La pobre Flora —profirió—. ¡Ha muerto!

Jacobo los miró. Se estremecía y fue preciso decírselo todo. Entre los dos le contaron cómo la joven se había suicidado haciéndose despedazar en el túnel. Habían aplazado el entierro de la madre hasta la tarde, para llevarla junto con la hija. Y ahora las dos dormían una al lado de la otra en el pequeño cementerio de Doinville donde habían ido a reunirse con la hija menor, aquella dulce y desgraciada Luisita, arrebatada también por una muerte violenta, manchada toda de sangre y lodo. ¡Tres infelices, de las que caen en el camino para ser aplastadas y desaparecer como barridas por el terrible viento de los trenes que pasan!

— ¡Muerta, Dios mío! —repitió Jacobo muy bajo—. ¡Mi pobre tía Fasia, Flora y Luisita!

Al oír el nombre de esta última, Cabuche, que ayudaba a Severina a empujar la cama, levantó instintivamente los ojos hacia ella, turbado por el recuerdo de su ternura de antaño, que se mezclaba con una pasión naciente por la que se sentía invadido, sin defensa, como ser cariñoso y simple de espíritu, como buen perro que se apega después de la primera caricia. Severina, enterada de sus trágicos amores, no abandonaba su aire grave y le miraba con simpatía; él se sintió muy conmovido y, sin quererlo, rozó con su mano la de Severina al alargarle las almohadas, mientras contestaba con voz tartamudeante a Jacobo que le interrogaba.

— ¿Se la acusaba de haber provocado el accidente?

— ¡Oh, no, no!... Pero la culpa era suya, usted bien lo comprenderá.

Con frases entrecortadas contó cuanto sabía. Nada había visto, pues se encontraba en la casa cuando los caballos se marcharon colocando el carro atravesado en la vía. Ello era para él una fuente de sordos remordimientos. Los señores de la justicia se lo habían reprochado con dureza: un carretero no debe dejar a sus bestias, y si él hubiese permanecido con ellas, no habría ocurrido la espantosa desgracia. La investigación había reconocido, pues, sólo un simple descuido por parte de Flora; y como la muchacha se había castigado atrozmente a sí misma, el asunto se detuvo allí. Ni siquiera se destituyó a Misard, que con su aire humilde y deferente, salió del atolladero achacándole la culpa a la muerta: Flora sólo hacía su santa voluntad, y él tenía que abandonar a cada minuto su puesto para cerrar la barrera. Por lo demás, la Compañía no había podido menos de establecer, aquella mañana, la perfecta corrección de su servicio, y mientras no volviera a casarse, le había autorizado para alojar en su casa, como guardabarrera, a una vieja mujer de la vecindad, la Ducloux, antigua sirvienta de posada que vivía de ganancias sospechosas, adquiridas en días pasados.

Cuando Cabuche hubo salido de la estancia, Jacobo retuvo a Severina con una mirada. Estaba muy pálido.

—Tú sabes muy bien que fue Flora quien condujo los caballos y quien obstruyó la vía con las piedras.

Severina, a su vez, se puso lívida.

— ¡Querido! —exclamó—. ¿Qué cuentas?... Tienes fiebre; es preciso que vuelvas a acostarte.

—No, no. No es ninguna pesadilla. La vi, ¿entiendes?, como te estoy viendo a ti. Detenía los caballos e impedía avanzar el carro con sus fuertes

puños.

Entonces la joven, sintiéndose desfallecer, se dejó caer sobre una silla.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! —gimió—. Eso me causa miedo... Es monstruoso... Me quitará el sueño.

— ¡Diablo! —prosiguió Jacobo—. La cosa está clara, ha querido matarnos a los dos, de un golpe... Hace mucho tiempo que me amaba y estaba celosa. Con eso, tenía la cabeza destornillada y vivía en la luna... ¡Tantas muertes de un golpe! ¡Toda una muchedumbre sacrificada! ¡El monstruo!

Sus ojos se ensancharon, un movimiento nervioso le torció los labios. Calló, y los dos continuaron mirándose durante un largo minuto. Después, librándose de las visiones abominables, evocadas en uno y otra, Jacobo prosiguió a media voz:

— ¡Ah, ha muerto y es por esto por lo que se me aparece! Desde que he recobrado el conocimiento, creo verla por aquí a cada instante. Esta misma mañana, tuve que volverme, creyendo verla junto a la cabecera de mi lecho. Ha muerto y nosotros vivimos. ¡Con tal que no se vengue ahora!

Severina tembló de horror.

— ¡Calla! ¡Calla! —exclamó—. Vas a volverme loca.

Y huyó. Jacobo la oyó bajar para volver al lado del otro herido. Solo, junto a la ventana, se olvidó de sí mismo contemplando la vía, la caseta del guardabarrera con su gran pozo, la barraca de madera en la que Misard parecía dormitar absorbido en su regular y monótona tarea. Estas cosas ahora le preocupaban durante horas enteras, como si se viera ante un problema que no podía resolver y de cuya solución dependía su salud.

Ese Misard... Jacobo no se cansaba de observarle. Ese ser enfermizo, manso y paliducho, sacudido continuamente por una tos maligna, había envenenado a su mujer acabando con tan robusta moza, como insecto roedor tenaz en su pasión. Seguramente, desde hacía muchos años, no había tenido otra idea que aquella; le agitaría día y noche, durante las doce interminables horas de su servicio. A cada repiqueteo del timbre eléctrico que le anunciaba la llegada de un tren, tocaba la bocina; luego, pasado el tren, y cerrada la vía, pulsaba un botón para anunciarlo al puesto siguiente: eran meros movimientos mecánicos, pero que habían acabado por formar parte de su cuerpo cuya vida no era más que vegetativa. Inculto, obtuso, no leía nunca; con las manos ociosas y la mirada vaga, dormitaba entre llamada y llamada de sus aparatos. Casi siempre sentado dentro de su garita, no conocía otra distracción que la de almorzar allí empleando el mayor tiempo posible. Luego recaía en su modorra, con el cráneo vacío, sin un solo pensamiento, atormentado por terribles

somnolencias y durmiendo, a veces, con los ojos abiertos. De noche, tratando de sustraerse a tan irresistible sopor, se levantaba, daba una vuelta y le flaqueaban las piernas como a un borracho. Y es así como la lucha contra su mujer, aquella sorda guerra por los mil francos escondidos, en la que se trataba de ver quién se los llevaría después de la muerte del otro, debió haber sido, durante meses y meses, el único impulso de aquel cerebro embrutecido de hombre solitario. Tocando la bocina, ejecutando las señales, velando como un autómatas por la seguridad de tantas vidas, pensaba en el veneno; y cuando esperaba con los brazos inertes y los ojos vacilantes de sueño, pensaba en lo mismo. Más allá de esta idea, nada existía; mataría a su mujer, buscaría en todas partes y sería él quien se quedara con el dinero.

Jacobo se asombraba al encontrarle igual que antes. ¡Se podía, pues, matar sin experimentar sacudida alguna! Y la vida continuaba. Después de la fiebre de sus primeras buscas, Misard, en efecto, había recaído en su flema, recobrando la solapada mansedumbre de un ser frágil que teme las violencias. En realidad, no estaba tan tranquilo, pues su mujer seguía triunfando y él continuaba derrotado, empeñado en revolver la casa sin descubrir nada, ni un centavo. Pero sólo sus miradas inquietas y escudriñadoras, animando su terrosa faz, delataban la preocupación que le dominaba. Veía constantemente los ojos desencajados de la muerta, la horrible risa de sus labios que repetían: «¡Busca! ¡Busca!». Y el hombre seguía buscando sin dar a su cerebro un minuto de reposo; trabajaba, trabajaba sin tregua, buscando el lugar en que se hallara enterrado el caudal, y volvía a examinar los escondites posibles, desechando los que ya había registrado, encendiéndose de fiebre al imaginar uno nuevo, poseído entonces de tal prisa, que todo lo dejaba para correr allí... inútilmente: suplicio intolerable a la larga, tortura vengadora, causa de una especie de insomnio cerebral que le mantenía despierto, estúpido, caviloso a su pesar bajo el tic-tac de reloj de su idea fija. Cuando soplabas en su bocina, una vez para los trenes descendentes y dos veces para los ascendentes, seguía buscando; cuando obedecía a las llamadas de los timbres, cuando empujaba los botones de sus aparatos, cerrando o abriendo la vía, seguía buscando; sin cesar buscaba, buscaba perdidamente: de día, durante sus largas esperas, entumecido de ociosidad; de noche, hambriento de sueño y como desterrado a los confines del mundo, en el silencio del negro y dilatado campo. Y la Ducloux, la mujer que ahora guardaba la barrera, poseída por el deseo de casarse, atendía a los menudos cuidados, inquietada al ver que aquel hombre nunca cerraba los ojos.

Cierta noche, Jacobo, que se había levantado, al pasear por su aposento se acercó a la ventana. Entonces vio la luz de una linterna que iba y venía en la casa de Misard. Sin duda buscaba el hombre. Pero a la noche siguiente, como el convaleciente volvió a acechar, tuvo la sorpresa de reconocer a Cabuche, gran forma oscura, de pie en el camino, bajo de la ventana de la habitación

contigua en que dormía Severina. Y esto, sin que Jacobo supiera explicarse por qué, en vez de irritarle, le llenó de compasión y tristeza; también era un infeliz aquel bruto con cuerpo de gigante, plantado allí como una bestia enloquecida y fiel. Severina, tan delgada y de ningún modo bella cuando se la analizaba en detalle, ¿acaso realmente poseía un encanto poderoso, con su cabellera color tinta y sus pálidos ojos de hierba doncella, para que hasta los salvajes, los colosos de mente simple se sintiesen presas de carnal deseo, pasando las noches en su puerta cual tímidos mozalbetes? Recordó Jacobo ciertos hechos: la oficiosidad del cantero al ayudarle, las miradas de esclavo con que parecía ofrecerse a ella. Sí, no era de dudar: Cabuche la amaba, la deseaba. Y el otro día, le había visto recoger furtivamente una horquilla caída del moño de Severina mientras ésta hacía la cama, y guardarla en su puño evitando devolvérsela. Jacobo pensaba en su propio tormento, en todo cuanto había sufrido por causa del deseo, en todas las turbaciones y terrores que le volvían con la salud.

Transcurrieron dos días más, terminaba la semana, y como lo había previsto el médico, los heridos iban a poder reanudar sus servicios. Una mañana, el maquinista, mirando por la ventana, vio pasar en una flamante locomotora a su fogonero Pecqueux, que le saludó con la mano como si le llamara. Pero él no tenía prisa: un despertar de su vieja pasión le retenía, una especie de ansiosa espera ante lo que había de suceder. El mismo día, volvió a oír las risas frescas y juveniles en la planta baja, una alegría de muchachas que llenaba la lóbrega morada con un alboroto de colegio en horas de recreo. Había reconocido a las chicas Dauvergne. No lo mencionó ante Severina, que, por lo demás, se escapaba durante todo el día, incapaz de permanecer cinco minutos a su lado. Luego, la noche cayó sobre la casa con un silencio de muerte. Y entonces, cuando Severina, grave y algo pálida, se disponía a quedarse en la alcoba, Jacobo la miró fijamente y le preguntó:

— ¿Con que se ha ido? ¿Se lo han llevado sus hermanas?

Ella respondió en tono breve:

—Sí.

— ¿Y por fin estamos solos, completamente solos?

—Sí —dijo—. Completamente solos... Mañana tendremos que separarnos. Regresaré a El Havre. Ya ha terminado nuestra vida en este desierto.

Jacobo continuaba mirándola sonriente y turbado. Al fin se decidió.

— ¿Sientes que se haya ido? —preguntó.

Y como la veía temblar y hacer un esfuerzo para protestar, la detuvo.

—No busco querrela —dijo—. Bien ves que no tengo celos. Me dijiste un

día que te matara si me fueras infiel, y ¿verdad que no tengo el aire de un amante que piensa matar a su querida? Pero, de veras, no te has movido de abajo, durante todo este tiempo. No conseguí retenerte un minuto. Y he acabado por recordar lo que decía tu marido: que cualquier noche te acostarías con ese muchacho, sin ningún placer, nada más que por comenzar de nuevo.

La mujer había renunciado a defenderse. Lentamente, por dos veces, pronunció:

—Comenzar de nuevo... Comenzar de nuevo...

Luego, en un arrebato irresistible de franqueza, dijo:

—Pues bien, escúchame. Es cierto... Nosotros podemos decírnoslo todo. Hay muchas cosas que nos ligan... Desde hace meses me persigue este hombre. Sabía que era tuya y pensaba que no me costaría mucho trabajo ser también suya. Cuando le encontré abajo, volvió a hablarme repitiendo que me amaba hasta morir, y se mostraba tan lleno de gratitud por los cuidados que le daba, y me parecía tan dulce su ternura, que, es verdad, soñé yo amarle también, comenzar de nuevo algo mejor, algo muy dulce... Sí, alguna cosa sin placer quizá, pero que calmara...

Se interrumpió, dudando en continuar:

—Porque nuestro camino, el camino entre los dos, está cerrado —prosiguió—. No podemos pasar más adelante. Nuestro sueño de partir, nuestra esperanza de ser ricos y dichosos allá en América, toda aquella felicidad que dependía de ti, es imposible ahora, puesto que no pudiste... ¡Oh, no te reprocho nada, e incluso vale más que no lo hayas hecho! Pero quiero hacerte comprender que contigo nada ya me queda que esperar: mañana sería como ayer, los mismos enojos, los mismos tormentos.

Jacobo la dejaba hablar y no le hizo ninguna pregunta hasta que hubo terminado.

— ¿Y es por eso por lo que te acostaste con el otro? —preguntó al fin.

Ella había dado algunos pasos por la estancia. Ahora se volvió y dijo encogiéndose de hombros:

—No. No me he acostado con él. Te lo digo sencillamente y tú me lo creerás, estoy seguro de ello, pues en adelante no habrá por qué mentirnos uno a otro. No, no pude, como no pudiste tú cuando aquella otra cosa. ¿Y qué? ¿Acaso te extrañas de que una mujer no pueda entregarse a un hombre, aunque al meditar sobre el caso, vea que le interesaría hacerlo? Yo misma, antes no acostumbraba a meditar tanto sobre si debía o no debía entregarme; nunca me costaba ser complaciente, quiero decir dar ese placer a mi marido o a ti, cuando os veía amarme con tanta fuerza. Pues bien, esta vez no he podido. Me

ha besado las manos, pero no los labios, te lo juro. Me espera en París; no le he dicho que no, porque le veía tan desgraciado que no quise desesperarle.

Tenía razón. Jacobo la creía. Comprendía que no mentía. Y se sintió invadido de angustia. Crecía de nuevo la turbación terrible de su deseo de antes, y pensó que ahora la tenía encerrada con él, lejos del mundo, en medio de la llama reanimada de su mutua pasión. Queriendo desahogarse, exclamó:

— ¡Pero es que hay otro todavía, otro amante, Cabuche!

Un brusco movimiento la hizo volverse hacia él.

— ¡Con que lo has visto! —dijo—. ¿También eso lo sabes?... Sí, es verdad. Hay todavía esto. Me pregunto qué mosca les pica a todos. Pero ese es diferente. Nunca me ha dicho una palabra. Veo, sin embargo, que se retuerce los brazos cuando tú y yo nos besamos. Me oye tutearte y se va a llorar por los rincones. Y todo me lo quita, cada cosa que ha tocado mi persona: guantes y hasta pañuelos que desaparecen, que se lleva allá, a su caverna, como si fueran tesoros... Pero no, no vayas a creer que soy capaz de ceder a semejante salvaje. Es demasiado grande, me daría miedo... Además no pide nada... No, no, esos brutos, cuando son tímidos, se mueren de amor sin exigir nada. Podrías dármelo como guarda por un mes; no me tocaría ni con la punta de los dedos, como tampoco tocó a Luisita: de eso te respondo yo.

Al evocar este recuerdo, sus miradas se encontraron. Se produjo un silencio. Las cosas del pasado resucitaban: su encuentro en el gabinete del juez de instrucción, en Rouen; luego, su primer viaje a París, tan dulce; sus amores en El Havre, y todo lo que había seguido, lo bueno y lo terrible. Severina se acercó a Jacobo; estaba tan cerca de él, que el joven sintió la tibieza de su aliento.

—No, no. Menos con ese que con el otro. Con nadie, ¿me entiendes?, porque no podría... ¿Y quieres saber por qué? Ahora lo siento, estoy segura de no engañarme: es porque me has tomado toda entera. No hay otra palabra. Sí, me tomaste como se toma una cosa con las dos manos, como se la lleva uno consigo y se dispone de ella a cada minuto, cual un objeto propio. Antes que de ti, no he sido de nadie. Soy tuya y seguiré siéndolo, aunque no lo quieras, aunque yo misma no lo quiera... Esto no puedo explicarlo. Nos hemos encontrado así. Con otros hombres, me da miedo, me repugna; mientras que contigo, es un placer delicioso, una verdadera dicha celeste... ¡Ah! ¡No quiero a nadie más que a ti, no puedo ya amar sino a ti solo!

Y adelantaba los brazos para estrecharlo, para posar la cabeza en su hombro, la boca en sus labios. Jacobo le cogió las manos reteniéndola, loco, aterrado al sentir el antiguo espasmo que subía con la sangre hacia su cráneo. Era el mismo zumbido de los oídos, el mismo martilleo, la misma sensación

de un clamor de muchas veces, que había anunciado sus grandes crisis anteriores. Desde hacía algún tiempo, no podía poseer a Severina en pleno día, ni aun a la luz de una vela, por medio de volverse loco al verla. Y ahora había allí una lámpara que alumbraba a uno y otro; si temblaba de aquel modo, si empezaba a enfurecerse, debía ser porque percibía la blanca redondez de su seno, que aparecía a través del cuello desabrochado de la bata.

Suplicante, ardorosa, proseguía ella:

—Y aunque nuestra existencia no tenga porvenir, ¡tanto peor! Si nada nuevo espero de ti; si sé que mañana vendrán para nosotros los mismos fastidios, los mismos tormentos, igual me da: no me queda otro recurso que arrastrar mi vida y sufrir contigo. Regresaremos a El Havre, viviremos como podamos, con tal que te tenga así, a mi lado, durante una hora de vez en cuando... Tres noches hace ya que no duermo, torturada en mi habitación, allá, al otro lado de la escalera, hostigada por la necesidad de reunirme contigo. Has estado tan mal, me parecías tan sombrío, que no me atrevía... Pero esta noche, ¡deja que me quede aquí! Ya verás qué bien la pasamos. Me haré pequeña, no te molestaré. Y, además, piensa que es la última noche. Estamos aquí como en un extremo del mundo. Escucha: ni un soplo ni un alma. Nadie puede venir; estamos solos, tan absolutamente solos, que nadie lo sabría si muriéramos uno en brazos del otro.

Ya en el furor de su deseo de posesión, exaltado por estas caricias, Jacobo, no teniendo ningún arma, avanzaba los dedos para estrangular a Severina, cuando ésta, cediendo por sí misma a la costumbre que él había impuesto, apagó la lámpara. Entonces Jacobo la llevó en brazos. Se acostaron. Fue una de sus más ardientes noches de amor, la mejor, la única en que se sintieron compenetrados, desvanecidos uno en otro. Quebrantados por tal dicha, aniquilados hasta el punto de perder la sensibilidad de sus cuerpos, no se durmieron, quedándose agarrotados en un abrazo. Y, como en la noche de la confesión, en París, en el cuarto de la madre Victoria, el amante escuchaba silencioso mientras la mujer le cuchicheaba al oído palabras sin fin. Quizá, aquella noche había sentido ella la proximidad de la muerte antes de apagar la lámpara. Hasta entonces había permanecido risueña, inconsciente en brazos de su amante, sin sospechar la amenaza continua de asesinato suspendida sobre ella. Pero acababa de experimentar un frío estremecimiento que se la hacía presentir, y ese espanto inexplicable era lo que la ligaba tan estrechamente al pecho de Jacobo: era la necesidad de protección. Su leve cuchicheo era como la entrega misma de su persona.

— ¡Oh, querido mío! Si hubieses podido, ¡qué felices habríamos sido allá! ... No, no. No te pido que hagas lo que no puedes hacer, solamente, ¡lamento tanto nuestro sueño frustrado!... He sentido miedo hace un rato. No sé, pero me parece que algo me amenaza. Es una niñería sin duda, a cada instante

vuelvo la cara, como si alguien estuviera detrás de mí dispuesto a matarme... Y yo no tengo más que a ti para defenderme. Toda mi felicidad depende de ti, tú eres ahora mi única razón de vivir.

Sin contestar, Jacobo la estrechó más entre sus brazos, expresando con esta presión lo que no decía: su emoción, su sincero deseo de ser bueno con ella, el amor violento que ella no había cesado de inspirarle. ¡Y pensar que esta misma noche había querido matarla! Porque, de no haberse vuelto ella para apagar la lámpara, seguramente la habría estrangulado. Nunca se curaría: las crisis reaparecerían al azar de las circunstancias, sin que él pudiese descubrir, darse cuenta de las causas. Así, ¿por qué había querido matarla esta noche, cuando la encontraba fiel y más ardiente y confiada que nunca? ¿Sería porque cuanto más la amaba tanto más quería poseerla, hasta destruirla, arrastrado por el terrible y tenebroso egoísmo de macho? Poseerla como la tierra, ¡muerta!

—Dime, querido, ¿por qué tengo miedo? —susurró ella—. ¿Sabes tú de alguna cosa que me amenace?

—No, no, tranquilízate —contestó—. Nada te amenaza.

—Es que, por momentos, todo mi cuerpo se pone a temblar. Siento detrás de mí un continuo peligro; no lo veo, pero lo siento distintamente... ¿Por qué tengo miedo?

—No es nada. No tengas miedo... Te quiero. No permitiría a nadie hacerte daño... Mira, ¡qué bueno es permanecer así uno en brazos de otro!

Hubo un silencio delicioso.

— ¡Ah, vida mía! —prosiguió Severina con su ligero soplo de caricia—. ¡Habría noches y más noches como ésta, noches sin fin en que estaríamos como ahora, no formando más que un solo ser! ¿Sabes? Venderíamos esta casa, nos iríamos con el dinero para reunirnos en América con tu amigo que sigue esperándote... Ninguna noche me acuesto sin arreglar mentalmente nuestra vida allá lejos... Y todas las noches serían como ésta... Tú me tomarías en tus brazos, yo sería tuya por completo, y al fin nos dormiríamos uno en brazos de otro... Pero tú no puedes, lo sé. Si te hablo de ello, no es para apesadumbrarte, sino porque me sale del corazón, a pesar mío.

De pronto, Jacobo volvió a la decisión que tan a menudo había considerado: matar a Roubaud para no matar a Severina. Esta vez, como las otras, creyó tener la voluntad absoluta e inquebrantable de llevar a cabo su proyecto.

—No he podido —murmuró a su vez—, pero podré. ¿No te lo prometí?

Severina protestó débilmente:

—No. No prometas nada, te lo ruego... Luego, cuando te haya faltado el

valor, caeríamos enfermos... Además, es horrible. No debe ser, no, no. No debe ser.

— ¡Sí, es preciso, bien lo sabes, y encontraré la fuerza!... Quería hablarte de ello y vamos a hablar ahora que estamos aquí y solos y tranquilos.

Ella ya se resignaba, suspirante, con el corazón lleno de sangre y latiendo con golpes tan fuertes, que Jacobo lo sentía palpitar contra su propio corazón cuando le dijo:

— ¡Dios mío! Mientras no había necesidad de hacerlo, lo deseaba. Y ahora que la cosa se pone seria, la angustia no me dejará vivir.

Y se callaron. Hubo un silencio bajo el grave peso de la resolución decisiva. Los dos sentían en torno suyo el desierto y la desolación de aquel país silvestre. Tenían mucho calor. Sus sudorosos miembros seguían enlazados, fundidos.

Luego, mientras con caricia errante él la besaba en el cuello, Severina continuó hablando con ligero murmullo:

—Hay que procurar que venga aquí... Sí, podría llamarlo con cualquier pretexto. Aun no se me ocurre ninguno. Ya lo pensaremos más tarde. Entonces, ¿verdad?, tú le esperarás, te ocultarás, y todo saldrá a pedir de boca. Porque tendremos la seguridad de que nadie nos importunará en este lugar. ¿No te parece? Esto es lo que hay que hacer.

Los labios de Jacobo la acariciaban bajando de su barbilla al seno. Dócil, el joven se contentó con responder:

—Sí, sí.

Pero Severina, muy cavilosa, se puso a estudiar todos los detalles, y a medida que el plan se iba desarrollando en su cabeza, lo discutía y lo mejoraba.

—De veras, querido —dijo—, sería estúpido si, por otra parte, dejásemos de tomar precauciones. Si nos han de prender al día siguiente, prefiero que nos quedemos como estamos ahora... Pues bien, he leído no sé dónde, tal vez en una novela, que no hay cosa mejor que la de hacer creer en un suicidio... Ese hombre está tan sombrío, tan quebrantado desde hace tiempo, que a nadie sorprendería saber bruscamente que había venido aquí para matarse. Pero se trata de encontrar un medio, de arreglar las cosas de modo que la idea del suicidio resulte aceptable... ¿No es eso?

—Sí, sin duda.

Severina buscaba una solución, algo sofocada, porque Jacobo le recogía los senos bajo los labios, besándolos por todas partes.

—Oye, he aquí lo que borraría todo rastro —anunció—. Es una idea que se me ha ocurrido. Si, por ejemplo, la herida la tuviera en el cuello, no habría más que cogerle y llevarle entre los dos, arrojándole sobre la vía férrea. ¿Comprendes? Le colocaríamos con el cuello sobre el riel. Así el primer tren que pasara le decapitaría. Que miraran, luego cuando no quedase sino un emplasto; no se advertiría herida alguna, nada... ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien —dijo Jacobo.

Ambos se animaban. Ella se sentía casi alegre y orgullosa de su ingeniosidad. Una caricia más viva le causó un estremecimiento. Pero resistió, suplicando:

—No, déjame, espera un poco... Porque, vida mía, todavía no queda arreglado todo. Si permaneces aquí, conmigo, el suicidio no dejará de parecer algo oscuro. Es preciso que partas. ¿Lo oyes? Mañana te irás, viéndote salir todos; delante de Cabuche, delante de Misard, para que tu partida sea perfectamente probada. Tomarás el tren en Barentin, te bajarás en Rouen con un pretexto cualquiera, luego, apenas sea de noche, volverás. Haré que entres por la puerta trasera. No hay más que cuatro leguas, puedes estar de regreso en menos de tres horas... Ahora sí que todo está arreglado. Lo hacemos, si quieres.

—Sí, quiero —dijo él—. Lo haremos.

Meditabundo, había cesado de besarla. Parecía inerte. Se produjo un nuevo silencio. Ambos seguían en brazos uno del otro, sin moverse y como absortos en el acto futuro, decidido desde aquel momento.

Luego, la sensación de sus cuerpos volvió a animarlos y se ahogaron en un abrazo cada vez más ardiente, hasta perder el aliento. De pronto, Severina se desprendió, con los brazos caídos.

—Pero ¿y el pretexto para hacerle venir? —preguntó—. No podría tomar, de todos modos, sino el tren de las ocho de la noche, y no llegaría antes de las diez; más vale eso... Y, a propósito, tenemos a ese comprador de la casa, del que me ha hablado Misard. Debe visitarle pasado mañana por la mañana. Ya está todo; voy a telegrafiar a mi marido en cuanto me levante de la cama, diciendo que su presencia es absolutamente necesaria. Estará aquí mañana por la noche. Tú te marcharás en la tarde, y podrás estar de vuelta antes de que llegue él. Será de noche, sin luna, nada nos estorbará... Así, pues, todo va arreglándose admirablemente.

—Sí, admirablemente.

Y esta vez, transportados hasta el desvanecimiento, se amaron. Cuando, al fin, se durmieron, rodeados por el vasto silencio, continuaron unidos en un

abrazo. Aunque no era de día, el alba comenzaba a blanquear las tinieblas que habíalos ocultado envolviéndolos en su manto negro. Jacobo durmió hasta las diez con sueño profundo, libre de pesadillas; y cuando abrió los ojos, estaba solo: Severina se vestía ya en su cuarto, al otro lado de la escalera. Una ola de claro sol entraba por la ventana, incendiando las rojas cortinas del lecho y los rojos tapices de las paredes, haciendo llamear la alcoba, mientras la trepidación de un tren que acababa de pasar hacía temblar la casa. Debía ser este tren lo que le había despertado. Deslumbrado, miró el sol, el chaparrón rojo que le inundaba. Luego, se acordó: se había decidido; la noche próxima, cuando ese gran sol hubiera desaparecido, él tendría que matar.

Las cosas sucedieron aquel día tal y como las habían determinado Severina y Jacobo. La señora Roubaud rogó a Misard, antes del almuerzo, que llevara a Doinville el telegrama para su marido; y hacia las tres, en presencia de Cabuche, Jacobo hizo sus preparativos de viaje. Asimismo, cuando salió para tomar en Barentin el tren de las cuatro y catorce, se hizo acompañar por el cantero que no sabía qué hacer y que sentía una oscura necesidad de acercarse a él, feliz de hallar en la persona del amante algo de la mujer a la que deseaba. Llegado a Rouen a las cinco menos veinte, Jacobo se alojó, cerca de la estación, en una fonda cuya dueña era paisana suya. Al día siguiente, le dijo, pensaba ver a algunos amigos antes de regresar a París donde había de ocuparse de nuevo de su servicio. Pero declaró que estaba muy cansado, después de haber presumido hartos de sus fuerzas, y pronto se retiró para acostarse a su habitación, un cuarto de la planta baja cuya ventana daba a un callejón desierto. Diez minutos más tarde, estaba en camino para La Croix-de-Maufras, después de haber saltado por la ventana, sin ser visto, habiendo tenido gran cuidado de cerrar los postigos de modo que pudiera volver a entrar secretamente.

Fue solamente a la nueve y cuarto cuando Jacobo se encontró frente a la casa solitaria, plantada al borde de la vía, en la desolación de su abandono. La noche era muy oscura, ni la más débil luz iluminaba la fachada, cerrada herméticamente. Y entonces sintió una vez más en el corazón aquel choque doloroso, aquel acceso de horrible tristeza, que era como el presentimiento de la desgracia cuya inevitable realización le esperaba allí. Según había convenido con Severina, arrojó tres pequeños guijarros sobre el ventanillo de la alcoba roja; después se deslizó hacia la parte trasera de la casa, donde una puerta se abrió ante él silenciosamente. La cerró y siguió a los pies ligeros que subían por la escalera a tientas, en la oscuridad. Pero al llegar arriba, se quedó inmóvil de sorpresa: la luz de la tosca lámpara colocada en un extremo de la mesa alumbraba una cama deshecha, y vio los vestidos de Severina tendidos sobre una silla, y a ella misma en camisa, descalza, con el tocado dispuesto para la noche, con los cabellos esparcidos y atados en la nuca de modo que dejaban al descubierto el cuello.

— ¡Cómo! —exclamó—. ¿Te has acostado?

—Claro, así es mejor —contestó Severina—. Es una idea que se me ocurrió. Cuando él llame y yo baje a abrirle tal como estoy ahora, sentirá aun menos recelo. Le contaré que estaba con jaqueca. Ya Misard cree que estoy enferma. Así podré decir que no he salido de mi alcoba cuando mañana por la mañana le encuentren abajo, en la vía.

Pero Jacobo temblaba, presa de excitación.

—No, vístete —insistía—. Es preciso que estés levantada. No puedes quedarte así.

Severina sonrió, asombrada.

—Pero, ¿por qué? —preguntó—. No tengas cuidado. Te aseguro que no siento frío. ¡Ven a ver tú mismo qué calor tengo!

Con un movimiento mimoso se acercó a Jacobo para rodearle al cuello con sus brazos desnudos, alzando su seno redondo, descubierto por la camisa que se había deslizado sobre uno de los hombros. Mas viendo que él retrocedía poseído de una irritación creciente, se convirtió en dócil.

—No te enfades —dijo—. Voy a meterme en la cama. Así no tendrás miedo de que me enferme.

Cuando la vio acostada, con la manta bajo la barbilla, Jacobo, en efecto, pareció calmarse un poco. Desde el lecho, Severina continuaba hablando en tono tranquilo, explicándole cómo había arreglado de antemano todos los detalles.

—En cuanto llame, bajaré a abrirle. Primero tuve la idea de dejarle subir hasta aquí, donde tú le esperarías. Pero en este caso tendríamos dificultades para bajarle luego; y, además, el suelo en esta alcoba es de madera, mientras que el del zaguán es enlosado y me resultaría más fácil lavarlo caso que hubiera manchas... Hace un rato, al desnudarme, recordé una novela en la que se habla de un hombre que para matar a otro se había puesto desnudo. ¿Comprendes? Se lava uno después, y no hay sobre las ropas salpicadura alguna... ¿Qué te parece? ¿Y si tú también te desnudaras? ¿Y si nos quitásemos las camisas?

Jacobo la miró aturdido. Pero ella conservaba su rostro suave, sus ojos claros de niña, preocupada sencillamente por el buen éxito de la empresa. Ésta se desarrollaba ya en su cabeza. Al representarse a los dos desnudos, bajo las salpicaduras del asesinato, Jacobo volvió a sentirse dominado por su abominable estremecimiento.

— ¡No, no! —protestó—. ¿Acaso somos salvajes? ¿Por qué, entonces, no comerle también el corazón? ¿Le odias tanto?

El rostro de Severina se había cubierto bruscamente de sombra. La pregunta la arrojaba, desde sus preparativos de mujer hacendosa, hacia los horrores del acto real. Sus ojos se bañaron de lágrimas.

—He sufrido demasiado desde hace meses, no puedo amarle. Cien veces lo he dicho: lo aceptaría todo menos quedarme con ese hombre una semana más. Pero tienes razón, es horrible que tengamos que obrar de este modo; es preciso que sintamos el mayor deseo de vivir juntos para llegar a tanto... Bueno, bajaremos sin luz. Tú te pondrás detrás de la puerta, y cuando le haya abierto y él haya entrado, tú harás como quieras... Yo, si me ocupo en ello, lo hago para ayudarte, para que toda la faena no quede exclusivamente a cargo tuyo. Lo estoy arreglando lo mejor que puedo.

Jacobo se había detenido ante la mesa: contemplaba la navaja, el arma que había servido al propio marido y que Severina, evidentemente, acababa de poner allí para que su amante matase con ella al marido. Abierta por completo, la navaja brillaba a la luz de la lámpara. Jacobo la cogió y la examinó. También Severina la miraba, callada. Puesto que él ya la tenía en sus manos, era inútil mencionarla. La mujer esperó para hablar hasta que su amante hubo depositado el arma en la mesa.

— ¿Verdad, querido, no soy yo quien te lo manda? —dijo entonces—. Aún es tiempo. Vete, si no puedes.

Pero él, con un movimiento violento, manifestó su firmeza.

— ¿Me tomas acaso por un cobarde? —exclamó—. Esta vez, no hay que hablar más. Lo juré.

En ese momento, la casa fue sacudida por el estrépito de un tren, que pasaba con la velocidad de un rayo, tan cerca de la casa que parecía atravesarla con su fragor.

—Es su tren —dijo Jacobo—. El directo de París. Ya se habrá apeado en Barentin. Dentro de media hora estará aquí.

Ni uno ni otro volvieron a hablar. El silencio se prolongó. Los dos veían a lo lejos la figura de un hombre que avanzaba por angostos senderos en medio de la noche oscura. Mecánicamente, Jacobo había empezado a andar a su vez por la habitación, como si contase los pasos del otro, cada uno de los cuales le acercaba más. Otro paso, otro más; cuando diera el último, Jacobo se emboscaría tras la puerta del zaguán y en cuanto entrase, la hundiría la navaja en el cuello. Severina, acostada boca abajo, con la manta hasta la barbilla, observaba con ojos fijos cómo su amante iba y venía, mecido su espíritu por la cadencia de una marcha que llegaba a su oído como eco de pasos alejados, los pasos del otro. Seguían sin cesar, uno tras otro, y no habría nada que los detuviera. Cuando se hubieran dado todos, ella saltaría del lecho, bajaría,

descalza, sin luz, y abriría: «¿Eres tú, amigo mío? Entra, me había acostado». Y él ni siquiera tendría tiempo para contestar; caería en la oscuridad, con la garganta abierta.

Pasó otro tren, éste descendente; era el mixto que se había cruzado con el directo antes de La Croix-de-Maufras, a cinco minutos de distancia. Jacobo se detuvo sorprendido: ¡Cinco minutos solamente! ¡Cuán largo sería esperar media hora más! Una necesidad le impulsaba y volvió a pasear de un extremo a otro de la alcoba. Semejante a aquellos hombres cuya fuerza viril se ve paralizada por un accidente nervioso, ya se interrogaba inquieto: «¿Podré?». Se conocía de sobra; había seguido en más de diez ocasiones lo que pasaba en él: primero, la certeza, la resolución inquebrantable de matar; luego una opresión en el estómago, un enfriamiento de los pies y las manos; y, de pronto, el desfallecimiento, los inútiles esfuerzos de la voluntad sobre los músculos que seguían inertes. A fin de excitarse por el raciocinio, se repitió a sí mismo todo cuanto se había dicho tantas veces: el interés que tenía en suprimir a aquel hombre, la fortuna que le esperaba en América, la posesión de la mujer a la que amaba. Lo peor era que, hacía un rato, al hallar a Severina medio desnuda, ya había dado por fracasado otra vez el golpe; pues cesaba de pertenecerse tan pronto como aparecía el familiar estremecimiento. Durante un momento, había temblado ante una tentación casi irresistible: ella, que se ofrecía, y aquella navaja abierta sobre la mesa. Pero ahora estaba en posesión de su equilibrio. Podría. Y continuaba esperando a su hombre, paseando por la estancia, entre la puerta y la ventana, y rozando a cada vuelta el lecho que no quería ver.

Severina, acostada en este lecho, donde los dos se habían amado durante las ardientes y negras horas de la noche anterior, no se movía. Con la cabeza inmóvil sobre la almohada, seguía con la vista el vaivén de su amante; ansiosa como él, agitada por el temor de que pudiera acobardarse de nuevo. Concluir con aquél, comenzar con éste: no deseaba otra cosa, en el fondo de su inconsciencia de mujer amorosa, complaciente con el hombre, esclava del que la poseía y sin corazón para el otro, al que nunca había deseado. Se desembarazaría de él, nada más natural; tenía que hacer un esfuerzo mental para encontrar abominable el crimen, y no bien se borraba la evocada imagen de la sangre y las complicaciones horribles, ya recobraba su sonriente serenidad, y su rostro volvía a su expresión cándida, tierna y dócil. Sin embargo, ella que creía conocer bien a Jacobo, se extrañaba al observarle. Tenía su cabeza redonda de buen mozo, sus cabellos rizados, sus bigotes tan negros, sus ojos oscuros con fulgores de oro; pero su mandíbula inferior avanzaba demasiado, como presa de una especie de calambre que le desfiguraba. Al pasar junto a ella, acababa de mirarla a pesar suyo, y el brillo de sus ojos se empañó con un velo rojizo, al tiempo que se echaba hacia atrás, en un movimiento de todo su cuerpo. ¿Por qué la evitaba? ¿Acaso su valor le

abandonaba una vez más? Desde hacía algún tiempo, Severina, ignorando el continuo peligro de muerte que a su lado corría, interpretaba el temor, aparentemente infundado, que sentía, como presentimiento de una próxima ruptura. De pronto, tuvo la convicción de que, si también esta vez vacilaba en matar, huiría para no volver. Entonces decidió que sí mataría, que ella sabría darle fuerza, si era necesario. En este momento pasó un nuevo tren, un interminable tren de mercancías cuya cola de vagones parecía rodar desde hacía una eternidad por el silencio de la alcoba. Severina, incorporada sobre su codo, esperaba que esa sacudida de huracán se hubiese perdido a lo lejos, por entre los campos dormidos.

—Aún queda un cuarto de hora —dijo Jacobo en voz alta—. Ya debe haber pasado el bosque de Bécourt. Está a mitad de camino. ¡Ah, cuánto tarda en llegar!

Pero al dirigirse hacia la ventana, encontró, en pie junto a la cama, a Severina sólo cubierta con su camisa.

—Si bajáramos con la lámpara —explicó— verías el lugar, te colocarías, y yo te mostraría cómo abriré la puerta y qué movimiento tendrás que hacer.

Jacobo, tembloroso, retrocedía.

— ¡No, no! —gritó—. ¡Deja la lámpara!

—Oye un poco, la soltaremos en seguida. Hay que cerciorarse, sin embargo.

— ¡No, no, acuéstate!

No obedecía. Marchaba, por el contrario, hacia él, con la invencible y despótica sonrisa de la mujer consciente de su omnipotencia ante el deseo. Cuando le tuviera entre los brazos, el hombre no tardaría en sucumbir y haría lo que ella quisiera. Y continuaba hablando con su voz acariciadora, para vencerlo.

—Vamos, querido, ¿qué te pasa? Diríase que me tienes miedo. Apenas me acerco huyes. Y si supieras cuánta necesidad tengo en este momento de apoyarme en ti, de sentir que estás a mi lado, que estamos de acuerdo para siempre, ¿me oyes?, para siempre.

Severina había acabado por empujarle hasta la mesa: ya no podía huirla más; y la miraba a la viva claridad de la lámpara. Nunca la había visto así, con la camisa abierta y con la cabellera recogida tan alta sobre la cabeza que aparecía toda desnuda, desnudo el cuello, desnudos los senos. Se ahogaba, luchando, pero ya arrebatado, aturdido por el oleaje de sangre, presa del abominable espasmo. Y se acordaba de la navaja: estaba allí, en la mesa, no tenía más que alargar la mano.

Con gran esfuerzo, logró balbucear:

—Acuéstate, te lo suplico.

Severina creía no engañarse: era el violento deseo por ella lo que le hacía temblar de tal manera. Se sintió orgullosa. ¿Por qué le iba a obedecer, si deseaba ser poseída por él, esa noche, tanto como pudiera él poseerla, hasta volverse loca? Con mimosa flexibilidad se acercaba más a Jacobo, se le echaba encima.

— ¡Bésame, bésame fuerte, tanto como me amas! —pidió—. Esto nos dará valor ¡Ah! ¡Sí, valor, bastante lo necesitamos! Hay que amarse de una manera distinta a los demás, más que los demás, para hacer lo que vamos a hacer... Bésame con todo tu corazón, con toda tu alma.

Jacobo ya no respiraba. Un clamor de muchas voces que resonaba en su cráneo le impedía oír nada; mientras que, en la nuca, mordeduras de fuego le taladraban la cabeza, extendiéndose por sus brazos, por sus piernas, y lanzándole fuera de su propio cuerpo, bajo el galope del otro: la bestia invasora. Sus manos ya no le pertenecían en aquella excesiva embriaguez, encendida por tanta desnudez de mujer. Los desnudos senos se aplastaban sobre sus ropas; el desnudo se ofrecía, blanco, delicado, con irresistible tentación; y el olor cálido y áspero, soberano, acababa de arrojarle a un furioso vértigo, a un balanceo sin fin, en el que zozobraba, arrancada y aniquilada su voluntad.

—Bésame, amor mío, mientras dispongamos de un minuto... No olvides que pronto estará aquí. Si anda de prisa, puede llamar de un instante a otro. Ya que no quieres que bajemos, acuérdate bien: yo abriré, tú estarás tras la puerta, y no aguardes, le pegarás en seguida, ¡oh!, en seguida, para acabar con todo esto... ¡Te quiero tanto! ¡Seremos tan felices! Él no es más que un malvado que me ha hecho sufrir; es el único obstáculo de nuestra dicha... ¡Oh! ¡Bésame fuerte, tan fuerte como si me comieras, para que nada quede de mi fuera de ti!

Jacobo, sin volverse, con su mano derecha, palpaba por detrás. Había cogido la navaja. Y durante un momento permaneció así, apretándola entre su puño. ¿Era el retorno de su sed de vengar ofensas muy antiguas, cuya exacta memoria hubiera perdido? ¿Ese rencor transmitido de varón en varón, desde el primer engaño de hembra en el fondo de las cavernas? Fijaba en Severina sus ojos de loco: no sentía más deseo que el de echársela muerta al hombro, como una presa arrebatada a los otros. La puerta del espanto se abría sobre el negro abismo del sexo: el amor en la muerte, la destrucción para poseer mejor.

—Bésame, bésame...

Severina arrojaba hacia atrás su rostro sumiso, con una ternura suplicante,

descubriendo su cuello desnudo allí donde voluptuosamente se unía al seno. Jacobo viendo aquella blanca carne, como en un relámpago de incendio, levantó el puño armado con la navaja. Pero Severina advirtió el fulgor de acero y se echó atrás, pasmada de estupor y de espanto.

— ¡Jacobo, Jacobo!... ¿A mí? ¡Dios mío! ¿Por qué? ¿Por qué?

Con los dientes apretados y sin pronunciar palabra, el hombre la perseguía. Una breve lucha la llevó junto al lecho. Retrocedía, azorada, indefensa, con la camisa arrancada.

— ¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué?

Jacobo abatió el puño, y la navaja se clavó en la garganta. Al herir, revolvió el arma, obedeciendo a un horroroso afán de la mano que se saciaba: era el mismo golpe que había matado al presidente Grandmorin, en el mismo lugar, y asestado con la misma furia. ¿Había gritado? Jamás lo supo su asesino. En este momento pasaba el expreso de París, tan violento, tan rápido, que hizo temblar el suelo. Y Severina, muerta, parecía derribada por un rayo de aquella tormenta.

Jacobo, inmóvil, la contemplaba ahora tendida a sus pies, junto al lecho. El tren se perdía a lo lejos, mientras él seguía contemplando a su víctima en medio del pesado silencio de la alcoba roja. Entre las colgaduras rojas, la mujer que yacía en el suelo se desangraba con una rica ola rojiza que corría entre sus senos, sobre el vientre, hacia el muslo, desde donde caía en gruesas gotas sobre el entarimado. La camisa, medio hendida, estaba empapada. Jacobo nunca habría creído que la muerta tuviera tanta sangre. Y lo que le retenía, como una obsesión, era la abominable mueca de terror que imprimía la muerte a aquel rostro de mujer bonita, dulce y tan dócil. Los negros cabellos se habían erizado, cual un casco de horror, sombrío como la noche. Los ojos color de hierba doncella, abiertos desmesuradamente, no cesaban de preguntar, enloquecidos, aterrorizados por el misterio. ¿Por qué? ¿Por qué la había asesinado? Y la pobre mujer acababa de ser inmolada, arrastrada por la fatalidad del asesinato; era una inconsciente a la que la vida había manchado con el lodo y con la sangre, tierna e inocente a pesar de todo, sin que jamás hubiera llegado a comprender.

Jacobo se sobresaltó: oía un resoplido de fiera, un gruñido de jabalí, un rugido de león. Pero se tranquilizó: era él, que respiraba. Por fin, por fin, estaba satisfecho: había matado. Sí, se había atrevido. Una desenfundada alegría, un goce enorme le soliviantaba en la plena satisfacción del eterno deseo. Experimentaba una sorpresa de orgullo, un engrandecimiento de su soberanía de macho. Había matado a una mujer, la poseía como desde hacía tiempo deseaba poseerla, toda entera, hasta aniquilarla. Esta mujer ya no existía, jamás sería ya de nadie. Y un recuerdo agudo le sobrevino, el del otro

asesinado, el cadáver del presidente Grandmorin, que había visto en aquella noche terrible, a quinientos metros de la alcoba. El delicado cuerpo que ahora tenía ante sus ojos, tan blanco, rayado de encarnado, era el mismo andrajo humano, el muñeco roto, la tela ajada en la que convierte a un ser un golpe de navaja. Sí, no era más que eso. Había matado y ante él yacía eso, tirado en el suelo. Como el otro, la mujer acababa de tumbarse, pero panza arriba, con las piernas abiertas, el brazo izquierdo replegado por debajo del costado, torcido el derecho, medio arrancado del hombro. ¿No había sido aquella noche cuando, latiéndole el corazón con violencia, había jurado tener valor alguna vez, atormentado por un prurito homicida que se exasperaba con concupiscencia ante el espectáculo de aquel hombre degollado? ¡Ah! ¡No ser cobarde, satisfacerse, hundir el cuchillo! Oscuramente había germinado aquello, había crecido en su interior; desde hacía un año, no pasó una hora sin que avanzase hacia lo inevitable: aun prendido al cuello de aquella mujer, bajo sus besos, era objeto de su sordo trabajo. Y los dos homicidios se habían enlazado: ¿no era uno lógica consecuencia del otro?

Un fragor de desmoronamiento, una sacudida del piso distrajeron a Jacobo de la muda contemplación en la que estaba sumido frente a la muerta. ¿Volaban las puertas hechas añicos? ¿Era gente que venía a prenderle? Miró y no halló en torno suyo sino soledad sorda y callada. ¡Ah, sí! Era otro tren. ¿Y el hombre que iba a llamar abajo, el hombre al que había querido matar? Lo había olvidado completamente. Si era cierto que no lamentaba nada, se consideraba un imbécil. ¿Cómo? ¿Qué había sucedido? La mujer a la que amaba, la que le había amado con pasión, yacía allí con el cuello abierto; mientras que el marido, el obstáculo de la felicidad, vivía, seguía avanzando paso a paso por entre las tinieblas. A este hombre, al que, desde hacía meses, salvaban de la muerte los escrúpulos de Jacobo, su educación, las ideas humanitarias lentamente adquiridas y transmitidas, no había tenido la paciencia de esperarle; y, a despecho de su interés, acababa de dejarse arrastrar por el mal hereditario de la violencia, por aquella ansia abominable que en las selvas lanzaba a una bestia sobre otra. ¿Acaso se razona al matar? No: se mata bajo el impulso de la sangre y los nervios, bajo el influjo de algo que es supervivencia de antiguas luchas, necesidad de vivir y goce de ser fuerte. Ya no sentía más que el cansancio del hartazgo. Se confundió, tratando de comprender, y no encontraba, en el fondo de su pasión satisfecha, otra cosa que sorpresa y la triste amargura de lo irreparable. La presencia de la desgraciada que le miraba sin cesar con esa interrogación de terror, producía un efecto atroz. Quiso apartar los ojos y tuvo la sensación aguda de ver erguirse al pie del lecho a otra figura blanca. ¿Era una duplicación de la muerta? Entonces reconoció a Flora. Ya se le había aparecido cuando estaba con fiebre, después del accidente. Sin duda triunfaba, vengada en este momento. El espanto le dejó helado y se preguntaba qué era lo que aún le

retenía en la alcoba, por qué no se iba. Ya había matado; estaba ahíto, saciado, ebrio con el horrible vino del crimen. Tropezó con la navaja caída en el suelo. Y huyó. Bajó atropelladamente la escalera, abrió la puerta grande, la de la escalinata, como si la pequeña no fuera lo bastante ancha para darle salida, y se lanzó fuera, para perderse en la noche color tinta, con una carrera furiosa. No se atrevió a volver los ojos al dejar tras sí la lóbrega casa plantada oblicuamente al borde de la vía, sospechosa y desolada en su abandono de muerte.

Cabuche, aquella noche, como en las anteriores, había saltado por la empalizada del terreno y estaba rondando bajo la ventana de Severina. No ignoraba que era esperado Roubaud; por eso no le extrañaba que se filtrara luz por la hendidura de una persiana. Pero aquel hombre saliendo disparado del zaguán, aquel galope loco de bestia en dirección del campo, le dejaron paralizado de sorpresa. Ya era tarde para lanzarse a la persecución del fugitivo. El cantero permaneció atontado, lleno de inquietud y de vacilación al ver la puerta abierta de par en par, bostezando sobre la enorme boca negra del vestíbulo. ¿Qué pasaba? ¿Debía entrar? El pesado silencio, la inmovilidad absoluta, con la lámpara de arriba que seguía encendida, le oprimían el corazón con creciente angustia.

Al fin se decidió. Subió a tuestas. Ante la puerta de la alcoba, abierta también, se detuvo de nuevo. Parecióle ver, allá lejos, en medio de la tranquila claridad, un montón de enaguas, junto al lecho. Sin duda Severina estaba desnuda. Llamó suavemente, preso de turbación, latiéndole las arterias con grandes golpes. Luego, descubrió la sangre, comprendió lo sucedido y se lanzó hacia adelante mientras un terrible grito le salía del desgarrado corazón. ¡Oh Dios! ¡Era ella, asesinada, arrojada allí en su lamentable desnudez! Creyó que todavía agonizaba, y sintió al verla expirar así, desnuda, tal desesperación y una vergüenza tan dolorosa que, en un impulso fraternal, la cogió entre sus brazos, la levantó y la tendió sobre la cama, cubriéndola con la sábana. Pero durante este abrazo, la única ternura que había existido entre él y ella, se manchó de sangre las dos manos y el pecho. Chorreaba todo de la sangre de su amada. Y en este mismo instante, vio, en el umbral, a Roubaud y Misard. Como él, los dos hombres se habían decidido a subir, al encontrar todas las puertas abiertas. El marido llegaba retrasado; se había detenido para hablar con el guardabarrera, que luego le acompañó prosiguiendo la conversación. Ambos, pálidos y estupefactos, miraban a Cabuche, cuyas manos sangraban como las de un carnicero.

—El mismo golpe que para el presidente —dijo al fin Misard, examinando la herida.

Roubaud meneó la cabeza, sin contestar, sin poder separar sus miradas de Severina, de aquella máscara de abominable terror, con los negros cabellos

erizados sobre la frente y los ojos desmesuradamente abiertos que parecían preguntar: ¿por qué?

CAPÍTULO XII

Tres meses después, una tibia noche de junio, Jacobo conducía el expreso de El Havre, que había salido de París a las seis y treinta. Su nueva locomotora, la máquina 608, cuyas primicias gozaba él, según decía, y que comenzaba a conocer bien, no era cómoda. Se parecía a esas yeguas jóvenes que hay que domar antes de que acepten el arnés. A menudo la maldecía, echando de menos a la Lisón, porque la nueva la tenía que vigilar constantemente, con la mano siempre puesta en la palanca del cambio de marcha. Pero aquella noche mostraba el cielo una dulzura tan deliciosa, que Jacobo se sintió inclinado a la indulgencia, dejándola galopar a sus anchas, feliz él mismo de poder respirar libremente. Nunca se había sentido mejor, sin remordimientos, en medio de una paz tranquilizadora.

Él, que no hablaba nunca en el camino, gastó bromas con Pecqueux, al que había conservado como su fogonero.

—Veo —observó—, que abres los ojos como un hombre que no ha bebido más que agua.

Pecqueux, en efecto, contrariamente a su costumbre, parecía estar en ayunas y de humor sombrío. Respondió al maquinista con voz dura:

—Hay que abrir el ojo cuando se quiere ver claro.

Jacobo le miró con recelo, cual hombre cuya conciencia no está limpia. La semana anterior, se había dejado caer en los brazos de la amante de su compañero, la terrible Filomena, la cual hacía dos meses que se pegaba a él como gata amorosa. Y no le llevó a ello solamente un fugaz impulso de curiosidad sensual, sino que había cedido sobre todo, al deseo de verificar una experiencia: ¿de veras estaba curado definitivamente ahora que había satisfecho su espantosa necesidad? ¿Podría, en lo sucesivo, poseer a una mujer sin clavarle una navaja en la garganta? Pues bien, dos veces Filomena había sido suya, y nada, ni un estremecimiento. Su gran alegría, su aire apaciguado y risueño, debían proceder, aun sin saberlo él, de la felicidad de haber llegado a ser un hombre como los demás.

Viendo que Pecqueux abría el fogón de la locomotora para echar carbón, Jacobo le detuvo.

—No, no —dijo—. No la cargues demasiado. Corre bien.

Entonces, el fogonero prorrumpió en malas palabras.

— ¡Cuernos! ¡Bien!... ¡Una maldita farsante, una cochinería! —gruñó—. ¡Cuando pienso cómo pegábamos a la otra, la vieja, que era tan dócil!... Esta zorra, ni siquiera vale la pena de un puntapié en el trasero.

Jacobo procuraba no contestar para no enfadarse; pero bien se daba cuenta de que la antigua armonía entre los tres ya no existía, pues la buena amistad que unía a él, su compañero y la locomotora, había terminado con la muerte de la Lisón. Ahora los dos hombres se querellaban por una pequeñez, por un tornillo demasiado apretado o una paletada de carbón mal puesta. Y Jacobo se prometía ser prudente con Filomena, porque no quería llegar a una guerra abierta cuyo teatro sería aquel angosto suelo movable que arrastraba a él y a su fogonero. Mientras Pecqueux, para no ser despedido, para poder lograr algunas cantidades y terminar las provisiones de su compañero, seguía siendo el perro fiel y abnegado, ambos vivían como hermanos, expuestos al cotidiano peligro, silenciosos, porque no necesitaban de palabras para entenderse. Pero aquello comenzaba a convertirse en infierno, desde que iba cesando su buena inteligencia y, obligados a permanecer siempre juntos, se peleaban en medio de las sacudidas del tren. La semana anterior, precisamente, la Compañía había tenido que separar al maquinista y al fogonero del expreso de Cherbourgo, porque desunidos a causa de una mujer, el primero había maltratado al segundo por negarse éste a obedecerle; sus riñas a puñetazos se habían convertido en verdaderas batallas libradas en el camino, con olvido completo de la cola de pasajeros que rodaba tras ellos a todo vapor.

Dos veces más abrió Pecqueux el hogar y echó carbón, queriendo desobedecer, buscando sin duda una disputa; pero Jacobo fingió no notarlo, aparentando estar entregado completamente a la maniobra; sólo tomaba la precaución de hacer girar cada vez, el volante del inyector para disminuir la presión. ¡Era tan dulce y agradable el fresco viento de la marcha en aquella noche de junio! Cuando, a las once y cinco, el expreso que conducían llegó a El Havre, los dos hombres se pusieron a arreglar la locomotora en la buena armonía de los días pasados.

Pero cuando salían del depósito para ir a acostarse en la calle François-Mazeline, los detuvo una voz.

— ¡Parece que llevan mucha prisa! Entren un minuto.

Era Filomena que, desde el umbral de la casa de su hermano, había acechado a Jacobo. Al ver a Pecqueux, hizo una mueca contrariada, y si se decidió a llamar a ambos, sólo fue por el placer de poder por lo menos hablar con su nuevo amigo, aunque tuviese que sufrir la presencia del antiguo.

— ¡Déjanos en paz! —gruñó Pecqueux—. No nos fastidies, tenemos

sueño.

— ¡Qué amable! —replicó alegre Filomena—. Pero el señor Jacobo no es como tú. No rechazará una copita. ¿No es verdad, señor Jacobo?

Jacobo, por prudencia, iba a rehusar, cuando el fogonero aceptó bruscamente, cediendo a la idea de acecharlos y de enterarse así de la naturaleza de sus relaciones. Entraron en la cocina y se sentaron delante de la mesa, donde Filomena había puesto algunas copas y una botella de aguardiente. Al llenar los vasos, dijo:

—Procuren no hacer ruido, mi hermano está durmiendo arriba y no le gusta que yo reciba visitas.

Y mientras los servía, añadió:

—A propósito, una noticia: la señora Lebleu ha muerto esta mañana. Ya tenía yo dicho que moriría si la metían en la vivienda de la parte trasera, un verdadero calabozo. Ha durado cuatro meses, friéndose la sangre por no ver nada más que el zinc... Y lo que más ha contribuido a matarla, desde que no podía moverse de la butaca, ha sido el no poder seguir espiando a la señorita Guichon y al señor Dabadie, según su costumbre. Sí, ha reventado de rabia por no haber sorprendido nunca nada entre ellos.

Filomena se detuvo, tomó un trago y prosiguió con una risa:

—Sin duda se acuestan juntos. ¡Pero son muy astutos! Hasta fingen no conocerse más que de vista. Sospecho, sin embargo, que la señora Moulin los ha visto una noche. Pero no hay cuidado de que hable; es demasiado tonta, y además, su marido, el jefe segundo...

De nuevo se interrumpió para exclamar:

—Dígame, ¿no es la semana que viene cuando van a juzgar eso en Rouen, la causa de los Roubaud?

Hasta entonces, Jacobo y Pecqueux la habían escuchado sin pronunciar una palabra. El fogonero sólo pensaba que estaba más habladora que de costumbre. Nunca derrochaba con él tanta conversación. No apartaba los ojos de ella, encendido, poco a poco, por los celos al verla excitarse así ante su jefe.

—Sí —respondió el maquinista con perfecta tranquilidad—. He recibido la citación.

Filomena se acercó a él, feliz de poder rozarle con el codo.

—Yo también soy testigo —anunció—. ¡Ah!, señor Jacobo, cuando me interrogaron acerca de usted, porque ya sabe que desearon conocer la verdad sobre sus relaciones con la pobre señora; cuando me interrogaron, pues, le dije al juez: «Pero señor, ¡si él la adoraba! ¡Es imposible que le causara mal

alguno!». ¿Y acaso no es verdad? Los había visto a ustedes juntos y podía hablar.

— ¡Oh! —dijo el joven con un gesto de indiferencia—. Yo no tenía cuidado, porque podía dar, hora por hora, cuenta de mi empleo del tiempo. Si la Compañía me ha conservado en mi puesto, es porque no tenía el menor reproche que hacerme.

Hubo un instante de silencio durante el cual los tres bebieron.

—Eso le da a una escalofríos —observó Filomena—. Esa bestia feroz, ese Cabuche, al que detuvieron cubierto todavía con la sangre de la pobre señora... ¡Qué hombres tan idiotas hay! Matar a una mujer porque la desean... ¡Como si estuviesen más adelantados porque la mujer ya no existe! Y lo que no olvidaré en mi vida, es cuando el señor Cauche fue a detener también al señor Roubaud allá, en el andén. Yo estaba presente. Ya saben que la cosa sucedió apenas una semana después. El señor Roubaud, al día siguiente del entierro, había vuelto a encargarse del servicio con gran tranquilidad. Entonces, el señor Cauche le dio en el hombro, diciéndole que tenía orden de llevárselo preso. ¡Qué les parece a ustedes! ¡Ellos, que no se separaban y que pasaban noches enteras juntos, jugando! Pero cuando se es comisario, se llevaría uno a su padre y a su madre a la guillotina, porque el oficio lo requiere. ¡Mucho le importa el asunto al señor Cauche! Le he visto en el Café del Comercio jugando a las cartas, sin inquietarse por su amigo más que por el gran Turco.

Pecqueux, con los dientes apretados, dio un fuerte puñetazo sobre la mesa.

— ¡Rayos! ¡Si yo estuviese en el lugar de ese cornudo de Roubaud! Usted se acostaba con su mujer. Otro se la mata. Y he aquí le envían a él ante los tribunales. ¡Hay para reventar de rabia!

—Pero, ¡qué tonto eres! —exclamó Filomena—. ¡Si le acusan de haber inducido al otro a que le desembarazase de su mujer! Por asuntos de dinero, ¡qué sé yo! Parece ser que han hallado en la casa de Cabuche el reloj del presidente Grandmorin; ese hombre, ¿recuerdan?, que fue asesinado en un coche hace dieciocho meses. Entonces relacionaron este crimen con el del otro día y armaron toda una historia. Yo no puedo explicarlo, pero ha aparecido en los periódicos y se hablaba de ello a dos columnas.

Jacobo, distraído, parecía no escuchar.

— ¿A qué romperse la cabeza? —murmuró al fin—. ¿Acaso es asunto nuestro? Si la justicia no sabe lo que hace, menos lo sabremos nosotros.

Y con la mirada incierta y cubiertas de palidez las mejillas, añadió:

—En todo ello, no hay más que esa pobre mujer... ¡Ay, pobre mujer!

¡Pobre mujer!

—Yo —declaró violento Pecqueux—, yo que tengo una mujer, si alguien la tocara, comenzaría por estrangularlos a los dos. Después, ya podrían cortarme el pescuezo, que me daría lo mismo.

Medió otro instante de silencio. Filomena, que llenaba por vez segunda las copas, se encogió de hombros y rio con afectada indiferencia. Pero en realidad se hallaba trastornada y estudiaba a Pecqueux con una mirada oblicua. El fogonero descuidaba mucho su persona; andaba sucio, harapiento, desde que la madre Victoria, habiéndose quedado inútil como resultado de la fractura, había tenido que dejar su puesto en los lavabos y entrar en un hospicio. Ya no la tenía a su lado, tolerante y maternal, siempre dispuesta a darle un par de francos y a zurcirle la ropa, para que la otra, en El Havre, no la acusara de tener abandonado a su hombre. Y Filomena, seducida por el aspecto limpio y agradable de Jacobo, se mostraba disgustada:

— ¿Es a tu mujer de París a la que estrangularías? —preguntó, por bravata—. ¡No hay peligro de que te la quiten!

— ¡Ésa u otra! —gruñó él.

Pero ya Filomena bebía con aire burlón.

— ¡A tu salud! —dijo—. Y tráeme tu ropa blanca para que te la laven y repasen, porque la verdad es que ya no nos haces honor ni a una ni a otra. ¡A la salud de usted, señor Jacobo!

Jacobo se sobresaltó, como si le arrancaran de un sueño. En medio de la ausencia completa de remordimientos, del alivio y bienestar físico en que vivía desde el asesinato, pasaba ante él, a veces, la imagen de Severina, enterneciendo hasta hacer llorar al hombre dulce que había en él. Y Jacobo bebió con Filomena diciendo precipitadamente para ocultar su turbación:

—Ya sabrán que vamos a tener guerra.

— ¡No me diga! —exclamó Filomena—. Pero, ¿con quién?

—Pues con los prusianos... Sí, a causa de uno de sus príncipes, que quiere ser rey de España. Ayer no se habló de otra cosa en la Cámara.

Entonces ella mostró aflicción.

— ¡Ah, eso va a ser gracioso! —exclamó—. ¡Bastante nos han fastidiado ya con sus elecciones, su plebiscito y sus motines en París! Dígame usted, si hay guerra, ¿alistarán a todos los hombres?

— ¡Oh! Nosotros estamos en salvo —contestó Jacobo—, porque no se pueden desorganizar los ferrocarriles. Pero nos abrumarían con transportes de tropas y aprovisionamientos. En fin, si tal sucede, habrá que cumplir con el

deber.

Dicho esto, se levantó viendo que ella había acabado por deslizar una de sus piernas por entre las suyas y que Pecqueux, que lo había notado, apretaba los puños, rojo de cólera.

—Vamos a acostarnos —dijo—. Ya es hora.

—Sí, será lo mejor —tartamudeó el fogonero.

Y se apoderó del brazo de Filomena, apretándoselo brutalmente. La muchacha, reprimiendo un grito de dolor, se limitó a cuchichear al oído del maquinista, en el momento en que el otro apuraba furioso el contenido de su copa:

— ¡Desconfía! Es una bestia cuando bebe.

De pronto oyéronse pasos pesados en la escalera. Filomena se asustó.

— ¡Mi hermano! —exclamó—. ¡Márchense pronto!

Todavía no se hallaban los dos hombres a veinte pasos de la casa, cuando oyeron el sonido de bofetadas, seguidas de alaridos. Era la muchacha que recibía una abominable corrección, como una niña cogida en falta, con los dedos metidos en un tarro de dulce. El maquinista se detuvo, dispuesto a socorrerla; pero le disuadieron estas palabras del fogonero:

— ¿Y qué? ¿Acaso es asunto suyo? ¡Ah, la zorra! ¡Si al menos pudiera acogerla!

Una vez en el dormitorio de la calle François-Mazeline, Jacobo y Pecqueux se acostaron sin proferir palabra. Las dos camas casi se tocaban; y ambos permanecieron despiertos largo rato, con los ojos abiertos, escuchando el uno la respiración del otro.

Era el lunes, día en que debían comenzar en Rouen las sesiones del proceso Roubaud. La causa constituía un triunfo para el juez de instrucción, Denizet, pues no se le regateaban, entre el mundo de la magistratura, los elogios por la maestría con la que había llevado a feliz término aquella causa compleja y oscura: decíase que era una obra maestra de fino análisis, una lógica reconstrucción de la verdad: en una palabra, una verdadera creación.

Primeramente, el señor Denizet, tan pronto como se hubo trasladado al teatro del crimen, algunas horas después del asesinato de Severina, hizo detener a Cabuche. Todo denunciaba al cantero: la sangre que le cubría, las declaraciones terminantes de Roubaud y Misard, quienes referían de qué modo le habían sorprendido, solo y aterrado, junto al cadáver. Interrogado y apremiado a decir por qué y cómo se hallaba en la alcoba, Cabuche tartamudeó una historia que el juez acogió con un encogimiento de hombros,

ya que ese cuento le pareció ingenuo y clásico. No había esperado otro, era siempre el mismo: el asesino imaginario, el culpable inventado, su huida por el oscuro campo que el verdadero culpable afirmaba haber visto. ¡Bien lejos estaba ese ogro, si es que seguía huyendo! Por lo demás, Cabuche, cuando le preguntaron qué hacía delante de la casa a semejante hora, se turbó, se negó a contestar y, finalmente, declaró que estaba paseándose. Esto era infantil: ¿cómo creer en ese desconocido misterioso que asesinaba y huía, dejando todas las puertas abiertas, sin haber registrado un solo mueble ni haber robado siquiera un pañuelo? ¿De dónde habría venido? ¿Por qué habría matado? Sin embargo, enterado, desde un principio de las relaciones de Jacobo con la víctima, el juez se interesó vivamente por el empleo que aquel había hecho de su tiempo; pero no solamente había reconocido el acusado mismo que había acompañado a Jacobo a Barentin, sino que la posadera de Rouen juraba que el joven se había acostado después de cenar y no había salido de su cuarto hasta las siete de la mañana siguiente. Además, un amante no asesina sin motivo alguno a una querida que adora y con la cual no ha tenido nunca el menor disgusto. Eso era absurdo. ¡No, no! No existía más que un asesino posible, evidente, el ex-presidiario, sorprendido en el lugar del crimen con las manos ensangrentadas y la navaja a sus pies, aquel bruto feroz que se burlaba de la justicia con cuentos ridículos.

Pero llegado a este punto, y a despecho de su convicción, a despecho de su buen olfato, el cual según solía decir, le informaba mejor que las pruebas, el señor Denizet tuvo un instante de embarazo. Durante el primer registro en la choza del detenido, sita en pleno bosque de Bécourt, no se había descubierto nada en absoluto. De modo que, no habiéndose podido establecer el robo como móvil del crimen, era preciso encontrar otro motivo. Inopinadamente, al azar de un interrogatorio, Misard le puso sobre la pista, refiriendo que cierta noche había visto a Cabuche escalar el muro de la propiedad para mirar, por una ventana, a la señora Roubaud que se estaba acostando. Interrogado a su vez, Jacobo dijo tranquilamente cuanto sabía: la muda adoración del cantero, el ardiente deseo con que constantemente la perseguía, aprovechando cada ocasión para estar cerca de ella. No quedaba, pues, duda alguna: sólo le había impulsado una pasión bestial. Y todo se reconstruía a pedir de boca: el hombre que llegaba, introduciéndose por la puerta de la que bien podía tener una llave, y que dejó abierta debido a su excitación; luego la lucha, que terminaría en el asesinato; finalmente la violación, interrumpida por la llegada del marido. Sin embargo, se presentaba una última objeción: era muy singular que el hombre, sabiendo que esta llegada era inminente, eligiera precisamente la hora en que el marido podía sorprenderle. Pero, pensándolo bien, esta circunstancia misma se volvía contra el acusado, incluso le condenaba definitivamente, pues probaba que había obrado bajo el imperio de una extrema crisis del deseo, enloquecido por la idea de que, si no aprovechase el momento en que Severina

todavía estaba sola en aquella solitaria casa, nunca ya lograría poseerla, puesto que se marchaba al día siguiente. Desde aquel momento, la convicción del juez, señor Denizet se había convertido en completa e inquebrantable.

Acosado a interrogatorios, cogido en la red de preguntas tejida con arte, descuidando las trampas que se le tendían, obstinábase Cabuche en su primera versión: pasaba por la carretera respirando el aire fresco de la noche, cuando un individuo casi le rozó, corriendo con tal velocidad en medio de las tinieblas que ni siquiera podía decir en qué dirección huía. Entonces, presa de inquietud, dirigió una mirada hacia la casa y notó que la puerta estaba abierta de par en par. Finalmente se decidió a subir y descubrió a la muerta, caliente todavía, que le miraba con ojos muy abiertos; creyéndola viva, la llevó en brazos al lecho, y fue así como se manchó de sangre. No sabía más que esto, lo repetía siempre de nuevo, sin variar un solo detalle, y parecía encerrarse en una historia concebida de antemano. Cada vez que trataban de hacerle salir de este estrecho círculo, caía en ese mutismo del simple de espíritu que no comprende. La primera vez que el señor Denizet le interrogara acerca de su pasión por la víctima, se puso muy colorado, como un adolescente ante una alusión a su primer amor, negando que hubiera soñado con poseer a la dama, como si se tratase de un sentimiento muy feo, a la vez que delicado y misterioso, encerrado en lo más hondo de su corazón y que no había de confesar a nadie. No, él no la había amado ni deseado; jamás le harían decir lo que parecía una profanación ahora que ella estaba muerta. Pero también esta terquedad, discorda con un hecho confirmado por varios testigos, se volvía contra él. Por supuesto, tendría interés en ocultar el loco deseo que le había inspirado la infeliz, deseo que le impulsó a matar para saciarlo. Y cuando el juez, reuniendo todas las pruebas y seguro de arrancarle la verdad al asestarle el golpe decisivo, le echó en cara el asesinato y la violación, el cantero entró en una furia loca de denegaciones. ¡Matarla para poseerla! ¡Él, que la veneraba como a una santa! Fue preciso llamar a los gendarmes para que le contuvieran, pues parecía disponerse a estrangular a todos los presentes. En suma, un criminal de los más temibles, un bellaco, cuya naturaleza violenta estallaba a pesar suyo, confesando así los crímenes que él negaba.

La instrucción se hallaba a estas alturas, y el detenido seguía gritando con furia que había sido el otro, el desconocido, cada vez que se le acusaba de ser el asesino, cuando el señor Denizet logró un hallazgo, de pronto, que cambió radicalmente el aspecto de la causa, al tiempo que decuplicó su importancia. Solía decir que olfateaba las verdades, por eso, obedeciendo a una especie de presentimiento, procedió a registrar personalmente la cabaña de Cabuche, y he aquí que encontró, tras una viga que servía de escondrijo para objetos tales como pañuelos y guantes de mujer, un reloj de oro que no tardó en identificar con verdadero júbilo: era el reloj del presidente Grandmorin, aquel mismo que tanto había buscado en otra ocasión; un gran reloj con las dos iniciales

entrelazadas en la tapa y, grabada en el interior, la cifra de fabricación, el número 2516. Fue como un rayo que iluminó la oscuridad: el pasado se relacionaba con el presente, y los hechos se encadenaban con una lógica que le encantaba. Pero las consecuencias iban a llegar tan lejos que el señor Denizet, sin hacer al principio alusión alguna al reloj, interrogó a Cabuche sobre los guantes y los pañuelos. Durante un instante, el cantero tuvo la confesión en los labios: sí, la había adorado, la había deseado hasta besar los vestidos que llevaba, hasta recoger y robar a espaldas suyas todo cuanto ella dejaba caer: hebillas, corchetes, alfileres. Pero una vergüenza, un pudor invencible le obligaron a callar. Y cuando el juez, decidiéndose al fin, le puso el reloj ante los ojos, Cabuche lo miró pasmado. Lo recordaba bien: ese reloj lo había encontrado, con gran sorpresa, debajo de una almohada, atado a la punta de un pañuelo; se lo había llevado a su casa como presa y lo había dejado allí, en el escondite; y se devanó luego los sesos buscando un medio de devolverlo. Mas, ¿para qué contar eso? Tendría que confesar, entonces, también los otros hurtos, el hurto de aquellos trapos y de aquella ropa que tan bien olía, actos que tanto le avergonzaban. Ya no creían nada de cuanto decía. Por lo demás, él mismo ya no comprendía sus propias declaraciones. Todo se enredaba en su obtuso cerebro, y Cabuche sentía cómo se sumía en plena pesadilla. Hasta cesaba de enfurecerse ante la acusación de ser el asesino; permanecía atontado, repitiendo a cada pregunta que no sabía nada. No sabía nada de los guantes y los pañuelos. No sabía nada del reloj. ¿Por qué continuaban fastidiándole? No tenían más que dejarle tranquilo y guillotinarle en seguida.

Al día siguiente, el señor Denizet mandó detener a Roubaud. Había lanzado la orden de arresto, orgulloso de su omnipotencia, en uno de esos minutos de inspiración en que creía en el genio de su perspicacia, y antes de que apareciesen cargos suficientes contra el jefe segundo. Pese a las numerosas oscuridades que subsistían todavía, adivinaba que en este hombre residía el fundamento y la misma razón de ser del doble crimen. Y triunfó en seguida cuando hubo tomado del superviviente la donación de bienes que Roubaud y Severina se habían hecho mutuamente ante el señor Colin, notario de El Havre, a los ocho días de haber entrado el matrimonio en posesión de La Croix-de-Maufras. Desde entonces, toda la historia se reconstruyó en su cerebro con tal certeza de razonamiento y tal evidencia, y dio al andamiaje de acusación una solidez tan indestructible, que la verdad misma hubiera parecido menos verdadera y más fantástica e ilógica. Roubaud aparecía como un cobarde que, no atreviéndose a matar con mano propia, se había servido por dos veces del brazo de Cabuche, aquella bestia feroz. La primera vez, el motivo había sido la impaciencia de heredar al presidente, cuyo testamento conocía, al igual que el rencor del cantero contra Grandmorin. En Rouen, Roubaud había introducido rápidamente a Cabuche en el departamento reservado, después de ponerle en la mano la navaja. Repartidos los diez mil

francos, los dos cómplices no se hubieran vuelto a ver si el crimen no hubiera engendrado de nuevo el crimen. Y fue en este punto en el que el juez puso de relieve esa profunda comprensión de la psicología criminal, que tanto se le admiraba: pues pudo afirmar que no había cesado nunca de vigilar a Cabuche, convencido de que el primer asesinato había de conducir matemáticamente a otro. Dieciocho meses habían bastado para demostrar la exactitud de su suposición: el matrimonio de los Roubaud se pudrió, el marido disipó los cinco mil francos en el juego, y la mujer, ávida de distraerse, tomó amante. Sin duda, ella se negaba a vender la propiedad de La Croix-de-Maufras, por temor a que Roubaud malgastase el dinero; tal vez, en sus continuas disputas, le amenazara con denunciarle a la justicia. En todo caso, numerosos testimonios revelaban la completa desunión de los esposos; y, finalmente, se produjo la anticipada consecuencia del primer crimen: reapareció Cabuche con sus apetitos bestiales, y otra vez le puso el marido la navaja en la mano, con objeto de asegurarse definitivamente la posesión de aquella maldita casa que ya había costado una vida humana. Tal era la verdad, la verdad deslumbradora, a la que todo venía a conducir: el reloj hallado en la choza del cantero, y, sobre todo, los dos cadáveres heridos por el mismo golpe en la garganta, por la misma mano y con la misma arma: la navaja encontrada en la alcoba. Sobre este último punto, sin embargo, la acusación admitía la duda: la herida del presidente parecía haber sido causada por una hoja más pequeña y cortante.

En un principio, Roubaud se limitó a contestar con monosílabos, sin salir de ese aire soñoliento y entorpecido con que se le veía en los últimos tiempos. No le extrañaba su detención, pero todo había llegado a serle indiferente, en la lenta desorganización de su ser. A fin de hacerle hablar, le habían puesto un guardián, con el que jugaba a los naipes desde la mañana hasta la noche, y así se sentía perfectamente feliz. Por lo demás, Roubaud estaba convencido de la culpabilidad de Cabuche: nadie que no fuese él podía ser el asesino. Interrogado acerca de Jacobo, se había encogido de hombros, con una sonrisa que revelaba que estaba enterado de las relaciones del maquinista con Severina. Pero cuando el señor Denizet, después de haberle tanteado, acabó por desarrollar su sistema, empujándole, fulminándole con las pruebas de su complicidad, seguro de arrancarle así una confesión, Roubaud, temeroso de verse descubierto, de pronto se tornó muy circunspecto. ¿A él qué le contaban? ¿Que el asesino del presidente no era él sino Cabuche, que también había asesinado a Severina? ¿Y, sin embargo, en ambos casos, era él culpable, puesto que el cantero obraba a incitación suya y en su lugar? Tan compleja aventura la llenaba de recelo: seguramente le estaban tendiendo una trampa; mentían para obligarle a confesar su participación en el primer asesinato. Desde el momento de su detención, había comprendido que la vieja historia iba a ser desenterrada. Careado con Cabuche, declaró no conocerle. Pero como repetía que le había sorprendido cubierto de sangre y a punto de violar a su

víctima, el cantero se enfureció, resultando una escena violenta y en extremo confusa, que vino a embrollar más las cosas. Transcurrieron tres días. El juez multiplicaba los interrogatorios, seguro de que los dos cómplices se habían puesto de acuerdo para representar la comedia de su mutua hostilidad. Roubaud, muy cansado, había tomado el partido de no contestar más, cuando, de repente, en un minuto de impaciencia, deseoso de acabar de una vez, y cediendo a una sorda necesidad que le atormentaba desde hacía meses, soltó la verdad, nada más que la verdad y toda la verdad.

Aquel día, precisamente, el juez, sentado en su escritorio y velando sus ojos con los pesados párpados, prodigaba las sutilezas, mientras sus labios se adelgazaban en un esfuerzo de sagacidad. Hacía una hora que se agotaba en sabias astucias frente a ese acusado obeso, cubierto de grasa malsana y amarillenta, al que juzgaba extremadamente fino, bajo su pesada envoltura. Y creía ya haberle acorralado paso a paso teniéndole cercado por todos lados y a punto de caer en el lazo, cuando Roubaud, con un gesto de hombre exasperado, dijo que le bastaba ya y que prefería confesar para que no le atormentaran más. Ya que se quería a toda costa creerle culpable, que por lo menos lo fuese de lo que realmente había hecho. Pero a medida que avanzaba en su historia, a medida que hablaba de su mujer prostituida muy joven por Grandmorin, de sus celos locos al saber estas suciedades, a medida que contaba cómo había matado y por qué había tomado los diez mil francos, los párpados del juez se recogían en un frunce de duda, mientras una expresión irresistible de incredulidad, de incredulidad profesional, distendía su boca en una mueca burlona. Cuando el acusado se calló, el señor Denizet sonreía todavía. Ese hombre era aun más fuerte de lo que había pensado; atribuirse el primer asesinato, convertirlo en un crimen puramente pasional, limpiándose así de toda meditación de robo, y sobre todo de toda complicidad en el asesinato de Severina, he aquí, a buen seguro, una maniobra atrevida que indicaba una inteligencia y una voluntad poco comunes. Por desgracia, esa versión era insostenible.

—Vamos, Roubaud —dijo el juez—. No hay que tomarnos por niños. ¿Dice usted que estaba celoso y que mató en un transporte de celos?

—Eso es.

—Y si admitimos lo que cuenta, quiere ello decir que se casó sin saber nada de las relaciones de su mujer con el presidente. ¿Es esto verosímil? Probaría, muy al contrario, por parte de usted, un trato ofrecido, ponderado y aceptado. Le dan una joven criada como una señorita, se la dotan, su protector se convierte en protector suyo, usted no ignora que le lega en su testamento una casa de campo, y, sin embargo, ¡pretende no saber nada en absoluto! Vamos, usted lo sabía todo. De lo contrario, no se explica su casamiento... Además, la consideración de un simple hecho basta para confundirle: usted no

es celoso; atrevase a repetir que lo es.

—Digo la verdad. Maté en un acceso de celos.

—Entonces, después de haber matado al presidente por relaciones antiguas, muy vagas y que, por lo demás, usted ha inventado, explíquese cómo ha podido tolerarle un amante a su mujer, ese Jacobo Lantier, ¡un mozo bien robusto! Todo el mundo me habla de estas relaciones, y usted mismo no niega que las ha conocido. Les permitió esos amores. ¿Por qué?

Postrado, con los ojos turbios, Roubaud parecía mirar hacia el vacío. Incapaz de encontrar una explicación, tartamudeó al fin:

—No sé... He matado al otro, y no se me ocurrió matar a éste...

—No me diga, pues, que es un celoso que se venga. Y no le aconsejo repetir esa novela ante los señores jurados porque sólo se encogerían de hombros... Créame, cambie de sistema, la verdad sola podría salvarle.

Desde aquel momento, cuanto más se obstinaba Roubaud en decir la verdad, tanto más se le probaba que mentía. Además, todo se volvía contra él, hasta el punto de que las declaraciones hechas durante los interrogatorios de la investigación de la causa Grandmorin, en vez de apoyar su nueva versión, pues ya entonces había denunciado a Cabuche, se convertía, por el contrario, en prueba de una inteligencia, en extremo hábil, entre uno y otro. El juez afinaba la psicología de este crimen con verdadero amor al oficio. Nunca, según decía, había descendido tan al fondo de la naturaleza humana; y era adivinación más que observación, pues se ufanaba de pertenecer a esa escuela de jueces videntes y fascinadores, que, con una ojeada, analizan a un hombre. Ya no faltaban, por lo demás, las pruebas: formaban un conjunto aplastante. En adelante, la instrucción contaría con una base sólida: la certidumbre brillaba deslumbradora como la luz del sol.

Y lo que realzó aún más la gloria del señor Denizet, fue que presentó la doble causa como una sola, después de haberla reconstituido pacientemente en el más profundo secreto. Desde el ruidoso éxito del plebiscito, no cesaba el país de agitarse con fiebre semejante a ese vértigo que precede a las grandes catástrofes y las anuncia. Palpitaba en la sociedad del fin del Imperio, en la política y en la prensa principalmente, una continua inquietud, una exaltación en que la alegría misma tenía un carácter de morbosa violencia. Por eso, cuando después del asesinato de una mujer, en el fondo de aquella solitaria casa de La Croix-de-Maufras, se supo con qué golpe de ingenio el juez de instrucción de Rouen, al exhumar la vieja causa Grandmorin, la había relacionado con el nuevo crimen, no tardó en producirse una explosión de triunfo en la prensa del régimen. Y es que reaparecían, de vez en cuando, en los periódicos de la oposición, las burlas sobre el asesino legendario,

inventado por la policía para encubrir las ignominias de ciertos grandes personajes comprometidos. La respuesta iba a ser decisiva: el asesino y su cómplice estaban presos, la memoria del presidente Grandmorin saldría intacta de la aventura. Volvieron a empezar las polémicas, y la emoción en París crecía de día en día. Fuera de esta novela atroz que torturaba las imaginaciones, el público se apasionaba como si la verdad, descubierta por fin, de manera irrefutable, hubiera de consolidar al Estado. Durante una semana entera, la prensa salía rebosante de detalles.

Llamado a París, el señor Denizet se presentó en la calle del Rocher, en el domicilio particular del secretario general, señor Camy-Lamotte. Le encontró de pie, en medio de su gabinete, con aspecto severo, el rostro adelgazado y con porte más cansado que antes todavía; iba declinando, y a su escepticismo se mezclaba cierta tristeza, como si presintiera, bajo aquel resplandor de apoteosis, el próximo desmoronamiento del régimen al que servía. Hacía dos días que se hallaba presa de una lucha interior, vacilando acerca del uso que debía hacer de la carta de Severina, que él había conservado, y cuya lectura hubiese destruido todo el fundamento de la acusación, pues apoyaba la versión de Roubaud con una prueba irrecusable. Nadie sospechaba que existiese; podía destruirla. Pero la víspera, el emperador le había dicho que exigía, esta vez, que la justicia siguiera su curso, sustraída a toda influencia, aunque tal cosa perjudicase su gobierno. No era, por su parte más que un leve acceso de honradez o, tal vez, el sentimiento supersticioso de que un solo acto arbitrario, después de la aclamación del país, cambiaría el Destino. Y si bien el secretario no sufría en modo alguno de escrúpulos de conciencia, pues había reducido los negocios de este mundo a una mera cuestión de mecánica, sin embargo, se sentía turbado por la orden recibida y se preguntaba si debía llevar la lealtad hacia su amo hasta el punto de desobedecerle.

En seguida, el señor Denizet se mostró triunfante.

—Ve usted cómo no me engañó mi olfato —dijo—. Fue ese Cabuche quien asesinó al presidente. Admito de buena gana que la otra pista contenía también un poco de verdad, y yo mismo tenía la impresión que el papel de Roubaud no dejaba de ser sospechoso... En fin, ahora los tenemos a los dos.

El señor Camy-Lamotte le miraba fijamente con sus ojos pálidos.

—Entonces —dijo—, ¿todos los hechos de la instrucción, que me han sido transmitidos, están probados y la convicción de usted es absoluta?

—Sí, es absoluta, no hay vacilación posible —declaró el juez—. Todo se encadena perfectamente. No recuerdo ninguna causa en que el crimen, pese a aparentes complicaciones, haya seguido una marcha más lógica ni más fácil de determinar de antemano.

—Pero Roubaud protesta —observó el señor Camy-Lamotte—. No niega ser el autor del primer asesinato, pero cuenta una historia: su mujer desflorada, y él, arrastrado por un acceso de celos y matando en un paroxismo de ciega furia. Los periódicos de la oposición cuentan todo esto.

— ¡Oh! ¡Lo cuentan como un chisme que ni siquiera ellos mismos se atreven a creer! ¡Celoso ese Roubaud, que facilitaba las citas de su mujer con un amante! ¡Que repita su cuento en pleno jurado: no logrará promover el escándalo que se busca! ¡Si, por lo menos, adujera alguna prueba! Pero no aduce ninguna. Es verdad que habla de una carta que pretende haber obligado escribir a su mujer y que se debería haber encontrado entre los papeles de la víctima. Usted, señor secretario general, que ha examinado estos papeles, seguramente habría dado con ella, ¿verdad?

El señor Camy-Lamotte no contestó. Indudablemente, el escándalo quedaría enterrado definitivamente con el sistema del juez. Nadie creería a Roubaud; la memoria del presidente saldría limpia de aquellas abominables sospechas y el Imperio se beneficiaría con la rehabilitación de una de sus criaturas. Por otra parte, ya que ese Roubaud se confesaba culpable, ¿qué le importaba a la Justicia el que fuese condenado por una versión o por otra? Quedaba Cabuche; pero éste, si no había manchado sus manos con el primer asesinato, parecía ser realmente el autor del segundo. En cuanto a la Justicia, ¡Dios mío, qué ilusión más quimérica! Querer ser justo, ¿no era un engaño, cuando la verdad se halla tan obstruida por las malezas? Más valía ser prudente y darle un apoyo a esta sociedad agonizante y seriamente amenazada de ruina.

— ¿Tengo razón? —insistió el señor Denizet—. Usted no encontró esa carta.

De nuevo, el señor Camy-Lamotte detuvo sus ojos en el juez. Y tranquilamente, como único dueño de la situación, echando sobre su conciencia los remordimientos que habían inquietado al emperador respondió:

—No he encontrado nada en absoluto.

A continuación, sonriente y muy afable, colmó de elogios al juez. Apenas si un ligero pliegue de sus labios denunciaba una invencible ironía. Jamás instrucción alguna había sido llevada con tamaña penetración. Y, a propósito, era cosa decidida en las altas esferas: sería llamado a París como consejero, después de las vacaciones. Diciéndole esto, el señor Camy-Lamotte le acompañó hasta la escalera.

—Usted sólo ha visto claro —concluyó—. Es verdaderamente admirable. Y cuando la verdad habla, no hay nada que pueda detenerla, ni el interés de las personas ni siquiera la razón de Estado... Vaya usted, y que la causa siga su

curso, cualesquiera que sean las consecuencias.

—En esto se resume el deber de la magistratura —asintió el señor Denizet, que saludó y se fue radiante de satisfacción.

Cuando el señor Camy-Lamotte se vio solo, encendió primero una vela; después fue a extraer del cajón, donde la guardaba, la carta de Severina. La bujía ardía con llama muy alta. El señor Camy-Lamotte desdobló la carta y, mientras releía las dos líneas, evocó a aquella mujer criminal, tan delicada, de ojos color de hierba doncella y que antaño le había conmovido con un sentimiento de tierna simpatía. Ahora estaba muerta. La veía en una imagen trágica. ¿Quién conocía el secreto que había llevado consigo a la tumba? ¡Ah, ciertamente eran una ilusión la Verdad, la Justicia! No quedaba, en él, de aquella mujer desconocida y encantadora, más que el deseo de un minuto, sentido y no satisfecho. Y como acercaba la carta a la bujía, viéndola llamear, se sintió invadido por una gran tristeza, por un presentimiento de desgracia: ¿para qué destruir esta prueba, cargando su conciencia con tal acto, si el destino quería que el Imperio fuera barrido así como las partículas de negra ceniza caídas de sus dedos?

En menos de una semana terminó el señor Denizet la instrucción. Encontraba en la Compañía del Oeste la mejor voluntad posible para facilitarle todos los documentos que pudiera desear, y todos los testimonios útiles. Y es que también la Compañía deseaba vivamente acabar con esa deplorable historia de uno de sus empleados, historia que, subiendo a través de las complejas ruedas de su organismo, había estado a punto de quebrantar el mismísimo Consejo de Administración. Urgía cortar, cuanto antes, el miembro gangrenado. Así, pues, volvió a desfilar por el gabinete del juez, el personal de la estación de El Havre: el señor Dabadie, Moulin y los demás, refiriendo detalles desastrosos sobre la mala conducta de Roubaud; también aparecieron por allí el jefe de estación de Barentin, señor Bessière, y algunos empleados de Rouen, cuyas declaraciones tenían una importancia decisiva con respecto al primer asesinato; a continuación declararon el señor Vandorpe, jefe de estación de París, el estacionario Misard y el conductor jefe Enrique Dauvergne, mostrándose los dos primeros muy afirmativos acerca de las tolerancias conyugales del acusado. Enrique, que en La Croix-de-Maufras había recibido los cuidados de Severina, incluso contaba que cierta noche, cuando todavía se sentía muy debilitado, había oído las voces de Roubaud y Cabuche, que se concertaban ante su ventana. Lo cual explicaba muchas cosas y destruía la defensa de los acusados, que afirmaban no conocerse. Un solo grito de reprobación se alzó sobre el personal de la Compañía; todos lamentaban a las desdichadas víctimas, esa pobre mujer joven cuya falta parecía tan excusable, ese anciano tan respetable, limpio ahora de las feas historias que sobre él corrían.

Pero el nuevo proceso había despertado, sobre todo, pasiones violentas en la familia de Grandmorin, y si, por una parte, el señor Denizet recibía una ayuda poderosa, sin embargo tuvo que batallar para salvaguardar la integridad de su instrucción. Los Lachesnaye cantaban victoria, pues siempre habían afirmado la culpabilidad de Roubaud, exasperados por el legado de La Croix-de-Maufras, sangrando de avaricia. Por eso, no bien había sido desterrada aquella causa, se apresuraron a aprovecharla para impugnar el testamento; y como no existía más que un medio para conseguir la anulación del legado, acusar a Severina de ingratitud, el matrimonio aceptaba, en parte, la versión de Roubaud, de la esposa cómplice que le había ayudado a matar, pero en modo alguno para vengarse de una infamia imaginaria, sino para robar a la víctima. Se produjo un conflicto entre el juez y ellos. Berta, sobre todo, se mostraba muy dura hacia su antigua amiga, a la que achacaba cargos abominables, mientras que el juez la defendía, acalorándose y poniéndose furioso tan pronto como atentaban a su obra maestra, ese edificio de lógica, tan admirablemente construido, según solía declarar él mismo con aire de orgullo, que si se le quitaba una sola pieza, se desmoronaba toda la construcción. Hubo, con este motivo, en su despacho, una escena muy viva entre los Lachesnaye y la señora Bonnehon. La dama, antes favorable a los Roubaud, había tenido que abandonar al marido; pero continuaba defendiendo a la mujer, impulsada por una especie de tierna complicidad, ya que era muy tolerante en todo cuanto a la belleza y el amor se refería, y profundamente trastornada por tan romántica tragedia, salpicada de sangre. Tomó una actitud muy franca, llena de desprecio hacia el dinero. Su sobrina, ¿no se avergonzaba de volver a esa cuestión de la herencia? El admitir la culpabilidad de Severina, ¿no significaría aceptar enteramente la pretendida confesión de Roubaud y permitir así que se manchara de nuevo la memoria del presidente? La verdad, si no quedaba establecida ingeniosamente por la instrucción, habría que inventarla en interés del honor de la familia. Y con un poco de amargura habló de la sociedad de Rouen, donde la causa había hecho tanto ruido; esa sociedad, sobre la que había cesado de reinar, ahora que los años hasta la despojaban de su opulenta hermosura de rubia diosa envejecida. Sí, la víspera todavía, en casa de la señora Leboucq, la mujer del consejero, esa morena alta y elegante que la destronaba, se había cuchicheado las anécdotas galantes relacionadas con el presidente, la aventura de Luisita y todo cuanto inventaba la malignidad pública. Como en este momento intervino el señor Denizet, anunciando que el señor Leboucq actuaría de asesor en las próximas sesiones del jurado, los Lachesnaye se callaron aparentando ceder, pero muy inquietos. La señora Bonnehon los tranquilizó, manifestando que estaba segura de que la justicia cumpliría con su deber: las sesiones serían presididas por su viejo amigo, señor Desbazeilles, el mismo al que los reumas no permitían, en materia de amor, más que el recuerdo; y el segundo asesor debía ser el señor Chaumette,

padre del joven sustituto al que ella protegía. Estaba, pues, tranquila. Pero una melancólica sonrisa asomó a sus labios cuando nombró a Chaumette, a cuyo hijo se veía, desde hacía algún tiempo, en el salón de la señora Leboucq, adonde ella misma le enviaba para no dificultar su porvenir.

Cuando, por fin, llegó el día del famoso proceso, los rumores de una próxima guerra y el estado de agitación en que se encontraba Francia entera, perjudicaron mucho la resonancia de los debates. Rouen no por eso dejó de pasar tres días de fiebre: la gente se apretaba ante la puerta de la sala, y los asientos reservados aparecían invadidos por damas de la sociedad. Jamás el antiguo palacio de los duques de Normandía había conocido una tal afluencia de público, desde que se había convertido en tribunal de justicia. Sucedió esto en los últimos días de junio, y en tardes calurosas, cuyo sol encendía los cristales de las diez ventanas, inundando de luz las ensambladuras de encino, el calvario de piedra blanca, que se destacaba sobre el fondo del rojo cortinaje sembrado de abejas, y el célebre techo de los tiempos de Luis XII, con sus compartimientos de madera, esculpidos y relucientes de oro muy suave. El público se sofocaba antes de haber comenzado la audiencia. Las mujeres se alzaban, para ver mejor, sobre la mesa de las piezas de convicción, el reloj de Grandmorin, la camisa ensangrentada de Severina y la navaja, arma de ambos asesinatos. El defensor de Cabuche, un abogado llegado de París, llamaba también la atención del público. En el banco del jurado se alineaban doce ciudadanos de Rouen, ceñidos en negras levitas, pesados y graves. Y cuando la magistratura entró, se produjo tal oleaje de rumores, que el presidente tuvo que amenazar con hacer despejar la sala.

Por fin la sesión se declaró abierta; los jurados prestaban juramento, y la llamada de los testigos agitó de nuevo a la multitud con un estremecimiento de curiosidad: los nombres de la señora Bonnehon y del señor de Lachesnaye hicieron ondular todas las cabezas; pero fue Jacobo quien, más que nadie, apasionó a las damas, que le siguieron con los ojos. En cuanto los acusados hubieron ocupado su banco, cada uno flanqueado por dos gendarmes, todo el mundo los miró, y sin apartar la vista, todos cambiaban entre sí diversas apreciaciones. Se juzgaba que tenían un aspecto feroz y bajo, propio de dos bandidos. Roubaud, con su traje oscuro y la corbata puesta con la negligencia de un señor que descuida su persona, sorprendía por su aspecto envejecido y su cara atontada, que reventaba de grasa. En cuanto a Cabuche, era tal cual se lo habían imaginado; vestido con una larga blusa azul, con puños enormes y mandíbulas de carnívoro, personificaba el tipo mismo del asesino: en suma, uno de esos sujetos a los que no hay que encontrar en pleno bosque. Los interrogatorios confirmaron esta mala impresión; ciertas respuestas provocaron violentos murmullos. A todas las preguntas del presidente contestaba Cabuche que no sabía; no sabía cómo había llegado a parar en su casa el reloj de Grandmorin; no sabía por qué había dejado huir al verdadero

asesino; y se aferraba a su historia, la del misterioso desconocido, cuyo galopar afirmaba haber oído en el fondo de las tinieblas. Luego, interrogado acerca de su bestial pasión por la desgraciada víctima, comenzó a tartamudear, presa de una ira tan brusca y violenta, que los dos gendarmes tuvieron que sujetarle los brazos. ¡No! ¡Ni la había amado ni deseado! Era mentira. Habría creído mancharla con sólo pensar en poseerla, a ella que era una señora, mientras que él había estado en prisión y vivía como un salvaje. Calmado al fin, cayó en sombrío mutismo, apenas dejándose arrancar uno que otro monosílabo, indiferente a la condena que le amenazaba. Roubaud también se obstinó en lo que la acusación llamaba su sistema: refirió cómo y por qué había matado a Grandmorin, negando toda participación en el asesinato de su mujer; pero se defendía con frases entrecortadas y casi incoherentes, acompañadas de pérdidas súbitas de la memoria, y sus ojos eran tan turbios, su voz tan encogida, que por momentos causaba la impresión de buscar y de inventar los detalles. Y como el presidente le acorralaba, demostrándole lo absurdo de su relato, acabó por encogerse de hombros y se negó a contestar. ¿Para qué decir la verdad puesto que la mentira era la que se consideraba como lo lógico? Tan desdeñosa actitud, agresiva a los ojos del tribunal, le perjudicó enormemente. Advirtiéndose también la profunda indiferencia de los acusados uno frente a otro, lo que se interpretó como prueba de un convenio previo, de todo un plan hábilmente concebido y mantenido con una fuerza de voluntad extraordinaria. Los dos pretendían no conocerse e incluso se acusaban mutuamente, con el único propósito de desorientar al tribunal. Concluidos los interrogatorios, la causa quedaba juzgada de hecho: tan grande era la habilidad con la que el presidente los había conducido, que Roubaud y Cabuche, cayendo torpemente en las trampas tendidas, parecieron haberse entregado ellos mismos. Aquel día, se oyeron, además, algunos testigos sin importancia. A eso de las cinco, el calor se hizo tan insoportable que dos damas se desmayaron. La gran emoción del día siguiente la proporcionaron al auditorio las declaraciones de ciertos testigos. La señora Bonnehon alcanzó un verdadero éxito de distinción y de tacto. Escuchóse con interés a los empleados de la Compañía, señores Vandorpe, Bessière, Dabadie y Cauche, sobre todo a este último, que se mostró muy prolijo refiriendo que conocía bien a Roubaud, pues había jugado a menudo con él en el Café del Comercio. Enrique Dauvergne repitió su testimonio sensacional, la casi seguridad en que estaba de haber oído, en la somnolencia de su fiebre, las sordas voces de los dos acusados que se concertaban; e interrogado acerca de Severina, se mostró muy discreto, dando a entender que la había amado, pero que sabiendo que pertenecía a otro se había retirado lealmente. Cuando este otro, Jacobo Lantier, apareció en la sala, se produjo un gran murmullo entre la multitud; muchos se levantaron para verle mejor, y hasta entre los jurados se notó un apasionado movimiento de atención. Jacobo, muy tranquilo, apoyó ambas manos en la

barandilla de los testigos, con su ademán profesional cuando conducía su locomotora. Su presentación ante el tribunal, en vez de turbarle profundamente, al contrario, le dejaba en completa lucidez de espíritu, como si nada tuviera que ver con la causa juzgada. Iba a declarar como extraño, como inocente; no había sentido, después del crimen, un escalofrío, ni siquiera se había acordado de aquello. Tenía la memoria como abolida y los órganos en un estado de equilibrio, propio de la perfecta salud. Ahora, ante la barandilla, no experimentaba ni remordimientos ni escrúpulos. Se hallaba sumido en la más absoluta inconciencia. Lo primero que hizo fue mirar con sus ojos claros a Roubaud y Cabuche. Ya sabía que el jefe segundo era culpable, y le saludó con un discreto movimiento de cabeza, olvidando que ahora aparecía a los ojos del mundo como amante de su mujer. Después sonrió al otro, al inocente, cuyo lugar debía ocupar él; un buen animal en el fondo, bajo su apariencia de bandido, un mozo de grandes fuerzas físicas, al que había visto trabajar y cuya mano había estrechado. Y fue con la mayor desenvoltura como hizo su declaración, contestando con palabras breves y claras a las preguntas del presidente, el cual, después de haberle interrogado sin medida sobre sus relaciones con la víctima, le hizo referir su salida de La Croix-de-Maufras algunas horas antes del asesinato: cómo había tomado el tren en Barentin y cómo había pernoctado en Rouen. Cabuche y Roubaud escuchaban, confirmando, por su actitud, las afirmaciones del maquinista. Y en aquel minuto pareció subir, de entre los tres hombres, una tristeza indecible. Reinaba en la sala un mortal silencio; una emoción venida no se sabía de dónde, mantuvo agarrotadas, durante un momento, las gargantas de los jurados: era la verdad que pasaba muda. A la pregunta del presidente acerca de qué pensaba del desconocido que huía entre las tinieblas, Jacobo sólo meneó la cabeza, como si no deseara cargar al acusado. Entonces se produjo un incidente que acabó de trastornar al auditorio: gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Jacobo y, desbordándose, corrieron por sus mejillas. Se le había aparecido Severina, la infeliz asesinada, cuya imagen quedó en su memoria impresa, con sus ojos claros, desmesuradamente abiertos, y con su negra cabellera erizada sobre la frente cual un casco de espanto. Seguía adorándola, e invadido por una inmensa compasión, ahora la lloraba sin consuelo, inconsciente de su crimen, olvidando que se encontraba en medio de aquella multitud. Muchas señoras, vencidas por el enternecimiento, se pusieron a sollozar. Todo el mundo encontraba en extremo conmovedor ese dolor del amante, cuando el marido permanecía con los ojos secos. Habiendo preguntado el presidente a la defensa si tenía que hacer alguna pregunta al testigo, los abogados renunciaron, mientras que la mirada de los embrutecidos acusados acompañaba a Jacobo, que volvió a sentarse en medio de la simpatía general.

La tercera sesión se consagró enteramente al procurador imperial y a los discursos de la defensa. El presidente había abierto la audiencia con un

resumen de la causa, que, afectando una absoluta imparcialidad, agravaba los cargos de la acusación. El fiscal, que habló a continuación, no parecía dar la medida de su elocuencia, pues habitualmente hacía muestra de más convicción y de una retórica menos hueca. Atribuíase esto al calor, que era sofocante. Por el contrario, el abogado de París, defensor de Cabuche, deleitó al público sin convencerlo. El defensor, un distinguido miembro del foro rouenense, sacó también de su mala causa todo el partido que pudo. El ministerio público, cansado, ni siquiera replicó. Y cuando el jurado pasó a la sala de deliberaciones, eran apenas las seis; el pleno día entraba por las diez ventanas, y un último rayo alumbraba las armas de las ciudades de Normandía, que adornaban los sillares. Un gran ruido de voces subió hacia el dorado techo de forma antigua; y las oleadas de impaciencia sacudieron la verja de hierro que separaba los asientos reservados del resto del público. Pero un silencio religioso volvió a reinar cuando reaparecieron el jurado y la magistratura. El veredicto admitía circunstancias atenuantes; los dos hombres fueron condenados a trabajos forzados, a perpetuidad. Fue esto una gran sorpresa. La muchedumbre salió de la sala, con gran tumulto y se oyeron algunos silbidos, como en el teatro.

Todo Rouen no habló, aquella noche, sino de esta condena, haciéndose comentarios sin fin. La opinión general interpretaba la sentencia como una derrota para la señora Bonnehon y para los Lachesnaye. Sólo la pena capital hubiera satisfecho a la familia. Seguramente habían mediado influencias adversas. Ya se mencionaba, en voz baja, el nombre de la señora Leboucq, que contaba, entre los jurados, tres o cuatro de sus fieles. La actitud de su marido como asesor no había ofrecido, por cierto, nada incorrecto; sin embargo, creíase haber observado que ni el otro asesor, señor Chaumette, ni el propio presidente, señor Desbazeilles, se habían sentido tan dueños del debate como lo hubieran querido. Tal vez el jurado, sintiendo escrúpulos, cediera, al conceder circunstancias atenuantes, al malestar provocado por aquella duda que durante un momento había atravesado la sala; el vuelo silencioso de la melancólica verdad. Pero no por eso dejaba de ser el proceso un triunfo del juez de instrucción, señor Denizet, cuya obra maestra nada había podido menguar. Y la familia misma perdió muchas simpatías cuando se supo que el señor de Lachesnaye, en su afán de recuperar La Croix-de-Maufras, hablaba de entablar una acción revocatoria, no obstante la muerte del donatario, conducta extraña en un magistrado.

Al salir del palacio, Jacobo tropezó con Filomena, que también había sido citada como testigo; y ya no le soltó, deseosa de pasar aquella noche con él en Rouen. Como Jacobo no estaba de servicio hasta el día siguiente, consintió en cenar con ella en la misma posada, situada cerca de la estación, en la que pretendía haber dormido la noche del crimen; pero no se quedaría, pues tenía que volver a París en el tren de las doce y cincuenta.

—Sabes —dijo Filomena mientras cogida del brazo de Jacobo se dirigían hacia la posada—, juraría que hace un rato he visto a un conocido nuestro. Sí, a Pecqueux, que me ha repetido días atrás que no pondría los pies en Rouen para este asunto... En una ocasión, me volví y me fijé en un hombre, a quien sólo pude ver por la espalda y que se alejó huyendo por entre la muchedumbre.

El maquinista, encogiéndose de hombros, la interrumpió.

—Pecqueux —dijo— está en París corriéndola, feliz con las vacaciones que mi permiso le proporciona.

—Es posible... Pero no está de más que desconfiemos, pues es un bestia cuando se pone furioso.

Se ciñó a él y añadió, después de una mirada hacia atrás:

—Y ese que nos sigue. ¿Le conoces?

—Sí. Descuida. Tal vez tenga que preguntarme alguna cosa.

Era Misard, que, en efecto, los seguía a cierta distancia desde la calle de los Judíos. Él también había declarado con aire soñoliento, y había rondado alrededor de Jacobo sin atreverse a hacerle una pregunta que, visiblemente, le quemaba los labios. Cuando la pareja hubo desaparecido por la puerta de la posada, Misard entró a su vez y pidió un vaso de vino.

— ¿Cómo? ¿Es usted, Misard? —exclamó el maquinista—. ¿Cómo le va con su nueva mujer?

—Sí, sí —gruñó el estacionario—. ¡Ah, la maldita, bien me ha engañado! Ya se lo conté a usted en mi otro viaje.

Jacobo se divertía mucho con esta historia. La Ducloux, la antigua sirvienta de antecedentes sospechosos, que Misard había tomado para guardar la barrera, al verle registrar en todos los rincones, pronto se había percatado de que buscaba un caudal escondido por la difunta; y se le ocurrió una idea genial para lograr que se casara con ella: le dio a entender, con reticencias, que había hallado aquel dinero. Al principio por poco la estrangula; después, pensando que los mil francos se le escaparían otra vez si la suprimiese antes de echar mano de ellos, se tornó muy zalamero, muy dulce; pero ella le rechazaba, sin consentir que la tocara siquiera. ¡No, no! Cuando fuera su mujer, lo tendría todo, incluso el dinero. Y se casó con ella. Y la mujer no se cansaba de reírse de él, tratándole de bobo por creer todo lo que le contaban. Lo mejor del caso fue que, puesta al corriente, ella se encendió también, contagiada por su fiebre, y comenzó a buscar con él, enfurecida de codicia. ¡Ah, algún día darían con esos mil francos, ahora que eran dos a buscar! Y buscaban, buscaban sin descanso.

— ¿Conque nada? —preguntó Jacobo en tono guasón—. ¿No le ayuda la Ducloux?

Misard le miró fijamente. Al fin reveló su pensamiento.

— ¡Usted sabe dónde están! —exclamó—. Dígamelo.

El maquinista se enfadó.

—Yo no sé nada —replicó—. La tía Fasia no me ha dado nada. ¡Espero que no vaya usted a acusarme de robo!

— ¡Oh, de seguro no le ha dado nada!... Pero ya me ve usted: enfermo de tanto buscar. Si sabe dónde están, ¡dígamelo!

— ¡Hombre, déjeme en paz! —exclamó—. Y tenga cuidado de que no me se ocurra a mí soltar la lengua. Mire usted en la caja de la sal, a ver si están.

Lívido, con los ojos llameantes, continuaba Misard mirándole. De pronto, tuvo una inspiración.

— ¡En la caja de la sal! —gritó—. ¡Tiene razón! Debajo del cajón hay un escondite que no he registrado.

Se apresuró a pagar su vaso de vino y se lanzó a correr hacia la estación, esperando llegar a tiempo para coger el tren de las siete y diez. Allá, en su casucha baja, seguiría buscando eternamente.

Por la noche, después de cenar y mientras aguardaban el tren de las doce y cincuenta, Filomena se las arregló para llevar a Jacobo por calles oscuras, hacia el campo próximo. La atmósfera estaba muy cargada. Era una noche de junio, ardorosa y sin luna, que le henchía la garganta de profundos suspiros. Andaba casi colgada del cuello de él. Dos veces, creyendo haber oído pasos detrás de ellos, había vuelto la cabeza, sin ver a nadie: tan espesa era la oscuridad. Él sufría mucho aquella noche tormentosa. En su tranquilo equilibrio, en medio de la salud perfecta de que gozaba desde el asesinato, de pronto había sentido, durante la cena, como la vuelta de un lejano malestar, cada vez que Filomena le tocaba con sus errabundas manos. Fatiga sin duda, nerviosismo provocado por la tensión del aire. Ahora, la angustia de su viejo deseo resucitaba más aguda y llena de sordo espanto, al tenerla él así, estrechada contra su cuerpo. Estaba bien curado, sin embargo, la experiencia acababa de demostrárselo: ya la había poseído y estaba seguro de ello. No obstante, su excitación creció de modo tal que el temor a una crisis le habría obligado a desasirse de sus brazos, si la sombra que la envolvía no le hubiera tranquilizado; pues nunca, ni en los peores días de su mal, había sido herido sin ver. De repente, cuando ambos pasaban junto a un talud cubierto de césped, por un camino desierto, y en el momento en que ella le arrastraba cayendo en la hierba, sorprendióle el monstruoso instinto. Enloquecido se

puso a buscar un arma, una piedra para aplastarle la cabeza. De un salto se irguió y echó a correr, aturdido, cuando de pronto oyó una voz de hombre que profería juramentos, todo un estrépito de batalla.

— ¡Ah, zorra! He esperado hasta el fin, porque quería asegurarme.

— ¡No es cierto! ¡Suéltame!

— ¿Que no es cierto? El otro puede correr. Ya sé quién es y lo alcanzaré, no hay cuidado. ¡Toma, pelleja! ¡Di ahora que no es cierto!

Jacobo corría en medio de la noche, no por huir a Pecqueux, al que había reconocido; huía de sí mismo, loco de dolor.

¿Un asesinato no había bastado? ¿No se había saciado con la sangre de Severina, como esta mañana todavía lo había creído? Volvía a empezar. Otra, luego otra, y siempre otra. Aunque se hubiera hartado, apenas transcurridas algunas semanas de estupor, su hambre volvería a despertar espantosa, reclamando así sin cesar carne de mujer para saciarse. Y ya no necesitaba él ver esta carne seductora: con solo sentirla tibia entre sus brazos, cedía al celo criminal, convirtiéndose en el macho feroz que destripa a las hembras. No se podía vivir así y ya no tenía delante de sí más que la noche profunda, la desesperación infinita, una huida por las tinieblas.

Transcurrieron algunos días. Jacobo había reasumido su servicio, evitando el trato con sus compañeros, recluido de nuevo, huraño en su angustia, como en otro tiempo. Acababa de ser declarada la guerra después de tempestuosas sesiones de la Cámara, y hasta se habían librado ya combates de avanzada, felices, según se decía. Desde hacía una semana los transportes de tropas abrumaban de cansancio al personal ferroviario. El servicio normal se desorganizaba; los continuos trenes imprevistos producían largos retrasos, sin contar que los mejores maquinistas habían sido movilizados por las autoridades militares para activar la concentración de los cuerpos de ejército. Fue así como cierta noche, en El Havre, Jacobo, en vez de su expreso habitual, tuvo que conducir un enorme tren compuesto de dieciocho vagones atestados de tropas.

Aquella noche llegó Pecqueux muy borracho al depósito. Al día siguiente a la noche en que sorprendió a Filomena con Jacobo, había ocupado su puesto de fogonero en la locomotora 608, al lado de éste último, y desde entonces no hizo la menor alusión a lo sucedido; se mostraba sombrío y, aparentemente, no se atrevía a mirar a su jefe. Pero el maquinista sentía que cada vez se volvía más rebelde, negándose a obedecer, procurando no hacer más que su voluntad y emitiendo sordos gruñidos en cuanto recibía una orden. Al fin cesaron de hablarse. Aquella banda de suelo móvil, que antes tan unidos les había llevado, se convertía ahora en una plancha angosta y peligrosa en la que

chocaba su rivalidad. Crecía su odio mutuo, llegando a tal extremo que se hacían la guerra abierta sobre los pocos pies cuadrados que corrían a toda velocidad y de donde los podía precipitar la menor sacudida. Aquella noche viendo a Pecqueux tan ebrio, Jacobo decidió ser cauteloso, pues sabía que el fogonero, si era incapaz de enfurecerse en ayunas, daba rienda suelta a su desmesurada brutalidad una vez dominado por el vino.

El tren, que debía salir a las seis, tuvo un retraso. Fue solamente al caer la noche, cuando empezaron a embarcar a los soldados, cual carneros, en los furgones cuadras. A guisa de banquetas, se habían clavado algunas tablas, y se amontonaba a las tropas en el interior con tales apreturas que apenas si podían mover un brazo, sentados los unos sobre los otros y hasta viajando de pie. Llegados a París, otro tren los esperaba para conducirlos al Rhin. Ya estaban muertos de fatiga por la sola precipitación de la salida. Pero como habían recibido raciones de aguardiente y se habían esparcido muchos de ellos por las cantinas vecinas, los soldados manifestaban una alegría caldeada y brutal, y se les veía con los rostros rojos y los ojos fuera de las órbitas. Y no bien había salido el tren de la estación, se pusieron a cantar.

Inmediatamente, Jacobo miró al cielo. Un vapor de tormenta ocultaba las estrellas. La noche se anunciaba muy oscura, ni un soplo agitaba la ardorosa atmósfera. Hasta el viento causado por la carrera, siempre tan fresco, parecía tibio. En el negro horizonte no había más luces que las de las señales. Jacobo aumentó la presión para subir la extensa cuesta entre Harfleur y Saint-Romain. Por cuidadosamente que estudiara las peculiaridades de la locomotora 608, todavía no se sentía dueño de ella, y sus caprichos juveniles le sorprendían constantemente. Aquella noche parecía particularmente rehacía y antojadiza, dispuesta a desbocarse por algunos carbones más. Por eso vigilaba el fuego, cada vez más inquieto ante la conducta del fogonero. Le observaba, sin soltar la palanca del cambio de marcha. El diminuto faro que alumbraba el nivel de agua, dejaba la plataforma en una tal penumbra, que la enrojecida puerta del fogón adquiría reflejos violáceos. Distinguía mal a Pecqueux. Por dos veces había sentido en las piernas la sensación de un roce de dedos que tratasen de agarrarle. Pero ello no sería, sin duda, más que una torpeza de borracho, pues oía, a través del ruido, la risa desdeñosa del fogonero, ocupado en partir el carbón a martillazos exagerados, en constante lucha con la pala. A cada minuto, Pecqueux abría la puerta y arrojaba sobre la reja cantidades excesivas de carbón.

— ¡Basta! —gritó Jacobo.

El otro fingió no comprender y siguió echando paletadas de carbón. De pronto, como el maquinista le sujetara el brazo, se volvió amenazador: ahora tenía la riña que buscaba en el creciente furor de su borrachera.

— ¡No me toques o te pego! —bramó—. Me divierte mucho el ir de prisa.

El tren corría a toda velocidad por la meseta que se extiende entre Bolbec y Motteville. Debía lanzarse de un tirón hasta París, sin parada, salvo en los puntos designados para tomar agua. La enorme masa de los dieciocho vagones atestados de ganado humano, atravesaba la negra campiña envuelta en continuo fragor. Y estos hombres, a los que acarreaban hacia el matadero, cantaban, cantaban a voz en cuello, con un clamoreo que dominaba el estruendo de las ruedas.

Con un taconazo, Jacobo había cerrado la puerta. Manejando el inyector, dijo, haciendo un esfuerzo para dominarse:

—Tiene demasiado fuego... Duerme, si estás borracho.

Inmediatamente, Pecqueux abrió de nuevo la puerta y se puso a echar carbón con furor, como si deseara hacer saltar la máquina. Aquello era la rebelión, el desacato de las órdenes, la pasión exasperada, que pasaba por encima de todas aquellas vidas humanas. Y al inclinarse Jacobo hacia la reja, queriendo disminuir él mismo el tiro, Pecqueux le agarró bruscamente haciendo un intento de arrojarle a la vía.

— ¡Canalla, esto es lo que buscabas! —gritó el maquinista—. Después dirías que me había caído, ¿eh? ¡Maldito!

En el último instante, había podido salvarse, agarrándose a uno de los bordes del ténder, y los dos hombres, caídos uno y otro, continuaron la lucha sobre el pequeño puente de palastro que retemblaba violentamente. Con los dientes apretados, mudos, esforzándose cada uno por arrojar al otro por la estrecha abertura que sólo cerraba una barra de hierro, empresa nada fácil, pues la máquina continuaba su carrera devoradora. Barentin quedó atrás, y el tren se sumía en el túnel de Malaunay, cuando los dos todavía rodaban fuertemente abrazados sobre el carbón, golpeando con la cabeza las paredes del recipiente de agua y evitando las partes rojas del fogón, donde se abrasaban sus piernas cada vez que las alargaban.

Un instante, Jacobo pensó que, si pudiera levantarse, cerraría el regulador y pediría socorro para que le librasen de aquel loco furioso, desencadenado por la borrachera y los celos. Pero siendo de talla más baja que el otro, se debilitaba, desesperando de tener fuerza para precipitarle a la vía. Ya estaba vencido y sentía pasar por su nuca el terror ante la caída. Hizo un supremo esfuerzo tanteando con la mano. El otro, adivinando la maniobra, se enderezó sobre los riñones y le levantó como a un niño.

— ¡Ah! —bramó—. ¿Quieres parar?... Me has quitado la mujer. ¡Anda! ¡Has de pagarlo!

La máquina seguía rodando. El tren acababa de salir del túnel, con gran estrépito, y continuaba su carrera a través de la desierta y sombría campiña. Pasó por la estación de Malaunay en una ráfaga tal que el jefe segundo, que de pie en el andén la miraba pasar, ni siquiera vio a los dos hombres enlazados en mortal lucha mientras los arrastraba el relámpago.

Y Pecqueaux, en un último arranque, lanzó a Jacobo. Pero éste, sintiendo el vacío, se agarró al cuello de su compañero con tanta fuerza, que le arrastró tras sí. Resonaron dos gritos terribles y, confundiéndose, se perdieron en el espacio. Los dos hombres, caídos juntos y arrastrados bajo de las ruedas, fueron cogidos y descuartizados; y perecieron en aquel horrible abrazo, ellos que tanto tiempo habían vivido como hermanos. Encontráronlos, sin cabeza, sin pies: dos troncos ensangrentados, que aun en la muerte se abrazaban como para estrangularse.

Y la locomotora, libre de toda dirección, corría, corría. Por fin, la arisca, la caprichosa, podía dar rienda suelta al ardor de su juventud, cual una yegua indómita escapada de las manos del palafrenero que galopa por el campo raso. La caldera estaba provista de agua; el carbón del que acababa de llenarse el hogar se abrasaba; y durante la primera media hora, la presión subió locamente, la velocidad se hizo espantosa. Sin duda, el conductor jefe se había dormido, cediendo a la fatiga. Los soldados, cada vez más ebrios, debido al hacinamiento en que se les tenía, de pronto se alegraron de la vertiginosa carrera y cantaron con más brío. El tren atravesó Maromme como un rayo. Ya no silbaba al aproximarse a las señales ni al pasar por las estaciones. Era un galope desenfrenado: la bestia que, muda y con la cabeza baja, se lanza a través de todos los obstáculos. Y corría con un correr sin fin, como enloquecida aun más por el estridente ruido de su poderoso aliento.

En Rouen la locomotora debía tomar agua; y el espanto heló la estación al ver pasar, en un vértigo de humo y llamas, a aquel tren demente, a aquella máquina sin maquinista ni fogonero, a aquellos vagones de cuerdas, llenos de soldados que cantaban coplas patrióticas. Iban a la guerra y tenían prisa de llegar allí, a las orillas del Rin. Los empleados, atónitos, agitaban los brazos. En seguida, toda la estación se unió en un solo grito: jamás ese tren desenfrenado, abandonado a sí mismo, atravesaría sin desastre la estación de Sotteville, siempre cerrada a causa de maniobras, siempre obstruida por coches y locomotoras, como todos los grandes depósitos. Y los empleados se precipitaron hacia el telégrafo. Se lanzaron advertencias. En el último segundo un tren de mercancías que ocupaba la vía, pudo ser empujado hacia la cochera. Y ya se oía a lo lejos el rodar del monstruo escapado, que, después de haber pasado, frenético, los dos túneles próximos a Rouen, llegaba en furioso galope, cual una fuerza prodigiosa e irresistible que nada podía ya detener. Y salvó la estación de Sotteville, atravesándola en medio de los obstáculos, sin

siquiera rozarlos, y volvió a sumirse en las tinieblas, donde su rugido se extendía poco a poco.

Pero ahora todos los aparatos telegráficos de la línea tocaban; todos los corazones latían ante la noticia de un tren fantasma que acababan de ver pasar por Rouen y por Sotteville. Todos temblaban de terror: había un expreso delante y seguramente iba a ser atropellado. El otro, cual un jabalí, continuaba su carrera, sin hacer caso ni de las luces rojas ni de los petardos. En Oissel, por poco se estrellaba contra una locomotora piloto, y aterrorizó a Pont-de-l'Arche, pues su velocidad no disminuía. Y, desaparecida de nuevo, continuó corriendo desenfrenadamente a través de la negra noche, hacia un destino desconocido.

¿Qué importaban las víctimas que la locomotora aplastara en el camino? ¿No marchaba hacia el porvenir, a pesar de todo, indiferente a la sangre vertida? Sin conductor, en medio de las tinieblas, cual bestia ciega y sorda que se hubiera desatado en medio de la muerte, corría y corría, cargada con carne de cañón, con soldados embrutecidos de fatiga, borrachos, y que cantaban.